

la bestia de las highlands

CICATRICES

ANDREA ADRICH

Autora con más de 300.000 ejemplares vendidos en Amazon

la bestia de las highlands

CICATRICES

ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2021 por Andrea Adrich
Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: octubre 2021

Título: La bestia de las Highlands

Puedes seguir a la autora a través de Facebook y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

https://www.facebook.com/andrea.adrich.andrea/

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

NOTA DE LA AUTORA:
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA:

Hace algún tiempo se me ocurrieron varias historias en las que alguno de los protagonistas tenía cicatrices físicas. Quiero ir reuniendo esas historias en una serie que lleva por nombre CICATRICES. Todos los libros son independientes y autoconclusivos. Las historias no tienen nada que ver unas con otras. Los protagonistas no se conocen, no son familia ni amigos, ni son *spin off* ni historias de personajes secundarios. El único punto de conexión entre ellas, lo único que tienen en común son las cicatrices físicas que posee alguno de los dos protagonistas, o el femenino o el masculino, y que han marcado su vida además de su cuerpo.

El primero de esta serie se llama UN CORAZÓN PARA BRUCE SANDERS, publicado en el mes de febrero de 2021 en Amazon; el segundo EL REGRESO DE LOGAN MONT BLANC, publicado en julio de 2021, y en esta ocasión es el tercero el que tienes en las manos.

Espero que lo disfrutes mucho.

¡Te deseo una feliz lectura!

La belleza de la carne seguirá
rigiendo los designios del mundo
(Florenz Ziegfeld)

PRÓLOGO

Christos Blair se inclinó sobre el mármol negro de la mesa del lujoso reservado, acercó la nariz a la raya de cocaína que se acababa de preparar y tapándose una de las fosas nasales se la esnifó con tanta naturalidad que daba miedo. Frunció la nariz un par de veces y después se la frotó repetidamente con los dedos, para quitarse el resto del posible polvo que pudiera haberse quedado en la piel.

Pocas cosas eran mejor que un buen chute de aquello, pensaba siempre que se colocaba, que era muy a menudo. Te ponía a tono en un momento. Te hacía volar.

Enderezó la espalda, alzó el rostro y lanzó un vistazo al reservado. Todos sus amigos estaban bebiendo, fumando, colocándose o liándose con alguien en alguno de los rincones. La escena era poco menos que una bacanal romana de excesos.

Christos sonrió. Otra noche que no había desperdiciado. La estaba aprovechando bien en esa fiesta a la que había acudido en el último momento. Porque lo que no se planeaba acababa siendo lo que mejor salía. Era una extraña ley del universo.

—¿Cómo vas? —le preguntó Ashley, el ligue con el que Christos se había encaprichado los últimos meses, aunque él no era de serle fiel a nada ni a nadie, excepto a la juerga.

—A tope —respondió.

Ashley se sentó a horcajadas encima de él, se inclinó y comenzó a besarle el cuello. Christos le agarró las nalgas, se las apretó y la atrajo hacia sí para frotar su polla ya endurecida contra la pelvis de Ashley.

—Ya veo que estás a tope… —murmuró ella en sus labios al notar la dura erección.

Christos sonrió con malicia, le cogió la cara entre las grandes manos y después de besarla apasionadamente, le repasó el labio de abajo con la lengua y se lo mordió.

Ashley gruñó al sentir los dientes de Christos clavados en la carne. Introdujo las manos por debajo de su carísima camiseta de Gucci y hundió las uñas en sus anchos hombros. Deslizó los dedos hacia abajo para arañarlo.

—¡Joder! —masculló Christos, arqueando la espalda.

Ashley rio, perversa.

Con Christos Blair el sexo era así: animal, salvaje, feroz, sexy… Siempre había mordiscos, arañazos, azotes… Siempre había fuego y diversión. Por eso todas querían estar con él, por eso todas morían por pasar una noche con él, y no eran pocas las que lo habían conseguido, porque Christos era un playboy nato, con un currículum de aventuras amorosas interminable y un atractivo como pocos hombres en el mundo. Era guapo a rabiar.

Cada noche acudía a los lugares de moda londinenses y allí se relacionaba con los de su clase, gente rica, influyente y ociosa que lo único que hacía era divertirse. Para Christos Blair la vida se reducía a sexo, drogas, alcohol y fiesta.

Se incorporó del sofá de cuero negro y tomó la mano de Ashley para ayudarla a levantarse.

—Vamos a mi casa —le susurró—. Esta gente se escandalizaría si viera todo lo que voy a hacerte.

Ashley echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, satisfecha. Christos cogió la copa de whisky de la mesa y dio un trago hasta terminársela.

—Listo —farfulló.

Tiró de Ashley por el reservado y ella lo siguió con el cuerpo a punto de derretirse. Solo imaginarse la noche tan fantástica que iba a pasar en la mansión de Christos hacía que la sangre le corriera caliente por las venas. La lujuria sería la única protagonista, aparte de sus cuerpos y algunas rayitas de cocaína.

Cuando salieron de *Koko,* una discoteca ubicada en un histórico y glamuroso teatro victoriano en Camden High Street, ninguno pensó que quizá, con todo el alcohol y la cocaína que llevaban

encima, no era buena idea coger el coche. Pero Christos vivía al límite y eso de las normas no iba con él. Así que se subieron a su Porche Panamera negro y pusieron rumbo a la mansión que tenía a las afueras de Londres.

Ashley se colocó el cinturón de seguridad, pero Christos ni siquiera hizo el amago de abrochárselo. Dio al botón de contacto, arrancó el motor del deportivo y salió zumbando del aparcamiento, haciendo un derrape que no se vería ni en una competición de *Drift*.

La música sonaba a todo volumen. Ashley cantaba a pleno pulmón, borracha y colocada, y Christos hundió el pie en el acelerador más de lo que sería conveniente y permitían las normas viales. El cuentakilómetros se puso enseguida en los ciento noventa por hora.

Miró a Ashley con una sonrisa.

—¿Por qué no empiezas haciéndome una mamada? —le sugirió con lascivia.

Ashley le devolvió la sonrisa. Sería un placer. Christos aceleró un poco más, hasta los doscientos diez kilómetros por hora.

Ashley se inclinaba hacia él cuando todo se precipitó de un modo caótico y que nadie podría explicar, excepto el alcohol y las drogas. Christos dio un brusco volantazo al ver que se le echaba encima un tráiler. El coche hizo un trompo en mitad de la carretera. Christos frenó, pero no pudo evitar chocar con un lado del enorme camión. Una nube de chispas saltó por los aires cuando los metales de ambos vehículos se rozaron.

Ashley gritó histérica mientras su cuerpo y el de Christos se zarandeaban con fuerza de un lado a otro, sin poder hacer nada para remediarlo. El coche, descontrolado, se estrelló contra la enorme columna de hormigón de un puente. Por la fuerza del impacto, el cuerpo de Christos rompió la luna delantera y salió despedido con violencia treinta metros, como si no fuera más que un muñeco de trapo. Los cristales le cortaron parte del rostro y el fortísimo golpe contra el asfalto hizo el resto, quemándole el lado izquierdo del cuerpo. La piel y la carne se desgarraron profundamente, convirtiéndose en jirones que dejaban al descubierto los huesos en algunas partes.

Antes de desvanecerse, Christos Blair fue consciente de cómo se le rompían los huesos de la

cara con el suelo. Sintió cómo crujían al golpearse y cómo un dolor lacerante e insoportable recorría todo su cuerpo. Después todo se volvió frío, oscuridad y silencio.

El sonido de una ambulancia se oyó a lo lejos.

Seis años después

CAPÍTULO 1

—¿Escocia? —preguntó Martina con el ceño ligeramente fruncido, por si no había oído bien.

—Las Altas Tierras escocesas —matizó la chica rubia y de porte elegante que se encontraba detrás del enorme escritorio.

A Martina, Escocia le sonaba a un lugar lleno de valles glaciales, lagos enormes, montañas solitarias, antiguas ruinas de fortalezas desperdigadas a lo largo del inhóspito paisaje y a *haggis*, un plato típico escocés preparado a base de corazón, hígado y pulmones de oveja, que solo pensar en él le ponía mal estómago.

Sin tener en cuenta Edimburgo o Glasgow, Escocia era una tierra desolada y vacía situada casi en el culo del mundo (que me perdonen los escoceses). Nada remotamente que ver con Londres, donde llevaba unos meses viviendo con sus amigas, Alba y Blanca. Desde luego que no tenían nada que ver. Absolutamente nada.

Suspiró quedamente.

La chica atisbó un cambio de expresión en su rostro y siguió hablando, en un intento por explicar la situación.

—Desde que tuvo el accidente, mi hermano no se deja ver —dijo—. Su rostro y su cuerpo están marcados por unas terribles cicatrices y vive recluido en una propiedad que tiene en la costa oeste de Escocia, como si el mundo no existiera.

—Comprendo… —murmuró Martina.

Y en ese instante entendió por qué el sueldo era tan alto y también por qué nadie duraba más de una semana en el puesto de trabajo.

La chica echó el torso hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando los dedos de las manos por delante de su pecho.

—Christos tiene un carácter… difícil, señorita Ferrer —dijo—. No voy a mentirle. Sería una estupidez por mi parte hacerlo cuando lo va a conocer. Es reservado, hosco y malhumorado, pero confío en que usted sepa llevarlo.

«Menuda descripción», se dijo Martina para sus adentros.

Todos aquellos calificativos se resumían en que su hermano era intratable (y lo era). Pues quizá no debería confiar tanto en que ella no fuera a correr la misma suerte que las anteriores asistentes, que habían caído como moscas, pensó después con pesimismo.

Últimamente no daba una.

Martina alzó la cabeza y miró a Penélope Blair. Alcanzó a advertir en el fondo de su mirada verde pálido un matiz que no supo interpretar, como si supiera algo que ella ignorara, o como si estuviera tramando algo. Después pensó que debían ser imaginaciones suyas.

Martina no tenía ni idea de quién era Christos Blair, pero Blanca, una de las amigas que había ido a Londres con ella, junto a Alba, le había hablado de él cuando le comentó la oferta de trabajo de la que le habían llamado. El tipo había sido un playboy de la noche londinense, un niño malcriado, caprichoso y forrado de pasta. Un *chico malo* que había vivido como había querido, sin normas, sin reglas y casi sin escrúpulos, y que había tenido un accidente de coche que le había desfigurado la cara. Desde que tuvo lugar aquella tragedia, Christos Blair se había recluido como un ermitaño en una vieja fortificación escocesa, apartado de todo y de todos, sin contacto con el mundo exterior. No se le había vuelto a ver desde entonces y jamás había vuelto a mostrarse en público.

Pero que Christos Blair tuviera el peor carácter del mundo o que viviera en el quinto coño no iba a hacer que Martina rechazara el empleo. No podía permitírselo. Llevaba un par de meses sin trabajo y había que pagar facturas y demás gastos. Londres no era una ciudad barata, precisamente.

—Tengo buenas referencias de usted, señorita Ferrer —continuó hablando Penélope Blair—, y

creo que sería una buena candidata para ser la asistente personal de mi hermano.

Lo que a Martina le animaba a aceptar el puesto es que el sueldo era muy elevado y que le permitiría ahorrar lo suficiente como para emprender una nueva vida. Sería un trabajo temporal, por supuesto. Ella era fotógrafa. Había estudiado Diseño Gráfico y un Grado Superior de Fotografía y no dejaba de formarse continuamente para mejorar sus capacidades artísticas, porque era algo que la apasionaba y entre sus sueños estaba convertirse en una fotógrafa de reconocimiento.

Cogió aire.

—Espero cumplir sus expectativas, señora Blair —dijo, aceptando de ese modo el trabajo que le ofrecía.

Penélope Blair esbozó una amplia sonrisa que dejaba a la vista unos dientes blancos y perfectamente rectos. Era una mujer muy guapa, con apariencia de modelo de revista y una sofisticación innata.

—Estoy segura de que las cumplirá —contestó, y de nuevo apareció en la expresión de sus ojos ese atisbo de lo que Martina había visto antes y que seguía sin poder interpretar—. Pásese mañana por la mañana por aquí para firmar el contrato —indicó.

Martina asintió inclinando la cabeza.

—Perfecto —dijo—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cogió el bolso, que lo había dejado en la silla de al lado, se lo colgó al hombro y dándose media vuelta salió del despacho de Penélope Blair con un nuevo trabajo.

—¿En Escocia? ¿El trabajo es en Escocia? —le preguntó Alba, y lo había hecho en el mismo tono en que Martina se lo había preguntado a Penélope Blair. Incluso Alba también había fruncido ligeramente el ceño como ella, algo desconcertada.

—Sí, Escocia —repitió Martina, vertiendo el sobre de azúcar en su café—. El país de las gaitas, las faldas de cuadros, las montañas verdes, el *haggis*…

Después de la entrevista había quedado con Blanca y Alba en Naan Staap, una cafetería muy mona emplazada en Plashet Grove para comentar qué tal le había ido. A las tres les encantaba ese lugar porque estaba decorado con tonos chillones y letreros en neón. Tenía sofás almohadillados en color verde lima, mesas naranjas y las paredes eran enormes murales amarillos con el colorido retrato de personajes célebres, como el de Audrey Hepburn. Iban habitualmente allí porque además de la explosión de color para la vista, los dueños eran encantadores.

—¿Y vas a aceptar el trabajo? —le preguntó Blanca, sentada frente a ella.

—Ya lo he aceptado —dijo Martina, alzando los hombros—. Pagan muy bien y bueno… no deja de ser una experiencia nueva, o como eso me lo quiero tomar, como una experiencia nueva.

—Qué echada para adelante eres siempre, jodía —comentó Alba con orgullo.

—Espero no estar de vuelta la semana que viene —dijo Martina—. Penélope Blair me ha dicho que su hermano tiene un carácter un tanto difícil, y tiene que ser cierto a juzgar por lo poco que le duran las asistentes.

—Perdona que te diga esto, pero es normal. ¿A quién narices se le ocurre irse a vivir a mitad de la nada? —lanzó al aire Blanca.

—Pues a Christos Blair —respondió Martina, después de dar un sorbo de café.

Permaneció aferrada con las dos manos a la taza.

—Menuda pieza debía ser —apuntó Blanca—. Se le conocía en todo el país por las juergas que se corría y por todas las tías a las que se llevaba a la cama.

—¿Y ahora está encerrado en un castillo en Escocia? —curioseó Alba.

—Su hermana me ha dicho que el accidente le dejó cicatrices en el cuerpo y en la cara y que desde entonces no ve a nadie —dijo Martina.

—Joder, qué vida más triste, ¿no? Sin salir, sin socializar… —comentó Blanca.

—Triste y lúgubre… —señaló Alba con gesto sombrío—. Vivir en un castillo, solo, en una

tierra donde no hay nada… ni nadie… No sé, Martina, ¿no te da un poco de grima?

Martina la miró con la cabeza ladeada y expresión de pocos amigos en la cara.

—Eso, Alba, tú anímame —le dijo en tono irónico.

Alba chasqueó la lengua cuando se dio cuenta de que había metido la pata.

—Lo siento. No quiero darte mal rollo… —repuso.

—Pues menos mal —dijo Martina.

—Lo que quería decir… es que… bueno, es raro que un tío como él viva como un ermitaño en mitad de la montaña, dejado de la mano de Dios…

Blanca fulminó a Alba con la mirada.

—Alba, cariño, ¿por qué mejor no te callas? —le aconsejó—. Lo estás empeorando.

Alba levantó las manos en actitud de rendición.

—Vale, me callo. Es verdad que lo estoy empeorando.

—Tal vez no he debido aceptar el trabajo —comentó Martina, que por momentos dudaba de haber tomado la decisión correcta.

Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que ella también había pensado lo mismo que Alba y que sentía cierto recelo ante las circunstancias que rodeaban el empleo. Después la cabeza le daba la vuelta y se decía que Christos Blair no era la única persona que después de haber pasado por una tragedia como la que había pasado, decidía aislarse en el lugar más remoto de la Tierra y no querer saber nada del mundo. Ella lo haría si pudiera. Se bajaría de la vida un tiempo, para tomarse un descanso de eso que llaman vivir. Su existencia últimamente era un desastre.

Unos meses atrás había viajado al Reino Unido desde su Asturias natal para ver qué suerte corría profesionalmente en Londres, pero ahora estaba sin trabajo y con el corazón roto. La relación con su novio había sido un chasco. Óscar solo la quería por su «cara bonita», como un trofeo a exhibir delante de la gente, pero que la hacía sentir insignificante como persona. Martina había llegado a la conclusión de que era un imán para los tontos, porque no había corrido con mejor suerte en sus anteriores relaciones.

—Joder, me voy a ir donde Cristo perdió la zapatilla —añadió—. A un lugar situado a mil

kilómetros de… ninguna parte.

Blanca y Alba rieron.

—No seas tonta, Martina. Es trabajo y eso es lo que importa —habló Blanca—. Además, podremos vernos el día que tengas libre. Tú tienes coche y nosotras con el de Alba nos apañamos para quedar en un punto intermedio y pasar un ratito de risas juntas.

Martina se animó pensando en esa posibilidad. No era el fin del mundo.

—¿Sabéis una cosa?

—¿Qué? —dijeron Blanca y Alba al mismo tiempo.

—Que creo que me va a venir bien. —Sus amigas la miraban con curiosidad—. Sí, para olvidarme de todo —prosiguió Martina—. Estos últimos meses han sido un caos para mí, entre perder el trabajo y la ruptura con Óscar…

—Yo creo que tienes razón —intervino Alba.

—Me va a venir bien apartarme un tiempo del mundo y, aunque no ha sido deliberado, voy a aprovechar la ocasión para reorganizar mis pensamientos y ver cuáles son mis prioridades.

—Vale, pero no te aísles para siempre en el castillo del Conde Drácula, que te queremos de vuelta aquí —bromeó Blanca.

Martina rio.

—Tranquila, que vais a tener Martina para rato. Además, os voy a quemar el WhatsApp a mensajes todos los días. Preparaos… —les avisó.

—Sí, por favor… Cuéntanos cómo es Escocia, cómo es el castillo y sobre todo cómo es Christos Blair —dijo Alba.

CAPÍTULO 2

Al día siguiente Martina se presentó en el despacho de Penélope Blair con su mejor sonrisa. Había pensado detenidamente en lo que había hablado con las chicas la tarde anterior en el Naan Snaap, y se iba a tomar aquel trabajo en la costa oeste de Escocia como un impasse para poner en orden su cabeza. Un paréntesis para reorganizar su vida y volver después al ataque.

—Me alegra verla de nuevo, señorita Ferrer —le dio la bienvenida la hermana de Christos Blair cuando se sentó en una de las sillas que había frente a su escritorio.

Martina tuvo la impresión de que la señora Blair había pensado que finalmente no iba a presentarse, pero ella no era una malqueda ni una irresponsable. Si había aceptado ya el empleo, no iba a echarse para atrás. No era así. Era cierto que estaba en horas bajas de ánimo por todo lo que tenía encima, pero tal y como le decían Blanca y Alba, era muy echada para adelante. En eso se notaba que era española. Tenía tesón y mucho carácter.

—Igualmente —contestó, poniendo el bolso encima de las piernas.

Penélope arrastró una carpeta negra por encima de la mesa hasta colocarla delante de Martina.

—Este es el contrato. Por favor, léalo y si tiene alguna duda, consúltemela sin problema. Veo que domina el inglés perfectamente, pero puede que algún término jurídico le cree confusión.

—Gracias —le agradeció Martina sin dejar de sonreír.

Tomó la carpeta, la abrió y leyó detenidamente cada una de las cláusulas del contrato. No difería mucho de un contrato tipo. Aparte, Penélope Blair le fue comentando los puntos más relevantes.

—Tendrá libre un día y medio a la semana, de acuerdo con la disposición de mi hermano. Se

alojará en el propio castillo, por lo que no es necesario que busque casa en el pueblo que hay al lado ni que haga desplazamientos innecesarios…

Penélope se quedó en silencio y Martina levantó la cabeza para ver qué sucedía.

—Señorita Ferrer… —comenzó a hablar nuevamente en un tono más serio.

—Dígame.

Penélope la miró directamente a los ojos.

—No se amedrante ante mi hermano. —Martina se quedó atónita con aquella afirmación—. Christos no está de acuerdo con que contrate a alguien que lo ayude, así que va a tratar por todos los medios de que se vaya, y créame que va a poner todo su empeño. Lo ha conseguido con todas las asistentes anteriores y estoy segura de que lo va a intentar con usted. Pero recuerde, y recuérdeselo a él si es necesario —matizó sin titubear—, que soy yo quien le paga y yo quien la ha contratado.

Martina asintió con la cabeza de forma mecánica, porque se había quedado de piedra, mientras se preguntaba si Christos Blair era tan terrible como estaba dando a entender su hermana y todas las asistentes que habían desistido y se habían largado dejando el puesto vacante.

—Lo tendré en cuenta —dijo.

Penélope alargó el brazo para coger un papelito de un taco de notas que había sobre el escritorio y con un bolígrafo apuntó su número de teléfono.

—Este es mi móvil. Llámeme si tiene cualquier problema con él —dijo.

—Vale —masculló Martina, al tiempo que cogía el papel que le tendía y lo guardaba en el bolso.

Después Penélope Blair le tendió otra carpeta de solapas negras, como la del contrato.

—Y estas son una serie de normas que pone Christos para trabajar con él —dijo.

Martina había entrado en el despacho de Penélope Blair con una sonrisa, pero después de despedirse de ella con un cordial apretón de manos, salía acojonada. Tenía los ovarios puestos de corbata. Iba a vivir sola en un castillo en mitad de la nada con un tipo que de verdad parecía el Conde Drácula, aunque Blanca lo hubiera dicho de broma.

«¡Genial!», se dijo a sí misma en tono sarcástico.

En ese momento se cuestionó dónde se estaba metiendo o, mejor dicho, dónde coño se había metido, porque ya no tenía escapatoria. Había firmado un contrato y ahora sí estaba vinculada a ese trabajo y de alguna manera a… Christos Blair. De repente sintió una punzada de aprensión. Solo esperaba que no la mordiera.

Llegó al piso que compartía con Blanca y Alba a las afueras de Londres y terminó de meter en las maletas que descansaban sobre la cama las últimas cosas que le quedaban. Aunque dejó algunos enseres en la habitación, no se olvidó de su cámara fotográfica, por supuesto.

Aquel aparato, algo viejo ya por el uso (y porque también tenía sus añitos), era como una especie de apéndice de sus manos, una prolongación de su cuerpo. No había lugar al que Martina no fuese sin llevarse su apreciadísima cámara. En todo veía una bella instantánea, ya fuera un paisaje urbano o un paraje natural. Evidentemente alguna fotografía sacaría de Escocia.

Vio la carpeta que le había dado Penélope Blair antes de salir de su despacho y que había dejado sobre el escritorio. No había leído cuáles eran las condiciones de Christos y casi se le olvidaba meter la carpeta en la maleta.

Se sentó en el escritorio, la abrió y comenzó a leer lo que contenía el folio. Aquello tenía que ser una broma.

Eran un conjunto de normas que no podía saltarse si quería mantener el puesto de trabajo.

No podía mirar a Christos, ni tocarlo, ni entrar en su habitación. No podía ir al ala sur del castillo, ni pasear por la noche por la casa y nada de espejos en la decoración. No se le permitía colgar ninguno en ninguna pared de la fortaleza.

Martina dio gracias de que al menos le permitiera tener el que al parecer había en el cuarto de baño de la que sería su habitación. Si no se veía peinándose en el reflejo de alguna cazuela de acero.

—Está loco —susurró.

Tanto encierro y tanta soledad lo habían trastornado, pensó.

Aquellas normas le recordaban esas leyendas urbanas (y no tan urbanas) que hablaban sobre los caprichos y exigencias absurdas de las divas y divos de la canción. Como que Madonna pide siempre 25 cajas de agua de Kabbalah en sus giras, que es la única agua que bebe y que se gasta la friolera de 10.000 dólares al mes en esa agua porque supuestamente tiene poderes curativos o no sé qué… Que Jennifer López se tiene que alojar en una habitación decorada totalmente en blanco, con flores aromáticas y otras cuantas chorradas más. O que Lenny Kravitz exige 24 toallas de tamaño grande.

Estupideces de ricos, pensaba Martina.

Y allí estaba Christos Blair, imponiéndole una lista de condiciones como si fuera en divo del espectáculo. ¿Y qué otra cosa podía hacer ella aparte de cumplirlas?

Suspiró.

Cuando terminó de leer las normas, salió con la carpeta al salón, donde estaban Alba y Blanca.

—Christos Blair está loco. Me ha impuesto una serie de condiciones de divo de la canción que tengo que cumplir si no quiero que me despida.

—¿Qué condiciones? —Blanca fue la primera en hablar.

—No puedo mirarle a la cara, ni tocarlo, ni entrar en su habitación, ni poner espejos en las paredes, ni ir por el ala sur del castillo… —enumeró, mirando la lista.

—A lo mejor es ahí donde guarda los cadáveres de las anteriores asistentes —dijo Alba.

Martina alzó los ojos y la miró por encima del papel.

—¿Por qué eres siempre tan gore? ¿Te pasó algo de pequeña que Blanca y yo desconocemos? —le preguntó Martina con media sonrisa dibujada en los labios.

Alba rio.

—Es que según lo has dicho me ha recordado a una de esas películas de miedo en la que se emparedan los cadáveres en los muros de una de las habitaciones en las que la protagonista tiene prohibido entrar —dijo.

—Alba, estás fatal de la cabeza —intervino Blanca.

—Estás peor que Christos Blair —bromeó Martina.

—Es verdad, estoy fatal. Pero me lo voy a hacer mirar, tranquilas —dijo Alba.

—Claro, y tienes que cumplirlas… —comentó Blanca, retomando el tema.

—Sí, porque si no, me larga. Lo deja muy claro en el contrato —respondió Martina.

No importaba cuántas condiciones le impusiera, Martina necesitaba aquel trabajo por media docena de motivos e iba a conservarlo a como diera lugar.

—No se anda con tonterías —dijo Alba.

—No —contestó Martina. Se pasó la mano por el pelo—. Joder, me da que ese tío es de armas tomar.

—Tiene pinta —repuso Blanca.

Martina no dejaba de darle vueltas a qué tipo de persona se iba a encontrar. Ella era dura de pelar, pero Penélope Blair le había dicho que su hermano iba a encontrar la manera de hacerla renunciar. ¿Lo conseguiría?

—Llámanos cuando llegues —dijo Alba, ya en la calle, después de haberla ayudado a meter el equipaje en el maletero de su pequeño Opel Corsa rojo, un coche que tenía más años que la cámara de fotos.

—Y coméntanos cómo es aquello y… cómo es Christos Blair —añadió Blanca con interés.

Martina puso los ojos en blanco. Casi era palpable la curiosidad que sus amigas sentían por el señor Blair.

—Y no vayas por el ala sur —le recordó Alba en tono de mofa.

—Os lo estáis pasando en grande a mi costa, ¿verdad? —comentó Martina, al ver la guasa que tenían sus amigas.

Alba le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí en un gesto cariñoso.

—No, cielo, pero es que hay que reconocer que Christos Blair se las trae.

Martina se mordisqueó el labio.

—Os llamaré cuando llegue, no os preocupéis —dijo.

Tenía un largo camino por delante y quería salir ya.

—Cuídate mucho —le dijeron Alba y Blanca.

—Y vosotras.

Martina se despidió de ellas con un beso en las mejillas y un cariñoso abrazo (también se coló alguna que otra lagrimilla) y finalmente, sin pensarlo demasiado, se subió al coche, arrancó el motor y puso rumbo a Escocia.

Tenía unas cuantas horas de viaje por delante, pero no le importaba. Le gustaba conducir, así que no suponía un problema. Atravesar Reino Unido de punta a punta en coche no dejaba de ser también una aventura.

Señaló en el GPS los lugares en los que iba a parar para estirar las piernas y tomarse un descanso y un café y se preparó a conciencia una *playlist* con sus canciones favoritas. Una buena sesión de *funk* siempre era bienvenida y le proporcionaba un chute de energía. Ir acompañada durante el viaje de Maceo Parker, Prince, Jamiroquai o James Brown era poco menos que tocar el cielo con las manos.

Cogió la M6 y fue dejando atrás un Londres gris y con un cielo plomizo de finales de septiembre.

A mitad de la tarde el paisaje se transformó en un vasto manto de color verde esmeralda. Una cadena de colinas se alzaba al fondo bajo un cielo azul pálido. Martina no pudo por menos que proferir una exclamación de asombro. Había visto centenares de fotos de Escocia, pero absolutamente ninguna le hacía justicia. Aquellos paisajes eran indescriptibles. Una belleza elevada a la máxima expresión.

Supo con certeza qué iba a hacer los días que tuviera libre. Recorrería esas tierras y plasmaría en miles de fotos su fascinante belleza.

Siguió las indicaciones que le dictaba el GPS y se desvió por la A863. Bordeó la costa oeste hasta llegar a un pequeño pueblo pesquero.

Se adentró con su Opel Corsa en las calles empedradas y observó con la boca abierta sus casas antiguas pintadas de colores tierra, la cruz de la iglesia, el mercado y lo que parecían las ruinas de una antigua abadía. Fue imposible no traer a su memoria la serie de *Outlander*, porque tenía la sensación de que eran los mismos escenarios en los que habían estado sus protagonistas.

Quizá hubiera sido el ritmo energizante del *funk* de su *playlist* o la maravillosa belleza del lugar, pero se sentía con las pilas a tope, dispuesta a comerse el mundo. Sin embargo, no veía un castillo o fortaleza por ninguna parte. Cabía la posibilidad de que el GPS la hubiera llevado a otro sitio distinto y que se hubiera perdido.

Siempre le quedaba preguntar a alguien, como a la vieja usanza, como se había hecho toda la vida antes de que existieran los GPS.

Detuvo el coche en una pequeña plazoleta de piedras grises revestidas de verde musgo y bajó la ventanilla. Se dirigió a dos hombres mayores de aspecto rural que estaban arreglando una furgoneta.

—Perdonen… —comenzó en un perfecto inglés. Los hombres levantaron el rostro hacia ella —, ¿podrían decirme si está por aquí el castillo de Christos Blair? —dijo.

Los hombres cruzaron una mirada que Martina no supo cómo tomarse, pero que no auguraba nada bueno.

—¿Se refiere al castillo de «la bestia de las Highlands»? —le preguntó uno de ellos. Un tipo con el pelo y la barba canosas, la piel blanca y las mejillas enrojecidas por el aire y la humedad.

Martina tragó saliva.

CAPÍTULO 3

—¿La bestia de las Highlands? —repitió, sin evitar poner cara de turbación, porque no estaba segura de haber escuchado bien.

—Sí, «la bestia de las Highlands» —ratificó el hombre. El otro se limitaba a asentir—. Es así como llaman a Christos Blair.

Naturalmente Martina no iba a ponerse a discutir con ellos (aunque tendría unas cuantas cosas que decirles), pero le hubiera gustado preguntarles si no era un apelativo un tanto excesivo. ¿Tan desfigurado estaba como para llamarle «bestia»? ¿Tan malo era? La gente podía ser muy cruel a veces.

Suspiró.

—Sí, supongo que es ese castillo el que estoy buscando —contestó.

Los hombres volvieron a mirarse entre ellos. ¿Qué demonios les pasaba?

—Señorita… ¿está segura de que va al castillo de «la bestia de las Highlands»? —El hombre del pelo y la barba canosas volvió a hablar.

Y dale con llamarle «bestia», pensó Martina. ¿Por qué se dirigían a ella en ese tono condescendiente? ¿Cómo si fuera una pobre campesina que fuera a enfrentarse al temible señor de las Highlands? En el fondo, Christos Blair solo era un hombre de carne y hueso, no un monstruo. Cualquiera diría que ordenaba ahorcar todos los días a tres personas en la plaza del pueblo. Martina desconocía que los escoceses fueran tan exagerados.

—Sí, estoy segura —respondió con firmeza y algo cansada de las insinuaciones de los dos lugareños.

El hombre que había tomado la voz cantante estiró el brazo hacia su derecha.

—Siga todo recto por esa calle de ahí —señaló con el dedo índice—. El castillo de Christos Blair está a un kilómetro más o menos. No tiene pérdida. Lo verá en cuanto deje atrás el pueblo.

—Gracias —les agradeció Martina.

Al menos no se había perdido.

Subió la ventanilla y se puso de nuevo en marcha. Instintivamente miró por el espejo interior del coche. Los hombres observaban cómo se alejaba y lo hacían igual que si se dirigiera al patíbulo.

¿Qué demonios le pasaba a aquella gente?

Negó para sí con la cabeza y dirigió la vista al frente. No quería empezar su primer día de trabajo cayéndose en una cuneta y teniendo que ir alguien a rescatarla. No era algo que le fuera a hacer gracia al señor Blair.

Cuando desaparecieron las casas de piedra y salió del pueblo, apareció una fortificación a lo lejos, al final de un largo camino de arena.

Martina abrió la boca. El castillo estaba enclavado en lo alto de un promontorio. Era una edificación grande y sobria, con un exterior sencillo, que le trajo a la cabeza las historias inspiradas en la Edad Media que tanto le gustaba leer.

Tenía una torre en forma hexagonal a cada lado, decenas de ventanales y la piedra con la que estaba construido era de color ocre y tenía grabados siglos de abolengo.

A medida que avanzaba por la empinada vereda no pudo evitar estremecerse. Aunque era un edificio fascinante, y eso era indiscutible —parecía sacado de una novela del medievo—, el aspecto general era triste y sombrío, como si le faltara vida. Las enredaderas y la *wisteria* lila que trepaban por algunas partes de la fachada suavizaba un poco esa sensación, pero aún todo Martina sintió cierta melancolía.

La colina sobre la que se levantaba estaba alfombrada de una hierba verde brillante debido a la humedad del lugar. El castillo se recortaba contra un cielo teñido de matices azules y grises. Martina podía jurar que nunca había visto un paisaje tan bonito, a pesar del aspecto plomizo del

día.

Algunos rayos de sol bañaban a lo lejos los valles y las colinas, como si dejara caer en ellos un pálido velo amarillento.

Avanzó ascendiendo por el camino. Algunos árboles bordeaban el sendero aquí y allí. Al otro lado podían verse las centelleantes aguas del mar de las Hébridas. Las vistas eran impresionantes.

Imposible no contener la respiración cuando accedió a la entrada y estuvo frente a la enorme construcción. Aparcó el pequeño coche a un lado, en una zona que había asfaltada de cemento. Paró el motor y se bajó.

Se quedó mirando lo que tenía ante sí, atónita.

Todo estaba en silencio. Solo se oía el sonido de la naturaleza. Algunos pájaros que revoloteaban por el cielo y el *fuuuuu* del viento al mover las ramas de los árboles. La soledad impregnaba cada rincón.

Abrió el maletero, sacó una de las maletas (una verde lima) y una bolsa de mano, que colocó encima, y se dirigió al portón pintado de negro.

Martina se preguntó, mientras sus ojos recorrían la silueta de las torres y las almenas, cómo la recibiría Christos Blair. ¿Sería «la bestia de las Highlands» que decían los lugareños que era? ¿Sabría que llegaba ese día? Esperaba que su hermana le hubiera avisado, sino probablemente se comería un marrón.

Subió los cuatro escalones de piedra del pórtico tirando de las maletas. A los lados había dos enormes maceteros redondos con las plantas secas y totalmente muertas.

«Todo es alegría aquí», pensó irónicamente Martina.

Antes de llamar lanzó un último vistazo al camino por el que había llegado. Le parecía largo y sombrío, y a cientos de millas de cualquier resquicio de civilización, aunque no era así porque el pueblo estaba a poco menos de un kilómetro.

Volvió los ojos hacia la puerta. Si Christos Blair quería que nadie lo visitase, tener una aldaba de bronce en forma de cabeza de lo que parecía un carnero desde luego ayudaba.

«Qué cosa más fea», se dijo Martina.

Intentó imaginarse el castillo con flores en las macetas y resplandeciente bajo el sol brillante de verano, pero no lo consiguió, y ella tenía mucha imaginación.

Respiró profundamente, estiró la mano, levantó la cabeza de carnero —o de lo que fuera— y golpeó dos veces la puerta. El ruido seco y metálico despertó una cadena de ecos que le provocó un escalofrío. Cada vez se sentía más inquieta.

«¿Dónde diablos me he metido?», pensó, cuando una repentina ráfaga de viento húmedo que soplaba desde el mar removió en espiral un montón de hojas muertas detrás de ella.

Se preguntó si durante el camino no habría hecho un viaje en el tiempo y habría retrocedido unos cuantos siglos, porque nada allí indicaba que estuvieran en el siglo XXI.

Lanzó un vistazo al cielo. Estaba cada vez más oscuro. El sol se ocultaba tras las nubes, que proyectaban sombras amenazadoras sobre el castillo.

Se hubiera ido de allí pitando. Dios sabe que sí, pero una vocecita interior le decía que ya era demasiado tarde para dar la vuelta y regresar a la seguridad de Londres y, además, no era de las que se desanimaba a las primeras de cambio.

Se sobresaltó cuando de pronto escuchó un sonido tenue que duró varios segundos, como el que producen las puertas de los bloques de los pisos de las ciudades cuando las abren con el portero automático.

No todo es rudimentario, pensó asombrada Martina, al tiempo que empujaba el portón y lo abría. Al menos aquella tecnología la metía otra vez en la era moderna.

Entró en el castillo y cerró la puerta tras ella. Avanzó unos pasos con cautela y se encontró ante una magnífica escalera que subía hasta el primer piso.

Todo estaba envuelto en una oscuridad aterciopelada, salvo por unos apliques encendidos en algunas paredes que irradiaban una pálida luz.

—¿Hola? —lanzó al aire.

Parecía la entrada a una mansión encantada de una película de miedo. Si Alba lo hubiera visto se hubiera inventado alguna de sus macabras historias. El propio escenario la llevó a preguntar,

igual que en los films de terror:

—¿Hay alguien?

Se sobresaltó cuando una sombra apareció en mitad de la escalera que se abría en forma de media luna en el centro del enorme vestíbulo. Tragó saliva.

—¿Señor Blair? —preguntó, tratando de que los ojos se le adaptaran a la penumbra.

—¿Quién iba a ser si no? —dijo una voz profunda y algo rasposa.

Martina sintió algo extraño en el cuerpo cuando lo oyó, como si resonara en su interior. No le pasó desapercibido el matiz sarcástico que había en la pregunta de Christos Blair. Empezaban bien.

—Hola, soy Martina…

—… Ferrer —la cortó Christos con sequedad—. Mi hermana me ha hablado de usted, señorita Ferrer. Según parece va a ser mi nueva asistente —dijo con poca amabilidad.

—Sí, su hermana me ha dicho…

—Su habitación está a la izquierda al fondo. Espero que se sienta… cómoda —dijo Christos sin más, con indisimulada ironía.

Martina trató de verlo, de distinguirlo más allá de las sombras bajo las que se amparaba, pero el resplandor de los apliques solo le permitía atisbar la enorme silueta de su cuerpo en mitad de la escalera.

Tragó saliva. No tenía miedo (aunque quizá no le hubiera faltado razón), pero no pudo evitar sentirse intimidada por el magnetismo que parecía emanar de él.

—¿No va a enseñarme la casa? —le preguntó, sorprendida por su actitud indiferente.

—Por supuesto que no —espetó él.

Christos se giró y comenzó a subir las escaleras con aire indolente.

—Pero…

Martina intentó alzar una protesta, sin embargo él la cortó de raíz.

—Si quiere le doy un mapa y una brújula para que no se pierda.

Martina no sabía qué pensar de aquella actitud tan hostil ni que le había hecho dar por sentado

que iba a ser bien recibida.

—Tenemos que hablar, señor Blair… —dijo, intentando retenerlo.

No podía dejarla plantada allí, en mitad de aquella fortaleza sin más.

—No tengo nada más que hablar con usted —respondió Christos con desdén, sin ni siquiera detenerse.

—Necesito que me dé las directrices que quiere que siga... —insistió Martina.

—Pregúnteselas a mi hermana. Es ella quien la ha contratado. —¿Había un asomo de burla en su voz profunda y algo rasposa?

Martina se quedó con la cara a cuadros. Los mismos cuadros de las famosas faldas escocesas. Es decir, con cara de imbécil. Penélope Blair tenía razón. Christos no quería que ella estuviera allí, invadiendo su espacio, e iba a intentar por todos los medios que se fuera, como había hecho con las anteriores asistentes que habían osado poner un pie en su castillo.

Unos segundos después pudo escuchar el ruido que hizo una puerta al cerrarse de golpe.

Martina soltó el aire que no se había dado cuenta que había estado conteniendo y parpadeó.

Puede que Christos Blair sí fuera «la bestia de las Highlands» después de todo.

CAPÍTULO 4

—¡De puta madre! —farfulló Martina con ironía en mitad del vestíbulo, dejando caer los hombros.

Christos Blair no se lo iba a poner fácil. Ni siquiera le había permitido verlo. Se había mantenido convenientemente oculto en las sombras del vestíbulo.

Alzó la vista. Sobre su cabeza se elevaba un techo abovedado lleno de frescos que nada tenían que envidiar a la Capilla Sixtina. Y aunque algunas partes estaban descoloridas, era una maravilla. La tenue luz dotaba de un encanto especial las pinturas grabadas en él.

Tras unos segundos que permaneció observándolas, tomó aire y agarró el equipaje para llevarlo a la habitación. Subió las escaleras, con balaustrada de piedra y revestida de una elegante alfombra verde oscura, y enfiló la galería de la izquierda siguiendo las indicaciones de Christos, justamente la contraria a la que se había dirigido él, que se había adentrado en la de la derecha.

Christos atravesó el despacho a zancadas, se sentó en el sillón giratorio y descargó un fuerte puñetazo en el reposabrazos mientras su cara mostraba una expresión irritada. Estaba enfadado. Muy enfadado. Martina Ferrer era endiabladamente guapa. Castaña, con el pelo largo, la nariz recta y respingona y unos enormes ojos de color miel que destacaban con una expresión cálida en su rostro de piel morena.

¿Cómo se le ocurría a su hermana meterle en el castillo una mujer como ella? ¿Se le había ido la cabeza? ¿Qué pretendía? ¿Volverlo loco?

No la quería allí. De ninguna manera la quería allí, bajo el mismo techo. Negó reiteradamente con la cabeza mientras apretaba los labios con fuerza. Aquel castillo era su morada, su refugio, su guarida, y no iba a permitir que nadie lo perturbara.

Cogió el móvil de encima de la mesa de un manotazo y llamó a su hermana. No la dejó ni que lo saludara cuando Penélope descolgó el teléfono.

—¡La quiero fuera de aquí! —aseveró Christos con aspereza.

—Veo que ya has conocido a la señorita Ferrer —dijo Penélope con voz tranquila.

—Sí, ya la he conocido, y la quiero fuera de mi casa ya. Busca a otra candidata de inmediato —le ordenó Christos a su hermana.

Penélope suspiró y puso los ojos en blanco. No es que no se esperase la reacción de su hermano, pero normalmente las quejas llegaban pasados unos días después de conocer a la asistente. Con Martina solo habían pasado unos minutos.

—Christos, no tengo tiempo para buscarte otra asistente, y no creo que tú estés dispuesto a entrevistar a posibles candidatas para el puesto —comentó su hermana.

—No me busques a nadie. No me gusta la gente, ya lo sabes, Penélope… Si estoy recluido en este castillo, a kilómetros de Londres, es por mi baja tolerancia a los seres humanos.

Penélope volvió a suspirar. Siempre era lo mismo.

—Christos, no puedes seguir así. Tanta soledad te va a consumir…

—Ese es mi problema —afirmó él con voz fría y cortante.

Lejos de ayudarlo, aquella española iba a aumentar su frustración.

—Por favor, da una oportunidad a la señorita Ferrer. Es perfecta para el puesto —insistió Penélope.

—Me da igual si es perfecta para el puesto o no, no la quiero aquí y punto. Busca a otra persona, Penélope —exigió, y colgó la llamada sin preocuparse de despedirse de ella.

Penélope se retiró el teléfono de la oreja y lo dejó en la mesa cuando vio que Christos le había colgado. No tenía ninguna intención de despedir a Martina. Esa chica no había hecho nada malo… excepto tal vez poner nervioso a su hermano… Por eso la había llamado como un loco

exigiendo que la echara, pero no iba a hacerlo. Penélope tenía muchas expectativas puestas en ella.

Martina se internó en el ancho pasillo con lentitud, acompañada del eco de sus pasos. Los ojos le bailaban de un lado a otro observando los altos techos abovedados, los cuadros, las alfombras, los tapices iluminados tímidamente por el resplandor de los apliques... La luz y la penumbra jugaban con el contorno de los muebles y con la decoración propia de museo de antigüedades que poseía el lugar. Por lo demás era un castillo oscuro y desprovisto de vida.

Cuando llegó a la puerta del fondo, cogió el pomo, lo hizo girar hacia un lado y abrió. Se asomó con precaución a la habitación, como si esperara encontrarse una jauría de perros. Casi gimió de gusto cuando vio el interior. Las pupilas se le dilataron.

Era elegante y enorme, con una amplísima cama con cuatro postes, dosel de brocados y una colcha de varios colores que estaba llena de cojines de aspecto mullido. Los muebles tenían tonalidades grises y el armario era tan grande que cualquiera diría que dentro se encontraba el Reino de Narnia. El papel estaba pintado de un amarillo pálido con elegantes figuras de color negro.

Martina rodó la maleta hasta la mitad de la estancia, donde la dejó, y se acercó al ventanal. Descorrió las pesadas cortinas blancas y miró perpleja las vistas.

—Wow… —susurró.

La habitación daba al mar de las Hébridas. El azul del agua contrastaba con las tonalidades grisáceas del cielo, creando un precioso lienzo. Enseguida su creativa mente vio una instantánea en aquel paisaje. Se dirigió al bolso de mano, abrió la cremallera y extrajo la cámara.

Empujó las cortinas a un lado, se colocó el visor en el ojo, enfocó y disparó. Vio cómo había quedado en la pantallita digital y sacó un par de ellas más.

La playa descansaba a unos cuantos metros al final de la ladera de la colina. Las olas iban y venían con una cadencia hipnótica. Hasta ese entonces se había preguntado por qué un hombre

como Christos Blair se había aislado en un castillo en mitad de alguna parte de Escocia y en ese momento, contemplando las vistas, lo entendió un poco. Aquello era paz, tranquilidad, sosiego…

Se giró sobre los talones, dejó la cámara encima de la cama y volvió a lanzar un vistazo a la habitación. Parecía la de una princesa, salida de un cuento de hadas.

Martina llegó a la conclusión de que mantener aquel castillo tenía que costarle al señor Blair un ojo de la cara.

Su teléfono sonó. Pestañeó un par de veces y emergió de sus cavilaciones. Seguro que era alguna de las chicas.

No se equivocó cuando cogió el móvil y consultó la pantalla. Era Blanca. Martina descolgó.

—¿No habíamos quedado en que os llamaría yo? —dijo.

—Sí, ya…, pero es que nos mata la curiosidad —contestó Blanca—. ¿Has llegado ya?

Martina rodó los ojos por la habitación.

—Sí, ya estoy aquí.

—¿Has visto algún hombre vestido con falda de cuadros? —bromeó Blanca.

Martina puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Todavía no —dijo.

—¿Es un castillo de verdad? ¿Con foso, puente elevadizo y todo eso?

Martina sonrió.

—Sí, es un castillo de verdad, pero no tiene foso ni puente elevadizo.

—¡Joder, vas a vivir en un castillo! —se oyó decir a Alba por detrás.

—Ahora mismo estoy en la habitación y es una pasada. Tengo una cama con dosel —comentó Martina, divertida. ¿Cuándo había tenido ella una cama semejante?—. Las vistas dan a una playa y puedo ver el mar de las Hébridas desde la ventana.

—¡Madre mía! —exclamó Blanca.

—Pero el castillo por fuera da un poco de miedo, la verdad. Solo le faltan las gárgolas.

Las chicas se echaron a reír al otro lado de la línea.

—¿Y has visto a Christos Blair? —preguntó Alba con impaciencia en la voz.

—No sé si verlo es la palabra correcta...

—¿Por qué dices eso? —repuso Blanca.

—Porque no se ha dejado ver. Se ha quedado oculto entre las sombras mientras hablábamos. Solo sé que es alto y que tiene los hombros anchos —respondió Martina.

Empezó a pasear por la habitación, abriendo los distintos cajones para ver si había algo.

—¿Entonces no le has visto el rostro? —habló Alba.

—No.

Abrió el cajón superior de la cómoda y lo cerró porque estaba vacío.

—¿Ni las cicatrices?

—No, y no creo que lo vea. Tengo la sensación de que nunca se va a mostrar a la luz.

—¿Tan desfigurado está? —intervino Blanca.

Martina se encogió de hombros.

—Quizá solo es por vanidad. Acordaos de que era un tío guapo como el pecado y de que se follaba a todo lo que se movía —señaló.

—¿Y cómo ha ido vuestro primer encuentro?

—Fatal. Me ha dejado clarísimo que mi presencia aquí le molesta soberanamente.

—¿Ha sido desagradable? —dijo Alba.

—Desagradable es poco. Christos Blair es grosero, maleducado y gruñón. Ni siquiera se ha dignado a enseñarme el castillo o la habitación en la que me voy a alojar. Me ha dado las indicaciones y me ha dejado ahí plantada en mitad del vestíbulo, a mi suerte. No he conocido en mi vida una persona tan borde como él, y eso que yo conozco a mucha gente.

—No te lo va a poner fácil, ¿eh? —dijo Blanca.

Martina se sentó en la cama.

—No, no me lo va a poner fácil —contestó con pesimismo—. Me lo advirtió su hermana y es cierto, Christos va a hacer todo lo posible para que me vaya. Me ve como una intromisión en su guarida. Porque creo que es así como ve este castillo. Vive apartado del mundo, en una fortaleza enclavada en lo alto de una colina como si fuera un señor de la Edad Media. Si os digo la verdad,

no me extraña que la gente lo tema. ¿Sabéis que en el pueblo lo apodan la «bestia de las Highlands»?

—Joooder… —masculló Blanca.

—Creí que me había perdido porque no veía el castillo por ninguna parte y pregunté a un par de hombres del pueblo. Se miraron entre ellos y pusieron cara de circunstancia cuando les dije que buscaba el castillo del señor Blair, incluso me preguntaron si estaba segura de que iba al castillo de la «bestia de las Highlands».

—¿Y no te acojona un poco? —preguntó Alba.

—Claro que me acojona. Todo el mundo habla fatal de él, como si fuera un monstruo.

—Es que a lo mejor lo es… —dejó caer Alba con aprensión en la voz.

—No es un monstruo ni una bestia, es solo un hombre que quiere vivir aislado del mundo —afirmó Martina, dejando entrever cierta comprensión en sus palabras—. Pero ¿sabéis una cosa? No voy a dejar que me amedrante. Seguro que las anteriores asistentes que han pasado por aquí le tenían miedo, pero yo no le temo. Me conocéis, no se me intimida con facilidad. Nunca se me ha intimidado con facilidad y Christos Blair no va a ser el primero.

—Yo de mayor quiero ser como tú —dijo Blanca.

Martina se echó a reír.

—No sé qué va a salir de todo esto. Puede que la semana que viene esté de vuelta en Londres.

Y aunque lo dijo en tono de broma era una posibilidad.

—Nosotras te recibiremos con los brazos abiertos.

Las tres rieron.

—Bueno, chicas, os dejo, que quiero bajar al coche a por el resto del equipaje y empezar a organizarme.

—Vale —dijo Blanca.

—Mucho ánimo —oyó gritar a Alba—. ¡Y dale duro a la bestia!

Martina cabeceó mientras se le escapaba una risilla.

—Mañana hablamos —se despidió.

—Hasta mañana —dijeron Blanca y Alba.

Colgó y dejó el teléfono encima de la cama, junto a la cámara de fotos.

Cuando salió de la habitación para ir al coche a por el resto de las maletas, tuvo la sensación de que era la única habitante de aquel castillo. No se oía nada, reinaba un absoluto silencio, y no había ni rastro de Christos Blair por ningún lado.

De vuelta con el equipaje se quedó mirando un ficus que había en una maceta redonda en un rincón del pasillo. Estaba tan seco que se convertiría en polvo en cuanto lo tocase.

Se dijo que no vendrían mal algunas plantas nuevas. Las que había visto estaban medio muertas. Christos no se molestaba en regarlas. Tampoco vendrían mal unas flores y un poco de color en la adusta decoración; ni abrir las ventanas para que entrara la luz, el aire fresco y para quitar el halo decadente y sombrío que lo impregnaba todo. Se encargaría de ello.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente se levantó, se duchó en el cuarto de baño que tenía la habitación y bajó a la planta de abajo para buscar la cocina. La localizó después de dar algunas vueltas por la laberíntica estructura del castillo.

—Esta casa no se acaba nunca —murmuró cuando finalmente logró dar con ella al fondo de un pasillo que emergía a la derecha de la escalinata del vestíbulo.

Era nueva, grande y funcional, y las paredes estaban revestidas de ladrillo caravista que le daban un toque coqueto y rústico. Pero el alma se le cayó a los pies cuando abrió la nevera. Solo le faltaba las telarañas en los rincones. Estaba prácticamente vacía excepto por un par de huevos, un trozo de queso, unas latas de Irn-Bru, un refresco carbonatado característico del país, y un tetra brik de caldo de pollo.

—¿Qué demonios come este hombre? —se preguntó con los brazos en jarra delante de la nevera abierta.

Curioseó en algunos armarios para ver si corría mejor suerte, pero estaban tan vacíos como la nevera.

Tendría que bajar al pueblo a hacer la compra o se morirían de hambre, y tendría que consultárselo a Christos. Esa era la parte más difícil, dado el mal talante que tenía. Pero se había prometido no amedrentarse ante él.

Cerró la nevera, se cuadró de hombros y se dirigió con determinación hacia el vestíbulo. Hablaría con él, lo quisiera o no.

Christos estaba sentado detrás de los tres monitores que formaban el sistema informático desde el que trabajaba a diario. Después del accidente había dejado de gastar y de despilfarrar la fortuna de sus padres a manos llenas y había creado su propia empresa.

Desde aquel entonces había diseñado dos antivirus informáticos y varios sistemas de programación integral que habían tenido un éxito rotundo entre las financieras del Reino Unido y del mundo, porque habían transcendido fronteras, lo que le había hecho ganar una nada desdeñable fortuna propia. Ahora estaba inmerso en la creación de un programa de intranet para el mayor banco del Reino Unido.

Tocaron a la puerta.

—Señor Blair… —La voz de Martina se coló en el despacho.

Christos puso los ojos en blanco.

—Váyase, señorita Ferrer —gruñó.

—No me voy a ir —dijo Martina desde el otro lado de la puerta. Y era toda una declaración de intenciones.

«A mí no vas a asustarme con tus gruñidos», se dijo para sus adentros.

Penélope Blair le había advertido de que su hermano haría todo lo posible para deshacerse de ella.

Christos alzó el rostro por encima de la pantalla del ordenador y miró hacia la puerta con una ceja arqueada. ¿Lo estaba desafiando? ¿La española lo estaba desafiando?

—¿Qué quiere? —le preguntó.

—¿Está haciendo una huelga de hambre? —dijo Martina.

Él hizo con la boca una mueca de extrañeza. ¿Una huelga de hambre? ¿De qué hablaba esa mujer?

—¿Por qué me pregunta que si estoy haciendo una huelga de hambre? —dijo.

—Porque viendo las telarañas que tiene su nevera lo parece —respondió Martina—. No sé usted, pero yo no quiero morir de inanición ni tenerme que comer las uñas para matar el hambre,

así que voy a bajar al pueblo a hacer la compra.

Hubo unos segundos de silencio y Martina temió que Christos la estuviera ignorando. Fue así hasta que oyó unos pasos acercándose. Pensaba que iba a abrir la puerta y en cierto modo se estaba preparando para recibir el impacto de verlo, porque mentiría si no dijera que le picaba la curiosidad, pero no fue así.

—Abra el torno y recoja la tarjeta de crédito que le he dejado —dijo Christos de pronto—. Utilícela para los gastos domésticos.

Martina miró a la puerta con incredulidad. ¿Era una broma?

—¿Cómo dice?

—¿Es dura de oído, señorita Ferrer? —dijo Christos en tono seco—. Abra la puerta que hay a su derecha y coja la tarjeta de crédito que he dejado en el torno. Hasta un niño lo entendería.

Martina bufó, casi escandalizada. No podía hablar en serio. ¿Así es como se iban a comunicar? ¿A través de la puerta y de un torno como el que tenían las monjas de clausura en los conventos? Todo aquello era de lo más surrealista.

—¿No va a salir de ahí para que hablemos y nos tratemos como dos personas civilizadas? —preguntó indignada.

—No, señorita Ferrer, no voy a salir de aquí —contestó Christos con antipatía—. Y ahora coja la jodida tarjeta y váyase.

Martina abrió la portezuela, que era del tamaño de una ventana y giró el torno de madera hasta que apareció un sobre blanco, sin mostrarse acobardada por su tono grave. Lo cogió, levantó la solapa y extrajo la tarjeta.

—Y las gracietas no están incluidas en su contrato —volvió a hablar Christos en el mismo tono áspero.

Martina decidió no responder, ya había tensado suficiente la cuerda por ese día. No quería que se rompiera y le diera en las narices.

Mientras sostenía entre los dedos la tarjeta suspiró y dejó caer los hombros, dándose por vencida (de momento). Supo con una terrible claridad que nada sería fácil con Christos Blair. Ese

hombre iba a darle muchos dolores de cabeza. Pero decidió tomárselo como un desafío, no era de las que se echaba para atrás.

Volvió a la cocina, hizo una lista de todo lo que necesitaba y subió a la habitación a por el bolso. Después salió del castillo y se dirigió al coche.

—Buenos días —oyó una voz masculina a su espalda.

Martina se giró hacia la voz. Delante de ella había un hombre de unos sesenta años, con el pelo casi blanco en su totalidad, pero de complexión atlética. Vestía un pantalón de pana marrón oscuro, una camisa de leñador y unas botas de agua.

—Buenos días —contestó.

—¿Usted es la nueva asistente del señor Blair? ¿La señorita Ferrer? —le preguntó.

Vaya, al parecer el señor Blair le había hablado a ese hombre de ella.

—Sí —respondió—. Pero llámame Martina —dijo, alargando el brazo hacia él.

—Edward Smith, soy empleado del señor Blair, le ayudo con el mantenimiento del castillo y los establos —se presentó el hombre de modales reposados, estrechándole la mano que le ofrecía Martina.

Al menos alguien allí era amable, se dijo Martina. Suponía un soplo de aire fresco.

—Encantada, Edward. —Se negaba a tratar a todo el mundo de «usted». Eso no hacía más que poner distancia entre las personas y ella no era fría ni distante. Le gustaba la gente y socializar.

—No eres de por aquí… —observó el hombre.

Aunque el inglés de Martina era bueno, no era nativo.

—No, soy española —le aclaró ella con una sonrisa en los labios.

—Bonito país.

—Gracias —dijo Martina—. ¿El señor Blair tiene caballos? —le preguntó a Edward al oírle hablar de establos.

—Sí, tres.

—¿Y monta?

—Sí, como ve hay mucho campo aquí —contestó Edward, señalando la explanada que había

delante de ellos con el brazo.

Martina asintió con una sonrisa a su comentario. Sería por campo...

—Un día me gustaría verlos —comentó.

Cuando era niña su padre tenía una yegua y Martina había paseado subida a sus lomos por las verdes praderas de Asturias. Aquella época había sido una de las etapas más bonitas de su vida. Después todo se complicó…

—Pásate cuando quieras. Los establos están en la parte de atrás del castillo. Allí estaré —dijo Edward.

—Gracias. —Martina sacó del bolso las llaves del coche—. Voy al pueblo a hacer la compra —dijo—. A la nevera del señor Blair le falta poco para ser una colonia de arañas.

Edward esbozó una débil sonrisa.

—Antes mi mujer se ocupaba de esas labores, pero desde que murió hace un año, el señor Blair no se preocupa demasiado. Hace la compra a domicilio una vez al mes y poco más.

—Lo siento —expresó Martina, al advertir la nota de dolor que aún había en los ojos azules del hombre cuando nombraba a su esposa.

—Son cosas de la vida —dijo con pesadumbre—. Encontrarás un pequeño supermercado al final del camino, nada más entrar en el pueblo, en la callejuela que sale a la derecha —añadió.

—Te agradezco mucho las indicaciones, así evito tener que estar preguntando a la gente del pueblo —dijo—, y que me miren como si me fueran a ejecutar por decir que voy al castillo del señor Blair —añadió.

—Veo que ya sabes lo que piensan de él…

—Sí, me lo dejaron claro un par de lugareños a los que pregunté dónde estaba el castillo. ¿Por qué tienen tan mala opinión de él?

Edward se encogió de hombros.

—El señor Blair nunca ha bajado al pueblo ni ha querido relacionarse con la gente —contestó.

—Pero si no lo conocen, si no lo han tratado nunca no tienen ningún argumento para afirmar que es la «bestia de las Highlands».

—La gente es muy chismosa, incluso en este remoto pueblo de Escocia hablan… Desde que vino aquí, el señor Blair no ha salido del castillo.

—¿No sale nunca?

Martina no daba crédito a lo que estaba diciendo Edward. ¿Cómo podía vivir un hombre recluido en un castillo en mitad de la nada sin socializar? ¿Sin juntarse con el resto de las personas?

—Solo a correr a la playa y a montar a caballo —respondió el hombre.

«Siempre solo», se dijo Martina para sus adentros.

Alzó la cabeza y miró hacia las ventanas del castillo y no pudo evitar sentir pena por Christos Blair y la soledad que se había auto impuesto.

—Será mejor que me vaya —dijo—, si no, no me dará tiempo a preparar después algo de comida.

El hombre asintió.

CAPÍTULO 6

Con las indicaciones de Edward, Martina encontró el supermercado sin mayores problemas. Dejó el coche aparcado enfrente del pequeño edificio con fachada de piedra gris y se bajó con la lista de la compra en la mano.

No hace falta decir que mientras echaba las cosas en el carro la gente que había en los pasillos la miraba como si acabara de bajar de una nave espacial. No la habrían mirado con tanta curiosidad (e incluso inquietud) si hubiera sido una marciana.

Hasta cierto punto era comprensible, dadas las circunstancias. Era un pueblo pequeño, en el que todos se conocían, y ella era una forastera, y con unos rasgos físicos a años luz de los originarios celtas. Castaña, con los ojos de color miel y la piel morena. Saltaba a la vista que no era escocesa, ni inglesa ni de ninguna de las regiones del Reino Unido.

Aparte de que los dos hombres a los que había preguntado el día anterior ya habrían dado la noticia de que había una inquilina nueva en el castillo de «la bestia de las Highlands», como le llamaban. Lo que Martina dudaba es de si habrían llegado a conocer a sus predecesoras.

Siguió haciendo la compra sin prestar demasiada atención a las miradas y a los cuchicheos de unos y de otros. Lo que hablaran de ella o de Christos Blair no era su problema.

Cuando tuvo todo lo que había apuntado en la lista en el carro se dirigió a la caja y pagó. Después metió las bolsas de la compra en el maletero del coche con la ayuda de un repartidor que la atendió amablemente.

Al final la gente había tenido la suficiente educación como para no hacerle ningún comentario acerca de Christos.

Volvió al castillo pasadas las doce y descargó las bolsas en la cocina.

Christos había bajado por la escalera del servicio que tenía el castillo y observaba la escena sin ser visto desde el umbral de la puerta que daba a la cocina. La española había comprado suministros para un mes y medio, por lo menos. La mesa y las encimeras estaban llenas de comida. Había un poco de todo: leche, zumo, fruta, carne, pescado, sobres de sopa, legumbres variadas… Incluso había un par de botellas de vino.

Era innegable que era una chica resolutiva y eficiente, y que tenía carácter. No se amedrentaba con facilidad. Las otras asistentes no habían sabido muy bien de qué manera actuar ante la indiferencia de Christos, y solo tuvo que gruñirles unas cuantas veces para que salieran corriendo y renunciaran al puesto. Pero una vocecita le decía que con la señorita Ferrer no lo iba a tener tan fácil. No creía que ella fuera a huir a las primeras de cambio. Tendría que usar toda su artillería para conseguir que se largara del castillo.

Martina entró con las últimas bolsas y las dejó en el único hueco libre que quedaba en la mesa. Christos se giró al verla y volvió a subir las escaleras del servicio hasta su despacho. No toleraba la presencia de Martina en el que consideraba su santuario. Encarnaba algo peligroso que ni siquiera se planteaba.

Mientras ella tarareaba malamente *Purple Rain* de Prince (porque cantaba fatal), dispuso toda la compra en los armarios y en la nevera.

Sin dejar de destripar la canción sacó medio pollo que había comprado y lo colocó en una bandeja que encontró en un estante. No tenía ni idea de qué comía Christos. Pan y agua, viendo el deplorable estado de la nevera.

No sabía cuáles eran los platos típicos escoceses, aunque había oído hablar del *kipper*, que era un arenque ahumado. Lo miraría detenidamente en Internet por la noche y lo incluiría en el menú de la semana. Por lo pronto iba a improvisar un pollo a la naranja (ya que lo tendría listo en cuestión de media hora) y rezaría para que el señor Blair no se lo tirara a la cabeza.

Primero preparó la salsa. Exprimió las naranjas en un bol y añadió ajos picados, vinagre, harina de maíz, azúcar, sal y una pizca de pimienta negra. Lo echó por encima del pollo, al que

previamente había cubierto de aceite de oliva, y lo metió en el horno.

Martina tampoco sabía a qué hora comería Christos, pero a la una y cuarto el pollo estaba listo y como sabía que la costumbre en el Reino Unido era comer entre las doce y las dos, preparó todo en una bandeja y se lo subió, convencida, por supuesto, de que no saldría de su despacho para comer como una persona normal y corriente.

Haciendo equilibrio con la bandeja en una mano, con la otra llamó a la puerta con un par de toques de nudillos.

—Señor Blair…

—¿Qué quiere, señorita Ferrer? —preguntó con su habitual descortesía.

—Le traigo la comida.

—Déjela en el torno.

Martina resopló. ¿Es que no iba a salir nunca de su escondrijo?

—¿Es que no va a salir nunca de ahí? —dijo ella.

—No —respondió Christos.

—¿Y si no le dejo la comida en el torno? ¿Qué hará? —lo retó, como una temeraria.

—Entonces mañana usted estará de vuelta en Londres —respondió él tajante.

A pesar del tono que utilizó, había algo siempre tan sensual en su voz que a Martina le recorrió un escalofrío por la espalda, pero decidió ignorarlo. Resopló frustrada. Joder, qué cabezota era ese hombre.

—Creo que no nos vamos a llevar bien —afirmó, abriendo la puerta del torno.

—¿Y cómo creía que nos íbamos a llevar? —comentó Christos con sarcasmo desde el otro lado.

Martina inhaló hondo y consiguió morderse los labios para no contestar, porque si lo hacía probablemente estuviera de vuelta en Londres con Alba y Blanca antes de que finalizara el día.

Depositó la bandeja con el pollo a la naranja en la base del torno y lo giró con un empujón.

—Que le aproveche —dijo, dejando entrever su desconformidad por tener que relacionarse con él de ese modo.

Iba a cerrar la puerta, pero la voz de Christos detuvo su acción.

—¿Le pasó mi hermana las normas que quiero que cumpla, señorita Ferrer? —le preguntó con su voz profunda.

—Sí, lo hizo —le informó Martina—. ¿Quiere que también lo llame *milord*?

—Llámeme como desee, pero cúmplalas todas si quiere mantener el trabajo más de una semana —respondió Christos mordaz.

—Las cumpliré —se limitó a decir Martina, y cerró la puerta del torno.

Bajó a la cocina y puso el lavavajillas con los cacharros que había utilizado para hacer el pollo.

No entendía la razón, pero la frustraba que Christos no quisiera salir de su encierro. No tenía nada que ver con el morbo de verle las cicatrices o el estado en el que había quedado después del terrible accidente que tuvo, tenía que ver con el modo en que estaba desaprovechando la vida encerrado entre las cuatro paredes de piedra de un castillo sin más compañía que Edward, que probablemente fuera el único amigo que tuviera.

Debería darle igual. Ella solo era una empleada. Estaba allí como la asistente de Christos. Si no salía de su despacho era problema de él no de Martina.

Suspiró sonoramente.

Pero es que ella no lo veía así.

Christos Blair era todavía un hombre joven con muchas cosas por hacer. No se le podía pasar la vida escondido en aquel lugar, apartado del mundo, rechazando todo contacto humano, como si realmente fuera una bestia.

Cuando terminó subió a la habitación. Todavía tenía que sacar algunas cosas de la maleta.

CAPÍTULO 7

Horas más tarde, se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón vaquero y bajó de nuevo a la cocina. Llenó una jarra con agua y fue regando maceta por maceta, así de paso curioseaba un poco el castillo.

Había escudos medievales, tapices, gordas alfombras granates que cubrían el suelo de piedra, panoplias con espadas, lanzas cruzadas como un aspa en las paredes, telas con escudos de armas, baúles y otros tantos utensilios en hierro forjado. A Martina siempre le había encantado todo lo que tenía que ver con la Edad Media. Devoraba cualquier novela cuya trama se desarrollara en esa época, y no dejaba de encontrar mucho encanto en todo lo que la rodeaba en esos momentos.

Retiró las plantas que estaban secas y las dejó en el porche trasero que tenía la fortaleza y que daba a un patio por el que se accedía a través de la cocina.

Mientras estaba atareada con las plantas pensó en la forma de que aquella casa (porque no dejaba de ser una casa) tuviera una apariencia más alegre. Recogería flores de los patios y las pondría en los jarrones, colocaría en los pasillos algunos sahumerios con velas aromáticas que había comprado en el supermercado del pueblo.

Christos, que estaba leyendo en una de las salas, la oía ir de un lado a otro canturreando. Maldijo su puta suerte una y otra vez por la jugarreta que su hermana le había hecho enviando a esa española a su casa. Pero no iba a dejar las cosas así. Su campaña personal para que la

señorita Ferrer saliera corriendo como habían hecho las anteriores asistentes y desapareciera de su vida seguía en pie. Y él no se rendía fácilmente.

La puerta de la sala se abrió.

Martina se quedó de piedra al ver el contorno de la figura de Christos al fondo. No esperaba encontrárselo allí, si no, Dios sabe que no hubiera entrado.

Estaba sentado en un sillón de cuero marrón, con una pierna elegantemente cruzada sobre la otra y un libro en la mano que apoyaba en el regazo.

Lo rodeaba ese halo de misterio y misticismo que le concedían las sombras que siempre lo acompañaban. Solo una pequeña lamparita que emitía una cohibida luz anaranjada rompía la oscuridad a la altura de su torso. No le veía la cara, pero sabía que la estaba mirando, probablemente inspeccionándola como un insecto bajo un microscopio.

—Venía a regar las plantas —dijo. Se revolvió un poco el pelo, nerviosa.

—Riéguelas en otro momento —sonó la voz rasposa de Christos desde la semipenumbra.

—Sí, claro —murmuró Martina—. ¿Y qué… tal está? —le preguntó con su mejor sonrisa, tratando de ser amable. Ser un poco cordial no estaba de más.

—Estaba bien hasta que ha aparecido —respondió Christos con sequedad.

Con él la amabilidad y la cordialidad no valían para mucho. De hecho, no valían para nada.

—No se preocupe, me voy ahora mismo —contestó Martina.

Dio media vuelta con la jarra de agua en la mano y echó a andar.

—Deje la puerta cerrada al salir —le ordenó Christos.

Martina bufó.

Cuando cerró la puerta, Christos volvió a retomar la lectura como si nada, mientras que Martina se apoyó en ella al otro lado, resoplando. No había conocido nunca un hombre tan intratable como Christos Blair. Entendía perfectamente por qué aquel puesto estaba vacante y porque todas las asistentes se habían ido cagando leches de allí.

Caía la noche cuando Martina terminó de hacer todo. En su peregrinaje por el castillo abrió una puerta de doble hoja y miró en su interior. Se fijó en los muebles antiguos y en la decoración. Era un salón o una sala de estar. En un rincón había un enorme piano de cola.

Fue un impuso que no pensó el que la llevó a entrar en la estancia y a acercarse al piano. Pasó la mano por el borde con deliberada lentitud. El resplandor de la luna creciente que se colaba por la ventana le arrancaba destellos plateados al barniz de la madera.

Levantó la tapa con cuidado y paseó la yema de los dedos por las suaves teclas. Le hubiera encantado aprender a tocarlo. El piano era su instrumento musical favorito. Incluso alguna vez, siendo niña, había soñado con convertirse en una gran concertista. Sonrió al acordarse, sin poder evitar sentir nostalgia por esos tiempos.

Su dedo índice acariciaba una tecla negra cuando percibió que no estaba sola. Apartó la mano del piano y se dio la vuelta. Se quedó sin respiración al ver a Christos en el umbral de la puerta que había dejado abierta. Estaba envuelto entre las sombras de la noche y su rostro permanecía en la penumbra. Tenía un aspecto sombrío, incluso amenazador.

—No estoy en el ala sur, ¿verdad? —preguntó Martina con cautela, rompiendo el silencio. Había dado tantas vueltas por el castillo que había posibilidades de que se hubiera metido donde no debía.

—Veo que cumple las condiciones que le impuse —habló Christos.

—Qué remedio me queda —se atrevió a replicar Martina—. No quiero darle un motivo para que me despida.

—¿Siempre tiene algo que decir?

Martina sintió que la voz profunda de Christos la envolvía como una mano grande y fuerte de terciopelo. Joder.

—¿Por qué dice eso?

—Porque parece ser una persona que no se resigna con facilidad.

A Martina no le desagradó que Christos Blair tuviera ese concepto de ella. Así sabía a qué se

enfrentaba. No se daba por vencida a la primera.

—¿No cree que todo sería más fácil si dejara que lo viera? —le preguntó.

—No quiero causarle pesadillas, señorita Ferrer —respondió Christos.

Movió la mano izquierda y Martina vio que tenía puesto un guante de cuero negro en ella. Supuso que era para ocultar las cicatrices.

—No soy una niña, no me asusto fácilmente —contestó categórica.

—No afirme eso con tanta rotundidad. Le aseguro que a los lugareños no les falta razón para decir que soy la «bestia de las Highlands».

—Unas cicatrices no convierten a un hombre en una bestia —dijo Martina.

—¿Y qué lo convierte en una bestia, señorita Ferrer? —le preguntó Christos.

Su voz profunda y algo rasposa hizo que a Martina le temblaran las piernas otra vez. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué le afectaba de esa manera?

—El carácter, la falta de valores, de principios, de escrúpulos… —respondió.

—Si es así, yo soy tan bestia por fuera como por dentro —dijo Christos.

Martina se quedó sin palabras ante su afirmación. ¿Tan mala persona era Christos Blair?

—Cierre la puerta cuando se vaya —fue lo siguiente que dijo él antes de darse la vuelta y ser engullido por las sombras.

Su embriagador aroma, una mezcla de varias esencias que Martina no supo detectar, permaneció flotando en el aire unos segundos después de desaparecer por el pasillo.

—Vale —musitó a la nada.

Martina se sentía confusa en cierta manera y no sabía por qué. ¿Era Christos Blair quien le producía esa confusión? Había algo tan misterioso como morboso en su forma de actuar y de interactuar con ella. La noche, las sombras por las que se movía siempre, la voz profunda y masculina, la serenidad con la que hablaba… Además, había en él una mezcla de dureza y vulnerabilidad que despertaba su curiosidad.

Cabeceó enérgicamente para expulsar esos pensamientos de su mente y echó a andar hacia la puerta. Cerró y se fue a su habitación.

CAPÍTULO 8

Eran poco más de las siete y media de la mañana. Martina acababa de despertarse. Entre bostezos andaba trasteando con el móvil en la cama cuando oyó que hablaban en el patio trasero. Reconoció las voces de Christos y de Edward.

Dejó el móvil en la mesilla, apartó las sábanas a un lado y se dirigió a la ventana con los pies descalzos. Alargó la mano y con los dedos descorrió un poco la cortina. Lo suficiente para ver qué ocurría abajo, pero no tanto como para que la vieran a ella.

Cuando vio a Christos sintió como si recibiera un golpe en el pecho.

Joder, qué hombre.

Se encontraba de espaldas a ella. El cabello era castaño oscuro y abundante, y lo llevaba despeinado. Los hombros eran anchos y cuadrados y el torso parecía hecho de acero bajo la sudadera negra. Los pantalones de montar que se había puesto contorneaban sus piernas hasta quitar el hipo. Calzaba pulidas botas altas y era tan alto que resultaba abrumador.

Algo en él hablaba de poder y de peligro.

A Martina se le erizó todo el vello del cuerpo.

Trasteaba habilidosamente con la silla de montar, cuya cincha ajustaba en ese momento a un precioso caballo de pelaje gris oscuro, mientras Edward intercambiaba algunas palabras con él y acariciaba la cabeza del animal.

Christos cerró la mano en torno a la crin, metió el pie izquierdo en el estribo y de un impulso extremadamente ágil se subió al caballo. Era puro espectáculo ver a un hombre de su porte sobre un caballo como aquel.

Erguido en el animal, levantó los brazos, cogió la capucha de la sudadera y se la echó sobre la cabeza para ocultar su rostro. Después tomó las riendas que le tendía Edward. Su mano izquierda estaba enguantada, como había observado Martina la noche que se habían encontrado en el salón del piano, mientras que la derecha no llevaba nada.

Christos se aseguraba muy bien de que ninguna de sus cicatrices quedara al descubierto.

Giró un poco el rostro y dio unas indicaciones a Edward, que asintió con la cabeza. En ese momento Martina pudo ver el perfil recto de su nariz y parte de la angulosa mandíbula. Fue suficiente para saber que tenía un atractivo arrollador.

Christos picó espuela en los costados del caballo y salió a galope por el patio del castillo dibujando una estampa formidable, con un sol que esbozaba apenas las primeras luces del amanecer y llenaba el cielo de matices púrpuras y rosas.

Mientras lo veía alejarse por la extensa pradera verde, Martina se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Fue entonces cuando soltó el aire de los pulmones y se pasó la mano por el pelo.

Se sentía turbada, como si se estuviera recuperando de un golpe que le hubieran dado en la cabeza. Llevaba ya varios días en aquel castillo y cada vez encontraba menos explicación a lo que sentía.

Se duchó, se puso unos vaqueros claros y un jersey de lana fina de color rosa y bajó a la cocina.

Por la ventana vio que Edward seguía trabajando en los establos. Sacó dos tazas de un armario y preparó un par de cafés. Cogió las dos tazas y salió con ellas al patio trasero. La mañana estaba fresca y corría una brisa que traía la humedad y el olor a salitre de la playa.

—Me he permitido el atrevimiento de prepararte un café —dijo Martina cuando se acercó a Edward.

Era un hombre que le caía bien y que le daba cierta ternura, sobre todo desde que el primer día que habían hablado había advertido en sus ojos la tristeza que le producía la muerte de su esposa un año antes.

Él miró la taza que le ofrecía con extrañeza en el rostro, visiblemente sorprendido por el gesto.

—Le he echado leche y una cucharadita de azúcar. Espero que te guste.

—Está perfecto —dijo Edward—. Gracias.

Martina simplemente sonrió. Edward se sacudió el polvo de las manos en el pantalón de pana y cogió la taza.

—La verdad es que se agradece. En octubre el aire y el frío ya empiezan a adueñarse de estas tierras.

—Por eso he pensado que te vendría bien —arguyó Martina. Después se acercó la taza a los labios y dio un sorbo de su café.

—Sí, viene muy bien —dijo Edward—. Pero no tenías que haberte molestado…

—Creo que tú vas a ser mi único amigo aquí —repuso Martina.

—¿No van bien las cosas con el señor Blair?

Martina sujetó la taza con las dos manos.

—Tú le conoces mejor que yo… Christos no va a permitir que me acerque a él, y parece estar dispuesto a hacer que me arrepienta de haber aceptado este trabajo.

Edward bebió y se pasó la mano por la nuca.

—Es probable que tengas razón.

Ella sabía que la tenía, que estaba en lo cierto.

—¿Siempre ha sido así? ¿Tan distante? —preguntó.

Edward afirmó con la cabeza y lanzó un vistazo a la fortaleza.

—Compró este castillo después del accidente y lo hizo para aislarse del mundo, para que nadie se le acercara, para no tener contacto con ninguna persona…

Esas palabras eran un rotundo sí.

—Yo creo que se equivoca —dijo Martina—. Uno no puede dejar de lado la vida por unas cicatrices, incluso aunque sean muy profundas.

—Cada persona se toma las cosas que le suceden de manera diferente. El señor Blair no quiere la compasión de nadie, por eso está aquí.

Compasión…

Martina se quedó unos segundos pensando en lo que había dicho Edward. Quizá ese era el camino para llegar a Christos. No mostrando lástima por él y tratándole como si fuera un hombre normal, sin cicatrices, obviando las trágicas consecuencias que le había dejado el accidente. Martina dio un par de vueltas a esa idea en la cabeza. Sí, quizá ese fuera el camino.

Un caballo relinchó dentro del establo. Martina miró por encima del hombro de Edward.

—¿Tienes un ratito para enseñarme los caballos? —le preguntó.

—Claro —contestó Edward de buen ánimo—. Después de haberme traído un café, negarme sería una grosería —bromeó.

Se terminaron el café, dejaron las tazas encima de una pila de vigas que había en el suelo y se adentraron en el establo.

El lugar era una amplia estructura de madera, con techos altos de estilo rural. A ambos lados se abrían los compartimentos donde se encontraban los caballos. Dos de ellos, uno zaino y otro pardo, se asomaban por la puerta.

—¿Te gustan los caballos? —le preguntó Edward a Martina, acercándose al zaino.

—Mucho. Cuando era pequeña mi padre tuvo una yegua y muchas veces mi hermano y yo la montábamos —contestó Martina, siguiendo sus pasos.

—Imagino que no vivías en una ciudad.

—No, soy de un pequeño pueblo de Asturias, en el norte de España. Cabalgábamos por las extensas praderas.

Edward alargó el brazo y acarició la cabeza del animal, que relinchó y se movió dentro del cubículo. Martina imitó su gesto y le pasó la mano por detrás de la oreja. El caballo bajó la cabeza y ella volvió a acariciarlo. Era un ejemplar precioso, parecía de concurso, y le brillaba el pelaje como si se lo cepillaran todos los días.

—Podrías montar a cualquiera de estos dos —dijo Edward—. Son los más dóciles y nobles. La más temperamental es Hestia, la yegua que se ha llevado hoy el señor Blair. Solo deja que sea él quien se suba en ella. Yo nunca he podido, y eso que tengo experiencia —explicó—. Cronos y

Atenea son más tranquilos. No tendrás ningún problema con ellos si un día quieres darte un paseo encima de sus lomos.

A Martina le hizo sonreír que Christos hubiera puesto a sus caballos el nombre de dioses y diosas griegas. Había sido una buena elección.

—Tal vez un día me anime —dijo.

—Avísame y te prepararé el que quieras —se ofreció Edward—. Y si necesitas algo, vivo en la primera casa a la derecha entrando en el pueblo por el camino, a poco menos de un kilómetro.

Martina miró al hombre y se alegró de que estuviera allí. Al menos tendría a alguien con quien hablar, porque con Christos iba a ser imposible. Se le veía buena persona y con las suficientes agallas para trabajar para la «bestia de las Highlands».

—Gracias —le agradeció.

CAPÍTULO 9

Christos galopaba por el extenso y verde prado a lomos de Hestia, azuzándola hasta ponerla al límite, como hacía con sus lujosos coches unos años atrás. Solo en esos momentos sentía estar rozando algo de libertad, solo en esos momentos sentía ser un poco el Christos de antes. Cuando el aire le daba en la cara y se hacía a la idea de que estaba solo en el mundo y que nadie lo miraría jamás como lo había hecho la gente cuando le quitaron las vendas y su rostro quedó al descubierto.

Incluso Ashley le había mirado con una mal disimulada repugnancia. No se lo reprochaba. En los meses que habían sido pareja había visto que disimular no era lo suyo. Al final le abandonó porque no podía soportar que no fuera como antes, que hubiera desaparecido su belleza de Adonis.

El chico malo de Londres, por el que todas las mujeres suspiraban y que ella había finalmente conseguido llevarse a la cama, se había convertido de un día para otro en un monstruo capaz de producir pesadillas a quien lo mirara.

Pero de eso habían pasado más de seis años y poco quedaba del Christos de aquel entonces; del hombre excesivo que se bebía la vida a borbotones sin pensar en las consecuencias.

Tiró de las riendas con fuerza y Hestia disminuyó la velocidad hasta detenerse frente a un acantilado. En el fondo el mar se extendía inmenso hacia el horizonte como una balsa de acero.

La mañana estaba tranquila, con un azul pálido en el apacible cielo, aunque corría una brisa ligeramente fría.

Christos inhaló hondo, llenándose los pulmones del aire fresco que soplaba en lo alto del

precipicio. Reposó la mirada en el punto donde el mar y el cielo se unían en una línea que parecía mágica. Si de algo podía presumir Escocia era de vistas de ensueño.

Pensó un momento en la española, en Martina. Por primera vez desde que había decidido alejarse del mundo y recluirse en el castillo, se sentía inquieto. Con una zozobra extraña en el cuerpo. Y eso le ponía de mal humor. Incluso Edward lo había notado, pero había preferido pasarlo por alto. Era un hombre sensato y leal que le hacía la vida fácil, y su único amigo allí.

Suspiró.

No le gustaba dar a la presencia de Martina en el castillo ningún tipo de importancia. Terminaría yéndose, como todas las demás. Era solo una cuestión de tiempo. No debería importarle, no quería que le importara. Sin embargo parecía percibirla en el aire, en los rincones… Apretó los dientes y un músculo se marcó tenaz en su mandíbula.

Su vida estaba hecha y perfectamente organizada entre los muros infranqueables de la fortaleza que había elegido para pasar el resto de su vida. Se había conformado con dirigir sus empresas desde su despacho, montar a caballo o correr por la playa. Pero estaba esa inquietud que sentía y que amenazaba con hacer que se tambalease todo.

Se había detenido en el umbral de la puerta del salón del piano sin saber por qué. ¿Qué le había impulsado a hacerlo si ella estaba allí? Él evitaba a la gente, no quería relacionarse con nadie, por eso estaba en ese castillo, y sin saber la razón, se había quedado observando a Martina acariciar con devoción las teclas del piano, mientras el resplandor de la luna la envolvía en una luz plateada.

Después de un rato embebido en el silencio, solo roto por el sonido de las olas de la playa, tiró de las riendas para que Hestia girara, espoleó sus lomos y se lanzó a galope para volver al castillo.

Al llegar, se bajó de la yegua de un movimiento ligero y rápido. Edward salió del establo a su encuentro y Christos le pasó las riendas de Hestia para que se encargara de ella.

Estaba sacando el móvil de una de las pequeñas alforjas que le ponía a la yegua, para consultar si tenía alguna llamada de trabajo, cuando vio las dos tazas en lo alto del montón de vigas de

madera.

—¿Has tenido compañía? —le preguntó a Edward con suspicacia en la voz.

—Sí, Martina ha sido tan amable de traerme un café esta mañana —respondió él en tono despreocupado.

Christos lo miró de reojo, al tiempo que se bajaba la capucha de la sudadera y dejaba al descubierto su rostro.

—Muy amable, sí —dijo con la boca pequeña, casi entre dientes.

—Una chica muy agradable tu nueva asistente —comentó Edward, como el que no quiere la cosa.

Christos estiró y encogió unas cuantas veces los dedos de la mano en la que llevaba el guante para evitar que se le entumeciera. Desde el accidente, aparte de los desgarros sufridos en ella, había perdido movimiento y todos los días tenía que ejercitarla para que no se le agarrotara.

—¿Tú crees? —dijo con ironía.

—Ninguna de tus anteriores asistentes ha tenido un detalle así conmigo —siguió hablando Edward, que estaba encantado de que Martina le dispensara parte de su atención. Desde la muerte de su esposa se sentía bastante solo.

—Ninguna ha durado lo suficiente como para tener un detalle —le rebatió Christos con escepticismo.

—No le quites méritos a Martina. Es una buena chica, Blair —dijo.

—Me da igual si es una buena chica o no, no la quiero aquí —atajó Christos con fastidio, sin ningún tipo de condescendencia.

Y no dijo nada más. No era precisamente un hombre de muchas palabras. Se limitó a darse media vuelta y a dirigirse al castillo a zancadas.

Edward lo observó alejarse negando con la cabeza. ¿Por qué Christos Blair se empeñaba en echar a todo el mundo de su lado? ¿Por qué no le daba una oportunidad a nadie? ¿Por qué se empeñaba en vivir en la oscuridad? ¿Entre las insondables sombras de una fortaleza a kilómetros de la vida que él había estado acostumbrado a llevar?

Haciendo un esfuerzo, Edward podía llegar a entender que se encerrara en ese castillo. Pero ya eran muchos años de reclusión, muchos años sin ver el mundo…

Pensó con pena que se le estaba pasando la vida sin disfrutarla y sin darse cuenta.

Christos se disponía a subir por la escalera del servicio a su habitación para ducharse y cambiarse, y continuar con su jornada de trabajo, pero escuchó a Martina trasteando en la cocina y algo lo llevó hasta allí.

Estaba de espaldas, preparando la comida sobre la encimera y canturreaba la canción de *Purple Rain* de Prince con poca afinación. Mejor dicho, con ninguna afinación. De hecho, parecía que estaba atropellando a un gato.

Apoyó el hombro en la jamba de la puerta y la observó unos instantes en silencio.

Tenía que admitir, aunque fuera a regañadientes, que era preciosa, y esa era una cualidad que saltaba a la vista de cualquiera que la mirara. Cuando la tenía cerca era muy consciente de ella, del aroma a rosas y primavera que parecía flotar a su alrededor.

Y eso lo irritaba.

Profundamente.

Su hermana quería torturarlo. Definitivamente quería torturarlo, por eso le había mandado a aquella española a casa.

—Si Prince levantara la cabeza la denunciaría, señorita Ferrer —se encontró diciendo, aunque su intención era girarse e irse de allí.

Martina sonrió.

—¿Por qué dice eso? —preguntó fingiendo inocencia y sin dejar de cortar unos pimientos.

Aunque sabía muy bien por qué lo decía. Su padre le había recriminado más de una vez lo mal que cantaba. No era nuevo para ella que alguien percibiera su falta de talento vocal.

—Por el destrozo que está haciendo a su canción —contestó Christos.

—Exagera.

—Ni siquiera debería tararearla.

Martina se rio deliciosamente.

—Es usted muy grosero, señor Blair —dijo en tono de broma.

Abrió la nevera y sacó un cuenco con tomates que iba a utilizar para hacer la guarnición de la carne que estaba preparando.

—Estoy siendo muy generoso calificando sus dotes musicales, señorita Ferrer —repuso él—. Le agradecería que no volviera a cantar, porque deseo preservar mi oído —se mofó, sarcástico.

—Como usted quiera, *milord* —dijo Martina, mordaz.

Se giró, pero Christos ya no estaba. Había desaparecido. Dejó escapar un suspiro.

CAPÍTULO 10

Después de un par de semanas, Martina aprovechó su día libre para dar un paseo por los alrededores del castillo con su cámara fotográfica a cuestas. Las jornadas anteriores había preferido quedarse en el castillo poniéndose al día con los chismes de las chicas, descansando y terminando de acomodarse, pero ahora le apetecía salir y descubrir aquellos parajes.

Edward le había dado indicaciones de lugares donde podría sacar algunas buenas imágenes. Pero antes hizo unas cuantas instantáneas desde los muros de piedra que flanqueaban el camino de entrada al castillo.

El valle que discurría como una alfombra por uno de los lados de la fortaleza se componía de una amalgama de tonos verde esmeralda y marrón anaranjado que tenía que inmortalizar.

Encendió la cámara y seleccionó las condiciones de ambiente y luz. Guiñó un ojo para mirar a través del visor y encuadrar la panorámica exacta que quería atrapar, graduó los anillos de enfoque y disparó.

Se movió un par de pasos para cambiar la perspectiva y disparó unas cuantas veces más.

Christos descorrió un poco la cortina de su habitación y la observó operar. Le gustaba la fotografía, por lo que podía ver. Le sorprendió que Martina tuviera inquietudes más allá de cotillear, maquillarse o pasear por la milla de oro de Londres buscando el último vestido de moda, como ocurría con las mujeres con las que él solía salir.

Hace años, en sus tiempos más salvajes y locos, no habría dudado en llevarse a Martina a la cama si se la hubiera encontrado en un bar (era preciosa y a él le gustaban las cosas bonitas). Aunque la hubiera dejado a la mañana siguiente sin miramientos por no ser de su misma clase

social. No hubiera echado con ella más de un polvo una noche por no ser una *esnob*, por no ser hija de un millonario, por no ser una aristócrata, por no tener posición... Así de cabrón era y así de clasista. Pero no quería pensar en ese Christos. Se negaba a hacerlo. Había llegado a odiar al hombre que había sido, porque era ruin, bajo, mezquino y egoísta.

Martina se volvió hacia el castillo y una ráfaga de aire le alborotó algunos mechones de pelo sobre el rostro. Su cabello destelló con matices caoba bajo los tibios rayos de sol que se colaban entre las nubes. Si él hubiera tenido una cámara, le hubiera hecho una foto en ese momento para perpetuar la imagen.

Se llevó la mano a la cara y se tocó las cicatrices que surcaban el lado izquierdo de arriba abajo. La belleza de Martina no hacía otra cosa que resaltar su fealdad, su rostro de bestia. Sus cicatrices parecían más marcadas y profundas que nunca.

Cuando Martina miró distraídamente hacia su ventana, Christos dio un rápido paso atrás para que ella no pudiese verlo. Después dejo caer la cortina y la observó alejarse con despreocupación por el camino en dirección al pueblo.

Abrió y cerró la mano izquierda varias veces para aliviar la molestia que sentía en los músculos y tendones dañados, mientras se dirigía a la mesilla.

Sobre ella había una pistola.

Era una Colt Single, con un cañón plateado de cinco pulgadas y media, profusamente labrado por Cuno Helfricht y fabricada en 1888, con la culata blanca. Una preciosa arma de coleccionista que se había encontrado casualmente en el castillo y que, pese a su antigüedad, funcionaba perfectamente.

Siempre estaba sobre la mesilla y siempre estaba cargada con una bala.

Puede que un día la soledad se volviera insoportable. Puede que un día se cansara de llevar esa vida vacía y anodina. Y entonces ese día, por fin, acabaría con todo.

Por esa razón no dejaba que nadie entrara en su habitación, que nadie excepto él pusiera un pie allí. No quería que nadie descubriera sus intenciones.

La Colt Single era su bien más preciado en aquel momento. Al lado había una máscara de

metacrilato blanca que había mandado hacer, para ocultar como fuera bajo ella la mitad dañada de la cara.

Desesperado, la había utilizado al principio, cuando le quitaron los vendajes y se quedó jadeando sin aire al ver la brutal devastación de parte de su rostro, convertido ahora en una maraña de tejido anudado de forma irregular y piel quemada, al igual que el lado izquierdo de su cuerpo, y preguntándose por qué seguía respirando y si no hubiera sido mejor que se hubiera matado en el accidente.

El «Adonis de Londres», como le llamaban algunos medios sensacionalistas, se había transformado en un monstruo. La vida había castigado su arrogancia, su vanidad y su egoísmo destrozándole la cara.

Se lo merecía, quizá, pensaba en alguna ocasión Christos, mientras maldecía en silencio su mala suerte por no haberse matado.

Para no ver la bestia en la que se había convertido, había quitado todos los espejos del castillo y prohibía poner alguno en la decoración. Era una de sus normas. Se encontraba con demasiados fantasmas en ellos. Demasiadas cosas que no quería ver. Cuando se miraba solo veía el accidente y sus terribles consecuencias. Solo veía el vergonzoso legado que le había dejado su vida de desenfreno, vicios y escándalos. Por eso apenas reparaba ya en ellas, excepto para comprobar que seguían ahí.

Martina estaba ya a cierta distancia del castillo. Caminaba sin rumbo por aquellos preciosos parajes disparando instantáneas aquí y allí.

Salvando las distancias. No podía dejar de ver muchas similitudes entre Escocia y su querida Asturias. Ambas eran verdes, vibrantes; ambas estaban cargadas de Historia y de leyendas.

Se detuvo en mitad de un estrecho sendero de tierra que se abría en la estepa verde y miró a lo lejos. Las montañas dominaban el horizonte con una magnificencia sin igual y cernían su sombra

sobre los soleados valles. Un ligero viento movía los árboles que salpicaban la zona, estremeciendo sus ramas.

Se sentó en unas piedras que había a un lado del camino con la cámara en el regazo. Cerró los ojos y se llenó los pulmones de aire, sintiendo la tierra bajo sus pies.

Escocia era preciosa, y aunque en un principio se había preguntado qué coño pintaba ella allí, en ese momento sabía que no podía estar en otro lugar que no fuera aquel.

Su teléfono móvil sonó. Martina emergió de sus pensamientos y lo sacó del bolsillo del pantalón. Sonrió al ver que era Blanca.

—Hola —dijo al descolgar.

—¿Cómo estás, guapa?

—Bien, ¿y tú?

—Pues estaba aquí un poco aburrida y me he dicho: voy a llamar a Martina a ver que anda haciendo…

—Estoy dando un paseo por los alrededores del castillo y haciendo unas fotos.

Blanca sonrió al otro lado de la línea.

—Érase una chica a una cámara pegada… —bromeó.

—¿Ahora te da por hacer versos libres de Góngora? —dijo Martina.

—Es el aburrimiento —contestó Blanca.

—Tengo el día libre y me apetecía salir del castillo.

—¿Qué tal te va con «la bestia de las Highlands»?

Martina alzo los hombros.

—No se puede decir que nuestra relación progrese.

—¿No va bien?

—Christos es un hombre muy reservado. Está cerrado en banda y no hay forma de sacarlo de su ostracismo. No deja que nadie se le acerque.

—¿Y esperabas otra cosa? —le preguntó Blanca.

—No sé… —Martina empezó a juguetear con unas espigas—. Todo sería más fácil si nuestra

relación fuera un poco más fluida, si se abriera… —dijo—. Y si fuera menos borde —añadió.

—Desde luego no pasaría nada porque fuera amable —apuntó Blanca.

—Llevo aquí ya varias semanas y su actitud no ha cambiado nada —continuó hablando Martina—. Sigue encerrado sin dejarse ver y, si por casualidad nos encontramos, se asegura muy bien de que no le vea el rostro.

—La situación en la que se encuentra tiene que ser dura. Christos Blair lo tenía todo, Martina. Todo —repitió—, y ese accidente le cambió la vida para siempre.

—Pero ya han pasado muchos años. No puede vivir en las sombras eternamente —rebatió Martina—. No puede aislarse del mundo de la manera que lo hace. No deja que nadie se le acerque. El único amigo que tiene es Edward, el empleado que le ayuda con el mantenimiento del castillo y los establos.

—Según hablas, parece que has hecho un viaje en el tiempo y has retrocedido hasta la Edad Media.

Martina dejó escapar una risilla.

—Pues si vieras el castillo por dentro ya no tendrías ninguna duda de que estás en el Medievo —dijo.

—A ti siempre te han gustado las novelas de esa época, así que en cierto modo estarás encantada —comentó Blanca.

—Sí, pero en esta historia en vez de un caballero hay una bestia… —repuso Martina.

Blanca conocía lo suficiente a Martina como para saber qué algo le pasaba.

—Martina, Christos Blair no es tu responsabilidad. Él ha elegido ese modo de vida y hay que respetarlo —le dijo—. Tú solo eres responsable de ti. Tú solo te tienes que preocupar de estar bien, que ya es bastante.

—Estoy bien —contestó Martina—. Escocia me gusta mucho más de lo que pensé cuando Penélope Blair me ofreció este trabajo. A pesar del constante mal humor de Christos, me siento tranquila. Necesitaba estar en un sitio como este, por lo menos durante un tiempo. Aquí estoy consiguiendo un poco de esa paz que tanto ansiaba.

—Me alegro mucho por ti, Martina. Últimamente lo has pasado muy mal y te mereces recuperarte y volver a ser la que eras.

—Además, Escocia me recuerda un poco a Asturias… —agregó Martina.

Blanca lanzó al aire un suspiro con sabor a nostalgia.

—Ay, nuestra Asturias querida.

—A veces la echo de menos.

—Y yo, y a ti también te echo de menos —dijo Blanca.

Martina sintió un acceso de tristeza.

—Y yo a vosotras un montón.

A Blanca se le ocurrió algo.

—¿Qué te parece si el próximo día que tengas libre quedamos las tres en Edimburgo y pasamos el día juntas? —propuso.

—Me encanta la idea —dijo Martina, entusiasmada. Tenía muchas ganas de ver a sus amigas.

—Se lo comento a Alba y te digo algo, ¿vale?

—Vale.

CAPÍTULO 11

Christos desvió los ojos hacia la esquina derecha inferior de la pantalla y miró el reloj del ordenador mientras echaba un último vistazo a la parte del programa informático que acababa de diseñar para asegurarse de que no tuviera ningún fallo. Sin embargo encontró tres errores seguidos y eso le hizo lanzar un bufido malhumorado al aire.

¡Joder, parecía un puto principiante!

Volvió a consultar el reloj. Solo habían pasado cinco minutos desde la última vez que lo había mirado. Solo cinco minutos.

Echó hacia atrás el sillón de cuero con un estrepitoso ruido, se levantó y se dirigió a la ventana. Descorrió la cortina y miró hacia el camino que bajaba al pueblo.

Había anochecido hacia un buen rato y la señorita Ferrer no había vuelto. No la había visto regresar y tampoco la había sentido andar por el castillo como otras veces.

¿Dónde se había metido todo el día? ¿Tantas cosas tenía que ver y que fotografiar?

Soltó la cortina de mala gana para que volviera a su posición y salió del despacho. Bajó por la escalera del servicio en busca de Edward, al que se encontró en la cocina.

—¿Has visto a la señorita Ferrer? —le preguntó.

—No. Esta mañana salió a dar una vuelta por los alrededores. Según me dijo, quería hacer unas fotografías —respondió Edward.

—¿Y todavía no ha regresado?

—No —negó de nuevo el hombre.

—Debería estar ya aquí —dijo Christos, impaciente y con un matiz autoritario en la voz.

—Es su día libre, ¿no?

—Sí.

—¿Necesitas algo? —Edward no entendía la reacción de Christos—. Ha dejado la cena hecha, solo tienes que calentarla.

—No necesito nada. Pero es de noche —atajó Christos, moviéndose incómodo en el sitio—. No estamos en una ciudad, estamos en mitad de la nada. Le puede haber pasado algo...

—Es una persona adulta, sabe cuidarse sola.

Pero a Christos no le convencía ese argumento. A las personas adultas les pasaban cosas todos los días.

—Se puede haber caído en algún lado o haber tenido algún tipo de accidente… —Se pasó la mano por el pelo—. No quiero andar en jaleos de hospitales ni buscarme un problema por su culpa.

Edward movió la cabeza. En eso se resumía todo. En no verse envuelto en hospitales ni buscarse un problema. De ahí la preocupación. Edward lo entendió todo en ese momento. ¿Por qué otro motivo iba a preocuparse Blair por Martina?

—Seguro que está bien —dijo.

—Avísame cuando llegue —fue lo siguiente que dijo Christos.

Seguidamente se dio la vuelta y volvió al despacho por la escalera del servicio, una escalera que solo utilizaba él y que había sido del personal de servicio cuando el castillo pertenecía al anterior dueño.

Martina hizo una foto a la luna llena que coronaba el cielo como si fuera un enorme medallón blanco y encaró los últimos metros hasta el castillo. El resplandor era tan intenso que iluminaba el camino como si fuera una farola gigante.

No podía con el culo. Subía los peldaños de la escalera del vestíbulo casi arrastrando los pies.

Había estado todo el día pateándose los alrededores del castillo (solo parte, porque era interminable), incluso había bajado al pueblo a comer en una pequeña taberna, y había hecho un poco de turismo.

Era una aldea preciosa, aunque algunos lugareños la miraban conscientes de que era la chica que estaba trabajando para «la bestia de las Highlands». Seguro que muchos la hacían ya fuera del castillo o… empalada en una de las torres, a juzgar por lo mal que hablaban de Christos Blair.

Enfilaba los pasos hacia su habitación cuando la voz de Christos la sorprendió.

—¿No cree que ya era hora de que volviera? —le preguntó.

Martina se sobresaltó al oír su voz profunda y rasposa a solo unos metros de ella. Se llevó la mano al pecho, porque el corazón empezó a latirle a toda velocidad. Pero no sabía exactamente si era por la sorpresa o por la presencia de Christos.

—¿Perdón? —dijo, volviéndose hacia él.

Como siempre, Christos se mantenía perfectamente oculto entre las sombras, como si la oscuridad pudiera esconder la realidad de su rostro.

Martina escudriñó la penumbra, pero solo alcanzó a entrever el perfil de su silueta y la mano enguantada que apoyaba en la balaustrada de piedra.

—Señorita Ferrer, no está en una ciudad. Aquí la noche es peligrosa.

—Estamos en medio de la nada. ¿Cree que me van a secuestrar?

—Por supuesto que no, pero es una zona escarpada y llena de acantilados y barrancos. Puede caerse —dijo seco.

Martina no se podía creer que le estuviera echando la bronca.

—¿Me está regañando? —preguntó.

—Tómeselo como quiera, pero no vuelva a venir de noche. No quiero tener que ordenar a Edward que la lleve al hospital en el caso de que sufra un accidente.

—¿No cree que se está excediendo en su papel de jefe, señor Blair? Es mi día libre, y en mi día libre puedo hacer lo que quiera —protestó Martina. No podía decir que Christos no la imponía,

pero tenía que defender sus derechos—. Además, se cuidarme sola. No soy una niña pequeña. No hace falta que se preocupe por mí.

Christos había apretado involuntariamente la mandíbula y solo se dio cuenta cuando empezó a dolerle el rostro de la fuerza que estaba haciendo. Había llegado a pensar que le podía haber pasado algo y la española hablaba de que no hacía falta que se preocupara por ella, que no era una niña.

—Señorita Ferrer, lo que le pase me da igual. Pero no quiero andar en hospitales solo por su mala cabeza y buscarme un problema —dijo Christos en tono duro—. Va a tener más días libres para que pasee todo lo que le dé la gana y para que haga todas las fotos que quiera.

A Martina le sentó como una patada en el culo el tono que estaba utilizando. ¿Cómo podía ser tan borde? ¿Es que nunca se cansaba? Encima le estaba dejando claro que lo que le pasara le importaba una mierda.

Iba a darle réplica, pero Christos desapareció engullido por la penumbra del mismo modo que había aparecido.

—¿Por qué siempre me deja con la palabra en la boca? —gritó Martina, pero no obtuvo ninguna respuesta, solo el sonido de la puerta del despacho de Christos cerrándose de golpe.

Cogió aire y resopló.

—¿Qué le pasa a este hombre? —se preguntó de camino a su habitación.

CAPÍTULO 12

Martina entró en la habitación, dejó la mochila encima de la cama y se desplomó sobre el colchón. Alzó las manos y se frotó la cara con ellas.

¿Es que Christos Blair no se sacaba nunca el palo del culo? ¿Nunca se relajaba? Se pasaba el día gruñendo. ¿Lo hacía por deporte?, ¿o porque le gustaba mucho tocar los huevos?

Era un *tocacojones*, pero había algo que a ella le removía por dentro. Su voz se le metía hasta el fondo de los huesos y parecía hacerlos vibrar, como si fueran un instrumento musical.

Era todo muy raro porque ni siquiera le había visto la cara y sus modales dejaban mucho que desear. Sin embargo le rodeaba un misterio y un cierto magnetismo sensual que iba más allá de la simple lógica de las circunstancias, y también, ¿por qué no decirlo?, tenía una especie de morbo que le producía cosquillas en el estómago.

Tenía que sacarse aquellas tonterías de la cabeza porque Christos Blair nunca le iba a hacer caso.

En ese instante sonó el móvil.

Martina se incorporó en un codo, abrió el compartimento de la mochila en el que lo había guardado y lo sacó. Se extrañó al ver en la pantalla el nombre de Penélope Blair. ¿La habría llamado Christos para quejarse de ella por la discusión que acababan de tener? ¿Iba a despedirla? Quizá se había excedido.

—Hola —dijo al descolgar.

Su tono de voz sonaba cauteloso.

—Buenas noches, señorita Ferrer —la saludó Penélope—. ¿Cómo está?

—Bien.

«Volviéndome loca gracias a tu hermano», se dijo a sí misma.

—La llamo para preguntarle qué tal le va con Christos.

Martina respiró aliviada. No había llamado para mandarla de vuelta a Londres con las maletas.

—Bueno, no somos los mejores amigos del mundo —contestó, suavizando la respuesta.

No iba a ser tan maleducada de decirle que le iba como el culo con él, que era un hombre imposible y que a ratos le daban ganas de darle un puñetazo en la nariz.

Penélope sonrió al otro lado de la línea telefónica. Sabía que Martina estaba siendo benevolente. Conocía perfectamente a su hermano y estaba en disposición de aseverar que no estaría siendo especialmente amable con ella. Se comportaba como un ogro.

—Justo ahora acaba de regañarme —le contó Martina, revolviéndose el pelo con la mano.

—¿Por qué?

—Tenía el día libre y me he ido a dar una vuelta por el pueblo y por los alrededores del castillo para hacer unas fotos, y no le ha gustado que volviera de noche.

—Pero es su día libre, puede hacer lo que quiera —arguyó Penélope Blair.

—Eso mismo le he dicho yo. Pero me ha soltado que de noche la zona es peligrosa porque tiene acantilados y barrancos; que puedo tener un accidente y que no quiere buscarse un problema ni andar con líos de hospitales —dijo Martina.

Penélope suspiró, volviendo los ojos. Su hermano era más insoportable de lo que se imaginaba. ¿Tenía que quejarse de cualquier cosa? ¿Qué le importaba a él si la asistente volvía de noche o de día? No le extrañaba que las anteriores chicas que le había mandado hubieran salido corriendo despavoridas.

—Supongo que trata de buscar bronca por cualquier motivo, aunque no tenga razón… —afirmó.

—Algo así —dijo Martina en un tono que sonaba a resignación.

Penélope cogió aire antes de hablar.

—Señorita Ferrer, no se tome lo que le diga Christos como algo personal. Él es así con todo el

mundo. Ya ha visto la suerte que han corrido las anteriores asistentes. Es todo un triunfo que usted siga allí —afirmó, como si quisiera animarla—. Sus predecesoras no fueron tan valientes; se marcharon la primera semana. Creo recordar que una de ellas duró semana y media…

Martina sonrió.

—Visto así sí que parece un triunfo.

—Lo es.

—Le confieso que cuando he visto su nombre en la pantalla del móvil he pensado que Christos la había llamado para quejarse de mí y que me despidiera.

—No voy a despedirla, se lo aseguro —dijo Penélope Blair, muy convencida de lo que decía.

No tenía ninguna intención de echarla. Ninguna.

—¿Y su hermano no la ha llamado para quejarse de mí en este tiempo que llevo trabajando para él? —curioseó Martina.

—Aunque parezca extraño, no lo ha hecho.

Penélope Blair se ahorró decirle que la llamó nada más verla el día que llegó al castillo, para que la echara y buscara a otra asistente, que no la quería allí. Pero ella le había ignorado porque sabía perfectamente a qué era debida esa pataleta. Aparte de que estaba harta de perder el tiempo buscándole asistentes a su hermano.

Es cierto que él no quería a nadie en el castillo, excepto a ese hombre que se encargaba del mantenimiento. Pero Penélope Blair siempre había pensado que la presencia de una mujer, aunque fuera una asistente, haría que Christos mantuviera la cordura (por lo menos mientras gruñía y protestaba). De otro modo estaba segura de que acabaría volviéndose loco aislado en aquella fortaleza situada en la costa de Escocia.

Martina no iba a negar que la sorprendía que Christos no hubiera llamado a Penélope un día sí y otro también para convencerla de echarla a la calle, pero tal vez hubiera dejado ya a su hermana por imposible después del interminable número de asistentes que habían pasado por allí. Ella parecía una mujer muy testaruda. Y, además, Christos estaba muy ocupado buscando las mil y una maneras de no dejarse ver nunca.

—Téngale paciencia, señorita Ferrer —le pidió Penélope, y lo hizo con un anhelo en la voz que a Martina no le pasó desapercibido.

Se detuvo unos segundos a pensar y reconoció que debía ser muy duro tener un hermano en las circunstancias en las que estaba Christos Blair, que se hubiera desligado del mundo, de la gente y de su propia vida de esa forma tan radical. Sin querer ver a nadie, ni siquiera a ella, que era su familia.

—La tendré —dijo Martina.

—Confío en usted.

Quien tenía que confiar en ella era Christos, y eso parecía misión imposible, porque no dejaba que nadie traspasara las defensas que se había creado alrededor. Los muros que había levantado eran más inexpugnables que los de la fortaleza medieval en la que vivía.

—Haré lo que pueda, señora Blair.

CAPÍTULO 13

Los días siguientes apenas tuvieron contacto. Martina se limitaba a dejarle la comida en el torno, a darle un saludo de cortesía y poco más. Christos parecía tener ganas de morder a cualquiera que se le acercara, incluso mantenía a distancia a Edward, con el que también había discutido.

Y todo desde el día que ella había tenido libre y se había ido a dar una vuelta por los alrededores del castillo. ¿Tanto le había molestado que hubiera vuelto de noche? Pero si era una tontería.

Penélope Blair tenía razón. Christos le buscaba tres pies al gato solo para fastidiarla. Pensaría que, si su hermana no iba a echarla, lo mejor era hacerle la vida imposible y protestar por todo para que fuera Martina la que se marchara.

Pero ella no iba a darle ese gusto.

No señor.

No se iba a ir.

Lo primero porque necesitaba el trabajo, lo segundo porque no se rendía fácilmente, y lo tercero… El tercer motivo era algo en lo que no quería pensar, más bien en lo que no se atrevía a pensar. Le daba miedo hacerlo. Pero podría decirse que, aunque al principio no le entusiasmó demasiado la idea de trasladarse a Escocia, ahora no le entusiasmaba la idea de irse.

Una noche Martina le subía la bandeja con la cena a la hora habitual cuando se encontró con Christos en el pasillo.

—Le traigo la cena —dijo, alzando ligeramente la bandeja para que la viera.

—Puede llevársela, no tengo hambre —contestó él con sequedad desde la penumbra.

Martina suspiró pacientemente y cambió el peso de un pie a otro.

—Señor Blair, no puede irse a la cama sin cenar.

—Señorita Ferrer, no me trate como a un niño —replicó Christos.

—Pues entonces empiece a comportarse como un adulto sensato —repuso ella. Martina decidió agarrar el toro por los cuernos (como se decía en España) cuando solo obtuvo silencio a su comentario—. ¿Me puede decir qué le pasa?

—Lo que me pase no es asunto suyo.

Para no querer que lo tratara como a un niño, se comportaba como tal.

—Podía ser un poco más amable —dijo Martina, cansada.

—Y usted podía dejar de esperar que lo fuera —aseveró Christos.

Martina pensó que eso era lo que debería dejar de hacer: esperar que fuera amable con ella. Christos era la antipatía hecha hombre.

—Lo que quiere es que me vaya, ¿verdad? Quiere que deje el trabajo.

Las palabras salieron en torrente de sus labios.

—Sería un acto muy sensato de su parte —dijo Christos, con esa mordacidad que siempre acompañaba sus comentarios.

Martina sintió como se le contraía el estómago.

—Pues para que lo sepa, yo no me doy por vencida fácilmente, y tampoco lo voy a hacer en este caso. No importa el afán que ponga en librarse de mí —dijo vehementemente—. Me contrató su hermana y tengo la intención de seguir desempeñando mi trabajo y de hacerlo lo mejor posible, hasta que así lo quiera ella, que es la única que me puede despedir.

Christos se sentía frustrado. Apretó los puños. La quería fuera del castillo, la quería lejos.

—Haga su trabajo, señorita Ferrer, pero manténgase fuera de mi alcance —gruñó con voz fría y cortante—. Este castillo es muy grande. Manténgase fuera de mi camino y yo me mantendré fuera del suyo.

—Genial. Lo haré —dijo Martina, manteniendo la compostura.

—Bien.

Irritado por no poder acobardarla, farfulló una palabrota entre dientes y enfiló a zancadas su despacho.

Martina se quedó mirando el pasillo hasta que Christos fue uno con las sombras, hasta que se convirtió en una de ellas; en un borrón oscuro. Luego se dio la vuelta y bajó las escaleras con la bandeja de los platos de la cena intactos. Cuando llegó a la cocina la dejó sobre la mesa y apoyó las manos en la superficie de madera. Le temblaban ligeramente las piernas. Christos la imponía tanto como lo haría quedarse encerrada en una habitación con una pantera.

Dejó escapar el aire que tenía en los pulmones.

Christos entró hecho una furia en la habitación.

Condenada española.

Deseaba más que nunca que se apartara de su camino. Era demasiado guapa, demasiado lista y demasiado deslenguada. Y no le tenía miedo. Y eso no le gustaba. Que lo temieran era su mejor arma para mantener a la gente alejada. El miedo siempre había sido un buen recurso para que nadie se acercara lo suficiente a él.

Rechinó los dientes.

En esos momentos odiaba a su hermana. Penélope sabía muy bien a quién había metido en su castillo. Sí, lo sabía muy bien. Martina era una chica con carácter que no se dejaba intimidar así por así. Nada que ver con las melifluas que había contratado anteriormente y a las que les había faltado tiempo para salir por patas. Aunque él había hecho sobrados méritos para que se fueran.

No en vano Martina era española y se notaba en cada poro de la piel su procedencia y que era una mujer de sangre caliente, y no parecía haber modo de librarse de ella. Por lo menos él no lo encontraba.

Se dirigió a la ventana. El cristal le devolvió su propio reflejo. Las cicatrices emergieron en su

rostro como dantescos garabatos, recordándole en qué se había convertido. Recordándole qué era.

Apretó los labios, agarró la cortina y de un fuerte tirón cubrió la ventana. El reflejo desapareció de inmediato de su vista. Apenas se le hacía soportable verse la cara destrozada. A pesar de que habían pasado seis años no terminaba de acostumbrarse. No había sido capaz de aprender a vivir con ello, de resignarse.

Negó con la cabeza.

Había conseguido mantener sus sentimientos a buen recaudo durante los últimos años; vivía recluido para tratar de no sentir nada, y no quería que Martina los despertara. Por esa razón la quería fuera de su castillo. No quería a ninguna mujer viviendo bajo su mismo techo. Ni en su vida.

Y ella había empezado a alterarle el cuerpo y la conciencia de una forma inesperada. Se había preocupado por ella (al ver que no había regresado y que se había hecho de noche, se inquietó ante la posibilidad de que pudiera haberle sucedido algo malo), y eso le había pillado totalmente desprevenido.

Martina estaba haciendo que empezara a plantearse cosas y él no tenía nada que plantearse. No tenía futuro. Ninguno. Solo presente y una pistola esperándole encima de la mesilla de noche para utilizarla el día que la soledad fuera un enemigo al que no pudiera vencer.

Pero esa española estaba obligándole a sentir…

CAPÍTULO 14

Martina abrió las viejas puertas de doble hoja y salió a la terraza con forma hexagonal que tenía el castillo. En realidad era el voladizo de una de las torres que flanqueaban el pórtico de la entrada.

Anochecía.

Pinceladas de color escarlata pintaban el cielo a lo lejos. Las nubes surcaban el horizonte con los bordes teñidos de un bellísimo rosa pálido.

La brisa húmeda acarició su rostro y le agitó varios mechones de pelo. Inhaló hondo, notando el salitre que trasportaba el aire.

Se arrebujó la pashmina sobre el pecho y se sentó en el banco de madera que había en la terraza, recostando la espalda en el respaldo.

A los pies de la colina el pequeño pueblo pesquero se percibía como una cascada de luces que brillaban con la caída de la noche.

Se respiraba paz. Una paz infinita que Martina agradecía como agua de mayo. Frunció el ceño al acordarse de Christos. Estaba molesta con él. Desde el día que se habían encontrado en la escalera y le había dicho que se mantuviera fuera de su camino, ella había restringido el contacto con él a lo imprescindible. Hacía la comida, se la dejaba en el torno y no se molestaba en saludarlo, ni siquiera por cortesía. Él tampoco le decía nada.

Martina no entendía su comportamiento… No entendía por qué se empeñaba en echar a todo el mundo de su lado. A ella la veía como una intrusión imperdonable en su guarida y en su vida, como un grano molesto.

Pero ¿era solo por las cicatrices o había algo más? Quizá la explicación se resumía en que Christos Blair hacía lo que le daba la gana y el resto del mundo le importaba una mierda.

Chasqueó la lengua.

«Debería escuchar las palabras de Blanca y seguir su consejo», pensó.

Debería tratar a Christos únicamente como lo que era, su jefe y no como su responsabilidad. Ya era mayorcito para saber qué quería hacer con su vida. No era asunto suyo si quería permanecer el resto de su existencia encerrado entre las paredes de aquel castillo.

Sin embargo, una vocecita en medio del silencio de su mente se empeñaba en decirle que lo había convertido en asunto suyo cuando aceptó trabajar para él.

El *pi-pi* de la entrada de un mensaje de WhatsApp la devolvió al castillo.

Se incorporó un poco, sacó el móvil del bolsillo del vaquero y consultó en la pantalla quién la llamaba.

Alba.

Se le escapó una sonrisa.

Abrió la aplicación y leyó el mensaje.

«¿Puedes hablar?», le preguntaba.

«Sí, ¿por qué?»

«Tengo que contarte algo.»

A Martina casi no le dio tiempo a terminar de leer el mensaje cuando Alba ya la estaba llamando.

—¿Qué es eso que tienes que contarme? —le preguntó al descolgar, impaciente.

—¿A qué no sabes con quién voy a tener una cita? —Alba a duras penas podía contener el

entusiasmo que sentía.

Martina se quedó pensando unos instantes. Sabía que le gustaba un chico del trabajo, pero no se acordaba del nombre.

—¿Con ese compañero tuyo del trabajo que esta tan bueno? —se aventuró a decir Martina—. ¿Cómo se llamaba…? —trató de hacer memoria.

—William —respondió de inmediato Alba.

—¿Has quedado con él?

—¡Sí!

—No.

—¡Sí! Me he liado la manta a la cabeza y le he pedido una cita esta mañana. Vamos a quedar el jueves para tomarnos un café —dijo Alba, dando un gritito al final.

Martina estuvo a punto de dar un salto en el banco, arrastrada por el entusiasmo de Alba, que era contagioso. Siempre que se ilusionaba con un chico parecía la primera vez, como si fuera una adolescente. Era envidiable.

—¡Esa es mi chica! Poniéndose el mundo por montera —la animó Martina—. No sabes cómo me alegro de que finalmente te hayas decidido a pedirle una cita.

Alba sonrió.

—¿Por qué siempre tienen que ser los tíos los que nos pidan la cita a nosotras? —reivindicó, poniendo la mano que tenía libre en jarra.

—Sí, ¿por qué? Las chicas al poder —dijo Martina, levantando el puño en alto—. Pero, cuéntame… ¿Él como se lo ha tomado? ¿Qué cara ha puesto? —curioseó.

—Ha flipado un poco, no te voy a decir que no, pero pasado ese primer momento, genial. Me ha dicho que sí, que por supuesto, y hemos cuadrado horarios… —contestó Alba.

—¿Y tú cómo estabas?

—Como un flan. Al principio me temblaba un poco la voz. —Rio y se tapó la cara—. Joder, estaba nerviosa como una niña pequeña.

—Pero es normal. Él te gusta. Créeme que yo hubiera estado igual que tú.

—Tú siempre has sido la más echada para adelante de las tres. Seguro que no te hubieras puesto tan nerviosa como yo. Pensé que me daba un chungo…

Martina manoteó en el aire.

—Ahora lo que tienes que hacer es disfrutar de tu merecida cita con William —dijo Martina —. Quiero que el jueves me llames nada más de acabar la cita y que me cuentes todo con pelos y señales —le exigió en tono de broma.

—Lo haré, no te preocupes.

—Pensándolo mejor…, espero que me lo cuentes el viernes, porque eso significará que no solo os habréis tomado un café… —dejó caer Martina con voz picarona—. ¿Sabes por lo que lo digo?

—Sí, lo sé perfectamente.

Las dos se echaron a reír.

La noche había caído ya en Escocia.

Christos se dirigía a su habitación, pero cambió de dirección y fue a la terraza que había en el voladizo de la torre al oír la risa de Martina.

El cuerpo se le tensó cuando la vio sentada en el banco hablando por teléfono, seguramente con una amiga. Se comunicaban en español, un idioma que él dominaba sin problemas, porque sus padres veraneaban en Mallorca buena parte del verano cuando él y Penélope eran pequeños, y los retales de la conversación que había cogido al vuelo mientras se aproximaba a la terraza le habían hecho pensar que al otro lado de la línea estaba una amiga.

El largo pelo castaño le caía suelto por la espalda. El olor de su champú, con suaves notas de bergamota, alcanzó sus fosas nasales.

Christos cerró los ojos y durante unos segundos se deleitó con el delicado aroma que llenaba el aire. Cuando los abrió, Martina jugueteaba distraídamente con un mechón de cabello, enrollándolo en el dedo índice.

Mirarla le resultaba tan tentador que le daba miedo. Había algo en ella que le removía por dentro… y por fuera.

Su risa, fresca y desenfadada en ese momento, era uno de los sonidos más bonitos que había escuchado nunca. Se la veía natural, despreocupada, feliz…

Era muy joven… ¿Cuántos años tenía? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? Él se sentía como un viejo a su lado. Tenía la sensación de haber envejecido varias décadas desde que había decidido apartarse del mundo. Como si el tiempo se hubiera acelerado y hubiera perdido toda noción real.

Martina colgó la llamada con Alba y entonces percibió inmediatamente la presencia de Christos. Giró el rostro sorprendida.

Allí estaba.

Tranquilo y excitante, observándola desde las sombras. Su enorme cuerpo bloqueaba la entrada…, o la salida. Para Martina era la salida desde que lo había visto. Porque iba a irse.

Se levantó del banco y se recolocó la pashmina sobre los hombros. Había empezado a refrescar.

—He salido a… tomar un poco de aire —dijo—. Pero ya me voy.

Se apretó la pashmina contra el pecho como si fuera un escudo protector y echó a andar.

—No tiene porqué irse —habló Christos.

Todo el cuerpo de Martina se congeló ante su profunda voz. ¿Cómo podía una voz meterse hasta el fondo de los huesos y hacerla estremecer?

—No quiero molestar —dijo.

Para su sorpresa, Christos no se apartó de la puerta. Ella se detuvo a unos metros de él.

—Usted quiere que me mantenga fuera de su camino y yo estoy aquí para cumplir sus órdenes —repuso.

Christos se dio cuenta por su tono de voz que Martina estaba enfadada, y no iba a decir que no tuviera motivos.

—No tiene que irse porque yo llegue —le dijo.

Los labios de Martina se abrieron en una débil sonrisa.

—No se preocupe, me voy porque tengo que hacer la cena —contestó, mordaz—. ¿Sé queda así más conforme? —le preguntó con ironía, y echó de nuevo a andar para salir de la terraza.

Lo que menos esperaba Martina es que Christos la agarrara del brazo y la detuviera justo cuando iba a pasar por la puerta.

Sintió un escalofrío reptarle por la espalda y cómo el estómago se le contraía.

Los dedos enguantados rodearon su delgado brazo por completo. Martina tragó saliva. Joder, era mucho más alto de lo que creía. A su lado parecía tan pequeña como un duende. De pronto se vio envuelta en su presencia, que era fascinante. El enigma que lo rodeaba y el suave aroma de su colonia era embriagador.

—No, no me quedo más conforme —susurró Christos en ese tono profundo y rasposo suyo.

Las rodillas de Martina se debilitaron. Le costaba respirar con normalidad. Intentó mantener la compostura. Tenía que recuperar el control de sí misma y de la situación.

—Le llevaré la cena dentro de media hora —dijo al cabo de unos segundos de silencio. Y sin más, se adentró en el castillo.

Christos clavó la mirada en el horizonte con los dientes apretados. Debería sentirse satisfecho. Había logrado que la señorita Ferrer se enfadara. Quizá si la empujaba un poco más hasta el límite, terminaría renunciando al trabajo.

Eso es lo que quería, ¿no? Lo que buscaba desde que había puesto un pie en el castillo. Que se largara.

Allí, apartado del resto del mundo y alejado de la vida disoluta que había llevado, Christos había encontrado algo de paz, y no quería que nadie perturbara esa frágil paz con su presencia.

Pero Martina se erigía como una amenaza. Se rebelaba contra él y lo desafiaba, y eso hacía que la encontrara refrescante. Había intentado ignorarla por todos los medios, pero Martina no era fácil de ignorar.

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer se dijo que era un completo tonto. Se estaba acercando a ella; la buscaba, y la había tocado. ¿Cómo se le había ocurrido tocarla? Y, sin embargo, había sentido como electricidad en las venas.

Se recordó que él no era más que un monstruo, una bestia, y no solo por las cicatrices o la devastación que sufría parte de su rostro o su cuerpo. Era un monstruo antes del accidente, porque era egoísta, vividor y mezquino.

Suspiró, cansado.

Después se dio la vuelta y su figura se desvaneció en la oscuridad.

Mientras bajaba la escalera, Martina recordó que tenía que seguir respirando. Inhaló una bocanada de aire y atravesó el vestíbulo con pasos apresurados. Llegó a la cocina con las piernas temblando.

Se agarró con ambas manos al respaldo de una de las sillas y respiró hondo. La proximidad de Christos la había afectado de una manera desconocida. Era todo: las sombras que lo envolvían, la voz grave, masculina y resonante, el misterio a su alrededor y esa aura mística que la fascinaba, el peligro que parecía exudar…

La realidad tardó en entrar de nuevo en su cabeza. Recordó que tenía que preparar la cena.

CAPÍTULO 15

Christos entró en el castillo, asegurándose muy bien de que la capucha de la sudadera le tapara las cicatrices. Había salido a correr y al regresar escuchó hablar a Martina y a Edward en la cocina.

De nuevo la risa de Martina llegaba hasta sus oídos como música celestial.

Se detuvo al final del pasillo, abrió la puerta al final de la escalera del servicio y se asomó con cuidado para que no lo vieran.

Estaban sentados a la mesa, alrededor de una taza de humeante café que olía de maravilla y de un plato de lo que parecían bollos. Ambos hablaban animadamente como lo harían un padre y una hija.

—Es una historia preciosa —dijo Martina, tras dar un sorbo al contenido de su taza y dejarla sobre el platillo de porcelana.

Edward sonrió con gratitud como si le hubiera hecho un cumplido. Lo hacía siempre que le narraba a alguien su historia de amor con su esposa.

—Nos tocó luchar mucho para que sus padres nos dejaran estar juntos.

—¿No querían?

Edward agitó la mano en el aire.

—No, de ninguna manera. Laura era de posición alta y sus padres no querían que un pobre trabajador como yo estuviera con su hija.

—La historia de siempre… —apuntó Martina, negando con la cabeza.

—Sí, va pasando de siglo en siglo y de generación en generación —contestó Edward.

—Pero si el amor no entiende de clases sociales, ni de edad, ni de género, ni de razas… El amor es simplemente amor.

—Eso es lo que digo yo. Dejad a la gente que se ame. —Edward se acercó la taza a la boca y dio un sorbo

Christos los observaba sintiéndose como un extraño en su propia casa. Notó una punzada de envidia por no formar parte de aquella escena de cotidianidad, de aquella conversación, de aquellas risas… La soledad le pesó como nunca le había pesado hasta entonces.

—Válgame Dios de meterme donde no me llaman, Martina —volvió a hablar Edward—, pero ¿no tienes novio? ¿O eres una de esas personas que no quieren atarse a nadie y que prefieren vivir la vida a su aire?

Martina negó con la cabeza al tiempo que mordisqueaba un bollo.

—Yo pienso que el estado ideal de una persona es aquel en el que esté tranquila. Sea sola o en pareja, pero tranquila. Con todos los chacras en su sitio —bromeó.

Christos bajó la cabeza y se dio cuenta de que estaba sonriendo cuando notó que los músculos de su rostro se movían. Hacía mucho tiempo que no sonreía… De hecho, no recordaba desde cuándo. Pero algo parecido a una sonrisa asomó a sus labios.

—Hasta no hace mucho estaba saliendo con un chico, pero lo dejamos —respondió.

Óscar y lo que había vivido con él no era un tema del que a Martina le gustase hablar. Le traía demasiados malos recuerdos y demasiado dolor.

Se pasó la mano por la nunca.

Christos advirtió en la expresión de su cara que había algo en esa historia que le hacía daño.

Martina alzó el dedo índice.

—Pero no descarto quedarme soltera y viviendo con diez gatos. Los gatos son una buena compañía —dijo, volviendo a su habitual buen humor.

Cada uno utilizaba las armas que creía conveniente para defenderse, y Martina utilizaba el sentido del humor, por eso escondió sus inseguridades y sus miedos tras una sonrisa.

—Porque he llegado a la conclusión de que eso del amor no parece estar hecho para mí…

—¿Por qué dices eso? El amor está hecho para todo el mundo —afirmó Edward.

Martina jugueteó con las migas del bollo que se habían caído sobre la superficie de madera de la mesa.

—No elijo bien a mis parejas. Siempre me quedo con el hombre que menos me conviene.

Christos frunció el ceño detrás de la puerta en la que se ocultaba. Supo que Martina había sufrido por amor.

—Algún día encontrarás a esa persona especial —dijo Edward.

—Y si no, me quedarán los gatos —rio Martina.

CAPÍTULO 16

Martina descorrió las cortinas y miró al cielo. Estaba encapotado y lucía un gris metalizado que amenazaba lluvia. Era su día de descanso y quería disfrutarlo al aire libre, paseando por la playa, pero mucho se temía que iba a empezar a llover de un momento a otro.

No se equivocó. Cuando salió de la ducha envuelta en una toalla las nubes ya habían comenzado a descargar agua.

Suspiró mirando por el ventanal. El paseo a la playa se había chafado. Pensó que encontraría otro plan para hacer dentro del castillo. Quería editar algunas fotos de las que había hecho a los paisajes de Escocia, darles su particular toque, ese que la diferenciaba de otros fotógrafos. También podría ir a los establos y sacar unas cuantas fotos a los caballos. Edward podría ayudarla.

Al final, el día había sido más provechoso de lo que había pensado. No había podido salir del castillo porque no había dejado de llover durante todo el día, pero no había parado de hacer cosas.

Al caer la tarde, curioseó las habitaciones del castillo que no había visto aún, sin pisar el ala sur, por supuesto. No quería que Christos entrara en cólera. Bastante mal se llevaban ya. Apenas habían hablado algo las últimas dos semanas, y desobedecerle no favorecería a firmar una tregua.

Subió las escaleras de piedra hasta la segunda planta. Todo estaba en silencio. Había menos

muebles y se notaba que apenas estaba habitada.

Fue de un lado a otro, mirando aquí y allá, hasta que al fondo de un pasillo vio unas enormes puertas de color marrón oscuro, profusamente labradas con un hermoso y minucioso brocado. Martina no dio crédito cuando cayó en la cuenta de que se trataba de *El jardín de las delicias* de El Bosco.

Entrecerró los ojos y tomó unos pasos de distancia para observarlo con perspectiva.

—Joder… —masculló, al ver el impresionante trabajo que habían hecho en la madera.

Se acercó de nuevo, apoyó las manos en las puertas y empujó. Cedieron enseguida y se abrieron lo suficiente para que pudiera entrar.

Martina palpó la pared hasta que encontró el interruptor. Lo pulsó y los quinqués de las paredes iluminaron la habitación con un tímido resplandor de color caramelo.

Cuando llevó la vista al frente se quedó perpleja.

La luz dejó ver estanterías por todas partes, que se extendían desde el suelo hasta el alto techo abovedado. Había tantos libros allí dentro que incluso había escaleras correderas en los extremos para poder acceder a los tomos superiores. Recorrió todas las paredes con los ojos.

Trató de decir algo, pero estaba demasiado impresionada con todo lo que veía como para que las palabras salieran de su garganta.

Avanzó unos pasos hasta el centro de la biblioteca y dio una vuelta completa sobre sí misma, asombrada ante lo que veía.

En una esquina había un sofá y un par de sillones de cuero marrón oscuro, y al lado una chimenea con unos cuantos troncos de leña en un cesto de mimbre. Un rincón que pedía a gritos un libro, una manta y un día lluvioso. Estando en Escocia, los días lluviosos no faltarían (como aquel) y libros tenía allí a cientos.

Enfrente, junto a la pared, descansaba un escritorio con una pequeña lamparita de lectura verde.

Su cabeza jugó y se imaginó a Christos sentado en uno de los sillones, con las piernas cruzadas de esa forma tan sexy que las cruzaban los hombres, mientras leía un clásico al calor de las

llamas de la chimenea.

Se adentró unos cuantos metros más y advirtió la escultura de un busto que reposaba sobre media columna de mármol. A unos palmos de distancia se encontraba una bola del mundo de cartografía antigua con brújula en la base de madera. Era tan grande que le llegaba a la altura del pecho.

Alargó el brazo y con la mano la giró un poco con cuidado. Tenía aspecto de tener todos los siglos del mundo y alguno más, y no quería romperla. Los engranajes de hierro forjado gruñeron cuando rodaron perezosos en los ejes.

Todo parecía sacado de otra época. Martina se imaginó que era la Biblioteca de Alejandría.

Se dirigió a una de las estanterías y recorrió los lomos de los libros con el índice. Algunos eran antiquísimos porque estaban desvencijados y habían perdido el color.

Martina no se podía imaginar la de historias, personajes y mundos que habría encerrados en aquellos libros, pero se le hizo la boca agua. Ella moriría por tener una biblioteca así. Moriría y mataría. Allí tendría que haber primeras ediciones de un montón de obras.

Dios.

Ella era de esas personas que tenían una lista interminable de libros pendientes de leer y aún eso seguía comprando más. Buena parte de su sueldo se iba en libros.

Si Christos la dejaba, iba a tirarse en ese lugar horas y horas investigando qué libros guardaba.

Levantó la vista y vio una pequeña mesa cuadrada con dos viejos sillones situados uno frente a otro. Los ojos se fijaron con avidez en el tablero de ajedrez que había sobre la superficie de roble. Abrió la boca al darse cuenta de que las piezas del mismo eran de cristal negro y blanco.

Martina sabía jugar al ajedrez. Había jugado centenares de veces con su hermano. A los dos les encantaba. Les habían enseñado sus padres cuando solo eran unos niños y habían ido adquiriendo práctica y algo de destreza a medida que crecían.

Le llamó especialmente la atención que las piezas estaban repartidas por el tablero como si fuera una partida empezada.

Picada por la curiosidad, retiró uno de los viejos sillones y se sentó en él. Estuvo un rato en

silencio sin hacer nada mientras estudiaba la jugada. Finalmente estiró la mano, cogió el caballo blanco y lo movió en forma de L hasta situarlo al lado de la reina.

—He de decirle, señorita Ferrer, que es la primera vez en mucho tiempo que alguien mueve una pieza de ese tablero.

La voz de Christos sonó al otro lado de la biblioteca. Martina apartó los ojos del tablero de ajedrez y levantó el rostro.

CAPÍTULO 17

Christos se encontraba de pie imponentemente en mitad de la estancia. Solemne como siempre, llenando cada centímetro de espacio de esa manera que solo él podía. Su presencia física era abrumadora.

El rostro permanecía a buen recaudo sumido en las sombras. En las manos tenía unos cuantos trozos de leña que Martina presumió que serían para encender la chimenea.

Fue algo involuntario, pero recorrió su cuerpo de arriba abajo con los ojos. Sus piernas estaban enfundadas en un pantalón de deporte negro y llevaba una sudadera del mismo color que acentuaba la musculación del torso.

—Lo siento —se disculpó—. No quería… La volveré a poner en el sitio que estaba —titubeó nerviosa.

Fue a mover la pieza, pero Christos la detuvo.

—No lo haga —se apresuró a decir—. Es una partida que llevo años jugando contra mí mismo.

Martina dejó la mano sobre el regazo. Christos cruzó la biblioteca en dirección a la chimenea.

—Nunca pierdo, pero tampoco gano —habló de nuevo, al tiempo que se agachaba y dejaba la leña en el cesto de mimbre que había al lado—. Será interesante estudiar una estrategia para su movimiento.

Martina simplemente asintió, pero no dijo nada. Echó hacia atrás el viejo sillón y se levantó.

No se sentía cómoda. Aunque Christos le permitía campar libremente por el castillo, a excepción del ala sur, Estaba invadiendo su espacio. Martina había entendido que estaba en su casa y que ella no era más que una extraña ocupando su hogar.

—Lo dejo tranquilo —repuso, enfilando la puerta.

No habló en tono enfadado, como el día que se encontraron en la terraza, solo quería salir de allí cuanto antes para no molestarlo.

—Quédese —dijo de pronto Christos.

Se había incorporado y la miraba de pie desde la chimenea.

Martina se quedó en un primer momento petrificada. ¿Había escuchado bien? ¿Christos le había dicho que se quedase?

Se giró hacia él, segura de que seguiría sin verle la cara, pues Christos sabía exactamente cómo y en qué lugar ponerse para que la penumbra ocultara perfectamente su rostro. Amén de que las luces estuvieran estratégicamente colocadas por todo el castillo de tal forma que su rostro permaneciera siempre entre las sombras.

—No quiero molestar, señor Blair —dijo Martina. Habló con voz reposada. No deseaba discutir otra vez con él—. Esta es su casa, su santuario, y yo soy su empleada. Es usted el que debe andar libremente por ella.

—Por favor… —murmuró Christos.

Su voz sonó tan íntima que a Martina se le erizó el vello de la nuca. Se mordió el labio inferior, titubeante. No sabía si era buena idea quedarse a solas con Christos Blair.

—¿Le doy miedo? —preguntó él, al ver que no se movía.

—¿Es lo que quiere? —cuestionó a su vez Martina.

—El miedo es un buen arma para mantener a la gente a distancia —respondió él en tono enigmático.

—No me ha contestado —dijo Martina.

—Usted a mí tampoco.

La voz de Christos se le metía en el fondo de los huesos como si fuera fuego líquido. Deseó que no le gustara tanto.

Martina cambió el peso de un pie a otro.

—No, no le tengo miedo —respondió finalmente.

—Es usted una insensata, señorita Ferrer —dijo Christos en tono ligeramente burlón.

—Puede que lo sea. —No lo pretendió, pero alzó ligeramente la barbilla en un gesto desafiante.

Puede que fuera una insensata y una temeraria.

—Entonces, siéntese —dijo él.

No sabía bien si era una orden, pero Martina volvió sobre sus pasos y se sentó en el viejo sillón. La idea de estar a solas con él la excitaba y asustaba al mismo tiempo.

Christos se giró, se acuclilló, cogió un par de troncos y los colocó en la chimenea, bajo la mirada de Martina, que siguió el movimiento de su imponente figura.

—Presumo que sabe jugar al ajedrez… —comentó, mientras encendía unos trozos de carbón y los ponía bajo la leña.

Le lanzó a Martina una mirada de soslayo, disfrutando de la manera en que ella seguía sus movimientos con los ojos, como si fuera algo que no pudiera evitar.

—Sí —contestó Martina—. Mis padres nos enseñaron a mi hermano y a mí. A ellos les encanta jugar.

Los troncos empezaron a arder lentamente, lamidos por las tibias llamas que chisporroteaban en el aire. Un resplandor color caramelo iluminó la biblioteca con una calidez que resultaba íntima.

Christos azuzó el fuego y se levantó.

—Bien. ¿Qué le parece si tratamos de acabar esta partida? —dijo, acercándose a la mesa, al tiempo que cogía la capucha de la sudadera y se la echaba por la cabeza, para evitar que Martina pudiera verle el rostro.

—Me parece una buena idea —dijo ella, con el corazón golpeándole con fuerza. Retumbaba tanto dentro de su pecho que sería un milagro que Christos no lo oyera.

Siguió el movimiento de su cuerpo con la mirada, mientras se sentaba frente a ella con modales elegantes y… sexys. Porque, aun sin verle el rostro, era jodidamente sexy.

Solo los separaba un metro escaso.

—Muevo yo, ¿cierto?

—Sí.

Christos estudió detenidamente la posición de las piezas en el tablero, con la mano enguantada acariciándose la barbilla.

La fascinaba, pensó Martina.

No había forma ya de negarse que la fascinaba. La oscuridad y el peligro que se adivinaban dentro de él la atraían más de lo que era prudente, y cuando lo tenía cerca se sentía incómodamente acalorada.

Christos tenía razón: era una insensata. ¿Cómo podía sentir atracción por un hombre al que no había visto? Pero notaba como si una fuerza la impulsara hacia él, una fuerza que la hacía dirigirse hacia lo inevitable.

Finalmente alargó el brazo. Su mano derecha salió a la luz —era de dedos largos y fuertes—, cogió la figura del alfil y la movió en diagonal hacia la izquierda.

Mientras Martina pensaba en su siguiente movimiento, Christos la miraba fijamente. Tenía los ojos puestos en el tablero y la cara de rasgos suaves mostraba una expresión de concentración.

La deseaba.

Necesitaba su boca.

Cuando la veía, lo único que quería era estar dentro de ella. Era imposible no reconocerlo, aunque fuera un suicidio. Quería tocarla, sentir cada centímetro de la suave piel de su cuerpo desnudo bajo su boca, y dar rienda suelta a toda la pasión… que se le acumulaba entre las piernas.

La había estado observando mientras ella daba la vuelta a toda la biblioteca admirada, deteniéndose aquí y allá para ver de cerca los objetos que había. Tenía puestos unos shorts cortos de algodón y una de aquellas camisetas anchas con el cuello desbocado que dejaba un hombro al descubierto y que despertaban en él las ganas de arrancársela con los dientes. Se puso duro al percatarse de que debajo no llevaba sujetador.

No tendría que gustarle. No tendría que experimentar aquel deseo tan intenso una vez y otra.

Pero con Martina cerca se olvidaba de que no podía permitirse desear a una mujer tanto, por muy tentadora que fuera.

Martina avanzó unas cuantas casillas con el caballo que había movido en primer lugar.

—Tiene una biblioteca increíble —comentó. Necesitaba hablar de algo para romper el silencio.

—Estaba aquí cuando compré el castillo. Al parecer el antiguo dueño era un apasionado de la lectura. Después me he ido encargando de ampliarla con ex libris y algunas primeras ediciones de clásicos —le explicó Christos.

—Algunos ejemplares deben tener un valor incalculable.

—¿Le gusta leer?

Christos miró el tablero y se limitó a adelantar un peón.

—Mucho —respondió Martina.

—¿Algún género en especial?

Martina se mordió el labio mientras estudiaba mentalmente la estrategia a seguir.

—Novela histórica, sobre todo la que se desarrolla en la Edad Media.

—Y ahora vive en un castillo, qué curioso… —comentó Christos.

—Es una de esas insólitas casualidades de la vida.

Martina cogió un peón con los dedos y al igual que había hecho Christos anteriormente, lo adelantó una casilla.

—¿Cuál es su libro preferido?

Martina lo miró y se le ocurrió una maldad.

—*El fantasma de la ópera*, de Gastón Leroux —respondió.

Sonrió sin poder evitarlo por las similitudes que tenían Christos y el personaje principal. Un ser misterioso que vivía aislado en el subsuelo de un teatro, que aterrorizaba a la Ópera de París y que ocultaba su rostro desfigurado con una máscara a la joven vocalista a la que amaba.

Christos frunció el ceño, advirtiendo su gesto. Se estaba riendo de él.

—¿Me está tomando el pelo, señorita Ferrer?

—Un poco —confesó, mirándolo traviesa por debajo de la línea de las pestañas. Se le escapó

una pequeña risita—. Supongo que hace mucho tiempo que nadie le toma el pelo...

Christos contuvo una sonrisa. Aquella española era un trasto. ¿Por qué le resultaba divertida si a él ya no le parecía divertido nada desde que había tenido el accidente?

—Podría castigarla por esa insolencia —dijo, como si él fuera el *señor* del castillo.

—¿Y qué haría? ¿El castillo tiene una mazmorra y me encerraría en ella? —preguntó Martina burlona.

Christos arqueó la ceja del lado del rostro que no estaba dañado.

—No me dé ideas —dijo con una pizca de malicia.

Martina sintió un extraño calor recorrerle el cuerpo. Sin saber por qué su mente fantaseó con esa escena. Ella encerrada en una mazmorra y Christos…

Carraspeó para ahuyentar la visión de su cabeza.

Christos notó que las mejillas se le habían ruborizado. Sonrió para sí (otra vez). ¿Sería por lo que había dicho de la mazmorra? Porque a él se le ocurrían un montón de cosas para hacerle a solas allí.

Tomó la pieza de cristal de la reina y la colocó delante del rey para protegerlo, porque Martina empezaba a acercarse a él peligrosamente, y el propio juego de ajedrez parecía una metáfora de lo que estaba ocurriendo.

—Puede coger todos los libros que quiera —le ofreció.

—Muchas gracias.

—Creo que en alguna estantería hay una edición antigua de *El fantasma de la ópera* impreso en Francia —añadió, mirándola con intención y demostrándole que tenía sentido del humor y capacidad para reírse de sí mismo.

Martina blandió en los labios una sonrisa.

—Lo echaré un vistazo —dijo, alzando los ojos hacia él.

Continuaron con la partida de ajedrez.

Christos la miraba de cuando en cuando por el rabillo del ojo. Cuando se concentraba, Martina fruncía divertidamente el ceño y se mordisqueaba el labio, hasta que finalmente movía la pieza y

entonces ya relajaba la expresión.

A medida que pasaba el tiempo, Christos fue sintiéndose cada vez más cómodo y fue relajando la postura en el sillón, aunque en todo momento estaba pendiente de que su rostro quedara oculto en las sombras.

—Siento lo que le dije el otro día en la escalera —afirmó.

—Tiene todo el derecho de defender su intimidad. Está en su casa —contestó Martina—. Aunque los modales que utilizó para hacerlo no fueron los más acertados —añadió.

—No tiene miedo de decirme lo que piensa y disfruta desafiándome… —apuntó Christos.

—¿Y eso le resulta una insolencia por mi parte?

—No, me resulta… refrescante.

Y de una manera increíble.

Christos se concentró unos segundos en su siguiente jugada.

—Llevo muchos años sin tratar con gente —se excusó.

Adelantó una torre y comió un peón a Martina.

—Porque quiere —contestó ella.

—Se olvida de que puedo provocar pesadillas, señorita Ferrer.

—No creo que se esconda por la gente, sino por usted —dijo Martina. Movió un alfil. Ahora fue ella la que comió un peón a Christos—. A la gente le da igual cual sea su aspecto.

Christos dejó escapar un bufido.

—Y eso lo dice una mujer con un rostro perfecto —se mofó.

Martina se hubiera sentido halagada por aquel comentario, si no fuera porque le daban igual ese tipo de valoraciones sobre su físico.

—El físico es solo eso… físico. Se deteriora y se pierde con el tiempo. La belleza está en el interior.

—También le gusta el cuento de *La bella y la bestia,* por lo que veo… —dijo Christos, incapaz de contener su tono burlón.

Martina no contestó a su comentario, ni siquiera levantó la mirada del tablero de ajedrez.

—Es demasiado vanidoso, señor Blair, y por culpa de esa vanidad se ha echado a morir en este castillo —aseveró. Movió su reina—. Jaque mate —dijo.

Christos bajó la vista hasta el tablero. Su rey estaba perdido. No había ningún lance posible que lo salvara. La partida había terminado.

Alzó la mirada hacia Martina. Ella le sonreía sin despegar los labios. Pero lejos de hacerlo con satisfacción, por haberle ganado, su gesto mostraba condescendencia.

—Enhorabuena —la felicitó Christos con deportividad.

—Gracias —respondió ella—. Ha sido un digno contrincante.

Christos asintió con la cabeza.

Martina retiró el sillón y se levantó.

—Me voy a la cama. Es tarde y mañana tengo que ir al pueblo a comprar algunas cosas.

—Que descanse —le deseó Christos.

—Igualmente.

Christos no sabía si eran imaginaciones suyas, pero la voz de Martina le sonó más dulce que nunca en esa despedida, casi había sido un susurro.

—Buenas noches, *milord* —dijo ella con una cortesía exagerada. A punto estuvo de hacer una reverencia, pero se contuvo.

—Buenas noches, *milady* —murmuró Christos, siguiendo la broma.

Martina salió de la biblioteca. Cuando las puertas se cerraron, Christos se echó hacia atrás la capucha, se incorporó y se dirigió a la vieja licorera, oculta tras una puerta de madera situada al lado de la chimenea.

La abrió y cogió una de las centenarias botellas de ron añejo que había en su interior. Sacó un vaso de cristal y vertió en él un par de dedos de la bebida ambarina.

Desvió la vista hacia la chimenea mientras daba el primer sorbo. La leña se había consumido y del fuego apenas quedaban unos pocos rescoldos.

Como solía hacer, abrió y cerró la mano izquierda unas cuantas veces para desentumecerla y aliviar el dolor instalado en ella. Al verse el guante de cuero recordó por qué lo llevaba puesto.

Para tapar las cicatrices. Esa mano se había convertido casi en una garra tras el accidente. Se la había destrozado.

Pensó en Martina.

No le causaba miedo y parecía inmune a sus cicatrices. Tampoco le miraba con insana curiosidad ni se estremecía cuando veía la mano enguantada. Había pasado una noche maravillosa con ella y por una vez en mucho tiempo se había olvidado de qué era y había vuelto a ser una persona normal y corriente. Sin todas las cicatrices que lo afeaban y que lo convertían en una bestia.

CAPÍTULO 18

Martina no pudo dormir aquella noche.

Lo intentó todo para atrapar el sueño, pero no lo consiguió. Incluso se puso a contar ovejitas como cuando era una niña, pero fracasó estrepitosamente en su intento por caer en los brazos de Morfeo.

No había forma de acallar su mente. Tenía dentro demasiadas emociones, demasiados sentimientos, demasiados pensamientos… y todos iban en dirección a Christos. Siempre era Christos.

Habían pasado una velada… agradable. Sorprendentemente agradable.

Las chicas iban a alucinar cuando se lo contara.

El amanecer se presentó con un azul pálido al otro lado de la ventana.

Martina se rindió y puso los pies en las frías baldosas. Tenía una sensación extraña que había ido creciendo a medida que transcurrían las horas. ¿Le gustaba Christos Blair? Pero ¿cómo era posible? Ni siquiera le había visto el rostro. ¿Era eso importante?, pensó por otro lado. No, para ella no.

¿Qué era lo que la atraía? El aire de misterio y peligro que lo rodeaba. ¿Era eso? ¿O era el enigma de su rostro? ¿El sufrimiento que escondía en las sombras? ¿O la seducía la voz profunda y a veces rasposa?

Fuera por lo que fuera, había conseguido fascinarla, aunque no sabía exactamente por qué, y ella era la primera sorprendida al ver cómo reaccionaba cuando estaba cerca de él.

La noche anterior, mientras jugaba al ajedrez, se había dado cuenta de que era un hombre magnético y fascinante. Era culto, sofisticado, tenía un sentido del humor inteligente y muy particular y no parecía el Christos Blair gilipollas que la gente decía que era antes del accidente.

Martina se pasó las manos por la cabeza y se colocó unos mechones detrás de las orejas.

Daba miedo pensar que nunca volvería a ser un hombre normal y que por tanto no tendría una vida normal. El accidente de coche no solo le había marcado el cuerpo y la cara, le había condicionado la vida de tal manera que se había impuesto un auto exilio en aquel castillo del que no quería salir.

Se había echado a morir en esa fortaleza, como le había dicho, y todo le daba igual.

Se levantó de la cama y puso música en el móvil para distraerse mientras se duchaba y se vestía. Buscó en sus *playlists*. Algo de Jamiroquai estaría bien. *Virtual Insanity* empezó a sonar.

Moviendo el cuerpo al ritmo de la canción de la banda británica se dirigió al cuarto de baño.

Christos salió de la habitación camino del gimnasio que había instalado en una de las estancias de la planta baja. Se detuvo al principio de la escalera al escuchar la música que salía de la habitación de Martina y miró en su dirección.

Distinguió la canción *Cosmic Girl* de Jamiroquai entre los berridos que daba. Porque eran auténticos berridos. ¿Cómo podía una persona desafinar tanto y cantar tan mal?

Se la imaginó con el albornoz y una toalla a modo de turbante en la cabeza, saliendo de la ducha y cantando por la habitación cepillo en mano.

Le pegaba tanto una escena así…

Christos no pudo por menos que echarse a reír. Sus dientes blancos y uniformes quedaron al descubierto en una pequeña mueca. Algo que no ocurría a menudo.

—Por el amor de Dios… —murmuró, mientras seguía oyendo cantar a Martina.

Todas las mañanas era igual, y también todas las tardes, y algunas noches…, porque Martina no perdía oportunidad de poner música. Cuando limpiaba, cuando cocinaba, cuando regaba las plantas, cuando se duchaba…

A veces se colocaba los cascos y no los torturaba, pero otras veces no era así, y el sonido de la música se expandía por todos los rincones del castillo.

Al principio, a Christos no le gustaba (como era de esperar) y llamó un par de veces la atención a Martina, pero ella al tercer día volvía a las andadas. Se olvidaba de que la había regañado (y gruñido, y casi hasta enseñado los dientes como un perro), y dejaba que su música funk llenara de nuevo el ambiente sobrio y un poco lóbrego del castillo. No podía con ella y Christos había terminado por rendirse. Que hiciera lo que quisiese.

Ahora, en cambio, se lo tomaba de otra manera…

Bajó las escaleras y dejó atrás la primera planta, pensando que el castillo había cambiado desde que Martina había llegado. Lo había adornado con flores, velas aromáticas y cuencos de popurrí, que tampoco eran mucho del agrado de Christos —decía que tenía la sensación de estar en una tienda de artículos hippy—, y había logrado que algunas plantas revivieran, porque las regaba, las cuidaba y las mimaba como él no lo había hecho nunca.

En el gimnasio todavía se podía escuchar el rumor de Jamiroquai.

Estaba preparándose para hacer unas dominadas en la barra de ejercicios multifuncional, cuando se paró a reflexionar. Se sorprendió de que con la llegada de Martina se hubiera roto el silencio al que había estado acostumbrado desde hacía más de seis años. Un silencio solitario e interminable.

Se dio cuenta, mientras se enfundaba los mitones en las manos para no resbalarse en la barra, de que hacía más de un lustro que solo reinaba el silencio en aquel castillo. Y la oscuridad…, porque vivía sumido en las sombras. Se preguntó con escepticismo si había habido alguna vez tanto «ruido» en el castillo, tanta alegría como desde que Martina había puesto un pie allí.

Desde luego el ambiente era totalmente distinto desde que ella había llegado. El cielo parecía

más azul, como si el mundo hubiera estado pintado en tonos oscuros antes de que interrumpiera en su vida.

Martina se secó el pelo delante del espejo y se puso un poco de *antifrizz* para que no se le ondulara. La humedad de Escocia, mayor que la de Londres y que la de su Asturias natal, hacía que se le encrespara como el demonio. Algunos días su melena terminaba pareciendo una escarola. La tarea de domar su rebelde cabello estaba destinada al fracaso la mayoría de los días.

Se lo cepilló rápidamente, se miró una última vez, y salió pitando hacia la cocina.

Iba corriendo por el pasillo para preparar el desayuno, cuando llamó su atención la luz natural que emergía en forma de cuchilla de una de las puertas de la galería.

Se detuvo al escuchar una respiración superficial en su interior.

Se acercó despacio, con pasos sigilosos como un gato, para que no la oyeran y guiñó un ojo para mirar por la rendija que quedaba entre el marco y la puerta.

Sintió que su ritmo cardiaco se aceleraba al ver la espalda desnuda de Christos. Los músculos se definían como si estuvieran esculpidos en granito cada vez que el cuerpo subía y bajaba en la barra para hacer la dominada.

«Joder», dijo para sus adentros.

Tenía una anatomía como para caerse de espaldas.

Tragó saliva.

Pestañeó un par de veces como si quisiera salir de una ensoñación… y entonces las vio.

Un puñado de brutales cicatrices le cruzaban el lado izquierdo de la espalda, desde el hombro hasta el costado, y el brazo. La peor parte estaba en el omoplato, donde el hierro y el asfalto habían rasgado y quemado la carne, que se veía de un color carmesí. Parecía como si hubiera sido golpeado repetidas veces por un hierro largo al rojo vivo.

Dolía solo con mirarlas, así que Martina pensó en todo lo que tendría que haber pasado

Christos y en lo difícil que habría sido la recuperación. Se preguntó si las del rostro serían tan brutales como esas.

Maldijo su suerte cuando el móvil le sonó con la alarma del despertador. Se le había olvidado desactivarla.

Sacó rápidamente el teléfono del bolsillo y cortó el sonido lo antes que le fue posible. No podía jugársela y que Christos la pillara fisgoneando, por lo que echó a correr hacia la cocina como si la persiguiera el diablo.

Christos soltó la barra y descansó los pies en el suelo.

Frunció el ceño.

Le había parecido escuchar un ruido en el pasillo, pero estaba tan concentrado haciendo el ejercicio que no podía asegurarlo.

Miró hacia atrás por encima del hombro y se dio cuenta de que al entrar había cerrado mal la puerta. Enfiló los pasos hacia ella y de un empujón con el pie la cerró completamente.

CAPÍTULO 19

Martina por fin pudo quedar con Blanca y Alba.

El lugar elegido fue Edimburgo, como había propuesto Blanca, ya que era un punto intermedio entre Londres y la costa oeste donde se encontraba el castillo de Christos Blair.

Quedaron en la famosa Grassmarket, una plaza rectangular situada al pie del castillo de Edimburgo y de la colina donde estaba la ciudad medieval.

Cuando se vieron, las tres se fundieron en un afectuoso abrazo. Fue tan efusivo y estuvo envuelto en tanta algarabía que hacía que la gente se volviera para mirarlas. Se habían echado muchísimo de menos, ya que en Londres estaban prácticamente todo el día juntas.

—¿Qué tal estás, cariño? —le preguntaron Blanca y Alba a Martina.

—Muy bien —respondió ella—. ¿Y vosotras? ¿Qué tal en Londres?

—Bien —contestó Alba.

Martina volvió a abrazarlas. Estaban guapísimas. Alba llevaba unos pantalones de pata de elefante negros y un abrigo de pana de color verde oliva y Blanca había optado por un vestido de manga larga en gris, unas medias tupidas negras y una cazadora con piel de borreguillo por dentro y botines. Martina, después de darle muchas vueltas al vestuario, se había decidido por un vestido de punto en color magenta con cuello vuelto y unas botas altas negras. Había completado el *outfit* con un abrigo de paño negro.

—Tenía unas ganas horribles de veros —dijo, poniendo puchero.

—Y nosotras a ti —repuso Blanca.

—¿Qué tal con la «bestia de las Highlands»? —se adelantó a preguntarle Alba.

Martina hizo una mueca con la boca.

—Últimamente no discutimos tanto —dijo con una sonrisa.

—Nos lo tienes que contar todo —la apremió Blanca.

—En cuanto encontremos una cafetería en la que refugiarnos de este frío y de esta humedad —repuso Martina, frotándose las manos una y otra vez para que le entraran en calor.

—He estado buscando en Internet algo interesante y hay un salón de té en una calle llamada Royal Mile que es una auténtica cucada —anunció Alba—. Además, está a poco más de diez minutos de aquí.

—Entonces, vamos —les metió prisa Martina.

—Tenemos que ir por… —Alba consultó las indicaciones de Google maps de la aplicación que se había descargado en el móvil—… ahí —señaló con el dedo índice una calle que salía frente a ellas llamada Cowgate.

Mientras Alba consultaba el teléfono para no perderse, Blanca y Martina iban poniéndose al día por encima y disfrutando de Edimburgo.

—Joder, qué bonito —comentó Martina, observando embelesada la larga fila de edificios con fachada de piedra.

—Es como estar en una ciudad medieval, ¿verdad? —dijo Blanca.

—Madre mía, Martina, entre el castillo en el que vives y esto, es difícil que no creas que has hecho un viaje en el tiempo —dijo Alba.

—Es cierto que a veces me cuesta creer que estoy en el siglo XXI —bromeó ella.

Se echaron a reír.

—Chicas, tenemos que torcer a la izquierda por Saint Mary Street —indicó Alba.

—Alba, sabes dónde nos estás llevando, ¿verdad? —intervino Blanca—. ¿Podemos confiar en ti? —se mofó.

—Sí, podéis confiar en mí, joder. No es tan complicado —respondió ella.

—Alba, te recuerdo que la primera vez que fuimos a Piccadilly Circus nos perdimos —dijo Martina—. Estuvimos dando vueltas y vueltas por los alrededores como tres imbéciles.

—Y eso que es una de las zonas más emblemáticas de Londres —apuntó Blanca.

—Pero eso fue porque el GPS del móvil no funcionaba bien —se excusó Alba, sin hacerles mucho caso.

Martina y Blanca se miraron y pusieron los ojos en blanco.

Giraron a la izquierda, tal y como había dicho su amiga, y caminaron por Saint Mary Street.

—Aquí es —dijo Alba.

Las tres se detuvieron y lanzaron un vistazo a la fachada.

Clarinda´s Tea Room rezaba un cartel verde oscuro con las letras en color crema que colgaba de la pared. El local tenía una enorme cristalera en la que había dos jardineras con flores.

—¿Entramos? —preguntó Alba.

Martina y Blanca afirmaron con la cabeza.

Alba empujó la puerta y accedieron al local. No pudieron evitar abrir la boca cuando cruzaron el umbral. Entrar en *Clarinda´s Tea Room* era como entrar en casa de la abuela.

—¿Habéis visto esto? —dijo Blanca con los ojos abiertos de par en par.

—Es como ir a merendar a casa de la abuela —contestó Martina.

—Ya sabía yo que os iba a gustar —comentó una satisfecha Alba, artífice de que estuvieran allí.

—Me encanta —dijo Martina.

—Y a mí —le siguió Blanca.

Un vistoso papel floreado, que podría ser perfectamente sacado de los años ochenta, recorría el zócalo de las paredes. La parte superior estaba decorada con fotografías, cuadros y pequeños espejos. Las mesas, con forma de camilla, se encontraban cubiertas con cucos tapetes de ganchillo de color blanco. Las sillas eran de madera, con el respaldo curvo como las de antaño. En todas las mesas había un jarroncito con flores.

—Fijaos en las cortinas —dijo Martina.

Eran de cuadros azules y grises.

Pero lo que más les llamó la atención fue una especie de consola en la que se mostraban todos

los *scones* y tartaletas artesanas del menú.

—Me las comería todas —comentó Blanca, salivando.

—Y yo —dijeron Martina y Alba casi a la vez, mientras la boca se les hacía agua.

Se sentaron en una mesa del fondo y una mujer entrada en la mediana edad, con el pelo por los hombros rubio ceniza se les acercó.

Se pidieron un café con leche y varios tipos de tartas que iban a compartir, porque todas tenían una pinta estupenda y decidirse por una era complicado.

Martina creyó que tendría un orgasmo cuando probó una de albaricoque y chocolate blanco.

—Madre de Dios… —gimió.

La paladeó casi con lujuria.

—Esta está de muerte —dijo Alba, metiéndose en la boca un trozo de una tarta con sabor a *cranachan*, un postre típico escocés.

Blanca alargó el brazo, hundió la cucharilla en ella y se la llevó a la boca.

—Vamos a salir de aquí pesando cinco kilos más como poco —dijo, con la boca llena.

—No has podido escoger mejor sitio, Alba —comentó Martina.

Las tres se echaron a reír mientras seguían degustando las tartas.

—Pero ahora vamos a la mandanga, a lo que nos interesa —comenzó Alba—. ¿Qué tal te va con «la bestia de las Highlands»?

—No es una bestia —contestó Martina.

—Bueno, cariño… —Blanca tragó el bocado que tenía en la boca—, nos has contado algunas cosas que hacen pensar que, si no es una bestia, lo parece.

Martina puso los ojos en blanco.

—Sois unas exageradas. Es cierto que es antipático y hosco, y que vive como un ermitaño…, pero no empala a la gente del pueblo a la entrada del castillo como Vlad de Valaquia —dijo.

Alba agitó la cucharilla en el aire.

—No lo tenemos seguro —intervino—. A mí eso de que no puedas entrar en el ala sur del castillo me huele raro…

Martina dejó escapar una risotada.

—Pero eso es porque tú ves escenarios de película de terror en todos los sitios —dijo—. Tienes que hacértelo mirar, Alba.

—¿Y no te ha dado por mirar? ¿No te pica la curiosidad? —le preguntó Blanca.

Martina alzó los hombros.

—No, seguro que tiene recuerdos del pasado que no quiere que nadie vea.

—O cadáveres… —saltó Alba—. ¿Falta gente en el pueblo? ¿Echan de menos a alguien? —dijo.

—Alba, en serio, tienes que dejar de ver películas de miedo —repuso Martina.

—Y *Mentes criminales* tampoco estaría mal que lo dejara de ver. —Blanca miró a Martina—. No sabes los maratones que se da con esa serie.

Alba se rio.

—No sabéis el pedazo biblioteca que tiene… Es para correrse —bromeó Martina—. Es enorme, tiene una colección de primeras ediciones de clásicos y una bola cartográfica del mundo que tiene más años que Matusalén, pero que es preciosa…

—Te tiras las horas muertas ahí, ¿a que sí? —le preguntó Alba.

—Desde que la descubrí, sí, porque es una ma-ra-vi-lla… Casi tanto como esta tarta —respondió, metiéndose un trozo en la boca. —El día que la vi por primera vez, Christos y yo estuvimos jugando al ajedrez.

—Entonces, ¿le has visto la cara? —se apresuró a decir Blanca.

—No, que va. Sigue sin dejarse ver —dijo Martina—. Toda la iluminación del castillo está colocada estratégicamente para que su rostro siempre quede en las sombras. Christos maneja muy bien los espacios y las estancias del castillo para que su rostro no se exponga a la luz. Pero sí que he visto las cicatrices que tiene en la espalda y son terribles. No me quiero imaginar cómo tuvo que ser el accidente…

—Quizá está vivo de milagro —apuntó Alba.

—Yo pienso eso, que Christos Blair está vivo de milagro —dijo Martina.

—¿Y qué tal te fue con él? ¿Estáis acercando posturas? —preguntó Blanca.

—Pues fue… encantador —contestó Martina—. Hablamos, nos gastamos bromas, incluso… —buscó la palabra—… flirteamos.

Alba y Blanca dejaron las cucharillas a mitad de camino de la boca y miraron a Martina con intensidad.

—¿Cómo es eso de que flirteasteis? —dijo Alba, con expresión flipada en el rostro.

—Creo que en algún momento tonteamos…

Blanca enarcó una ceja.

—Martina, mírame.

—¿Para qué quieres que te mire? —dijo ella.

—Por favor, mírame —insistió Blanca.

Martina levantó lentamente los ojos hacia su amiga.

—No me jodas que te gusta ese tío…

Martina se preguntó si Blanca podía leer la mente o si su cara hablaba por sí sola sin necesidad de pronunciar palabra.

—Sí, te gusta —afirmó Alba.

—Pero no te puede gustar Christos Blair —intervino Blanca.

—¿Por qué? Es un hombre como otro cualquiera.

—Un hombre como otro cualquiera que vive solo, aislado del mundo, en un castillo donde Cristo perdió la alpargata —atajó Blanca.

—¿Y qué más da dónde viva?

—¿Qué lo conozcan como «la bestia de las Highlands» no te dice nada? —dijo Alba.

—Eso es una tontería —se defendió Martina—. Lo llaman así porque no lo han visto nunca y porque no han tratado con él.

—Porque es intratable, Martina. Tú misma lo has comprobado —dijo Blanca.

Martina lanzó al aire un suspiro.

—Tiene un aire de misterio y… de peligro que me atrae muchísimo —confesó. Se metió la

cuchara con la tarta de albaricoque y chocolate blanco en la boca—. Y una presencia abrumadora. Cuando Christos está en una habitación la llena; cada espacio, cada rincón… Es como si lo hiciera suyo.

—Lo de Óscar está todavía muy reciente, quizá… —dijo Alba.

—Óscar no tiene nada que ver en esto —la cortó Martina—. La noche que estuvimos jugando al ajedrez fue… no sé, joder, estuvo encantador. Hubo muy buen rollo entre nosotros. No había ni rastro del Christos gruñón y hosco de otras veces. Yo creo que está enfadado con el mundo por lo que le ocurrió en el accidente y que ha levantado un montón de muros a su alrededor para seguir enfadado. Pero creo que en el fondo es una persona muy vulnerable. Y además está tan solo…

Blanca sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Te vas a meter en un lío de cojones —dijo—. Ya masco la tragedia. Ya la masco.

«Genial», pensó irónicamente Martina. Una de sus mejores amigas era una gore y la otra una dramática de tres pares de narices.

—Chicas, dejad de alucinar, ¿vale? Aunque me guste Christos, entre nosotros no va a pasar nada. —Levantó las manos—. Él no deja que nadie se le acerque. No hay forma de hacer que salga de su guarida. Si no lo ha hecho en seis años, no lo va a hacer ahora. Así que no echéis las campanas al vuelo que aquí no se va a casar nadie.

—Ese tío antes del accidente era todo lo que no conviene a una chica, aunque todas se murieran por estar con él —repuso Blanca—. A cualquiera que preguntes en Londres te dice que no daba un palo al agua, que no tenía perspectiva de vida, ni aspiraciones, y que lo único que hacía era ir de fiesta en fiesta malgastando la fortuna de sus padres en todos los vicios que existen.

—Todo el mundo tiene derecho a cambiar y a que le den una segunda oportunidad —dijo Martina—. Ahora dirige su propia empresa desde su despacho.

—Por favor, Martina, cuídate —le aconsejó Alba—. Christos Blair es el típico chico malo, capaz de volver tarumba a una mujer. Lo ha sido siempre.

Martina jugueteó con la cucharilla y la tartaleta del plato. Suspiró.

—Ya os he dicho que no va a pasar nada —afirmó, con la intención de tranquilizar a sus amigas.

Y saber que no tenía nada que hacer con Christos le bajaba el ánimo, porque él nunca dejaría la seguridad de su escondite.

Nunca volvería a ser el de antes.

Nunca saldría de la oscuridad.

Nunca volvería a vivir.

CAPÍTULO 20

Martina, Alba y Blanca pasaron el resto de la tarde haciendo turismo por Edimburgo y charlando de sus cosas. A Alba le salió su vena gore y comenzó a explicarles que la plaza de Grassmarket, en la que habían quedado, aparte de ser una de las más antiguas de la ciudad, era uno de los lugares más macabros, que en ella tenían lugar las ejecuciones públicas de los condenados a la horca. Incluso les dijo donde se encontraba el patíbulo, ya que estaba señalado en el suelo con una cruz echa con piedras.

Blanca torció el gesto y se separó unos metros. Pensar que siglos atrás allí habían ahorcado a gente le daba repelús.

—Mejor vámonos a otro sitio —dijo.

Caminaron por una calle empinada de adoquines donde los edificios tenían las fachadas pintadas de muchos colores; azul, blanco, verde, granate…

Martina lo hubiera disfrutado más si no fuera porque el cielo estaba encapotado y había estado amenazando con llover desde que habían llegado.

—¿Y a ti cómo te va con William? —le preguntó a Alba.

—Ahí andamos —respondió ella.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no quiero correr demasiado, porque no quiero darme la hostia del siglo. William me gusta mucho y las veces que hemos quedado, bueno…, lo hemos pasado genial —dijo, refiriéndose a la cama, porque para Alba era fundamental conectar bajo las sábanas con un chico —. Pero no sé cómo se está tomando él lo que tenemos y naturalmente no se lo voy a preguntar.

—Deja que fluya —dijo Martina—. Lo que tenga que pasar entre vosotros, pasará.

—Eso es lo que le digo yo —intervino en la conversación Blanca, mientras iban a ver el viejo castillo de Edimburgo, que se alzaba en una colina en medio de la ciudad por encima del resto de edificios.

—No tienes prisa, Alba. El mundo no se va a acabar mañana —habló de nuevo Martina—. Disfrutad de los ratos que pasáis juntos, conoceos y el tiempo dirá…

—Martina tiene razón. Tienes la manía de correr en las relaciones y al final lo acabas jodiendo. No puedes pretender casarte hasta que la muerte os separe con todos los tíos con los que te lías —habló Blanca.

Alba apretó los labios.

—Siempre cometo el mismo error —reconoció—. Apenas llevo unas semanas con William. Todavía no es tiempo de andar preguntándose qué tenemos o qué no.

—Relájate, disfruta… —comenzó Martina.

—Y no lo estropees —la cortó Blanca, mirando a Alba con las cejas enarcadas.

—Esta vez no lo estropearé, lo prometo —dijo Alba.

Habían llegado a los pies del promontorio donde se enclavaba el viejo castillo. Martina sacó la cámara de la mochila e hizo unas cuantas fotos de la construcción recortada contra las nubes grises que vestían el cielo.

—Martina y su cámara —dijo Blanca.

Ella la ignoró y continuó sacando instantáneas desde un punto y desde otro.

—Hice unas a los alrededores del castillo de Christos que son de postal. Mirad.

Las chicas se acercaron a Martina y ella les mostró en la pantalla digital de la cámara algunas de las fotos que tenía guardada en la tarjeta de memoria.

—Qué buenas son, Martina —afirmó Blanca.

La verdad es que Martina tenía un talento innato para la fotografía. Captaba cosas y perspectivas que nadie era capaz de ver con los ojos y engrandecía aquel instante que le robaba al tiempo y que retenía para siempre en su cámara.

—Y el paisaje es precioso —comentó Alba, observando una imagen del perfil de un acantilado con el mar de las Hébridas a lo lejos.

—Es una puta pasada —dijo Martina.

Cansadas de patearse la ciudad, a mitad de la tarde entraron en una cafetería.

Eligieron *Black Bull*, un pub típicamente escocés con faroles de hierro forjado flanqueando la puerta, y jardineras a los lados. Era raro el comercio que no tenía macetas con flores silvestres en la fachada. Parecía ser una costumbre del país. Algunas de ellas quedaron también inmortalizadas en la cámara de Martina.

Se tomaron un café y unas tapas en *Black Bull*, y al salir ya había anochecido. Era octubre y desde hacía varias semanas los días se acortaban de cara al invierno. Martina miró el reloj de pulsera.

—Es hora de que emprenda el camino de vuelta —dijo.

No le daba miedo conducir de noche, pero la carretera no dejaba de ser todavía desconocida para ella y en muchos tramos despoblada.

—Nosotras también —repuso Alba—. A todas nos quedan unas cuantas horas de viaje por delante.

—Ha sido una tarde genial, tenía muchas ganas de veros, chicas —dijo Martina—. Me hacéis mucha falta. —Su voz se tiñó de nostalgia.

Si había algo que echaba de menos desde que se había ido a trabajar al castillo de Christos Blair era a sus amigas. Se conocían desde el colegio y eran casi como sus hermanas.

—Sabes que nos tienes para lo que quieras, Martina —habló Blanca.

Las tres se fundieron en un caluroso abrazo de despedida.

—Oye, la experiencia de quedar en Edimburgo no ha estado nada mal —dijo Alba—. ¿Qué os parece si la próxima vez vamos a Glasglow? No está mucho más lejos que Edimburgo…

—A mí me parece genial —contestó Martina.

—A mí también. Nos vemos y de paso aprovechamos para hacer turismo —dijo Blanca.

—Glasgow tiene cosas muy interesantes de ver —dijo Alba, que había estado curioseando en

Internet.

—Dicen que recoge la esencia de Escocia en una ciudad —apuntó Martina.

—Pues la próxima vez iremos a Glasgow —atajó Blanca.

Martina suspiró.

—Bueno, chicas, me voy —dijo, con un semblante de resignación, porque le daba pena despedirse de Alba y Blanca.

Blanca le cogió la mano en un gesto cariñoso.

—Cuídate mucho, cariño —habló.

—Y vosotras —respondió ella.

Finalmente se despidieron con un beso en las mejillas y cada una cogió la dirección en la que había dejado el coche.

Martina se dirigió a *Easi Park*, en el 62 de Saint Leonards Street, un estacionamiento en el semicentro, alejado de la vorágine turística, y en el que había dejado su pequeño Opel Corsa.

Pagó la tarifa correspondiente, arrancó el coche y se fue en dirección norte.

CAPÍTULO 21

Se puso una de sus habituales *playlists* de funk con los cantantes y grupos de cabecera, y tiró millas.

Había recorrido unos doscientos kilómetros cuando el coche empezó a hacer un ruido extraño. Martina bajó el volumen de la radio y agudizó el oído para escuchar el motor. Había algo que no parecía ir del todo bien.

Continuó su camino, rezando para que el Opel Corsa le dejara llegar al castillo, pero su oración no fue escuchada. Unos pocos kilómetros más adelante el coche fue perdiendo potencia y velocidad y empezó a traquetear. Martina aceleró, pero el coche empezó a sacudirse y a dar fuertes tumbos.

Finalmente se vio obligada a detenerse. Aminoró, se desvió hacia el arcén y paró el motor.

No le dio buena espina que se hubiera encendido en el salpicadero el testigo del motor. Olía a avería gorda.

Trató de arrancarlo de nuevo, pero el coche se ahogaba una y otra vez.

—Estupendo —dijo malhumorada, dando un golpe en el volante con las manos.

Lo que le faltaba.

No había nada de vida en varios kilómetros a la redonda. El último pueblo lo había dejado como a media hora si no recordaba mal.

No le quedaba otra opción más que llamar a la grúa para que fuera a recoger el coche.

Se apeó del vehículo después de dar las luces de emergencia, sacó los triángulos del maletero y los colocó en su sitio correspondiente. Dudaba que pasara alguien por esas carreteras de mala

muerte, pero era obligatorio señalizarlo. No quería que también le pusieran una multa.

Se apretó el abrigo contra el cuerpo y se metió de nuevo en el coche. Hacía bastante frío debido a la humedad que había en el ambiente. Tenía la costa con las frías aguas del mar de las Hébridas al lado.

Cogió los papeles del seguro de la guantera y buscó el teléfono de asistencia en carretera.

Volvió a rezar.

Esta vez para que le cubriera que la grúa recogiera el coche para llevarlo al taller y que un taxi la llevara a ella hasta el castillo de Christos.

Después de hablar con un par de departamentos de la aseguradora, que la atendieron muy amablemente, todo hay que decirlo, le confirmaron que le entraban ambas cosas. Martina respiró aliviada.

Esperó la llegada de la grúa y del taxi dentro del coche. Ya era de noche, aunque el cielo se veía azul oscuro y no negro, y la luna lucía con intensidad, iluminando el bello paisaje.

Un alto acantilado giraba a la izquierda, adentrándose en el océano y dejando ver su magnificencia. A sus pies, el mar se veía como una masa azul cubierta en algunos tramos por una tímida neblina blanca. La luna se reflejaba en el agua.

Martina aprovechó el momento para sacar su cámara de la mochila (como decía Blanca siempre: «Martina y su cámara») y lanzar unos cuantos disparos al paisaje de postal que tenía delante.

Andaba en esas cuando llegó la grúa y un par de minutos después el taxi.

Martina llegó al castillo de madrugada.

No le pasó desapercibida la expresión de extrañeza del taxista cuando vio que trabajaba en un castillo. En ese, para ser concreta.

No es que la sorprendiera que reaccionara así. Al principio a ella misma le había causado

cierto desconcierto. Bueno, el primer día le había causado estupor, pero después de unas semanas allí ya no le parecía tan extraño. ¿Qué tenía de malo?

Había muchos castillos de clanes que estaban habitados por algo más que fantasmas. Sobre todo en Escocia. Y luego había gente que se construía casas en mitad del monte, o del campo, o de la montaña para alejarse del mundanal ruido de la ciudad. No, no era tan raro como parecía en un primer momento, aunque en el caso de Christos Blair las circunstancias fueran un tanto especiales.

El taxista dio la vuelta y se fue por donde había ido cuando Martina entró en el castillo.

Haciendo el menor ruido posible, subió la escalera del vestíbulo. Enfilaba la habitación cuando oyó la voz de Christos a su espalda.

—¿Se lo ha pasado bien con sus amigas, señorita Ferrer? —le preguntó.

Martina dio un respingo.

—No esperaba que estuviera despierto —dijo, al tiempo que se giraba.

Christos se encontraba en la puerta de la biblioteca pequeña. La luz que emergía de la estancia recortaba su figura entre las sombras del pasillo. Llevaba puesta una bata negra cerrada en la parte delantera con un cinturón atado a la cintura.

Hasta con una simple bata estaba sexy, o así lo veía Martina.

—Sin tener en cuenta el incidente de la vuelta, me lo he pasado muy bien —respondió, entusiasmada.

Le hacía mucha falta quedar con Alba y Blanca. Ellas eran como una especie de medicina para el ánimo.

—¿Qué le ha pasado? —se interesó Christos al oír lo del incidente.

—Se me ha averiado el coche y me ha dejado tirada en la carretera.

—Pero ¿está bien?

—Sí, sí. He llamado a la compañía aseguradora y se ha ocupado de todo. El coche se lo ha llevado una grúa y un taxi me ha traído hasta aquí —le explicó Martina. Frunció un poco el ceño —. Pero ¿qué hace despierto? ¿No estaría esperándome? —le preguntó.

Christos esbozó una sonrisa.

—No, señorita Ferrer. No estaba esperándola —respondió. Su voz sonaba sexy en la oscuridad del pasillo—. No podía dormir y he bajado a la cocina a tomar un vaso de leche. Además, sabe que prefiero las noches para moverme.

Martina sabía que lo decía porque por las noches se movía con más libertad, puesto que por el día ella andaba por el castillo y Christos salía lo menos posible de su despacho para no toparse con ella. Eso la hizo sentirse mal.

—Está en su casa, señor Blair, debería poder moverse con total libertad tanto de día como de noche —dijo.

—No vamos a discutir otra vez sobre lo mismo —repuso Christos.

—No discutiríamos si usted diera normalidad a su situación.

—Mi situación no es normal —arguyó él.

—Son solo unas cicatrices.

—Unas cicatrices que devastan parte de mi cuerpo y de mi cara.

—No me venga con lo de que podría provocarme pesadillas. Le dije que no soy una niña.

—Señorita Ferrer, no quiero ver repugnancia en sus ojos cuando me mire —dijo Christos muy serio.

—¿Por qué piensa que le voy a mirar con repugnancia?

—Porque es lo que suscita mi rostro.

Martina suspiró.

—Que otras personas lo hayan hecho no significa que yo vaya a reaccionar igual —dijo.

Christos dibujó en sus labios en inicio de una sonrisa que no fue más allá.

—No quiero su compasión —atajó en tono duro, apretando en un puño las manos.

La gente lo miraba de dos maneras: o con repugnancia o con compasión, y la compasión era algo que Christos no soportaba. Casi prefería que le miraran con asco. Pero no quería ver ninguna de las dos cosas en los preciosos ojos color miel de Martina. En otra persona, tal vez ya le diera igual, pero en Martina no.

—No tiene mi compasión, señor Blair —susurró ella.

Algo la impulsó a dar un par de pasos hacia él.

—No se acerque, lo tiene prohibido —la cortó Christos para que no continuara avanzando.

«Sí, por culpa de esa estúpida lista de normas que me comprometí a cumplir —se dijo Martina —. Ese es el arma que utilizas para no dejar que la gente se te acerque.»

Se sintió frustrada.

¿Cómo podía hacerle entender que no era compasión lo que le hacía sentir? ¿Lo que la removía? Que no tenía nada que ver con ese sentimiento. Que había muchas cosas que la atraían de él. Su inteligencia, su sentido del humor, su cultura, el modo en que la protegía, porque sabía de sobra que con esa actitud lo que estaba haciendo era protegerla (quizá de él mismo), y también cómo se preocupaba por ella, como el día que se enfadó por llegar de noche.

Él lo ocultó detrás de sus malas pulgas diciendo que no quería tener un problema ni jaleos con hospitales, pero Martina había llegado a la conclusión de que en realidad estaba preocupado por ella. De ahí el cabreo.

Pero todo lo que sintiera él lo vería como compasión. Por su terquedad él interpretaba su acercamiento y ese interés por que saliera a la luz y porque tuviera una vida normal dentro de su propia casa como compasión.

Y era frustrante.

Sin duda la frustraba.

Le dieron ganas de coger uno de esos jarrones de fina porcelana y tirárselo a la cabeza.

—¿Por qué espera que reaccione como una imbécil? —le soltó sin poder evitar hacer la pregunta, inmóvil en mitad del pasillo.

—Quizá porque he estado rodeado de ellos toda mi vida —respondió Christos.

Escuchó cómo Martina dejaba salir el aire de los pulmones.

—La oscuridad en la que está sumido lo va a llevar a la autodestrucción —dijo ella.

Y sin darle tiempo de que le replicara, se dio media vuelta y enfiló los pasos hacia su habitación.

Cuando entró, cerró la puerta tras de sí. Se dirigió a la cama y después de apoyar la mochila en una silla, se dejó caer de espaldas sobre ella. Estuvo un rato largo mirando al techo.

Tenía la sensación de que Christos no iba a entrar nunca en razón. Nunca. Nada ni nadie lo haría salir de aquella oscuridad, de aquellas sombras en las que se obligaba obstinadamente a estar. A vivir en una constante noche.

Resopló.

Qué complicado era todo.

Christos permaneció un rato con la vista fija en el pasillo por el que se había alejado Martina. Había advertido en sus palabras la frustración que sentía. Él también se sentía así. Quería que se acercara, sentir algo de contacto humano después de tanto tiempo... Pero no podía permitírselo. Era un lujo que estaba fuera de su alcance. Muy fuera de su alcance.

Pensó que había una cosa en la que Martina se equivocaba. Él no iba camino de la autodestrucción; no era la oscuridad la que lo iba a destruir, porque él ya estaba destruido. Solo esperaba el momento en el que no fuera capaz de seguir viviendo como lo hacía; llevando aquella existencia de ermitaño, de escuchar el horrible eco de su soledad, el vacío de su existencia, para acabar con todo.

Apretó la mano enguantada, entumeciendo con el dolor la frustración y la angustia, se giró y se internó en la biblioteca.

Martina se quedó dormida enseguida. Entre la caminata por Edimburgo, el larguísimo viaje y la avería del coche estaba tan cansada que en cuanto se lavó los dientes, se puso el pijama, mandó un mensaje al grupo de WhatsApp que tenía con las chicas para decirles que había

llegado bien (les contaría lo del coche en otro momento), y se metió en la cama, le rindió el sueño.

Pero fue un sueño pesado e inquieto que no la dejó descansar.

Solo veía rostros desfigurados, dantescamente deformados por terribles cicatrices que atravesaban la carne de un lado a otro. Emergían a su alrededor de espesas sombras que había por todos los rincones.

Un sueño en el que se preguntaba una y otra vez por qué Christos no dejaba que se acercara a él.

CAPÍTULO 22

Con lo movidito que había estado el día anterior, conversación con Christos en plena madrugada incluida, Martina se levantó con dolor de cabeza.

Se tomó un Ibuprofeno de una de las tantas cajas que había metido en la maleta cuando se fue a Escocia, y trató de empezar el día con la mejor actitud posible.

Se puso unos pantalones vaqueros negros y un jersey de cuello alto rojo. Tenía el pelo echo una pena de la humedad del día anterior de Edimburgo, así que se lo recogió en un moño alto despeinado, dejando algunos mechones sueltos por la cabeza.

Bajó a la cocina, se dirigió a la encimera y encendió la cafetera para prepararse un café. Eso le daría un chute de energía. A ver si así se espabilaba un poco. Abría la boca con un bostezo cuando entró Edward vestido con sus pantalones de pana marrones, su camisa de leñador y su cordial sonrisa.

—Buenos días, Martina.

—Buenos días, Edward.

—¿Estás bien? —le preguntó el hombre, al verla algo pálida.

Martina agitó levemente la mano en el aire mientras se servía café en una taza que previamente había llenado de leche.

—Sí, me duele un poco la cabeza. Nada más —dijo, quitándole importancia.

Retiró una silla y se sentó a la mesa.

—Solo he venido a por una botella de agua, pero si necesitas algo, no tienes más que decírmelo. En el pueblo hay una pequeña farmacia. Puedo acercarme si necesitas alguna

medicina —se ofreció Edward, con la afabilidad que lo caracterizaba.

Martina dio un sorbo de café antes de contestar.

—Te lo agradezco mucho, Edward, gracias, pero me traje un arsenal de analgésicos en la maleta cuando vine. Con eso lo combatiré —dijo de buen humor.

—Bien, pero si algo necesitas, ya sabes donde estoy… A la hora que sea.

Martina asintió.

—Gracias.

Edward cogió una botella de agua y salió de la cocina en dirección a los establos.

Martina alzó la taza y la aferró con las dos manos. Sopló un poco de aire para enfriar el café.

—Debería meterse en la cama. —La voz resonante y sexy de Christos sonó desde el otro lado de la cocina, en el umbral de la puerta del servicio.

Martina no se sorprendió, empezaba a acostumbrarse a esas «apariciones marianas» de Christos.

Volvía de correr por la playa. No había dormido durante la noche y al final había decidido salir a hacer un poco de deporte para quitarse el atontamiento que tenía encima.

—¿Por un dolor de cabeza leve? —dijo Martina con escepticismo.

Se acercó la taza a los labios y dio un trago de café sin volverse hacia él, que la veía de perfil.

—Puede empeorarle el dolor con la cafeína —dijo Christos.

—¿Se preocupa por mí, señor Blair? —le picó Martina.

—Es usted un ser humano…

—Y usted una bestia, según dicen —jugó.

—No debe creerse todo lo que dicen.

—Lo sé.

Hubo unos segundos de silencio.

—Si se encuentra peor, métase en la cama. Edward y yo nos las apañaremos solos.

Martina escuchó sus pasos alejarse. Christos aparecía y desaparecía cuando le daba la gana, aunque Martina se dio cuenta de que últimamente se «dejaba ver» más a menudo. Al principio

pasaban días enteros sin hablar.

Sonrió para sí.

La bestia no era tan despiadada como decían si se preocupaba por su dolor de cabeza y le permitía irse a la cama si empeoraba. La bestia no era tan mala como la pintaban, ni mordía tanto como parecía. La bestia quizá… no era tal.

A pesar del cansancio que arrastraba, aquella noche Martina tampoco pudo pegar ojo. Lo único que hacía era dar vueltas y vueltas de un lado a otro de la cama.

Finalmente se levantó y bajó a la cocina para prepararse un vaso de leche caliente. Cuando subió de nuevo a la habitación, se dirigió a la ventana y descorrió la cortina.

Una sombra apareció en su campo de visión. Era Christos, que caminaba errante por la orilla de la playa, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

Se recolocó la manta que se había echado por los hombros y durante un rato lo observó mientras él paseaba en la serenidad y quietud de la noche.

El resplandor blanquecino de la luna seguía sus pasos.

Sintió una profunda pena de que Christos hiciera de la noche su aliada para tener un poco de libertad. Negó para sí.

Probablemente a Christos no le gustaría lo que iba a hacer, pero se puso un chándal y unas zapatillas de deporte, se colocó encima el abrigo y bajó hasta la playa.

No sabía si estaba haciendo lo correcto presionando a Christos para que se dejara ver, pero era la única manera que había encontrado para que saliera del cascarón. No podía llevar ese tipo de vida eternamente. Siempre oculto, siempre escondiéndose, siempre apartado del mundo, porque terminaría consumiéndolo.

Rodeó la inclinada pendiente y descendió por el estrecho sendero de tierra hasta la orilla de la playa.

Christos se detuvo al verla, no sin cierto asombro. ¿Qué hacía allí? ¿Y a esas horas? Debería molestarle que Martina invadiera también sus noches, sin embargo no era así.

La ropa negra que llevaba puesta Christos hacía que casi fuera invisible en las sombras.

—No debería salir a estas horas de la noche —dijo.

Frente a él, Martina se apretó el abrigo contra el cuerpo para mitigar el frío. Corría un aire fresco que le agitaba el cabello.

—No podía dormir —fue su respuesta.

Martina no podía ver la expresión de Christos, pero tenía una ceja arqueada y la miraba con suspicacia.

—¿Solo ha bajado a la playa porque no podía dormir? —dijo con recelo.

Martina se mordisqueó el labio. No iba a mentir porque la pillaría y tampoco iba a decirle la verdad porque Christos se lo tomaría como compasión.

—Y porque quería tocarle un poco las narices a usted —contestó.

Christos movió la cabeza, negando. Nunca había conocido a una mujer tan terca como Martina Ferrer ni tan decidida a salirse con la suya. Aquello era tesón y lo demás tontería.

—¿Qué quiere de mí, señorita Ferrer? —le preguntó en tono pausado.

—¿Por qué no me llama Martina? Creo que ya hay suficiente confianza entre nosotros como para llamarnos por nuestro nombre —dijo.

Christos mantuvo silencio unos instantes.

—¿Qué quieres de mí, Martina?

Martina sintió un estremecimiento cuando dijo su nombre. Lo pronunció como si lo hubiera acariciado sensualmente con la lengua.

Quizá fuera una ilusión suya, pero veía como un triunfo que Christos hubiera accedido a tutearse.

—Que salgas de tu guarida y que trates de llevar una vida normal —respondió.

—Eso no es posible.

Martina sonrió.

—¿Nunca viste ese anuncio de Nike que rezaba con el lema: «nada es imposible»? —le preguntó—. No es posible porque no quieres.

Algo incitó a Christos a sentarse en la arena de la playa. Martina imitó su gesto y se acomodó a su lado. La luna se reflejaba como un medallón en el mar.

—Mi lugar es este. Aquí es donde tengo que estar —contestó.

Martina miró a su alrededor.

—¿Aquí? —dijo, abriendo los brazos para abarcar lo que les rodeaba—. ¿Aislado del mundo en un castillo en mitad de la nada? —le preguntó—. Esto está muy bien una temporada para hacer un retiro espiritual, pero es que ni siquiera te relacionas con la gente del pueblo.

Christos esbozó una sonrisilla.

—Soy una bestia sin posibilidades de redención —respondió, sacudiéndose la arena de las manos.

El resplandor de la luna incidió en su extremidad enguantada.

—¿Por qué dices eso? Todo el mundo tiene derecho a redimirse, a salvarse… —dijo Martina, que había fruncido el ceño ante su afirmación.

—¿Eso es lo que quieres hacer conmigo? ¿Salvarme? —Martina percibió un matiz de burla en la voz de Christos.

Christos se preguntó qué le hacía creer que podía curarle todo lo malo que tenía dentro.

—No, solo quiero que… —comenzó ella.

—Me merezco el aspecto que tengo, Martina —la cortó él—. Lo de fuera es como lo de dentro, porque yo siempre he sido una bestia, un monstruo que solo pensaba en exprimir el lado hedonista de las cosas, en divertirme… —dijo—. Un tío que se dedicaba a vivir gastándose la fortuna de sus padres en lujosos coches deportivos, fiestas, alcohol, drogas y mujeres, a las que trataba como juguetes. Ese era yo. Me encantaba salir de fiesta, que me vieran, aparecer en la prensa rosa con mis conquistas, con las que solo tenía aventuras de una noche; ser parte de ese brillo mundano que a veces pudre a las personas…

Alzó el rostro y miró hacia el horizonte, donde el mar y el cielo eran uno solo con la noche. La

capucha de la sudadera ocultaba su rostro, pero Martina pudo ver el perfil de la nariz y de la mandíbula del lado que no tenía cicatrices, y sin duda era atractivísimo.

—Me aproveché del dinero de mis padres y de mi *belleza de Adonis*, dando por sentado que siempre sería así —se burló de cómo lo apodaban las revistas del corazón cuando hablaban de él: «el Adonis de Londres»—, para hacer lo que me daba la gana cuando me daba la gana, sin importarme las consecuencias, y un día mis imprudencias y mi mala cabeza tuvieron consecuencias, unas que me dejaron secuelas para el resto de la vida, como un macabro recordatorio de lo que fui.

—¿Crees que… la vida te castigó por vivirla del modo en que la vivías? —dijo Martina, que no se podía creer que tuviera esa concepción del mundo.

—¿No es así como funciona el karma? —lanzó al aire Christos con ironía.

—No, la vida no premia ni castiga. La vida simplemente sucede. No puedes culparte apartándote de la gente porque te gustara salir y divertirte —argumentó Martina. Christos no dijo nada, pero su silencio hablaba por sí solo—. Fue un error, Christos —continuó—. Todos los días la gente tiene accidentes de coche.

—Pero no toda la gente los tiene por ser un gilipollas —sentenció él.

No se atrevió a confesarle que iba a más de doscientos kilómetros por hora, puesto de alcohol y de cocaína hasta las cejas y que la que era su novia estaba a punto de hacerle una mamada. Era demasiado escabroso, y por alguna razón le importaba lo que Martina pensara de él.

—Que me pasara algo era solo cuestión de tiempo… Aunque hubiera sido mejor quedarme en aquel accidente —sentenció.

—¿Cómo puedes decir eso? Tómatelo como una lección, si quieres; aprende de ello, pero ya está. Sobreviviste, eso te tendría que servir para dar más valor a la vida.

Christos se levantó. Mirando al mar, dijo:

—No, Martina, es aquí donde tengo que estar, donde debo expiar mis pecados. Las bestias tenemos que estar apartadas —dijo—. Pierdes tu valioso tiempo si intentas salvarme, porque yo no tengo salvación posible.

Se giró y echó a andar hacia el castillo con pasos resueltos. Martina volvió el rostro hacia él y observó por encima del hombro como se alejaba. El aire movió su pelo. Se abrazó a sí misma.

Se mantuvo un rato más allí, sentada en la playa, a solas con sus pensamientos, con el viento vivificante dándole de cara y una extraña presión en el pecho.

Se preguntó si quería salvar a Christos, si por eso se obstinaba en sacarle de su oscuridad. Lo pensó unos segundos.

Sí, quizás sí deseaba liberarlo de sus sombras. Christos se había erigido como su propio juez y verdugo, y se había entregado a la condena. Pero tenía la certeza absoluta, allí sentada frente al mar de las Hébridas, de que no podría salvarlo porque él no deseaba salvarse.

Había hecho de aquella fortaleza que estaba a su espalda una cárcel para expiar sus pecados y su culpa, y Martina no tuvo dudas en aquel momento de que acabaría siendo un mausoleo, de que acabaría siendo su tumba.

El frío ganó intensidad.

Martina se levantó, se sacudió la arena y regresó al castillo.

CAPÍTULO 23

Martina estuvo todo el día siguiente a la rastra. Las dos noches seguidas sin apenas dormir le estaban pasando factura. En lo único en lo que pensaba era en meterse en la cama y leer alguna buena historia.

Entrada la noche se fue a la biblioteca para curiosear qué obras había y escoger una nueva lectura. No dudaba de que encontraría alguna interesante en aquella inmensa necrópolis de libros.

Durante un rato vagó por las estanterías mirando aquí y allá, maravillada por la colección que tenía ante ella. Casi se le salieron los ojos de su sitio cuando encontró una de las primeras ediciones de *El Quijote* traducido a inglés. El traductor había sido Thomas Shelton y databa nada más y nada menos que del año 1612.

Lo sacó de la estantería con sumo cuidado, como si se tratara de una figurita de finísimo cristal que se fuera a romper, y lo hojeó con expresión de incredulidad en la mirada. Tenía en sus manos la edición original de una de las obras cumbre de la literatura universal. Era un tesoro.

Atraída como una polilla a la luz, encendió la chimenea con un par de trozos de leña de los que había en el cesto de mimbre y se sentó en un sillón a leer algunos párrafos de *El Quijote* en inglés.

Al cabo de unas cuantas páginas, el sueño finalmente la venció y terminó durmiéndose con la cabeza apoyada en una de las orejas del sillón.

Christos entró en la biblioteca buscando también algo que leer para paliar seguramente otra larga noche de insomnio. Desde que tuvo el accidente, había épocas que apenas pegaba ojo. Se pasaba las madrugadas desveladas, circunstancia que aprovechaba para leer. Era el insomnio lo que le había iniciado en la lectura hasta hacerse un devorador insaciable de libros.

Fue una sorpresa (grata) encontrarse a Martina dormida en el sillón junto al fuego. El mismo sillón en el que él se sentaba para leer.

Se fijó en las dos pilas de libros que descansaban a sus pies y en otras dos obras apoyadas en la esquina de la pequeña mesa.

Cerró la puerta con suavidad para no hacer ruido. No quería arriesgarse a que Martina se despertara y lo viera, pero la necesidad de estar cerca de ella, aunque solo fuera unos instantes, fue más fuerte que él. Despacio, caminó hacia ella.

Hacía mucho tiempo que a Christos nada lo sorprendía. Sin embargo Martina le parecía una mujer sorprendente, y eso la convertía en algo peligroso…

Se permitió observarla dormida.

Tenía la cabeza reclinada hacia un lado, apoyada en el sillón. El pelo le caía largo y sedoso por los hombros y la expresión de su rostro era relajada. La claridad acaramelada de las llamas acentuaba la dulzura de sus rasgos.

«Es preciosa», pensó Christos.

Tenía un libro abierto sobre el pecho. Un libro antiguo. Christos inclinó la cabeza para leer el título. Se trataba de la traducción inglesa de *Don Quijote de la Mancha.*

No le extrañó que le hubiera llamado la atención aquella edición original, si tenía en cuenta que el autor era español y que suponía una de las mejores obras literarias de todos los tiempos.

Martina se revolvió en el sillón y abrió los ojos.

Christos se apresuró a sumergirse en las sombras de la biblioteca. A ser como siempre uno solo con la oscuridad.

—¿Christos? —lo llamó Martina con la voz somnolienta.

Estiró el cuello y escudriñó la penumbra. No lo veía, pero podía notar su presencia, sentir el

magnetismo que emergía de él.

—Christos, sé que estás ahí —se atrevió a decir.

—Eres muy perceptiva —comentó él.

—Como todas las mujeres, tengo un sexto sentido —dijo ella.

Dejó el libro sobre el reposabrazos del sillón, se levantó y dio unos pasos en dirección a la voz de Christos. Él se tensó.

—No te acerques, Martina —gruñó.

Martina sabía que lo tenía prohibido, pero sentía la abrumadora necesidad de salvar la distancia que en aquel momento había entre ellos.

—¿Qué harías si te desobedezco? ¿Llamarías a tu hermana para que me despidiera? —lo desafió, decidida a que su voz sonara firme.

Le estaba echando un órdago a grande y tenía que andarse con cuidado, porque a pesar de todo, aquello no era una partida de mus.

—Tengo otra forma más efectiva de mantenerte alejada —la amenazó Christos.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Martina. ¿Cómo era posible que la voz de un hombre la pusiera así? Tenía claro que no debía acercarse, que no podía, y sin embargo no era capaz de detenerse.

—¿Qué manera? —preguntó sin dejar de caminar hacia él.

—Descubriéndote a un monstruo mostrándote la devastación de mi cara —respondió Christos, serio.

La provocación brilló en los cálidos ojos miel de Martina.

—No me asusto fácilmente, Christos Blair —lo retó nuevamente, levantando un poco la barbilla en actitud orgullosa.

Estaba muy cerca de él. Peligrosamente cerca.

No esperaba lo que vino después.

Christos la cogió del brazo, tiró de su cuerpo y, sumergiéndola en las sombras, la colocó de cara a una de las estanterías atestada de libros. El movimiento fue tan rápido como el de un felino

y tan medido que Martina apenas fue capaz de procesar lo que estaba pasando.

Christos se situó detrás, aprisionándola entre su cuerpo y la pared formada de obras clásicas. Le apartó el largo pelo castaño de la cara y se lo colocó detrás del hombro. Al tocarlo, advirtió que parecía de seda, tan suave como lo había imaginado. Inclinó lentamente la cabeza sobre ella y puso los labios justo en su oreja.

—Estás buscándome, Martina, pero no sé si de verdad quieres encontrarme… No sé si estás preparada para encontrar a *la bestia* —le susurró al oído en un tono que parecía encerrar secretos e historias oscuras, provocándole un escalofrío.

A Martina se le olvidó respirar.

CAPÍTULO 24

Sus palabras reverberaron en el silencio de la enorme biblioteca.

Durante unos segundos se quedaron muy quietos. Ningún sonido hubo entre ellos, solo las respiraciones apresuradas que subían y bajaban los pechos.

Christos en aquel momento era como un tigre encerrado con una suculenta presa que llevaba mucho tiempo queriendo cazar.

Estaba cansado de fingir que no sentía nada, de obligarse a no desearla, de hacer como si no existiera.

Martina empezó a temblar sin poder evitarlo. No por miedo, sino por todo lo que estaba sintiendo y por tenerlo tan cerca. Se agarró a la estantería.

El corazón le latía de una forma tan violenta, golpeándole las costillas con tanta fuerza, que creyó que se le saldría del pecho. Le ardían los pulmones, como si tuviera llamas dentro de ellos.

—Christos, yo… —comenzó a decir, sin apenas voz por la respiración irregular.

—Silencio —la cortó él con un murmullo.

Lo pronunció en un tono suave, pero era una orden. Martina se sacudió cuando el aliento de Christos le rozó la piel de la nuca. Se le erizó todo el vello.

«Joder».

El calor de su enorme cuerpo la envolvió como un manto cálido. Podía sentir su fuerza, su poder. Cerró los ojos y esperó. Christos era deliciosamente masculino y peligroso, y eso la enloquecía.

Christos sabía que no debía seguir, que debía parar todo aquello; que no debía traspasar la

frontera prohibida, pero le estaba resultando más difícil de lo que pensaba alejarse de Martina cuando cada una de las células de su cuerpo le gritaba que se acercara, que cruzara los límites que se había auto impuesto durante tantos años, que se rindiera. Si no lo hacía, la pasión salvaje que sentía lo devoraría vivo.

Ya no podía resistirse; tampoco quería.

En aquel momento supo cuánto deseaba que sucediese aquello, cuánto deseaba a Martina. Más de lo que recordaba haber deseado nunca nada ni a nadie.

Se sentía vivo, hombre, humano.

Y todo por ella.

Solo por ella.

—Solo una vez, Martina… —susurró con una voz acariciadora que se convirtió en un gruñido —. Solo esta noche…

Martina no quiso pararse a pensar en lo que quería decir aquello.

Christos le dio la vuelta para mirarla. Recorrió su rostro con las manos, sintiendo la delicadeza de sus dulces rasgos. Los pulgares (el de la mano izquierda enguantado) delinearon lentamente las mandíbulas y el contorno de los labios llenos y entreabiertos. Se dio cuenta de que ansiaba con desesperación besarla.

Bajó la cabeza y atrapó su boca. Casi gimió en voz alta ante la sensación. Sus labios eran dulces, suaves y encantadores.

Después de repasarlos, se sumergió en el interior de su boca. Su lengua la exploró extasiado.

Martina creía que se iba a desmayar. Dios, Christos era tan apasionado.

Alzó las manos para acariciarle la cara, pero él la detuvo. Le sujetó las muñecas en un suave apretón y se las colocó por encima de la cabeza.

—No puedes tocarme —dijo.

Martina frunció el ceño, confusa. No sabía qué la cabreaba más, si que hubiera interrumpido el beso o que le dijera que no podía tocarlo.

—Pero Christos… —se preparó para protestar.

—Martina, no puedes tocarme. Es una de las normas. —La voz de Christos sonaba seria.

Martina abrió la boca para volver a protestar. ¿Cómo que no podía tocarlo? ¿Acaso no se daba cuenta de la situación en la que estaban inmersos? Pero la cerró de golpe cuando vio que Christos se estaba quitando el cinturón del pantalón.

¿Qué coño iba a hacer?

Martina siguió el movimiento de sus manos cuando las levantó y le rodeó las muñecas con el cinturón. Metió el extremo de cuero en la hebilla y tiró hasta ajustarlo. Después dio la vuelta a la correa por encima y la pasó entre el hueco de los brazos, de forma que él la podía coger y tener el control.

—Así no tendrás la tentación de tocarme —dijo Christos con aquella voz suya profunda y resonante.

Martina lanzó un bufido. ¿Se estaba quedando con ella?

—Eso es injusto —se quejó, como una niña pequeña.

—Nadie dijo que la vida fuera justa, cariño. —¿Había una nota de burla en su voz?

A Martina no le dio tiempo a analizarlo porque Christos volvió a apropiarse de su boca mientras sujetaba sus muñecas con la correa del cinturón contra los libros.

Paseó la mano enguantada por su cuello y con el pulgar presionó suavemente sobre el labio de abajo para que abriera la boca.

Sentir de nuevo sus labios cuando la besó hizo que Martina se olvidara de todo. Podía hacer lo que quisiera con ella. Podía inmovilizarla por entero con papel film si quería. Cualquier cosa con tal de estar cerca de él.

Gimió ligeramente mientras la boca de Christos se movía desenfrenadamente sobre la de ella, que le besaba con una mezcla de perplejidad y fascinación. Martina recorrió sus labios con la punta de la lengua. Christos soltó un gruñido que resonó en el fondo de su pecho. Sus ojos brillaban entre la penumbra de la estancia.

En esos momentos era lo más parecido a una bestia: no podía mostrarse civilizado con Martina, no en el estado en el que estaba. Deseaba morderla, dejarle la marca de los dientes en el

cuerpo, que se acordara de el al día siguiente cuando se moviera.

Tiró del extremo del cinturón y le sujetó las muñecas contra la estantería. Inmovilizada, hizo descender la mano sana por su torso y le acarició un pecho por encima de la camiseta de algodón. Martina gimió cuando Christos lo estrujó con los dedos.

—Oh, joder… Christos —jadeó ella, arqueándose contra el cuerpo de él.

Sin liberarla, pasó la mano al otro pecho y se lo acarició mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

Christos le pasó el brazo por la estrecha cintura y la giró para ponerla de nuevo de espaldas a él. Se apretó todavía más contra su cuerpo. Martina era delicada y frágil, pero quería llevarla al límite, mostrarle la bestia que tenía dentro.

Soltó el trozo de correa con el que la sujetaba y le liberó las muñecas.

Agarró el borde del cuello de su camiseta rosa y tiró con fuerza de ella. El sonido que hizo la tela al rasgarse de arriba abajo llenó la habitación.

Martina tomó una bocanada de aire. De pronto había sentido los pulmones totalmente vacíos. Nunca había vivido algo tan salvaje y sexy como que un tío le rompiera la rompa antes de follar.

Las manos de Christos ascendieron por los costados, provocándole a Martina un suave fuego con su caricia. Le tomó las manos con las suyas y se las colocó con las palmas abiertas en la pared de libros. Ella se estiró, quedando extendida ante él.

—Separa las piernas —dijo Christos, con voz ronca de deseo.

Martina obedeció su orden y se agarró con fuerza al quicio de la estantería como si fuera un salvavidas para no caer irremediablemente en la locura.

Entonces Christos se acuclilló detrás de ella. Alzó los brazos y cogiendo el borde del short de algodón, hizo lo mismo que con la camiseta. Lo rasgó de un solo tirón.

«Santo Dios», gimió para sus adentros Martina.

Se había quedado solo con las braguitas.

La expectación de lo próximo que iba a hacer Christos provocaba que se estremeciera de anticipación.

Él metió la mano entre sus piernas desde atrás y le acarició el clítoris con los dedos por encima de la tela. Martina se retorció bajo su mano errante. Se escuchó a sí misma suspirar y sintió cómo se derretía por dentro. Realmente tenía la sensación de que sus órganos se estaban licuando en su interior, y sentir el cuero del guante que llevaba puesto en su mano izquierda sobre su cadera no ayudaba a no volverse loca. Todo era morboso hasta decir basta.

Se agarró con más fuerza al borde de madera de la estantería cuando Christos empezó a mover el dedo arriba y abajo.

Después se irguió en toda su estatura.

Martina estaba echada hacia adelante, ligeramente arqueada por la cintura, con el culo hacia fuera. Los ojos de Christos devoraron su cuerpo con avidez. Tuvo que respirar hondo para obligarse a no perder el control, si no acabaría muy pronto.

Agachó la cabeza hacia ella.

—Estás tan húmeda de deseo por mí, que tienes las braguitas mojadas y me has empapado los dedos —le susurró al oído con voz queda.

Martina se hubiera muerto de vergüenza, se hubiera ruborizado hasta la raíz del cabello, si no fuera porque antes de que se parara a pensar en algo, Christos le metió los dedos en la boca. Lamió sus falanges y probó el sabor de su propia excitación como si no hacerlo implicara su muerte.

Christos observó la elegante línea de su columna vertebral y paseó los dedos enguantados en el cuero por los pequeños montículos que se dibujaban en la espalda. Martina se estremeció. Su piel quemaba ante cada caricia de sus manos.

Ahogó un grito cuando los dientes de él se clavaron en su hombro. La boca de Christos fue bajando mientras dejaba mordiscos aquí y allá en la carne de Martina.

—Joder, Christos, muerdes como una bestia —dijo, cuando se hundió en una de sus nalgas.

Clavaba los dientes hasta el punto del dolor. Martina no se quiso imaginar cómo iba a tener el cuerpo al día siguiente, pero le daba absolutamente igual. En su puñetera vida había estado tan excitada.

Christos delineó en sus labios media sonrisilla traviesa.

—Muerdo como lo que soy, *bella*… No olvides que estás con *la bestia* —afirmó, haciendo un juego con los nombres del cuento de *La bella y la bestia*.

Martina no pudo por menos que reír.

CAPÍTULO 25

Christos se incorporó de nuevo y se pegó al cuerpo de Martina en toda su longitud. Ladeó la cabeza y enterró el rostro en su pelo. Aspiró el aroma que desprendía.

Cerró los ojos. Olía a rosas, a primavera, a sol, a renacimiento, a libertad… Era como si acabara de salir de un enorme jardín.

—Dios, qué bien hueles… —gimió.

—Tú también —dijo Martina.

Mientras Christos le lamía y le mordisqueaba el lóbulo de la oreja, deslizó la mano sana hacia adelante y la coló en la braguita.

Empezó a acariciarle el sexo con movimientos circulares, al tiempo que la palma de la mano apretaba los sensibilizados nervios de la zona. Lentamente fue introduciendo un dedo en su interior.

Martina se retorció contra él para aumentar la fricción y obtener más placer. Gimió cuando Christos le metió un segundo dedo y comenzó a bombear dentro y fuera, mientras la tenía inmovilizada entre su cuerpo y la pared.

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en su hombro. Parecía que las piernas no le respondían y que no eran capaces de sostenerla. Sintió el calor de Christos en la espalda y la presión de su formidable cuerpo contra el suyo, mucho más menudo.

Y notó la impresionante dureza de su erección.

¡Oh, joder! Pedazo badajo que se gastaba y qué ganas tenía de tenerlo dentro de ella.

—Christos… —dijo Martina, haciendo un esfuerzo para respirar—. Christos, por favor…

Él aceleró el movimiento de sus dedos.

—Por favor, ¿qué, *bella*? —le susurró con malicia en el oído.

—Te quiero dentro —farfulló Martina con un jadeo.

—¿Quieres mi polla en tu coño?

—Sí… Sí, joder, sí…

Aquella petición en tono suplicante produjo en Christos una descarga de deseo. Sacó los dedos del interior de Martina y con prisa se desabrochó el pantalón y se deshizo de él junto con el calzoncillo. Agarró el borde del jersey y tiró de él hacia arriba para sacárselo por la cabeza.

De pronto se dio cuenta de que no tenía preservativos. Hacía años que no tenía relaciones sexuales y lo último que se hubiera imaginado es acabar follando con una de las asistentes que había contratado su hermana para que trabajara para él.

—Martina, no tengo preservativos —le dijo.

—Tomo la píldora, no te preocupes —contestó ella.

Christos respiró aliviado. No hubiera podido parar en esos momentos ni aunque le hubiera caído un meteorito en la cabeza.

Sin mediar una palabra más, tiró de las bragas de Martina y se las quitó. Ella trató de darse la vuelta, pero él no se lo permitió.

—Te ataré para que te estés quieta si lo intentas otra vez —la amenazó.

Martina dejó caer la cabeza hacia adelante y clavó las uñas en la madera de la estantería.

Christos se cogió el miembro, flexionó un poco las rodillas para ponerse a la altura de Martina y, colocándose en la entrada de su vagina, se abrió paso entre los resbaladizos pliegues.

—Voy a hacer que olvides tu nombre mientras gritas el mío —dijo con voz ronca, sujetándola por las caderas.

Y la penetró profundamente de una estocada. Martina gimió y Christos lanzó al aire un juramento. Apretó los dientes con tanta fuerza cuando sintió que estaba dentro de ella que pensó que se los haría pedazos.

Joder, qué puto placer. Qué putísimo placer.

Colocó las manos a ambos lados de la cadera de Martina y llevó su cuerpo hacia atrás para embestirla completamente de un golpe seco.

Martina gritó.

—¡¡Joder…!!

Christos repitió la acción.

Aferró las caderas de Martina, hundiendo los dedos en la carne, y la empujó hacia él para penetrarla aún más hondo. Su miembro entró hasta el final. La descarga eléctrica de placer que notó ella le viajó hasta la punta de los dedos de los pies.

Él salió para embestirla otra vez con fuerza. Un gemido se arrancó de la garganta de Martina. Christos le rodeó la cintura con la mano enguantada para sujetarla y tener un punto de apoyo, y comenzó a follarla con más dureza. Martina tuvo la sensación de que iba a desmontarla, de que la desmadejaría como si fuera una simple muñeca de trapo. Era brutal.

Pronto los movimientos pélvicos de Christos fueron adquiriendo un ritmo firme y frenético. El choque de un cuerpo contra el otro llenaba la biblioteca.

El aire se impregnó del característico olor del sexo, del sudor, de la indiscreta excitación, de los alientos, de las respiraciones entremezcladas…

Martina no aguantó mucho más. Tenía los dedos de Christos clavados en las caderas, literalmente, y lo notaba empujándola con fuerza, volcándose en ella, embistiéndola como un toro… Si los muros no hubieran sido los de una fortificación construida siglos atrás, si hubieran sido las miserables paredes de un piso, las hubieran echado abajo como si fueran de cartón.

Martina pensó que Christos Blair sí que era una bestia, pero no por las razones que la gente pensaba. Ese tío follaba como un animal.

Sintió que le flaqueaban las piernas cuando un intenso orgasmo la asaltó. Empezó a gemir y se agarró con más fuerza a la estantería. Los nudillos se le pusieron blancos del esfuerzo.

—¡Me voy…! ¡Christos! ¡Oh, joder, Christos, me voy! —gritó, mientras las sacudidas de placer zumbaban a través de su cuerpo.

Martina dijo su nombre una y otra vez (y es cierto que en ese momento casi se olvidó del suyo

propio), lo que provocó que Christos se fuera apenas unos instantes después.

Era la primera vez que follaba con Martina y todavía no tenía suficiente confianza para hacer según qué cosas y prácticas.

—¿Puedo correrme sobre ti? —le preguntó con voz entrecortada.

—Sí —respondió ella.

Salió de Martina y se acarició la polla un par de veces con la mano de arriba a abajo. Y con aquellas preciosas vistas del cuerpo de ella, colapsó.

Un profundo y gutural gemido emergió de sus labios cuando varios chorros de semen salieron disparados hacia sus redondas nalgas. Ella sintió la calidez del líquido sobre la piel. Cerró los ojos y jadeó, aun aturdida por su orgasmo.

Era tan morboso como erótico.

CAPÍTULO 26

Martina dormía tumbada en el sofá de la biblioteca. Su rostro estaba bañado por los primeros rayos del amanecer, que se filtraban de soslayo por la ventana.

Abrió los ojos con expresión perezosa en el rostro y parpadeó varias veces. Se sentía algo desorientada. Tanto era así que durante unos segundos no tenía ni puta idea de dónde se encontraba, pero tenía claro que aquel techo abovedado de madera no era el de su habitación.

Se movió y el cuero del sofá sonó con la fricción. Cayó en la cuenta de que estaba en la biblioteca.

Se incorporó un poco. Dios, le dolía todo el cuerpo. Incluso músculos que no pensaba que existieran. Una manta cubría su cuerpo desnudo. Una manta, pensándolo bien, que tampoco tenía mucha idea de dónde había salido. Joder, parecía que acababa de aterrizar de un platillo volante.

Sin embargo, su cabeza no tardó mucho en empezar a atar cabos…

Había terminado por ocurrir algo que había estado cociéndose a fuego lento desde tiempo atrás. Había echado el polvo más salvaje y cojonudo de su vida con Christos Blair. Y el más morboso también. Todos aquellos libros que llenaban las estanterías desde el suelo hasta el techo eran testigos mudos de ello, y también lo era su dolorido cuerpo.

Joder.

No lo iba a olvidar en lo que viviera.

Christos había hecho que se sintiera femenina, deseada, única… Algo que nunca se había sentido con Óscar.

No sabía cómo había llegado a quedarse dormida en el sofá. Algunos recuerdos no eran tan

nítidos como le gustaría. Pero lo que era una certeza es que Christos no estaba allí. No había pasado la noche acurrucada contra su cuerpo ni habían recibido el amanecer abrazados.

Le hubiera gustado despertarse entre sus brazos, pero le daba en la nariz que iba a tener que conformarse con los recuerdos de lo que habían vivido la noche anterior.

Martina lanzó un vistazo a su alrededor. La biblioteca estaba totalmente vacía y sumida en el silencio. Miró hacia la chimenea. Quedaban algunos rescoldos en ella.

Se pasó las manos por el pelo revuelto.

En su cabeza saltaron todas las alarmas.

No estaba segura de que aquel polvo que se había marcado fuera a mejorar la situación con Christos, dado que él seguía sin mostrar su rostro y que no estaba en aquella biblioteca, durmiendo en el sofá con ella.

Se tapó la cara con las manos, dejándose caer en el sofá.

—Oh, joder… —masculló.

Resopló.

Christos levantó el rostro mientras corría por la orilla de la playa.

El día había amanecido inusualmente claro, con un sol radiante, aunque en el horizonte se perfilaban ya unas nubes grises de tormenta. En unas horas estarían descargando lluvia allí mismo.

Mientras echaba un paso tras otro, pensaba en Martina. Últimamente siempre era Martina.

La había dejado dormida en el sofá de la biblioteca, tapada con una manta que había cogido de su habitación, ajena a que él había estado de pie junto a ella, contemplando silenciosamente su belleza, mientras le consumía un sentimiento de culpa.

Se había inclinado sobre ella y había rozado ligeramente su mejilla con el dorso de los dedos. Su piel era suave, cálida, lisa…. Al contrario que la suya, que era irregular, deforme y

monstruosa.

¿En qué cojones estaba pensando para acostarse con ella? Se le había ido la cabeza. Sí, tenía que ser eso. Los largos años de encierro en el castillo le estaban afectando a la cabeza, porque tenía que haber sido lo suficientemente fuerte como para detener lo que iba a suceder.

Pero Martina era tan tentadora…

Le costó la vida apartarse de ella en la biblioteca. Su cuerpo lo invitaba a acurrucarse contra su calidez. Finalmente suspiró y se levantó usando toda su fuerza de voluntad.

Martina había logrado que durante unas horas se olvidara de que parte de su cara y de su cuerpo estaban tan desfigurados que la gente sentía repugnancia al verlo; de que era «la bestia de las Highlands», como lo llamaban en el pueblo. Durante unas horas Martina le había hecho sentir como un hombre y no como un ermitaño, le había hecho creer en la posibilidad de vivir como una persona normal y corriente.

Dejó de correr y se detuvo en mitad de la arena. La mano izquierda había comenzado a dolerle debido a la humedad. Como hacía habitualmente, la abrió y la cerró unas cuantas veces para desentumecerla, solo que en esa ocasión se había quitado el guante de cuero.

Y ahí estaba su realidad. Tan visible como cruel.

Christos estuvo algunos días evitando a Martina, y no porque no quisiera verla, todo lo contrario, sino porque estaba demasiado confundido. Su cerebro era una maraña de pensamientos inconexos, aunque por más tiempo que pasaba no se aclaraba, por eso había buscado refugio en las sombras, como estaba acostumbrado. Martina le había hecho sentir muchas cosas y no sabía qué hacer con ellas.

Pero una tarde se topó con ella en el pasillo, mientras regaba las plantas, les quitaba las hojas secas y les echaba unos gránulos de abono para que crecieran sanas y fuertes. Era sorprendente cómo había cambiado el aspecto de algunas de ellas desde que Martina las cuidaba. Ya no daban

la sensación de convertirse en polvo cuando las tocaran.

—Al fin sales de tu cueva —dijo ella, sin girar el rostro para mirarlo.

Martina se sentía como una leprosa, porque Christos la había estado evitando como si lo fuera.

—He estado muy ocupado —respondió él en tono neutro.

—Ya veo…

Christos se mesó el pelo con la mano sana. Durante aquellos días que no había visto a Martina había pensado mil y una formas de hablar con ella sobre lo que había pasado, pero ahora que la tenía delante de él, el guion mental que había hecho se había esfumado.

—Sería un error dejar que lo que ocurrió entre nosotros, sucediera de nuevo —dijo.

Martina sintió como si le dieran una patada en el hígado.

—¿Por qué? ¿Por qué sería un error que ocurriera de nuevo? —le preguntó.

—Esto es extraño para mí, Martina —fue la respuesta de Christos mientras se frotaba el cuello.

Las comisuras de Martina se elevaron en una sonrisilla amarga mientras inclinaba la jarra y vertía un chorro de agua en un pequeño helecho.

—¿Y crees que para mí no? —lanzó a su vez.

Había estado días sin saber prácticamente nada de él, (parecía que huía de ella como si fuera a contagiarle la peste), y se había visto obligada a atajar y a poner en orden como podía el millón de pensamientos que se le habían pasado por la cabeza.

—Sí, supongo que sí. Pero yo hace seis años que no tengo contacto con nadie, a excepción de Edward, y…

—Y tampoco quieres empezar a tenerlo —lo cortó Martina.

Christos suspiró.

—Martina, es complicado. Más de lo que parece —afirmó, y su voz sonaba algo mecánica, como si fuera una frase que se hubiera repetido muchas veces a sí mismo.

Martina no pudo evitar volverse para encararlo, aunque sabía que no iba a verle el rostro. Él no se lo permitiría. Y así fue. Solo alcanzó a adivinar que venía de dar un paseo a caballo, porque llevaba los pantalones ajustados de montar y las botas altas negras.

Quizá no tenía que haberse dado la vuelta, porque ese atuendo le quedaba de lo más sexy. Se obligó a ignorarlo.

—El que lo complica eres tú, Christos. No sacas la cabeza del puto agujero donde la tienes metida. Te refugias en el sufrimiento y echas a todo el mundo de tu lado… No das ninguna oportunidad a nadie. No te dejas ayudar.

—Es que yo no quiero que me ayudes —soltó Christos. Y aquella frase fue como un cuchillo en el pecho para Martina—. Te lo advertí. Te dije que no tengo posibilidades de redención, que soy una *bestia* —repuso, enfatizando la palabra «bestia».

Martina trató de que la expresión de su rostro no mostrase nada de lo que sentía en aquel momento. No jugaba en las mismas condiciones que Christos, porque ella no podía verle la cara a él.

—Eres una bestia solo porque has decidido serlo —le rebatió—. Quieres ser el monstruo de las Highlands. Que la gente te tema.

—No sabes de lo que hablas porque tú no has visto mis cicatrices ni todo lo que hay debajo de ellas —contestó Christos.

—Tus cicatrices son la coraza que te has puesto para esconderte y no enfrentarte de nuevo al mundo; para no ponerte a prueba —afirmó Martina con tono firme—. Te escondes en este lugar dejado de la mano de Dios para ahogarte en tu pena y así poder lamentarte a gusto de lo desgraciado que eres.

A pesar de la oscuridad que envolvía a Christos, Martina pudo ver que se ponía rígido.

—¿Qué cojones sabes tú, con tu perfecta cara de niña buena? —escupió él con mofa. Sin duda había cierto tono crítico en su voz.

La belleza casi perfecta de Martina le recordaba lo monstruoso que era él, y que realmente era una bestia a su lado. No podía soportarlo. Y tampoco podía soportar la tormenta de emociones que se desencadenaba en su interior cada vez que la tenía cerca. La deseaba de un modo que le daba miedo.

Ella hizo el amago de sonreír al tiempo que negaba con la cabeza con incredulidad. Tenía la

sensación de que con Christos perdía el tiempo. No iba a entrar en razón nunca.

—A lo mejor sí que eres una bestia, Christos Blair, y a lo mejor sí que te mereces estar encerrado en este castillo el resto de tu vida —afirmó, tratando de que no le temblara la voz, pero le salió ligeramente entrecortada y se maldijo por ello.

Christos le había hecho daño con sus últimas palabras y no se lo iba a permitir. A Óscar le había permitido demasiadas cosas y eso no había hecho mas que empeorar la relación y su actitud con ella.

Luego se giró con aire digno, dándole la espalda, y se fue con la jarra con la que había estado regando las plantas a su habitación.

Tenía que alejarse de él antes de hacer algo estúpido, como echarse a llorar.

Le dio el tiempo justo de llegar y entrar, para que Christos no viera como las lágrimas habían comenzado a fluir por sus mejillas. En mitad de la habitación, pestañeó varias veces seguidas intentando controlar ese estúpido llanto que no deseaba que estuviera allí. Ella no tenía que llorar por Christos.

En el pasillo, él la vio alejarse con la mandíbula contraída. Como una exhibición de frustración, lanzó un puñetazo sobre la superficie de un antiguo aparador inglés de la época de los Tudor, que tenía al menos cuatrocientos años. La vieja madera crujió bajo su puño.

Había metido la pata y había hecho daño a una persona. Como siempre.

Estaba lleno de fealdad. No solo por fuera sino también por dentro. Y vacío. ¿Por qué Martina no lo veía? Las cicatrices solo eran el reflejo de lo que realmente era.

Molesto consigo mismo, se dio la vuelta bruscamente y se internó en su habitación. Cerró la puerta con un golpe seco y fuerte de talón, dejando al otro lado el mundo, a Martina, a la vida.

Nada más de entrar sus ojos se clavaron en la pistola que había sobre la mesilla de noche. Cruzó la estancia a zancadas, haciendo resonar las botas en las baldosas del suelo, y fue directamente hacia ella.

Bajó la mano enguantada y los dedos envueltos en el cuero negro se deslizaron por el cañón con un movimiento deliberadamente lento.

«Algún día», pensó para sí.

Después tomó la máscara con ambas manos y la observó durante un rato. Era un trozo de metacrilato blanco sin ninguna expresión. No se había dado cuenta hasta ese momento de que era muy parecida a la que llevaban los actores en las adaptaciones que se habían hecho al cine de *El fantasma de la ópera*.

Una sonrisa se escapó casi de manera involuntaria de sus labios al recordar que Martina le había comparado con él cuando bromeó diciendo que su libro favorito era precisamente *El fantasma de la ópera*.

La alzó, se la colocó en el rostro y miró a través de ella.

Él no tenía una ópera, pero tenía un castillo, y cada día se sentía más como un fantasma.

CAPÍTULO 27

Martina colgó el teléfono, desesperada. Su coche seguía en el taller desde el día que la había dejado tirada en la carretera. Habían pedido una pieza a no sé dónde y no llegaba nunca. Parecía que estaban en la Edad Media también en el transporte y en la red de infraestructuras, a juzgar por la demora en recibir la dichosa pieza.

—¡Mierda! —dijo, dejando caer el móvil sobre la cama.

Estaba pensando si lanzarse por la ventana patio abajo, cuando recibió una videollamada de Blanca. Llevaba un montón de días sin hablar con las chicas y empezaba a ser sospechoso, pero había estado evitando contarles que se había liado con Christos Blair.

Iban a echarse las manos a la cabeza.

Sin embargo, supo que no tenía más remedio que descolgar o había posibilidades de que llamaran a la Policía Metropolitana de Londres y de que la hicieran ir hasta Escocia a buscarla, aunque no fuera de su competencia. Había que ver cómo se las gastaban Alba y Blanca.

Cogió el móvil de encima de la cama y descolgó.

—Hola —dijo, sonriendo.

La cara de Blanca apareció con los labios fruncidos.

—¿Dónde coño te has metido? —le preguntó.

—He estado ocupada —respondió Martina.

—¿Tan ocupada como para no acordarte de tus amigas? —le reprochó Alba. Su rostro apareció en el recuadro de la pantalla, al lado del de Blanca. Estaban juntas en el piso.

—Lo siento, chicas —se disculpó Martina, poniendo un pucherito.

Blanca acercó el rostro a la pantalla y la contempló con el ceño fruncido. Sospechaba que le pasaba algo.

—¿Qué ha pasado, Martina? —le preguntó.

—¿Por qué tiene que haber pasado algo? —dijo ella a su vez, tratando de disimular.

Blanca acercó un poco más la cara a la pantalla. Martina casi podía verle los pelos de la nariz.

—Porque te conozco como si te hubiera parido y sé que ha pasado algo —afirmó.

—Acabo de hablar con el taller y todavía no han recibido la pieza que necesita el coche. Me da que va para largo —contestó.

Blanca volvió a clavar la mirada en ella.

—No cuela, chata. ¿Qué más ha pasado aparte de eso?

A Martina le reventaba que sus amigas (sobre todo Blanca), pudiera leer su mente con tanta facilidad como si fuera un libro abierto. Así no había manera de tener secretos con ellas.

—Vale, ha pasado algo más —se vio obligada a reconocer al final.

—Venga, cuéntanoslo —la instó Alba, aunque parecía una exigencia.

Martina tomó aire.

—Dejadme hablar y no me interrumpáis, ¿vale?

—Joder, qué seriedad —dijo Blanca.

—Pues a mí me estás asustando —intervino Alba.

—¿Os acordáis de que os dije que Christos Blair me atraía?

—Sí.

—Pero que no iba a pasar nada entre nosotros.

—Sí.

—Pues ha pasado algo….

—Ay, Dios… Me temo lo peor —gimió Alba.

—Nos hemos liado —confesó Martina.

Trató de leer las expresiones de sus amigas, pero no era tan buena como ellas en eso de interpretar rostros y mentes. Blanca no pronunció palabra en los siguientes segundos, o minutos,

a saber cuánto tiempo fue. Solo la miraba con los ojos muy abiertos algo horrorizada, y Alba se colocó el pelo tras las orejas mientras se mordía el labio.

—¿Os está dando un ictus? —les preguntó Martina en broma.

Joder, la miraban como si le hubieran salido cuernos en la cabeza.

—Te has liado con Christos Blair… —repitió Alba.

—Sí, pero por vuestras caras parece que lo hubiera hecho con Lucifer.

—No, todo está bien… Todo está bien… —musitó Blanca mecánicamente.

—Chicas, solo ha sido un polvo. No va a pasar nada más —dijo Martina.

—Eso dijiste el día que quedamos en Edimburgo y ahora resulta que te has liado con él —dijo Blanca.

—A lo mejor la próxima vez que hablemos, os habéis casado —apuntó Alba.

Martina puso los ojos en blanco.

—¿Queréis dejar de decir tonterías, por favor? —les pidió—. Para vuestra tranquilidad os diré que después discutimos. Así que ese es todo el recorrido que vamos a tener.

—Martina, te estás metiendo en un lío —dijo Blanca con un matiz de preocupación en la voz.

—Qué no, chicas, que no hay ningún lío —se apremió a decir Martina—. Ahora Christos y yo estamos en el mismo punto que estábamos al principio. No nos vemos y apenas hablamos, excepto por algún gruñido por su parte. Es la misma situación que cuando llegué aquí. Exactamente la misma.

—¿Y por qué discutisteis? —preguntó Alba.

—Él no quiere salir de la oscuridad en la que está. No quiere que lo ayude —respondió Martina.

—Entonces no lo ayudes —atajó Blanca—. Christos es el típico tío que te acaba arrastrando a su oscuridad.

—Blanca, no seas tan dura con él —intervino Martina.

—Joder, Martina, no sé… pero no me gusta. —Blanca se rascó la cabeza con la uña del dedo índice. Era un gesto que hacía siempre que estaba preocupada—. Tengo la sensación de que vas

a terminar sufriendo por su culpa. Has salido de una relación traumática con el cabrón de Óscar y no parece que Christos sea el más adecuado para… bueno, para lo que sea. Esos hombres oscuros y peligrosos están bien para las novelas románticas, pero no para la vida real.

Martina ofreció una sonrisa comprensiva a sus amigas. Entendía perfectamente la preocupación de Blanca y Alba. ¿Cómo no iba a entenderla si ellas mejor que nadie sabían todo por lo que había pasado? Su relación con Óscar había estado teñida de todo menos de amor. Incluso en alguna ocasión él había llegado a levantarle la mano.

Fue un día en el que Óscar le pegó una de sus bofetadas tras una fuerte discusión por una tontería, cuando Martina decidió que lo más sensato era acabar con la relación. Óscar, como buen narcisista, no se lo puso fácil. Se pensaba que Martina era una posesión suya y que no podía mandarle a la mierda como lo mandó. Pero ella se mantuvo en aquella ocasión firme, y no le dio ninguna oportunidad más. Él le había dejado muy claro en los dos años y medio que estuvieron juntos, qué tipo de persona, hombre y novio era, y desde luego no era bueno en ninguna faceta.

Óscar era posesivo, celoso y se gastaba muy mala leche, que sacaba a relucir más a menudo de lo necesario. Tenía un sentido exagerado de superioridad y necesitaba la admiración constante de la gente. Saber que él era el más exitoso.

Debía poseer lo mejor de todo: el mejor coche, la mejor casa, el mejor trabajo y la mejor mujer… Para él, Martina era solo un trofeo. Un bello objeto que tener en su colección de cosas bonitas, pero a la que no tenía en cuenta para nada. A la que ninguneaba, menospreciaba y, llegado el caso, insultaba, porque siempre tenía que salirse con la suya, como un niñato malcriado y consentido.

—Os entiendo, chicas. De verdad que entiendo vuestra preocupación —comenzó Martina. Alba no era tan directa como Blanca, pero Martina había advertido en la expresión de su rostro un matiz de alarma—. Pero todo está bien. Solo… solo ha sido un polvo.

Blanca chasqueó la lengua contra el paladar.

—Cielo, no es que no te apoyemos, ¿vale? Cuentas con nosotras para todo. Para todo —se arrancó a hablar de nuevo—, pero no queremos que te hagan daño.

—Sí, cariño, Blanca tiene razón —señaló Alba.

Martina les ofreció una sonrisa reconfortante. Ladeó la cabeza.

—Lo sé. Solo me estáis protegiendo —dijo, comprensible—. Vosotras sabéis todo lo que he pasado con Óscar y es normal que me advirtáis. Yo haría exactamente lo mismo con vosotras. Bueno, conociéndome, probablemente yo os daría un tirón de orejas, si lo viera necesario.

Las tres se echaron a reír.

—Martina, tienes que cuidarte y estar con los ojos muy abiertos —le aconsejó Blanca en tono maternal, ya seria.

—Prométenos que te vas a cuidar —dijo Alba, acercando la cara al teléfono.

Martina levantó la mano derecha, mostrándoles a ambas la palma a través de la pantalla del móvil.

—Lo prometo —dijo.

Alba bajó la voz hasta convertirla en un tono confidencial, como si no quisiera que nadie escuchara lo siguiente que iba a decir.

—Oye, Martina, ¿y cómo fue? El polvo, digo…

Martina tuvo que echarse a reír. Ya estaban tardando mucho en preguntárselo.

—Fue salvaje… y sexy…, y morboso… —enumeró.

Y notó que un escalofrío le recorría la espalda al recordar el modo en que había follado con Christos.

—Vamos, que no te gustó nada —se burló Blanca.

—Nada de nada —ironizó Martina.

—¿Dónde lo hicisteis? —siguió preguntando Alba.

—En la biblioteca… —Martina hizo una mueca con la boca—. Contra los libros.

—¡La madre que te parió! —exclamó Blanca.

—No sé muy bien cómo pasó… —comenzó a contarles. Se acarició la cabeza con la mano que tenía libre y resopló—. Estábamos en la biblioteca, eché a andar hacia él… me dijo que no me acercara, pero yo lo desafié… —Simplificó la explicación, porque si entraba en detalles podría

tirarse hasta la madrugada—. Me acuerdo de que le dije algo así como que si iba a llamar a su hermana para despedirme si no le obedecía…

—Joder, los tienes cuadrados, bonita —la interrumpió Blanca.

No podía decir que no.

—Entonces me cogió del brazo, tiró de mí y cuando me quise dar cuenta estaba contra la estantería.

Se le puso todo el vello del cuerpo de punta cuando le vinieron a la cabeza las palabras que le había susurrado Christos en el oído. Fue brutal. Estaba segura de que cuando sintió su aliento en la piel ya tenía las bragas mojadas.

—¿Así que es un empotrador? —dijo Alba.

—De los de incrustarte en la pared —matizó Martina.

—Vaya, vaya, con Christos Blair… —comentó Blanca.

—Es una bestia en más de un sentido —bromeó Martina—. Tengo el cuerpo lleno de mordiscos.

—¡Madre mía! —exclamó Alba, llevándose las manos a la boca.

Martina miró la hora que reflejaba el móvil en la esquina superior izquierda.

«Joder.»

—Guapas, aunque me quedaría horas y horas hablando con vosotras, ya lo sabéis, tengo que dejaros. El deber me llama —se apuró, levantándose de un salto de la cama—. Christos y yo apenas nos dirigimos la palabra, pero tengo que seguir haciéndole la cena.

Alba y Blanca sonrieron.

—Te queremos, no lo olvides —dijo Blanca.

—Y yo a vosotras.

Se lanzaron unos cuantos besos al aire para despedirse y colgaron la llamada.

CAPÍTULO 28

Martina se recogió el pelo en un moño informal en lo alto de la cabeza y bajó a la cocina. Había dejado descongelando unos filetes de merluza para hacerlos con salsa verde y tenía que ponerse ya con ellos o no estarían listos para la cena. Era una receta clásica vasca que su madre hacía mucho y que a ella le encantaba.

Esperaba que a Christos la merluza *koskera*, como también se llamaba, le gustara. Hasta ese momento no había puesto ninguna pega a las comidas que le había preparado, pero con Christos nunca se sabía.

Por otro lado, estaba enfadada con él, así que si no le gustaba, que bajara a la cocina y se hiciera otra cosa.

Estaba partiendo unos dientes de ajo cuando sintió a Christos detrás de ella, en el otro extremo de la cocina. Como ocurría siempre, su presencia llenaba cada rincón, y aparte el aire le había llevado las notas masculinas de su colonia.

—¿Necesita algo, *milord*? —le preguntó con sorna, de espaldas a él.

—Qué graciosa eres. ¿En España todas las mujeres sois tan graciosas? —se burló Christos.

—Uy, sí, mucho.

—Será el sol el que os da esa chispa de humor.

—Casualmente yo soy del norte. El sol a veces escasea en Asturias —contestó Martina.

—No me gusta que me llames milord. Me hace parecer un viejo de ochenta años —se quejó Christos.

Martina pensó que vivía como uno. Había ancianos que tenían más vida social que él.

Se encogió de hombros mientras echaba la cebolla en la sartén para que empezara a freírse.

—Bueno, eres el señor del castillo, ¿no? —comentó con retintín.

—Sí, lo soy, pero no me gusta —atajó Christos.

—Es una broma. ¿Acaso no tienes sentido del humor? —dijo Martina mordaz.

—¿Te afilas la lengua todas las mañanas? —le preguntó él.

—Sí, nada más de levantarme.

Christos suspiró. Martina podía ser muy puñetera si se lo proponía.

—He venido a decirte que me subas la cena media hora antes. Tengo una llamada de trabajo importante y no quiero interrupciones —le ordenó.

«Claro, el señor no quiere ser interrumpido…», se burló Martina para sus adentros.

—Por supuesto, *milord*. ¿Alguna cosa más? —dijo, troceando la cebolla en la tabla con más fuerza de la necesaria.

Oyó que Christos farfullaba alguna palabra, pero no entendió cuáles. Probablemente estuviera maldiciendo o cagándose en algo.

Durante un rato indefinido Christos se quedó de pie allí, mirándola, al tiempo que libraba una complicada batalla interior, luchando contra unos demonios que Martina no podía ver.

Una parte de él deseaba mostrarse, que Martina lo viera tal como era; enseñarle su rostro surcado de cicatrices, pero sabía que si lo hacía, que si lo veía, acabaría todo. La realidad en su caso superaba con creces la ficción y cualquier expectativa que ella se pudiera haber forjado. Lo miraría con horror en los ojos, o tal vez con compasión, como en su día lo hicieron Ashley y muchos de sus amigos (o esos que creía que eran amigos, pero que empezaron a dejarlo de lado en cuanto tuvieron ocasión), y no lo soportaría. Y mucho menos de Martina.

Prefería seguir viviendo en la oscuridad, auspiciado por las sombras, a correr el riesgo de ver en su mirada de color miel el más mínimo atisbo de compasión o la expresión de asco y horror que había observado en la gente que le había visto por primera vez las cicatrices nada más quitarle las vendas.

No quería imaginarse cómo reaccionaría si alguna vez llegaba a ver las dantescas cicatrices

que tenía en el rostro.

Como ocurría en el cuento, bajo la ropa era lo más parecido a una bestia y no tenía ninguna duda de que la bella protagonista saldría corriendo si lo viera.

Finalmente se giró y lanzando un gruñido enfiló las escaleras de vuelta a su despacho, donde estaría trabajando hasta bien entrada la madrugada.

Martina volvió el rostro hacia el hueco de la puerta de la escalera que había sido en otros tiempos del servicio y en la que, hasta hacía unos segundos había estado Christos, y suspiró frustrada. Él había vuelto a levantar un muro de cemento a su alrededor. Era tan imperturbable —o guardaba tan bien las formas—, que la incitaba a agarrarlo de la pechera y a zarandearlo para que espabilara de una puta vez.

Dios, le vendría fenomenal un puñetazo en la cara.

Era un hombre muy complicado. Demasiado metido en sí mismo y en su tragedia cómo para ver todo lo bueno que le rodeaba.

Nunca había conocido a nadie tan cabezota como él.

Tal y como le había ordenado, le subió la cena media hora antes.

Como era costumbre ya, abrió la puerta del torno y apoyó la bandeja sobre él. Después lo hizo girar.

Iba a cerrar, pero la voz de Christos la detuvo. No le había oído acercarse ni el sonido de los pasos, y la sorprendió.

—No debí dejarme llevar —dijo al otro lado del torno. En el fondo a Christos le reconcomía lo que había pasado entre ellos.

Martina se mantenía con la puerta en la mano, a medio camino de cerrarla. La abrió de nuevo y fijó sus ojos en la madera oscura.

—No creo que lo más apropiado sea hablar a través de un torno —dijo.

—Es una forma tan apropiada como otra cualquiera —le rebatió Christos.

Martina suspiró resignada. No iba a lograr hablar con él de otro modo, así que no le quedó más remedio que conformarse.

—Tal vez yo tampoco debí dejarme llevar… —dijo, y su voz bajó un par de tonos, como si no estuviera segura de que lo que decía era verdad.

—Martina, yo no soy un hombre adecuado para ninguna mujer. Lo dejé todo atrás y me sumergí en la oscuridad en la que ahora vivo.

—Elegiste el camino fácil —le echó en cara Martina, sin disimular el reproche que teñía sus palabras.

—Créeme que no es fácil.

—Te escondes porque quieres, Christos, pero podrías no hacerlo. Nadie te obliga a estar aquí encerrado. Este exilio te lo has impuesto tú mismo.

—No me escondo. Simplemente es lo mejor para todos —contestó él.

—¿Lo mejor para todos? —Martina sonaba escéptica—. Es lo mejor para ti.

Christos apretó los labios.

—¡No entiendes nada! —exclamó cortante.

Martina se pasó las manos por la cabeza.

—Joder, entonces explícamelo —dijo—. Explícamelo para que pueda entenderlo —repitió.

La cabeza de Christos se sacudió de un lado a otro.

—No quiero que la gente sepa qué tipo de persona soy —dijo—. No quiero que tú sepas el tipo de hombre que soy.

—Pero… —Martina trató de protestar, pero Christos se lo impidió.

—Es suficiente con que sepas que soy un monstruo, una bestia, y no solo por las cicatrices de mi cuerpo.

—No eres más que un egoísta —replicó Martina—. Eso es lo único que te mueve: el egoísmo. Solo piensas en ti y un tu aspecto. Ni siquiera te has parado a pensar en la gente que te quiere. Te has olvidado completamente de ellos.

—Te aseguro que la gente que me quiere está mejor si no estoy cerca de ella —atajó contundente.

—No puedes vivir eternamente en la oscuridad —dijo Martina.

—Lo sé —respondió, Christos con la misma contundencia con la que había hablado hasta ese momento.

Y sin más cerró la puerta del torno que daba a su despacho. Martina hizo lo mismo después de unos segundos de silencio. Christos no iba a volver a abrirla, ya le había dicho todo lo que tenía que decirle: que no tenía que haberse dejado llevar, lo que se traducía como que liarse con ella había sido un soberano error, y que era un monstruo. Pero lo que no entendió fue por qué había dicho que sabía que no podía vivir eternamente en la oscuridad y, sin embargo, no hacía nada para remediar la situación.

Tampoco lograba entender de dónde nacía aquel sentimiento de desprecio por sí mismo, pero esa era la causa de que no dejara que nadie se le acercara. Realmente se veía como una bestia. ¡Era una locura!

Martina no sabía si era por las cicatrices o había algo más de fondo que se estaba perdiendo. Pero fuera lo que fuera, él no iba a contárselo. No tenía la suficiente confianza en ella para hacerlo, o quizá fuera algo de lo que se avergonzara.

CAPÍTULO 29

Christos no se molestó en sacar la bandeja del torno. Se había olvidado completamente de ella, aunque el olor de la salsa verde que acompañaba a la merluza flotaba en el aire. Pero ni siquiera tenía hambre. Solo pensaba en Martina y en cómo iba a sacarla de su cabeza. Tenerla en el castillo y no poder tocarla era algo que no podía soportar, y más cuando ya había estado con ella una vez. Se sentía como un niño al que le enseñan un caramelo que no puede comerse. Era desesperante.

La veía y se encendía. La reacción era inmediata. Física, química y hasta espiritual. Era incapaz de quitarle los ojos de encima, y eso no hacía otra cosa que ponerle de mal humor. Estaba todo el puto día como Gargamel, el personaje de los Pitufos.

Sonó el móvil y lo sacó de sus cavilaciones. Se acercó a la mesa y lo cogió. Era su importante llamada de trabajó. Descolgó y se lo llevó al oído.

—Dígame.

Martina regresó a la cocina con cara de funeral. A ella también se le había quitado el apetito, pero hizo un esfuerzo por llevarse algo a la boca.

Se sirvió en un plato un filete de merluza de los que había preparado y se sentó a la mesa. En esas, Edward llamó a la puerta del patio trasero y se asomó.

—¿Se puede? —preguntó.

Martina hizo un gesto con la mano, invitándole a entrar.

—Por supuesto, no hace falta que lo preguntes —respondió.

Edward cerró la puerta a su espalda y se frotó las manos para paliar el frío que hacía fuera.

La niebla había sido la gran protagonista del día, prolongando sus tentáculos de vapor por todos los rincones y cubriendo cada espacio con un manto misterioso. No había levantado ni un rato y su fría humedad había hecho descender unos cuantos grados la temperatura.

—Siéntate —dijo Martina—. ¿Has cenado? He hecho merluza en salsa verde y ha sobrado bastante.

—Gracias, pero sí, he cenado hace un rato. —Martina se limitó a asentir—. Aunque agradecería un café de esos tan ricos que haces. ¿Puedo servirme uno?

—Claro. Está hecho de esta mañana —lo animó Martina.

Edward cogió una taza del estante y vertió en ella un chorro de café de la jarra que había en la cafetera.

—¿Qué te pasa? —le preguntó a Martina, al tiempo que separaba una silla y se sentaba a la mesa frente a ella—. ¿Has vuelto a discutir con el señor Blair?

—¿Hay algún día que no discuta con él? —dijo ella a su vez sin perder su buen humor de siempre.

—Ya sabes cómo es —comentó Edward.

Martina lanzó al aire un suspiro. No, no sabía cómo era. No creía que nadie lo supiera. No creía que nadie conociera a Christos Blair. Por lo menos al de después del accidente. Ocultaba muchos recovecos oscuros en su alma. Recovecos a los que nadie podía acceder, recovecos que no mostraba a ninguna persona.

—Cuando acepté este trabajo me imaginaba que iba a ser difícil, pero no imaginé que tanto —dijo, moviendo un trozo del filete de merluza de un lado a otro de plato.

—¿El señor Blair está siendo demasiado duro? —dijo Edward, dando un trago al café.

Martina negó con la cabeza.

—No, no… Es que… —se cayó de pronto.

—¿Qué pasa, Martina? —insistió el hombre, hablándole en un tono paternal.

Martina le caía muy bien. Era una buena chica y siempre estaba pendiente de él. Agradecía mucho los cafés que a veces le llevaba por la mañana cuando andaba liado limpiado los establos, y no le gustaba verla mal, y en aquella ocasión lo estaba, lo veía en la expresión sombría de su cara, siempre alegre.

Martina se dijo que no pasaba nada porque Edward supiera lo de Christos. El tiempo que llevaba en el castillo lo había conocido lo suficiente como para asegurar que era un hombre discreto, leal y prudente, y además era su único amigo allí. Por supuesto omitiría la noche de pasión que habían tenido en la biblioteca.

—Es que no pensé que… que fuera a sentir algo por Christos —confesó—. Lo último que estaba en mis propósitos es sentir algo por él.

—¿Estás enamorada del señor Blair? —Edward no pudo evitar sorprenderse.

Martina hizo una mueca con los labios sin levantar la vista del plato.

—No sé si la palabra exacta es enamorada, pero desde luego no me es indiferente —dijo.

Dejó de jugar con el trozo de merluza y finalmente se lo metió en la boca.

—El señor Blair es un hombre complejo —apuntó Edward.

Dio otro sorbo de café y dejó la taza en la mesa.

—Dímelo a mí. No soy capaz de convencerlo de que salga de las sombras en las que vive inmerso —repuso Martina con frustración.

—Lo pasó muy mal cuando tuvo el accidente. Yo no sé mucho, excepto las pocas cosas que él me ha contado…, pero estuvo varios meses en el hospital, entre quirófanos y salas de rehabilitación. Fue un accidente terrible. A punto estuvo de perder la vida.

A Martina se le puso la piel de gallina. Se pasó las manos por los brazos para mitigar la incipiente sensación de frío que sentía.

—De hecho, fue un milagro que no muriera —continuó hablando Edward. Ella lo escuchaba atentamente mientras finalmente se comía el filete de merluza—. Le tuvieron que hacer muchas operaciones porque del impacto con el asfalto se destrozó varios huesos y también pasó mucho

tiempo en rehabilitación para devolverle la movilidad, y bueno…, luego están las cicatrices… Saber que nunca vas a volver a ser el que eras tiene que ser traumático.

—¿Sabes cómo ocurrió el accidente? —le preguntó Martina, tras dar un trago de agua.

Edward negó con la cabeza.

—No en detalle —contestó, perdiendo la mirada en un punto indeterminado por detrás del hombro de Martina—. Al señor Blair no le gusta hablar de ello, pero sé que salió despedido por la luna delantera del coche y que su cuerpo chocó contra el asfalto de la carretera.

Martina se estremeció al escucharlo. Cerró los ojos durante unos instantes. Solo imaginarse la escena ponía los pelos de punta. Con lo que Edward le estaba contando podía hacerse una ligera idea del terrible periplo por el que habría pasado Christos, tanto físico como psicológico. Hubiera sido traumático para cualquier persona, incluso para el llamado *chico malo* de Londres. Porque los chicos malos también tienen sentimientos, aunque los oculten en el rincón más recóndito del corazón.

—Joder, tuvo que ser horrible —comentó.

—Sí… Sé que tenía novia cuando ocurrió todo —volvió a hablar Edward, después de dar un nuevo sorbo de café—, y que lo dejó por las cicatrices que le provocó el accidente.

Martina enarcó las cejas.

—¿Qué? ¿Su novia lo dejó por las cicatrices? —repitió, porque no daba crédito a lo que estaba escuchando.

Edward hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—Sí. Eso me contó el señor Blair —dijo.

—Entonces… ¿sólo estaba con él por su físico? ¿Lo que tenía en el interior Christos, cómo era, no le interesaba lo más mínimo?

Martina estaba ciertamente indignada y no se molestaba en disimularlo. ¿Hasta dónde llegaban los pocos valores de algunas personas? Cuanto se parecía esa historia a la que ella había vivido con Óscar.

—Según tengo entendido, ella era una niña de bien, perteneciente a una familia de

marqueses…

—Como si era hija de Dios, eso no justifica nada —dijo Martina.

Edward agitó la mano en el aire.

—Sí, sí, por supuesto, pero esa gente a veces vive la vida de manera diferente a cómo lo hacemos el resto de los mortales.

—No me extraña que Christos se encerrara en este castillo si estaba rodeado de… gentuza así. De verdad que no me extraña.

Martina pinchó con el tenedor el último trozo de merluza que le quedaba en el plato con más fuerza de la necesaria, y se lo metió en la boca.

Entendía la desconfianza que sentía Christos, su recelo, su inseguridad, su miedo... La oscuridad que se había instalado en su interior y en la que vivía, en la que se movía. Después de lo que le había contado Edward no era para menos y entendía asimismo por qué no quería que ella lo viera, por qué ese afán de ocultar su rostro, aunque le llenaba de frustración que pusiera tanta distancia entre los dos, que la mantuviera apartada, lejos.

—Me gustaría mucho ayudarlo —dijo con voz anhelante, trascurridos unos segundos de silencio en los que no habían intercambiado palabra.

Edward suspiró.

—Martina, a veces querer ayudar a una persona no es suficiente —dijo—. Sobre todo si esa persona no quiere que la ayuden.

Martina dejó escapar el aire de los pulmones.

Mal que le pesara, Edward tenía razón, y él había convivido con Christos mucho más tiempo que ella. Le conocía mejor para hacer una afirmación como la que había hecho. Christos no se dejaría ayudar, no se mostraría nunca. Nunca saldría de aquel castillo, nunca volvería a salir al mundo.

—Sin embargo… —continuó hablando Edward. Martina alzó la mirada hacia él con interés— …, si alguien puede ayudar al señor Blair, si alguien puede hacer algo por él, eres tú.

CAPÍTULO 30

—La pieza está tardando más en llegar de lo que le dijimos en un principio, señorita Ferrer. Viene esta tarde y no nos da tiempo a ponerla y tenerle el coche listo para mañana.

Martina frunció los labios.

—Pero me dijisteis que lo tendríais arreglado para hoy —se quejó.

—Lo siento mucho, pero es imposible.

Martina no sabía si colgar, gritar al empleado del taller o mandarle a la Santa Mierda. Hiciera lo que hiciera estaba claro que no iba a tener el coche listo para el día siguiente, y lo necesitaba sin falta.

Martina llevaba semanas pendiente de la exposición de fotografía que el *International Center of Photography Museum* de Nueva York iba a llevar al museo Kelvingrove de Glasgow.

Una muestra de más de mil fotografías de las 12.500 con las que cuenta en su amplísima biblioteca. En sus paredes se habían expuesto trabajos de fotógrafos tan relevantes como Vik Muniz, Carrie Mae Weems, Weegee, Tomoko Sawada o Susan Meiselas entre otros.

Pero sus planes de ir a Glasgow a verla se vinieron abajo cuando le llamaron del taller y le comunicaron que el coche no estaría listo. La exposición estaba en la ciudad solo hasta el día siguiente, y sin coche no podría ir a ningún lado. Ni a la exposición ni a ver a Alba y a Blanca, con las que había quedado.

Se mordió el labio mientras daba vueltas por la habitación.

—Está bien —dijo con obligada resignación—. Llamadme cuando esté listo.

—Claro, y disculpe las molestias —le dijo el empleado del taller con voz apurada.

Martina colgó el teléfono sin decir nada. No tenía ganas de disculpar las molestias ni de disculpar nada. Joder, tenía la oportunidad de ver una exposición de los fotógrafos más importantes del mundo y no iba a poder ir, porque al puñetero coche le había dado por averiarse y la pieza que necesitaba estaba tardando media vida en llegar.

Cabreada como una mona, dio un zapatazo al suelo. ¿Se podía tener tan mala suerte? ¿Por qué parecía que las estrellas, los planetas y el mundo entero se habían conjurado para que no pudiera ir a la exposición?

—Dios, soy una jodida desgraciada —se lamentó.

Sin soltar el móvil, llamó a las chicas. Tenía que informarles de que no podía quedar.

—Hola, guapa —la saludó Blanca al descolgar.

—Hola —contestó ella.

—¿Lista para Glasgow mañana? —le preguntó, entusiasmada—. Tenemos muchas ganas de verte, Martina. Alba está ya como loca preparando un par de rutas turísticas.

Martina lanzó al aire un pequeño suspiro, se giró y salió de la habitación camino de la cocina.

—Al final no puedo quedar —dijo mustia, enfilando el pasillo.

Blanca se desinfló al otro lado del teléfono.

—¿Por qué?

Alba, al ver la expresión que había adquirido su cara se acercó a ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó en voz baja.

Blanca se volvió hacia ella.

—Martina no puede quedar mañana —le respondió Blanca.

—¿Por qué?

—Martina, cariño, voy a poner el manos libres para que te escuche Alba.

—Vale —dijo ella.

—¿Por qué no puedes quedar? —repitió Alba.

—Porque todavía no han arreglado el coche —dijo Martina—. Me acaban de llamar ahora mismo para decirme que reciben la pieza esta tarde y que no les da tiempo a ponerla para que el

coche esté listo mañana.

—Joder, con la dichosa pieza —farfulló Blanca.

Martina se acarició el pelo mientras bajaba la escalera del vestíbulo.

—Con lo que está tardando, parece que la han pedido a Júpiter —dijo—. Es desesperante…

—Bueno, no te enfades, quedaremos otro día —intervino Alba.

—Pero es que tenía muchísimas ganas de ver la exposición de fotografía del *International Center of Photography Museum* de Nueva York —se lamentó Martina—. Llevo semanas esperando. Antes de venirme a trabajar aquí, ya tenía pensado ir.

—Es una putada —habló Blanca.

—Es un putadón que se me haya tenido que averiar el coche precisamente ahora y que la pieza esté tardando siglos en venir. Joder, es que ni hecho a propósito…

—Yo podría ir a buscarte, pero es que trabajo y no me da tiempo —comentó Alba.

—Aunque no trabajaras, ni loca te dejaría que te metieras tantos kilómetros conduciendo —repuso Martina con sensatez. Bajó el último peldaño de la escalera y se dirigió a la cocina—. Son demasiadas horas de viaje.

—Ya, bueno…, pero es que tenías tantas ganas de ver esa exposición —dijo Alba.

—Pero cuando no se puede no se puede. Se están dando así las circunstancias y así es como hay que cogerlas. —Martina tiró de resignación.

—¿Y no hay autobuses o algún otro medio de transporte? —le preguntó Blanca.

—Tú misma dices que estoy donde Cristo perdió la alpargata, aquí no llegan ni autobuses ni nada. Es como vivir en la superficie de la luna —comentó Martina.

—¿Y no has pensado en un taxi? —sugirió Alba.

—No quiero tener que pagarle con un riñón, Alba. Es un viaje larguísimo y me costaría un huevo —respondió Martina. Guardó silencio unos instantes antes de decir—: En serio, chicas, no pasa nada. No se acaba el mundo.

—¡Venga, seamos positivas, chicas! —exclamó Blanca—. Ahora ya tenemos excusa para irnos el próximo verano de viajecito a Nueva York —dijo, tratando de animar a Martina, que se

había quedado chafada desde que la habían llamado del taller—. Tengo entendido que el *International Center of Photography Museum* es uno de los puntos turísticos favoritos de los visitantes de Nueva York —añadió.

—Además, tenemos unos cuantos meses para ahorrar y pegarnos un viaje como Dios manda —añadió Alba, mostrándose muy de acuerdo con la idea—. Cuando llegue el verano cuadramos las fechas de las vacaciones para que coincidan las de las tres y listo.

Martina dejó escapar una sonrisilla mientras sacaba una botella de zumo de la nevera.

—El que no se consuela es porque no quiere, ¿no? —dijo resignada, tirando de locuciones españolas, aunque su rostro seguía reflejando una expresión desconsolada.

—Hablamos los detalles el próximo día que quedemos, ¿vale? —dijo Blanca.

—Vale —contestó Martina.

Se sujetó el móvil entre la oreja y el hombro, quitó el tapón de la botella y llenó de zumo de naranja un vaso que había cogido del armario. Dio un trago. Del disgusto de lo del coche se le había quedado la boca seca. La sentía como si fuera corcho.

—Anímate, cielo —dijo Blanca en tono cariñoso al otro lado de la línea.

—No os preocupéis, estoy bien.

Martina intentó parecer animada. Tampoco podía hacer de aquello una tragedia griega. Le había sentado mal porque tenía muchas ganas de ir y, además, ya había hecho planes con Alba y Blanca, pero hasta ahí. No tenía que darle más importancia.

—¿De verdad? —quiso cerciorarse Alba.

Martina sonrió.

—De verdad.

—Avísanos cuando tengas el coche arreglado para quedar otra vez. Nuestra ruta turística por Glasgow sigue en pie —dijo Blanca.

—¡Sí!, que yo tengo muchas ganas de conocer Glasgow —se oyó decir a Alba.

—Por supuesto. Aparte de la exposición de fotografía tengo unas ganas locas de veros. No voy a repetiros otra vez lo mucho que os echo de menos.

Aunque no quería, a Martina se le quebró ligeramente la voz. Había ocasiones en que se juntaba todo a la vez. Aquella era una de ellas. Pero respiró hondo y enseguida se recompuso.

—Vamos hablando, que tengo cosas que hacer por aquí —se despidió.

—Hablamos, guapa.

—Un beso.

—Un beso.

Martina colgó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo trasero del vaquero. Apoyó las manos en la encimera y resopló. No pasaba nada por no ir a la exposición que iba a hacer el *International Center of Photography Museum* de Nueva York en el museo Kelvingrove de Glasgow. No era una niña de diez años. Habría otras oportunidades, y la idea que había propuesto Blanca de ir en verano las tres a Nueva York era muy atractiva.

Respiró hondo y comenzó a hacer las cosas que tenía pendiente.

CAPÍTULO 31

Caía la noche.

Martina andaba trasteando en la cocina cuando Christos apareció en el umbral de la puerta de la escalera del servicio, como era su costumbre.

—Martina, ¿estás ocupada? —le preguntó.

La voz se escuchaba serena. Sin rastro de ironía o mordacidad y sin ninguna intención de comenzar una discusión.

—En estos momentos no. Acabo de poner a cocer unas verduras, pero hay para rato porque estaban muy duras. ¿Qué necesitas? —le preguntó a su vez ella.

—Que vengas conmigo —respondió Christos desde el otro extremo de la cocina.

Martina se volvió hacia él con una ceja arqueada.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa —contestó Christos en tono enigmático.

Martina arrugó el ceño y lo miró cautelosamente. Tenía que reconocer que estaba completamente descolocada. ¿Dónde quería Christos llevarla? ¿Dónde quería que fuera? Y no podía tratar de descifrarlo a través de la expresión de su rostro porque no la veía. Durante un rato no supo qué decir.

—¿No te fías de mí? —dijo él con sorna.

Martina esbozó una sonrisa.

—Creo que hemos pasado el suficiente tiempo a solas y apartados de la civilización como para asegurar que no vas a matarme, descuartizarme y meter mis pedazos en el congelador —contestó

Martina, con la retranca que la caracterizaba.

Christos la miró de arriba abajo, aunque ella no lo vio.

El pantalón vaquero se le ajustaba a las piernas marcando cada curva de forma prodigiosa y tenía puesto un jersey de lana gorda negro ancho. A veces parecía un sabueso con ella. Solo le faltaba ponerse a salivar.

—Se me ocurrirían muchas cosas que hacerte antes que descuartizarte —dijo.

Inmediatamente después de decirlo se reprendió a sí mismo. ¿Es que era incapaz de morderse la lengua? ¿De mantener la boca cerrada?

Y Martina sintió como una descarga eléctrica le recorría el cuerpo al escuchar su profunda voz, con ese matiz sensual que se había deslizado disimuladamente entre las palabras.

Hizo una bola al paño que tenía en las manos y se lo tiró. La mano enguantada de Christos salió de la oscuridad y lo cogió al vuelo antes de que le diera.

—Me vas a volver loca, Christos Blair —dijo Martina, que escuchó el sonido masculino que hizo él al sonreír.

—Ven.

Christos le hizo una señal con los dedos para que lo siguiera.

Martina se secó las manos en otro paño y fue hacia él. Mentiría hasta condenarse a ir al infierno si no admitiera que estaba muerta de curiosidad y casi al borde de un ataque de nervios. ¿A qué venía tanto misterio? ¿Tanto secretismo? Era todo muy raro teniendo en cuenta que Christos no era un hombre dado a hacer cosas de ese tipo.

Christos se echó la capucha de la sudadera por la cabeza y se dirigió a la puerta de madera que llevaba al patio trasero del castillo. Martina lo siguió en silencio. No veía que tuviera otra opción.

Cruzaron el patio cuando la noche ya había oscurecido el cielo.

Al principio Martina pensaba que se dirigían al establo. Se le pasó por la cabeza que Christos hubiera comprado un nuevo caballo y que quisiera enseñárselo, pero lo descartó enseguida porque Edward no le había comentado nada al respecto y porque Christos no tenía ninguna razón para hacerle partícipe de algo así.

El rostro se le llenó de confusión cuando pasaron de largo del establo y Christos seguía caminando hasta la nave que había detrás, y en la que Martina se imaginaba que guardaban la paja, la alfalfa y la comida de los caballos.

—¿Me llevas a la mazmorra? —bromeó. Los nervios se estaban adueñando de su estómago.

Christos volvió la cara hacia ella, protegido por las sombras de la noche.

—Ahora lo verás —dijo.

Caminaron unos metros más hasta detenerse frente a una enorme puerta de metal, como la de los garajes de las ciudades. Martina cada vez estaba más descolocada. ¿Qué coño había ahí dentro?

Christos metió la mano en el bolsillo de los vaqueros azul oscuro que llevaba puestos y sacó unas llaves. Introdujo una de ellas en la cerradura y tras dar un par de vueltas, abrió una pequeña puerta que había en la que era de mayor tamaño.

Traspasó el umbral y pulsó un interruptor. Una luz blanquecina iluminó la parte del fondo del lugar. El resplandor dejó a la vista una flota de seis coches de alta gama.

A Martina casi se le desencajó la mandíbula al verlos. Para eso tenían esa nave, para guardar coches y no las cosas de los caballos como pensaba ella. Pero continuaba sin entender nada.

—¿Son todos tuyos? —le preguntó a Christos.

—Sí, aunque desde el accidente no conduzco —respondió él—. Edward es el que se encarga de su mantenimiento.

Martina dejó vagar los ojos por cada uno de ellos. Había tres deportivos, que parecían de carreras: uno rojo, otro azul cobalto y otro negro. Las líneas de cada uno de ellos eran impresionantes. De no parpadear. Los otros tres eran berlinas más grandes: un Audi, un BMW y un Bentley Continental.

No entendía de coches, pero aquellos tenían que costar una pasta gansa. Christos tenía en aquella nave el mejor coche de cada casa.

—Elige el que quieras —le dijo Christos, que se encontraba de pie a su lado.

Martina estuvo a punto de dar un respingo. No tenía que haber oído bien.

—¿Cómo que elija el que quiera? —preguntó con expresión de confusión.

—Quiero hacerte un regalo —dijo Christos.

Por un momento Martina creyó que se caería de espaldas. ¿Christos iba a regalarle uno de esos coches? Le empezó a entrar una risa nerviosa que no podía contener.

—Tienes que estar de broma… Sí, tienes que estar de broma… —masculló, saltando la mirada de un vehículo a otro.

—No estoy de broma, Martina —dijo él.

—Entonces se te tiene que haber ido la cabeza… Se te ha ido la cabeza por completo —repuso, todavía entre risillas—. Yo… —No sabía qué decir—. Lo siento, pero no puedo aceptarlo.

—Será una ofensa para mí si no aceptas mi regalo.

Martina frunció los labios.

—Vamos, Christos, que no estamos en China —bromeó.

Él sonrió.

—Estos coches llevan años sin utilizarse. Como te he dicho, Edward es el que se encarga de su mantenimiento, pero con el paso de los años dejarán de funcionar y terminarán en la chatarra —dijo Christos para intentar convencerla—. Además, sé que mañana tenías planeado ir a ver una exposición fotográfica con tus amigas a Glasgow y que lo has tenido que suspender porque no te han arreglado el coche.

Martina lo miró de reojo.

—¿Y tú como sabes todo eso? —le preguntó con los ojos entornados.

—Este castillo no es tan grande como parece —fue la respuesta de Christos.

—Pero con mis amigas hablé en español —apuntó Martina.

—Hablo español perfectamente —confesó Christos en un correctísimo castellano.

—¿Sí? —dijo una ceñuda Martina.

—Sí, mis padres veraneaban en la isla de Mallorca cuando Penélope y yo éramos niños. Éramos una de esas típicas familias de británicos que llenan vuestras islas en verano —contestó

Christos, que continuaba hablando en español—. Aprendimos el idioma en tu país.

—Vaya… Qué sorpresa.

Martina no sabía si estaba más asombrada porque supiera español o por el modo en que pronunciaba las palabras, que hacía que un cosquilleo le recorriera el estómago.

Bien pensado, quizá hubiera sido presumible que los Blair veranearan en España. Como había dicho Christos, la mitad de los británicos lo hacían, pero no se imaginaba a él hablando español, y sin embargo lo hablaba genial.

—¿Y nunca te han dicho que es de mala educación espiar a la gente? —le preguntó, fingiendo enfado.

Christos sonrió.

—No te estaba espiando —se defendió—. Subía por la escalera del servicio y te oí hablar por teléfono con tus amigas.

Martina sonrió y volvió la vista de nuevo a los coches. Que Christos la hubiera escuchado o no carecía de importancia. No era una conversación secreta, no estaba planeando el asesinato de nadie.

—Joder, yo no me veo conduciendo un juguetito de estos —dijo, revolviéndose el pelo con la mano.

Sin embargo, estaba empezando a barajar la posibilidad en algún rincón de su cabeza.

—¿Y qué te ves conduciendo? ¿Tu *pequeño Opel Corsa*? —se mofó Christos.

—No te burles de mi Opel Corsa —se quejó Martina—. Me trajo hasta aquí sin incidentes, y eso que esto está en el culo del mundo, y me ha sacado de muchos apuros.

—Mis respetos a tu pequeño Opel Corsa, pero mañana no va a poder llevarte a Glasgow —aseveró.

Eso era una verdad como un templo. Christos le estaba ofreciendo la posibilidad de ir a ver la exposición que el *International Center of Photography Museum* de Nueva York iba a hacer en Glasgow, le estaba poniendo al alcance de la mano poder retomar los planes que tenía de quedar con Alba y Blanca.

Durante unos segundos reflexionó sobre ello.

Respiró hondo, dejando escapar el aire.

—Tengo muchísimas ganas de ver la exposición de fotografía que va a hacer el *International Center of Photography Museum* de Nueva York en Glasgow —comenzó a decir Martina—, y también de ver a mis amigas… Así que te tomo prestada la palabra para llevarme uno mañana, pero lo de que me lo regales tendremos que discutirlo.

Christos movió ligeramente la cabeza.

—Estoy dispuesto a negociar —contestó.

Por supuesto, sabía que se saldría finalmente con la suya. Podía ser muy persuasivo cuando se lo proponía. Él ya no quería ni necesitaba esos coches para nada, como bien le había dicho a Martina, con el paso de los años acabarían siendo chatarra. Dijo que le regalaba uno, pero podía quedarse con los seis. Sin embargo, conocía un poquito a Martina y sospechaba que pondría el grito en el cielo si le decía algo semejante.

—Edward pondrá a punto el que quieras —añadió después.

Ella giró el rostro hacia él. A Christos le gustaba ver el brillo que atisbaba en aquel momento en sus ojos de color miel.

—Muchas gracias, Christos —le agradeció Martina.

Christos se encogió de hombros.

—No tienes nada que agradecerme. Al parecer te hace mucha ilusión ver esa exposición de fotografía y yo ya no necesito ninguno de estos coches.

—No te quites méritos —afirmó Martina, dejando que una sonrisa se deslizara en sus labios—. Por más que lo intentes, no eres la bestia que dices ser.

Christos no comentó nada.

—Id a comer a *Hillhead Bookclub*, es un sitio que seguro que a ti a tus amigas os gustará —le recomendó al cabo de un rato.

—Vale —murmuró Martina.

CAPÍTULO 32

Martina finalmente optó por ir a Glasgow con un BMW Serie 7. Un modelo gris metalizado, biturbo y tracción a las cuatro ruedas. Lo último se lo había explicado Edward, porque ella de coches entendía lo justito.

Cuando llamó a las chicas para contarles la buena nueva y que se reanudaban los planes, Alba y Blanca apenas daban crédito. Martina se limitó a decirles que Christos se lo había prestado. Le parecía demasiado fuerte soltar de sopetón que quería regalárselo. Mejor se lo contaría en otro momento, aunque estaba decidida a no aceptarlo. Tal vez el coche acabara siendo chatarra, que no decía que no, pero aún todo le seguía pareciendo un regalo excesivo.

Se sentó al volante nerviosa, porque no todos los días se conducía un coche de aquel calibre. Era simplemente una puta pasada. La tapicería, el salpicadero, el ordenador a bordo, el cuadro de luces… Los cambios, como no podía ser de otra forma, eran automáticos. Nada de tener que pasar de una marcha a otra con la mano.

Apretó el botón de arranque y aquel animal de acero ronroneó como si fuera la primera vez que lo pusieran en funcionamiento.

Martina acarició el volante como si fuera de cristal y Edward le dio las indicaciones necesarias para salir del garaje sin problemas. Se había acostumbrado ya a conducir por la izquierda, pero todavía le costaba hacerlo en el lado derecho del coche. No era la primera vez, así que lo hacía con cautela y prestando más atención.

Al principio había tenido que dar gracias en alguna ocasión al clásico «*look right*» pintado en las principales calles de Londres, advirtiendo a los turistas del sentido inverso de la circulación

de los coches en el país.

Rodeó el castillo y enfiló el camino que llevaba al pueblo. Era temprano. Hacía solo un rato que el sol había anunciado el amanecer y el cielo lucía una paleta de vívidos colores pastel.

Christos observó cómo Martina se alejaba por el camino. Cuando desapareció de su campo de visión, corrió la cortina y se alejó de la ventana del despacho. Haría un alto en el trabajo y bajaría a desayunar.

Cuando entró en la cocina se fijó de inmediato en que Martina le había dejado cuidadosamente preparado todo lo que le solía llevar para el desayuno en una bandeja que había sobre la encimera.

Se acercó y observó que no faltaba nada. Un lado de su boca se curvó en una sonrisilla.

Los ojos se deslizaron hasta una nota escrita a mano que le había dejado Martina al lado de la taza de café (que solo tenía que meter en el microondas para que se calentara). Estiró la mano y la cogió.

«Muchas gracias por todo,

Christos. Espero que tengas un buen día.»

Christos se quedó mirando la nota y durante unos segundos se permitió el lujo de pensar en la posibilidad de que él la hubiera acompañado en ese viaje, de haber compartido un día entero juntos en Glasgow, fuera de los muros del castillo. Y sintió un aleteo en el pecho.

Hubieran ido a la exposición de fotografía que tantas ganas de ver tenía Martina y después él le habría enseñado los sitios más bonitos y emblemáticos de la ciudad, a la que había ido en varias ocasiones.

La hubiera abrazado en alguna esquina, le hubiera ajustado la bufanda al cuello y le hubiera envuelto sus manos entre las suyas para calentárselas. Glasgow era húmedo y frío.

Y le hubiera robado un beso (unos cuantos) cuando menos se lo esperase, y ella terminaría riéndose a carcajadas entre sus brazos.

Cortó esos pensamientos de raíz al darse cuenta de que se estaba recreando en sus fantasías demasiado, y no se lo podía permitir.

Podrían haber vivido muchas cosas, si no fuera por las cicatrices que tenía en su rostro. Si no fuera por ellas… Christos alzó la mano sana y se la pasó por la mejilla. Las yemas de los dedos acariciaron las dantescas irregularidades que poseía la piel y la carne deforme.

Era desesperante y desalentador que siempre estuvieran allí. Invariablemente.

Muchas veces se despertaba en mitad de la noche de una horrible pesadilla para caer en la cuenta de que precisamente no era una pesadilla ni un mal sueño. Aunque lo desease con toda su alma.

Se llevaba la mano a la cara y se daba cuenta de que aquellas horrorosas cicatrices eran tan reales y tan inmutables como el castillo en el que vivía; que estaban ahí siempre que pasaba los dedos por su rostro.

Su maldito rostro.

Lo que antes le abría mil puertas y lo ponía en el foco de las miradas de la gente, ahora lo incitaba a querer desaparecer, a rendirse a la oscura paz de la muerte.

Antes del accidente no necesitaba la oscuridad para seducir. Al contrario.

Quería tener la belleza que poseía aquellos años; la deseaba ahora que quería estar con Martina, y no tener que necesitar la noche, la penumbra y las sombras.

Christos era terriblemente consciente de que nunca volvería a ser el que era, y eso lo atormentaba, enterrándolo vivo en la oscuridad de la que se negaba a salir. Ahora era un hombre atrapado en el cuerpo de una bestia, de un monstruo.

La puerta del patio trasero se abrió y entró Edward.

—Buenos días, Blair —lo saludó.

Christos se guardó la nota que le había escrito Martina en el bolsillo del pantalón y se giró hacia Edward.

—Buenos días —dijo.

—Martina ya se ha ido.

—Lo sé. La he visto marcharse —contestó Christos.

—Iba como una niña con zapatos nuevos —comentó Edward.

—Es que a veces es como una niña.

«Sí, a veces era como una niña», pensó Christos.

—Muy bonito gesto el del coche.

—Yo no utilizo ninguno desde hace seis años —fue lo único que dijo, quitando importancia al tema.

—¿Por qué no reconoces que querías hacer algo bonito por ella? —le preguntó Edward sin paños calientes.

Christos frunció el ceño con gravedad.

—¿A qué viene esa conjetura?

—Martina es una buena chica.

Christos cogió la bandeja, la depositó encima de la mesa y se sentó en una de las sillas de madera a desayunar.

—Yo no he dicho lo contrario —apuntó—. Por cierto, ese café es para ti, solo tienes que calentarlo en el microondas —dijo, señalando con el dedo la taza que había en la encimera—. Te lo ha dejado preparado Martina.

Edward giró la vista hacia la taza y después volvió a clavar la mirada en Christos, que estaba untándose la tostada con mantequilla. Aunque era inglés, Christos prefería un desayuno más ligero, más mediterráneo. Después de desayunar solía salir a correr o entrenaba en el gimnasio y no quería tener el estómago tan pesado como lo ponía un típico desayuno británico.

—Deberías dejar de mirar para otro lado —le dijo Edward.

Christos levantó los ojos hacia él.

—Edward, ¿adónde quieres llegar? —le preguntó en tono seco.

El hombre retiró una silla y se sentó frente a Christos.

—No ignores al destino cuando te pone delante a una mujer como Martina.

«No me la ha puesto delante el destino, me la ha puesto mi hermana», se dijo para sus adentros

Christos.

—Deja de decir tonterías.

—No son tonterías.

—Sí, son tonterías —repitió Christos.

—¿Quieres vivir sin riesgos? Muy bien, tú mismo —repuso Edward—. Pero que sepas que hay pocas personas como ella.

—Cuando te pones así eres un fastidio, Edward —dijo Christos en tono evasivo.

—Y tú un idiota, Blair. Te niegas la oportunidad de salir de la oscuridad en la que estás metido. Deja el pasado atrás y atrévete a ser feliz de una puñetera vez.

Christos lanzó el cuchillo con el que estaba untándose la mantequilla contra la bandeja. Tenía las mandíbulas contraídas desde hacía un rato.

—¿Es que no la has visto? —le reprochó a Edward, abriendo las manos.

—Claro que la he visto —dijo él en tono reposado.

—¡Un hombre tendría que estar muerto para no darse cuenta de que es preciosa, joder! —exclamó Christos enfadado—. Puede tener a sus pies al tío que quiera. ¿Y me has visto a mí, Edward? ¿Me has visto bien? —se señaló a sí mismo con el índice.

—¿Piensas que toda la gente es como tú eras antes, Blair? ¿Crees que Martina reaccionaría a tus cicatrices como lo hubiera hecho el Christos Blair de antes del accidente? —le preguntó Edward—. Si piensas eso la subestimas, te lo aseguro.

—No quiero que me mire como lo hizo Ashley, como lo hicieron todos los amigos que tenía… —confesó Christos—. Dejaron de verme como una persona y empezaron a verme como una bestia, y Ashley dejó de verme como un hombre para empezar a verme como un monstruo.

—Martina no es Ashley.

Christos sacudió la cabeza.

Quería pensar que Martina no era como ella, que no reaccionaría como lo hizo ella. Pero Martina todavía no le había visto el rostro. Sobre el papel todo era muy bonito. El cuento de la bella y la bestia modernizado, actualizado al siglo XXI, pero estaba seguro de que cuando viera

su desfigurado rostro saldría corriendo. Estaba seguro de que el cuento no tendría un final feliz, como ocurría siempre.

—No, Edward, no saldría bien. Yo tengo demasiada oscuridad dentro de mí, acabaría engulléndola en mis sombras y apagando su luz —dijo—. Por eso vine aquí, por eso me encerré en este castillo, porque corrompo todo lo que toco, todo lo que hay cerca de mí.

Edward negó.

—Eres imposible, Blair —dijo.

Hablar con Christos terminaba desesperando a cualquiera, porque no parecía existir ningún argumento que lo hiciera cambiar de opinión, desistir de su idea de permanecer en la oscuridad eternamente. Era tan inútil como tratar de tirar una pared a cabezazos.

Edward echó la silla hacia atrás, se levantó y salió de la cocina.

Christos dio un mordisco de mala gana a la tostada, mientras pensaba en las palabras de Edward. Aunque no lo entendiera nadie, solo quería proteger a Martina de él mismo.

Llevaba demasiado tiempo envuelto en las sombras, y ella era luz, pero él era de esa clase de personas que se tragan la luz de los demás, que los apagan.

El dolor, los remordimientos y la oscuridad que llevaba dentro acabarían finalmente por anular la luz, el especial brillo de Martina.

Y no estaba dispuesto a que eso sucediera.

Y, sin embargo, sabía que aquel día que estaría fuera la echaría de menos. Echaría de menos el «ruido» que hacía en el castillo cuando estaba ella. La música de Jamiroquai, Prince o James Brown sonando en el aire. Oírla tararear alguna de sus canciones como si estuviera matando a un gato, la risa alegre cuando hablaba con alguna de sus amigas por teléfono, verla ir a la biblioteca a buscar un libro nuevo o a leer durante horas el que acababa de empezar.

Martina había conseguido llenar con su presencia cada espacio de aquella antigua fortaleza, como si hubiera hecho suyo cada rincón, cada ángulo, cada piedra. Lo había conquistado como un general de guerra de la Edad Media, pero sin miles de soldados. No le habían hecho falta.

Y Christos se preguntó por qué había permitido que lo hiciera, porque permitía que convirtiera

su tranquila vida en un caos.

CAPÍTULO 33

Los primeros kilómetros Martina iba agarrada al volante con los dedos agarrotados, como si fuera una bomba que le fuera a explotar en las manos. Después se fue sintiendo más cómoda, relajó la postura del cuerpo en el asiento, y fue dándose cuenta de que conducir un coche como aquel era una puta pasada.

Maravilla pura.

Que le perdonara su Opel Corsa, pero no tenía absolutamente nada que ver llevar un coche a llevar otro.

Las carreteras no daban para hundir el pie en el acelerador, porque eran secundarias y en algunos tramos el asfalto dejaba mucho que desear, pero aún eso, fue una experiencia casi mística. Aquella máquina de cuatro ruedas se deslizaba como si estuviera encima de una nube. ¿Y qué decir del equipo de música? Te aislaba de cualquier intrusión externa y el sonido te envolvía hasta gemir de gusto. ¡Santo Dios! Nunca escuchar *funk* le produjo tanto placer a Martina como las horas que estuvo dentro de aquel BMW.

Quedó con las chicas en la entrada de *JustPark Broomielaw*, un parking situado al lado del río Clyde, con aspecto de vieja fábrica industrial, pero con precios muy económicos. Por poco más de once libras el día, Martina había reservado por Internet un par de plazas en él para estacionar el coche de Alba y el que le había prestado Christos.

Cuando se bajaron de los respectivos vehículos. Alba y Blanca tenían los ojos como si se les fueran a salir de las órbitas. Apenas apartaron la vista del coche cuando saludaron a Martina con un abrazo.

—Vaya pedazo máquina, cabrona —dijo Blanca, dando una vuelta alrededor del coche—. Joder.

—Menudo detallazo se ha marcado Christos Blair —afirmó Alba.

Martina no podía decir lo contrario. Había sido todo un puntazo. Abrió la puerta y Blanca se sentó en el asiento del piloto.

—Reconozco que ya no me cae tan mal —comentó acariciando suavemente el volante de cuero con las manos.

Martina se echó a reír.

Estaban alucinando, tanto como ella lo había estado cuando había visto la flota de caprichitos que poseía Christos, porque estaba claro que esos eran los caprichos que se daba antes de tener el accidente.

—Pues os vais a caer de culo cuando os diga que me lo quiere regalar. —Martina no pudo remediar sonrojarse cuando lo dijo. Parecía tonta, pero le seguía dando apuro.

Las miradas de Alba y de Blanca se clavaron directamente en ella.

—¿Lo estás diciendo en serio? —le preguntó Alba.

Martina se rascó la cabeza.

—Desde que tuvo el accidente, Christos no conduce. Este coche lleva seis años sin tocarse, al igual que los otros cinco que tiene —explicó.

—¿Estás diciendo que posee una flota de coches? —dijo Blanca, todavía dentro del vehículo.

—De coches de lujo —matizó Martina—. Tiene tres deportivos que harían babear a cualquier piloto de Fórmula 1.

—¿Y dices que no conduce ninguno? —curioseó Alba.

—No. Tiene los seis guardados en una nave detrás de los establos.

—¿Y funcionan? Porque los coches se estropean si no se utilizan —comentó Blanca, que se había girado y andaba entretenida toqueteando todos los botoncitos del salpicadero.

—Es Edward el que se encarga de su mantenimiento, pero al final terminarán siendo pasto de la chatarra —respondió Martina.

—Joder, pues que nos regale uno a Blanca y a mí —dijo Alba.

—Pues te aseguro que lo haría —afirmó Martina—. Él no los utiliza. Si no fuera por Edward, esos coches ya no valdrían para nada.

—Podría haberlos vendido —sugirió Blanca.

—A Christos no le hace falta el dinero y por no tomarse la molestia de venderlos, prefiere dejarlos en esa nave hasta que se conviertan en chatarra.

—Dios da pañuelo a quien no tiene mocos —se lamentó en broma Alba, haciendo un mohín con la boca.

—Siempre es lo mismo —dijo Blanca.

Se bajó del coche y Martina lo cerró.

—¿Y qué vas a hacer? Te lo vas a quedar, ¿no? —le preguntó Alba, dándolo por hecho.

Martina arrugó la nariz.

—No lo sé. A pesar de todo me parece excesivo —respondió, camino de la salida del parking.

—Pero ¿por qué? —dijo Blanca—. Tú misma has dicho que Christos no utiliza ninguno de esos coches y que terminarán en un desguace convertidos en chatarra. ¿Qué tiene de malo que te quedes con este?

—Sí, ¿qué tiene de malo? —dijo Alba.

—Pues lo que os he dicho, que me parece excesivo —repitió Martina—. Aunque conducirlo es una auténtica pasada —confesó.

Blanca comenzó a manotear en el aire.

—Martina, déjate de complejos y de ese tipo de historias y acepta el ofrecimiento de Christos —repuso—. Además, tu coche está muy cascado ya, ¿qué mejor oportunidad para cambiarlo que esta?

—La ocasión la pintan calva, cielo —intervino Alba, para convencerla.

—Ay, no sé lo que haré… Ya me lo pensaré —refunfuñó Martina—. De momento lo único que quiero es disfrutar de este día con vosotras, de Glasgow y de la exposición fotográfica del museo de Nueva York que tantísimas ganas tengo de ver —dijo.

—Pues no se hable más —repuso Alba.

—¿Qué ruta turística has preparado? —le preguntó Martina.

—¿Qué os parece si primero hacemos una visita al Jardín Botánico, que me han dicho que está genial, después reponemos fuerzas comiendo algo por ahí y luego vamos viendo? —propuso—. Tengo varias alternativas para que escojamos la que más nos guste.

—Por mí perfecto —contestó Blanca, asintiendo con la cabeza.

—Y por mí —afirmó Martina—. Las entradas para la exposición fotográfica las he sacado para el pase de las cuatro —les informó.

—A las cuatro en punto estaremos en las puertas del Museo de Kelvingrove —apuntó Alba en tono resuelto, que ya tenía el móvil en la mano para calcular todos los tiempos, las distancias y las direcciones de los sitios donde había planeado ir.

—Qué organizada es siempre mi niña —dijo Blanca con voz ñoña, pellizcando las mejillas de Alba como hacen las abuelas. Martina empezó a reírse.

—Así no perdemos tiempo buscando nada. Incluso he mirado un par de sitios súper chulos y baratitos para tomarnos algo —respondió Alba.

—¿Por dónde tenemos que ir? —le preguntó Martina, sabedora de que su amiga lo tenía todo controlado, hasta las veces que tenían que parar para hacer pis.

Alba miró la pantalla del móvil unos segundos mientras consultaba el callejero, y dijo:

—Tenemos que ir recto por aquí —señaló la calle que salía a sus pies y que discurría por la orilla derecha del río Clyde—, y girar a la derecha en James Watt. Después os voy indicando.

—Pues en marcha. No perdamos tiempo —dijo Martina echando a andar, como si fuera un general del ejército.

Blanca le dirigió una mirada.

—Habrás traído tu cámara, claro… —se mofó ligeramente, como siempre hacía.

Martina alzó un hombro y la miró de reojo.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? —bromeó—. ¿Cómo voy a venir a Glasgow y no inmortalizarlo en miles de instantáneas?

—Martina y su cámara —dijo Blanca, poniendo los ojos en blanco teatralmente.

Martina metió las manos entre los brazos de Alba y Blanca y tiró de ellas hacia adelante.

—No sabéis lo que echo de menos estos momentos.

CAPÍTULO 34

A Martina no le daba de sí el dedo de tantas fotos como quería hacer.

Aquí, allí.

Al suelo, al cielo.

El Jardín Botánico era un gigantesco parque público, pero lo que realmente era digno de mención y de fotografiar hasta sacar dolor de mano, era el *Kibble Palace* o *Palm House*, un enorme invernadero de estilo victoriano, cuya construcción en cierta manera les recordó a las tres al Palacio de Cristal del Parque del Retiro de Madrid, aunque era más grande.

Mientras Martina y Blanca lo observaban embobadas, Alba iba leyéndoles algunos datos que había encontrado en Internet, como que era la primera gran estructura de cristal y hierro fundido erigida en Reino Unido y que estaba incluido en la lista de lugares del Patrimonio de la Humanidad de la Unesco.

El techo abovedado estaba hecho en su totalidad de vidrio y hierro forjado de color blanco y a través de él podía verse un cielo azul pálido, con algunos restos de nubes que parecían rasgones de algodón. Por suerte para las chicas, el día no estaba nublado y amenazando lluvia como cuando quedaron en Edimburgo.

Era raro, pero el sol había querido salir para lucirse y mostrarles la mejor cara de Glasgow.

Caminaron por el invernadero, que estaba lleno de una gran variedad de palmeras y otras plantas tropicales, de ahí su nombre.

En un rincón, una escalera de caracol ascendía con varias vueltas hasta una galería que había en la parte superior y en la que las tres se hicieron algunas fotos para el recuerdo. En otro rincón

disfrutaron del sonido hipnótico que producía el agua que caía de una pequeña cascada.

—Fijaos en esa estatua —dijo Martina, mientras iban hacia una de las cúpulas de aquel palacio de cristal.

Se acercaron a ella. Era una mujer desnuda, sentada de costado sobre un pedestal. Todo blanco. Detrás, formando un semicírculo, se alzaba como telón de fondo un vergel de verdes y frondosas plantas.

Martina tomó unos metros de distancia, se acuclilló para obtener la perspectiva que buscaba y tiró unos cuantos disparos a la cámara.

—Todo es precioso, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —contestaron al mismo tiempo Alba y Blanca.

—A mí me encanta —añadió Blanca.

Martina dirigió el objetivo hacia ellas y les sacó un par de instantáneas en las que las pilló desprevenidas. Alba giró el rostro hacia ella.

—¿Por qué tienes la manía de tirarnos fotos cuando estamos despistadas? —dijo, poniendo los brazos en jarra.

Martina sonrió abiertamente.

—Porque son las más bonitas y naturales —contestó.

—Y en las que salimos con unas caras de idiotas de concurso.

—Salís con las caras que tenéis —se burló Martina.

Alba y Blanca la fulminaron con la mirada.

—Eres una zorra —dijo Alba.

Y antes casi de acabar de decir la frase comenzaron a descojonarse las tres de la risa.

—Siempre salís genial. ¿De qué os quejáis tanto? —les preguntó Martina.

—Anda, vamos, que tenemos muchas cosas que ver todavía —dijo Blanca, cogiéndola de la mano y tirando de ella.

Salieron del invernadero entre risas.

Antes de seguir con la ruta turística, comieron en *Hillhead Bookclub*, el sitio que les había recomendado Christos y que estaba a un paso de la conocida Asthon Lane. Un restaurante a camino entre un bar del oeste y un pub irlandés, con un ambiente cultural bastante interesante, que les dio buen rollito cuando entraron.

Lo formaban dos plantas, con mesas y bancos de madera. Las lámparas eran enormes bolas que descendían del techo y que emitían una brillante luz blanca.

El menú era de lo más variado y variopinto, y llamaba la atención que fuera casero.

Se sentaron en una mesa rectangular, al lado de una pared de madera pintada de color azul.

Excepto por un par de mesas, el resto estaban ocupadas por gente en su mayoría joven.

—¿No creéis que todo tiene una pinta deliciosa? —dijo Martina cuando leyó por encima la carta que les había llevado el camarero.

—El doner kebab vegano está diciendo «cómeme» —contestó Alba.

La boca ya se le estaba haciendo agua.

—¿Os atrevéis alguna con el *haggis*? —preguntó Blanca, mirando alternativamente a Alba y a Martina por encima del borde de la carta.

—Ni de coña —saltó de inmediato Martina—. Eso de comerme el hígado, el corazón y los pulmones del cordero embutidos en el estómago del animal no va conmigo. Por muy típico que sea el plato en Escocia.

—A mí tampoco me seduce demasiado —dijo Blanca, poniendo cara de asco.

—Pues imaginaos a mí, que soy más de vegetales que de vísceras animales —apuntó Alba.

—Y pensar que los escoceses se lo comen a veces incluso para desayunar —comentó Martina.

—¿Christos hace desayunos típicos escoceses o británicos? —le preguntó Alba.

—No, que va. Sus desayunos se parecen más a los nuestros: café con leche, tostadas, zumo y algo de fruta. Normalmente hace deporte después, así que supongo que preferirá algo más ligero.

—Menos mal, porque lo de comer unas habichuelas nada más de levantarse… Es cuestión de

costumbre y cultura, pero no lo termino de entender —comentó Blanca.

—Ellos pensarán lo mismo de nuestro desayuno —dijo Martina—. Pero Christos veraneaba cuando era pequeño en Mallorca y ha adoptado algunas costumbres españolas —añadió, respondiendo a su pregunta.

—¿Y sabe español? —dijo Alba, que había dejado de leer la carta del menú.

Martina inclinó la cabeza, afirmando.

—Sí, se enteró de lo de la exposición fotográfica porque me oyó hablar con vosotras por teléfono, y he de decir que lo habla de puta madre —respondió.

—Pues la recomendación que te ha hecho para venir aquí es buena —repuso Alba—. Este sitio está muy bien. El ambiente da muy buen rollito y la comida, como has dicho, parece deliciosa.

—La verdad es que sí que está bien —dijo Blanca, echando un vistazo en derredor.

—Y los fines de semana se transforma en un pub —dijo Alba.

—¿En un pub? —se extrañó Blanca.

—Mirad las fotos que hay en la parte inferior de la carta.

Martina y Blanca bajaron la mirada y pudieron ver dos imágenes del restaurante hasta la bandera de gente y con una iluminación más parecida a la de una discoteca que a la de un tranquilo restaurante.

—Qué bien se lo montan algunas personas en sus negocios —dijo Martina—. Así le dan una función de día y otra de noche.

El camarero se acercó a ellas.

—¿Habéis decidido ya qué comer? —les preguntó.

—Yo quiero el doner kebab vegano —contestó en primer lugar Alba.

—Yo los macarrones con queso jalapeño —dijo Blanca.

—Y yo el bacalao asado harissa —concluyó Martina.

El camarero apuntó la comanda en la libreta.

—¿Y de beber?

Alba pidió agua y Martina y Blanca una cerveza sin alcohol.

Comieron entre risas, recordando viejas anécdotas, creando otras nuevas y reforzando ese vínculo de amistad que había entre las tres y que era inquebrantable. Aunque ahora Martina estuviera lejos (o más lejos que antes), solo se trataba de una distancia física, porque estaban más unidas que nunca, si eso era posible.

Aquel día en Glasgow volvieron a reafirmarse en el buen tándem que formaban y en la suerte que habían tenido al conocerse.

Cuando terminaron pidieron café y helado.

—Estamos a unos quince minutos del museo si vamos por Byres Road. Así que tenemos el tiempo justo de tomarnos el café y marcharnos —dijo Alba con el móvil en la mano.

—Eres como un GPS con patas —se rio Martina.

—No hay una persona más eficiente para llevarte de viaje que a Alba —añadió Blanca.

—Dejaos de tonterías y tomaos el café, ¿o no me habéis oído? —dijo ella—. Tenemos el tiempo justo.

—¿El tiempo justo? Alba, faltan más de tres cuartos de hora —apuntó Martina, desconcertada, consultando su reloj de muñeca.

—Ya, pero seguro que Blanca se para en todos los escaparates de tiendas de ropa que hay por el camino —respondió Alba—, y debemos tener en cuenta ese tiempo extra.

Blanca puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, mientras movía el café con la cucharilla.

—Qué exagerada eres —dijo.

Alba le dirigió una mirada con una ceja arqueada.

—Blanca, cielo, que nos conocemos… —le dijo—. En más de una ocasión y de dos hemos llegado tarde a los sitios por tu culpa.

—¿Cómo vas a visitar una ciudad por primera vez y no ver la ropa que hay en las tiendas? ¿Qué es lo que se lleva? —se defendió ella.

Alba miró a Martina con expresión de resignación en el rostro.

—¿Qué te decía?

Martina dejó escapar una sonrisa. Alba tenía razón. Blanca era la *fashion victim* del grupo, de eso ninguna de las tres tenía dudas, y no era mentira que más de una vez habían llegado tarde por la manía que tenía Blanca de pararse a ver los escaparates de todas las tiendas de ropa que se encontraban por el camino.

CAPÍTULO 35

Por fuera, el museo de *Kelvingrove* era un edificio con alma de palacete, formado por un frontispicio con tres puertas de acceso. Fue construido en arenisca roja en un estilo inspirado en el barroco español. El edificio gira en torno al hall central, donde se puede ver un enorme órgano.

—Esto es como una catedral —comentó Blanca cuando entraron.

Y lo parecía. Era una mezcla entre catedral y palacio moderno.

En el centro del gran vestíbulo había un mostrador de información y a un lado varias filas de sillas situadas unas detrás de otras, para quien quisiera sentarse un rato. Desde él se distribuían las distintas salas y galerías del museo y dos patios.

La recepcionista le indicó a Martina que la exposición de fotografía se exhibía en el patio este. Martina le dio las gracias y las tres tomaron la dirección de las indicaciones que les había dado la amable mujer.

Si sorprendente eran las fotografías que el *International Center of Photography Museum* de Nueva York había cedido temporalmente al museo Kelvingrove, sorprendente eran las *Floating heads*, las esculturas de cabezas que colgaban del techo y que expresaban todas las emociones del ser humano.

—No sé si maravillarme u horrorizarme —comentó Blanca, mirándolas de reojo.

—Desde luego son inquietantes —dijo Martina.

Apuntó con la cámara hacia ellas y disparó unas cuantas instantáneas.

—A mí me gustan. Me parecen graciosas —opinó Alba, observándolas con interés.

Blanca y Martina la miraron.

—¿Graciosas? —repitió Blanca con incredulidad en la voz.

—Sí.

—¿Por qué será que a mí no me sorprende que te gusten ni tampoco que te parezcan graciosas? —dijo Martina.

Martina disfrutó de la exposición como una loca. Para ella era como estar en otra dimensión. En aquel espacio rectangular se concentraban las mejores fotografías del mundo, realizadas por los mejores fotógrafos del mundo. Katy Grannan, W. Eugene Smith, Alfred Eisenstaedt, Gordon Parks… Delirante.

Había imágenes de todo lo que uno se pueda imaginar: de paisajes, de animales, de gente; urbanitas, cosmopolitas, modernas, antiguas, abstractas, hiperrealistas… Con efectos, naturales; en blanco y negro, en color… Instantáneas capturadas desde todos los ángulos que existen y acogiendo todas las perspectivas. Momentos robados al tiempo, que permanecerían invariables a lo largo de la eternidad, sin que los años hicieran mella en ellos.

Alba y Blanca no entendían de fotografía, pero con las explicaciones de Martina la exposición resultó amena y entretenida.

Tal y como sabía perfectamente Christos, la ausencia de Martina era casi palpable en el castillo. Solo había estado unas horas fuera, pero era suficiente para notar su falta. Todo parecía demasiado grande, como si el espacio hubiera adquirido una dimensión distinta, como si se hubiera ampliado.

Incapaz de concentrarse en el trabajo, había pasado la mayor parte del día haciendo deporte.

Había salido a correr, a galopar campo a través a lomos de Hestia, y después había hecho unas cuantas tablas de ejercicios en el gimnasio. Cualquier cosa para mantenerse ocupado y no dejar que Martina se colara en su cabeza.

Pero no siempre somos dueños de nuestros pensamientos, que van a su aire la mayor parte de las veces, y el deseo tiene sus propios tiempos.

Sudoroso, subió a la habitación. Quería darse una buena ducha. Se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo. No esperó a que el agua se calentase, se deshizo de la ropa de deporte, que dejó tirada en el suelo, y se metió en el espacioso cubículo.

Cuando el agua comenzó a caer por su cuerpo y los músculos empezaron a relajarse, la imagen de Martina empezó a serpentear sigilosamente por su cabeza.

Recordaba con demasiada nitidez el polvo que habían echado en la biblioteca. Tenía cada detalle clavado a fuego en su mente. La suavidad de su piel, sus pechos turgentes, la forma en que se retorcía su cuerpo mientras la embestía…

La recordaba gimiendo, suspirando, gritando su nombre…

—Dios bendito… —susurró.

Se pasó las manos por el pelo mojado y se lo echó todo hacia atrás.

Su cuerpo respondió a los recuerdos y a Martina, y su miembro se levantó como si fuera una espada a punto de entrar a matar.

Christos esperó un rato y trató de alejar todo pensamiento de Martina de su cabeza, pero su erección seguía sin perder un ápice de fuerza.

—¡Maldita sea! —farfulló malhumorado consigo mismo por perder el control de aquella manera.

Contrajo la mandíbula, al tiempo que apoyaba la palma de la mano que siempre llevaba oculta bajo el guante y que en ese momento lucía llena de cicatrices, en la pared de elegante alicatado gris oscuro, y con la otra rodeó su miembro enhiesto. Estaba tan duro que le dolía.

Solo había una solución, a menos que quisiera pasarse metido en la ducha el resto de lo que quedaba de día.

Presionó con los dedos con firmeza y deslizó la mano hacia atrás.

Un gemido se arrancó de su garganta. La imagen de Martina siguió flotando por los pliegues de su cerebro, tentándolo.

Cerró los ojos.

La mano de Christos empezó a ir adelante y atrás, recorriendo la larga longitud de su pene. A medida que su cabeza seguía conjurando las imágenes de la noche que él y Martina follaron, el movimiento fue adquiriendo velocidad.

Los gemidos crecían y la mano que estaba apoyada en la pared se crispaba, tensando la piel que daba forma a las cicatrices, como si pretendiera agarrarse a los azulejos para mantener el equilibrio.

El agua caliente continuaba resbalando por su musculoso cuerpo, dejando un brillo sobre la piel. Algunas gotas se quedaban retenidas en las partes en que la piel estaba dañada.

Christos abrió los ojos de golpe cuando sintió las primeras oleadas de un orgasmo que hizo que se estremeciera de la cabeza a los pies. Apretó los dientes sin dejar de mover la mano.

—¡Joder, qué gusto! —siseó, cuando los espasmos de placer sacudieron sus fibras nerviosas.

Los músculos del abdomen se le contrajeron. El semen ascendió por la polla hasta salir disparado contra la pared. Un par de chorros cayeron al suelo de color negro de la ducha, pero enseguida los arrastró el agua.

Christos respiró hondo y trató de serenarse.

CAPÍTULO 36

Cuando salieron del museo, Martina, Alba y Blanca se fueron a visitar la Universidad de Glasgow. Alba la había incluido dentro de la ruta turística porque tenía un claustro de estilo gótico que parecía sacado de los libros de Harry Potter. Además, sabía que a Martina le iba a entusiasmar porque había sido una de las localizaciones para el rodaje de la serie *Outlander*, y ella, aparte de tragarse la serie y casi de saberse los diálogos de memoria, se había leído de cabo a rabo la saga *Forastera* de Diana Gabaldón en la que está basada.

Alba no se equivocó y Martina reconoció el escenario al momento.

—Te hubiera matado si me llego a enterar de que se utilizó la Universidad de Glasgow para grabar la serie de *Outlander* y no hubiéramos venido a verla —le dijo.

—Lo sé, por eso no me hubiera atrevido a no incluirla en nuestra ruta. No quiero morir joven —contestó Alba.

Las tres se echaron a reír.

Después se fueron a ver los *lanes*, ese variopinto laberinto formado por estrechas callejuelas, situado en el centro de la ciudad y que está lleno de cultura, de arte, de historia y en algunos casos de pubs y bares con un encanto especial, y tiendas *vintage*, que hicieron las delicias de Blanca, como no podía ser de otra manera.

Recorrieron los dos más célebres de la ciudad, porque no tenían tiempo para mucho más: *Asthon Lane* y *Hidden Lane*. En este último Martina no paró un segundo de hacer fotos.

Una de las callejuelas era una explosión de color, con casitas bajas pintadas de vívidas tonalidades. Aquel lugar recogía un sinfín de estudios y locales de artistas que desarrollaban en

ellos sus creaciones.

Todo era tan bohemio que por unos instantes Martina se sintió identificada con cada rincón y con la esencia que emanaba de ellos.

Aprovecharon para tomarse un auténtico *afternoon tea* o *low tea,* el tradicional té de la tarde inglés, en la terraza de una pequeña cafetería de una estrecha calle con el ladrillo encalado en blanco, plantas colgando, y mesas y asientos de madera.

—Me está encantando este día —comentó Martina, con un indisimulado entusiasmo.

Le brillaban los ojos. Glasgow estaba siendo todo un descubrimiento.

—Y a mí —afirmó Blanca.

—Y todavía no hemos hecho ningún brindis —apuntó Alba.

Martina levantó de inmediato su té.

—Por nosotras —dijo.

—¿No dará mala suerte brindar con té? —preguntó Blanca.

—Es el agua con lo que da mala suerte brindar —le contestó Alba, que también había levantado su té.

Blanca alzó finalmente la taza y chocó el borde con la de Martina y la de Alba. Ellas hicieron lo mismo.

—Por nosotras —dijeron al unísono, esbozando una sonrisa en los labios.

—Y por este día.

—Y por este día —volvieron a brindar.

CAPÍTULO 37

Hay quienes opinan que Glasgow es una ciudad fea comparada con Edimburgo, pero para Martina tenía un encanto especial del que carecía la capital de Escocia, y que quizá no todo el mundo sabía apreciar. Tal vez radicara en las calles llenas de casas georgianas, en las factorías que se extendían a lo largo de la orilla del río o en las fachadas industriales, que abundaban por doquier.

En Glasgow todo parecía supurar historia, tradición, leyenda… El centro histórico, aunque pequeño, es la zona más auténtica de la ciudad, con una fuerte huella cultural. Es en ese entorno arquitectónico en el que se encuentran algunas de las calles más bonitas de todo Reino Unido.

Era curioso que Martina se imaginase en cualquier rincón a Christos. De pronto tuvo la impresión de que era una ciudad hecha para él. Muy acorde a la imagen que proyectaba en el momento de su vida en el que se encontraba. Un hombre taciturno, atormentado, dolido con el mundo y con él mismo, con ese punto oscuro que albergaba su interior.

No le costaba verlo paseando por las calles con las manos metidas en los bolsillos de un abrigo de paño tres cuartos negro. Caminando con pasos largos y elegantes por el antiguo empedrado mientras pensaba en sus cosas. De vez en cuando se pararía en el escaparate de alguna de las pequeñas y coquetas librerías que se escondían en las callejuelas, y miraría los libros expuestos para decidir su próxima lectura. Al final entraría y lo compraría.

—¿En qué o… en *quién* estás pensando? —le preguntó Blanca con suspicacia, al ver la expresión de ensueño que mostraba su rostro.

—Estoy pensando en Christos —contestó Martina. Alba y Blanca cruzaron una mirada—. En

que esta ciudad es como él. No me cuesta nada imaginármelo paseando por estas calles —dijo, frente a *The Tenement House*, una casa victoriana cuya construcción describía muy bien la vida de la burguesía de finales del siglo XIX.

—Yo me lo imagino más en los pubs, las discotecas y los *after* —comentó Blanca.

Martina sonrió débilmente.

«Cría fama y échate a dormir», se dijo para sí.

—El Christos de ahora tiene poco que ver con aquel Christos que cerraba todos los *after* de lujo de Londres —dijo—. El Christos de ahora es un lector empedernido, al que le gusta jugar al ajedrez. Un hombre culto, silencioso, que trabaja día y noche y que no tiene ningún tipo de vida social, ni nocturna ni diurna. No es ni la sombra de lo que fue.

—Martina… —La voz de Alba sonaba muy seria cuando la nombró—, ¿te has enamorado de Christos Blair? —le preguntó directamente.

Martina se mordisqueó el labio. Sabía la respuesta. Claro que la sabía, pero siempre es difícil admitir según qué cosas en según qué circunstancias, y en las que ella y Christos se encontraban inmersos no eran las más propicias.

—Quizás —respondió.

Alba y Blanca volvieron a mirarse. Ese «quizás» era un «sí».

—Martina, es una locura —se adelantó a decir Blanca, que se notaba preocupada.

—Lo sé, joder, lo sé —dijo ella—. ¿Crees que no soy consciente de que es una locura? —lanzó al aire—. Pero no es algo que me haya propuesto. No me he levantado un día y he dicho «voy a enamorarme de Christos Blair». Las cosas no van así, no elegimos de quien nos enamoramos. Simplemente tenemos que hacer frente a lo que sentimos y gestionarlo como buenamente podamos. Si es que podemos…

Blanca suspiró.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le preguntó.

—No —respondió Martina, bajando la mirada.

—Parezco *una ceniza*, pero es que yo no lo acabo de ver claro con ese tío —volvió a hablar

Blanca.

Para ella el desastre potencial estaba casi garantizado.

—Lo del coche ha sido un detalle —intervino Alba con suavidad—. Mejor dicho, ha sido un detallazo.

Martina alzó el rostro hacia los preocupados ojos de sus amigas.

—Ese es el Christos que yo veo, el Christos que me gusta; el que se entera de que no puedo ir a Glasgow para asistir a una exposición fotográfica que llevaba meses queriendo ver porque se me ha jodido el coche, y él me presta generosamente uno de los suyos; el que se preocupa por mí si ando de noche por los alrededores del castillo, porque teme que me caiga por un barranco. —Sonrió al recordarlo—. El Christos con el que juego al ajedrez mientras hablamos de mil cosas…, y también con el que follo hasta que me salen agujetas y me deja la marca de los dientes en la carne.

—Desde luego ese no parece el Christos de hace unos años: el donjuán que vivía de noche y no daba un palo al agua —dijo Blanca.

—Es que no es ese Christos. No tienen nada que ver uno con otro —repuso Martina.

Blanca se mordisqueó el labio observando a su amiga. Se la veía apesadumbrada en cierta manera, y muy colgada de Christos también.

—¿Y qué posibilidades crees que tienes con él? —le preguntó en tono conciliador.

—Ninguna. —Martina se acarició la frente—. No tengo ninguna —repitió. Se sentía frustrada cada vez que hablaba o pensaba en ese tema—. Ya os lo he dicho, chicas, Christos no está dispuesto a salir de donde se encuentra. Se ha acostumbrado a vivir del modo en el que lo hace. Se ha acostumbrado a vivir en las sombras, a la seguridad que le da la oscuridad y la fortificación que tiene como casa, y no deja que la luz lo alcance. Los castillos se construían para no dejar que nadie accediera a su interior y así salvaguardar a quienes estaban dentro. Se cercaban con fosos, muros, baluartes y torres, para que fueran inexpugnables para la gente, y él ha hecho eso con él mismo. Se ha cercado de muros, de fosos, de torres; ha levantado toda una muralla a su alrededor para no dejar que nadie llegue hasta él. Christos es inexpugnable.

—Martina, siempre hay una debilidad, una grieta, un flanco por el que poder colarse… —dijo Alba.

—Christos no lo tiene —aseguró Martina. Tomó aire—. Y… me frustra. Os juro que me frustra no poder hacer nada —repuso—. Tiene un discurso muy nocivo para sí mismo. Dice que es un hombre que no le conviene a ninguna mujer, que es mejor estar alejado de los que le quieren, que por eso está en ese castillo.

—¿Crees que puede tener depresión? Las circunstancias en las que está y la manera en que describes cómo vive dan para ello —comentó Blanca.

Martina hizo una mueca con los labios.

—No lo creo, porque él siempre está haciendo cosas, aunque casi todas las haga dentro del castillo. Pero trabaja, lee, sale a montar a caballo, a correr, incluso tiene un gimnasio en la planta baja, pero su actitud es muy derrotista, como si se hubiera resignado a vivir siempre así, en la oscuridad, encerrado en el castillo, sin tener contacto con nadie. ¿Cómo se puede resignar un hombre de… no sé… treinta y pocos años a vivir así para siempre?

—Yo no creo que se pueda vivir así para siempre —dijo Alba.

Martina la miró.

—Yo tampoco —afirmó.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Blanca.

—Que algo terminará consumiéndolo —respondió Martina—. La soledad, el aislamiento, la oscuridad…

—Pero ahora tú estás en ese castillo —dijo Alba, como si Martina fuera una solución.

Martina recordó las palabras que había dicho Edward.

—Sin embargo Christos no se deja ayudar —dijo—. Me gustaría que confiara en mí, que me dejara verlo, y no lo digo por nada morboso, no tiene nada que ver con eso.

—Han pasado muchos años… ¿Cómo puede una persona estar tan cerrado en banda? —preguntó Blanca.

Martina se encogió de hombros.

—No lo sé… —contestó—. Y eso es lo que me frustra. Ver que no hay una forma de hacer que cambie de opinión. Christos no aguanta la compasión.

—¿Y tú te compadeces de él? —dijo Alba.

—No. —Martina enfatizó la negativa moviendo la cabeza—. No he visto su cara. No sé qué rostro tiene ni las cicatrices, pero me da igual. Me gustaría aunque no tuviera cabeza.

Las chicas se echaron a reír.

—Os lo digo en serio —afirmó Martina. Aún estaban frente a *The Tenement House*—. Me da igual que tenga el rostro desfigurado, que tenga el cuerpo lleno de cicatrices… Para mí el físico no es importante y desde que rompí con Óscar menos. Él estaba conmigo solo por mi físico, porque tengo un rostro bonito y eso quedaba muy bien de cara a la galería. Pero me trataba como si yo fuese un jarrón, una mujer florero, un puto trozo de carne. Jamás estuvo enamorado de mí y todo eso lo pagué muy caro. —Blanca le pasó la mano por la espalda cariñosamente—. Acordaos que no me dejaba hacer nada, que se enfadaba cuando simplemente quedaba con vosotras. Él nunca se preocupó de mis sueños. Le daba igual si me gustaba la fotografía o el ganchillo. Me hacía sentir como un caballo de exhibición.

—Ojalá todo salga bien, Martina —dijo Blanca—. Ojalá algo haga recapacitar a Christos.

—Ojalá —dijo ella.

CAPÍTULO 38

Aquel día Martina regresó sin incidentes. Claro que con el coche que llevaba era imposible.

Aunque fuera de forma indirecta, Christos había sido el artífice de que hubiera pasado uno de los mejores días de su vida junto a sus amigas y de haber llenado su amistad de nuevas anécdotas y experiencias de las que hablar cuando fueran unas ancianitas y se sentaran en una camilla al calor de un brasero. Si no hubiera sido por él, no hubiera podido ir a Glasgow ni vivir todo lo que había vivido esas horas con Alba y Blanca.

Y, si quería ser sincera consigo misma (y Martina casi siempre lo era), tenía que admitir que le hubiera gustado mucho haber pasado un día como aquel con Christos. No había sido capaz de sacárselo de la cabeza ni un solo minuto. Como les había comentado a las chicas, le parecía la ciudad perfecta para él y le resultaba muy fácil imaginárselo en cualquiera de las calles de Glasgow o visitando los lugares que ella, Alba y Blanca habían visitado. Haber hecho junto a él un álbum de recuerdos que quedarían grabados en su memoria para siempre. Pero Christos no estaba en unas circunstancias normales y aquel sueño no era más que una utopía.

Al llegar, metió el coche en el garaje, lo aparcó con cuidado al final de la fila que formaban los otros cinco y se fue al castillo.

Antes de entrar miró al cielo. La luz de la luna caía sobre la fortaleza, recortando su silueta contra el resplandor blanquecino.

Subía la escalera del vestíbulo con la esperanza de que Christos apareciera, como cuando volvió de Edimburgo, y le preguntara que qué tal se lo había pasado. Ella aprovecharía para darle las gracias nuevamente por prestarle el coche (y por la experiencia casi mística que era

conducirlo), pero en aquella ocasión no fue así. Reinaba el silencio en cada rincón.

En lo alto de la escalera se detuvo y miró hacia el pasillo de Christos, el situado a la derecha. Al contrario que ocurría otras noches, aquella no salía una cuchilla de luz de la parte baja de la puerta de su despacho, lo que llevó a pensar a Martina que quizá hubiera podido conciliar el sueño.

Se alegró por ello. Había convivido ya lo suficiente con Christos como para saber que la mayoría de las noches no dormía. Se pasaba las horas de la madrugada trabajando en el despacho, leyendo en la biblioteca; incluso a veces salía a dar un paseo por la playa.

Giró el rostro y enfiló los pasos hacia su habitación.

A la mañana siguiente cuando la alarma del despertador sonó, Martina la apagó y se dio media vuelta en la cama. Estaba tan cansada que no era consciente de nada de lo que hacía.

Se despertó de nuevo con la claridad que entraba por la ventana, y buscó a tientas el móvil en la mesilla de noche. Cuando por fin dio con él, consultó la hora con un ojo abierto y el otro cerrado. ¡Hacía más de tres cuartos de hora que tenía que haberse levantado!

—¡Mierda! —masculló. Se le había echado el tiempo encima.

Apartó las sábanas a un lado con un gesto brusco y salió de la cama jadeante, dando un salto que por poco terminó haciéndola caer de bruces contra el suelo. Por suerte consiguió mantener el equilibrio en el último momento, librándola de dejar los dientes clavados en las baldosas.

No le daba tiempo de ducharse, así que se puso las zapatillas y bajó directamente a la cocina en pijama y con una cara de sueño que se veía desde Pekín. Tenía los minutos justos para preparar el desayuno de Christos y subírselo al despacho.

Estaba metiendo las rebanadas del pan de molde en el tostador cuando su voz sonó detrás de ella.

—Se te han pegado las sábanas —dijo.

—Sí, he apagado la alarma del móvil y me he vuelto a quedar dormida —explicó Martina—. Siento andar tan tarde... No volverá a pasar —se disculpó, poniendo el tostador en funcionamiento.

—A todos nos ha pasado alguna vez —comentó Christos.

Martina miró de reojo en su dirección. ¿Christos estaba de buen humor? No dejaba de ser asombroso.

—De todas formas procuraré que no vuelva a ocurrir, no quiero darte una excusa para que me despidas —dijo, colando en sus palabras una nota de mordacidad.

—No voy a despedirte —aseguró él.

—Por si acaso —repuso Martina con una sonrisilla, mientras cogía un plato de la estantería.

Las comisuras de los labios de Christos se curvaron ligeramente. Martina y ese sentido del humor tan personal que tenía.

—Intuyo que ayer lo pasaste bien en Glasgow.

Martina se frotó los ojos con las manos. El tostador terminó y las rebanadas de pan saltaron.

—Muy bien. Ya sé que dicen que Glasgow no es como Edimburgo, pero a mí me gustó mucho —respondió.

Cogió las tostadas y las dejó en el plato.

—A mí también me gusta más que Edimburgo —dijo Christos.

—¿Verdad que tiene algo… especial? —comentó Martina, metiendo en el tostador otro par de rebanadas de pan.

—Sí, aunque es un encanto que no todo el mundo ve —contestó Christos. El olor del café recién hecho empezó a llenar el aire de la cocina—. Y la exposición de fotografía, ¿te gustó?

—¡Dios, sí! —respondió Martina, y lo hizo como si acabara de sentir el espasmo de un orgasmo.

Los labios de Christos volvieron a sonreír.

—¿Así que te gusta la fotografía?

—Me apasiona —contestó Martina—. Le hago fotos a todo. Ayer hice como unas mil.

—Me imagino que no se salvaría nada al disparo de tu cámara.

—Definitivamente nada. Como dice mi amiga Blanca: soy una chica a una cámara pegada.

Christos dejó escapar la risa. Martina hablaba y se dirigía a él con tanta naturalidad que lo hacía parecer una persona normal. Como un hombre y una mujer que charlan sobre sus cosas.

—También dice: «Martina y su cámara» —continuó hablando mientras servía el café en la taza.

Y Christos la escuchaba como si fuera la primera vez que pudiera oír en su vida.

—Oye…, estamos teniendo una conversación amena, ¿no crees? ¿Por qué no desayunamos juntos y seguimos hablando un rato? —le preguntó Martina como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Estás diciendo que me siente a la mesa?

—Sí.

—No es una buena idea, Martina —repuso Christos, como si fuera una niña pequeña a la que le dicen que no puede hacer algo.

Ella apretó los labios. En el fondo no esperaba otra respuesta.

—Sigues sin mostrarte como un hombre sensato, pero está bien —dijo resignada—. Al menos come algo, aunque sea de pie.

Se giró y puso sobre la mesa, en el lado que quedaba cerca de Christos, la taza de café y el plato de las tostadas untadas de mantequilla y mermelada de arándanos, como le gustaba a él.

—Cógelo y desayuna, no voy a mirar —dijo en tono comprensivo.

Martina no tenía ninguna intención de hacerle la vida más difícil, de complicársela. Ella no estaba allí para eso, por mucho que quisiera que Christos saliera de su oscuridad, lo primero era su comodidad.

—Gracias —respondió él, transcurridos unos segundos, agradecido por el gesto.

Martina sintió que avanzaba por la cocina y reprimió la tentación de mirarlo de reojo. No podía hacerle algo así, tenía que demostrarle que podía confiar en ella, que era una persona de fiar.

Christos tomó la taza de café con la mano sana y una de las tostadas con la mano enguantada y volvió sobre sus pasos para refugiarse de nuevo en las sombras que formaba el hueco de la puerta de la escalera del servicio.

—Muchas gracias por prestarme el coche —le agradeció Martina. Metió otro par de rebanadas de pan de molde en el tostador—. Tengo que reconocer que resulta maravilloso conducir un coche así —añadió, sin disimular el placer que le había dado.

Christos se acercó la taza a los labios y dio un trago de su café.

—No tiene nada que ver con tu Opel Corsa, ¿verdad? —le preguntó.

Martina se echó a reír.

—Que me perdone mi Opel Corsa y todos los Opel Corsa del mundo, pero no, no tiene absolutamente nada que ver —dijo en tono jovial.

Se llevó el pulgar a la boca y se chupó un poco de mermelada que se le había escurrido por el dedo. Fue un gesto de lo más normal, inocente incluso, pero Christos tuvo que tragar saliva porque notó cómo la polla le daba un ligero tirón bajo el pantalón.

—Es tuyo si lo quieres, Martina —dijo más serio de lo que hubiese querido, pero pretendía enmascarar lo que le estaba haciendo sentir en ese momento.

Iba a condenarse al infierno por tener aquellos pecaminosos pensamientos.

Dios, sí, iba a condenarse.

Pero de muy buena gana la hubiera sentado en la encimera, la hubiera abierto las piernas y la hubiera penetrado hasta el fondo, hasta que ella hubiera arqueado el cuerpo suplicándole más.

—Sí… Bueno…, eso todavía tenemos que discutirlo —repuso Martina, dando un mordisco a una tostada.

Christos sacudió la cabeza y se deshizo de todos aquellos pensamientos que lo llevaban por el mal camino. Y no se refería al del infierno, sino a que debería mantener a Martina alejada.

Pensó en lo que había dicho del coche. Iba a tener que tirar de todo su poder de persuasión para convencerla de que se lo quedara. Pero Martina era un hueso duro de roer. Él lo sabía bien. Había aguantado en su puesto de trabajo como no lo había hecho ninguna de sus predecesoras,

con un tesón encomiable. Sin embargo se encargaría de eso en otro momento.

—Gracias por dejarme ayer el desayuno preparado. No tenías ninguna obligación, era tu día de descanso —le agradeció.

—Ah…, no me costó ningún trabajo —repuso Martina, quitándole importancia.

Christos la observó unos instantes. Tenía el pelo un poco revuelto, como si no le hubiera dado tiempo a peinárselo. El pantalón del pijama le quedaba ligeramente largo y le tapaba las zapatillas. Algo en aquella imagen le inspiraba ternura. Tal vez la naturalidad que desprendía.

—Y gracias por la nota —añadió después con su voz profunda.

Martina sonrió.

—De vez en cuando no está mal que la gente que nos rodea nos haga saber que piensa en nosotros —dijo.

Christos guardó silencio unos segundos.

—Es mejor que no pienses en mí, Martina —atajó.

Y sin más, dejó la taza vacía sobre la mesa y salió de la cocina.

Martina no se movió después de aquellas palabras. Ni siquiera respiró. Permaneció quieta en el sitio, de pie, en silencio.

—Como si fuera tan fácil —susurró.

CAPÍTULO 39

Martina no sabría explicar qué la llevó una noche a saltarse las normas.

Quizá fue la curiosidad, quizá fue el misterio que rodeaba a Christos, o la desesperación por conocerle mejor para intentar entenderle de alguna manera.

Christos no se encontraba en el castillo y ella se dirigía a la biblioteca para leer un rato a la luz y el calor de la chimenea, pero algo la impulsó a cambiar el rumbo de sus pasos y a adentrarse en el ala sur.

Ni siquiera sopesó la idea de que lo tenía prohibido y, por tanto, de que estaba mal. Simplemente se dejó arrastrar por lo que fuera que la guiara.

Fue avanzando con precaución a través de la galería, mirando lo que la escasa luz que se filtraba por los estrechos ventanales le permitía ver. Algún viejo tapiz colgado en la pared, algún mueble… La oscuridad imperaba en aquella parte del castillo más que en ningún otro lugar, y le recorrió una extraña sensación de abandono, como si llevara años completamente deshabitada.

El resplandor de la luna iluminó el contorno de una puerta al final del pasillo. Martina enfiló los pasos hacia ella antes de pensárselo dos veces, como si un hilo invisible tirara de su cuerpo.

Se detuvo a un escaso metro. Era de madera maciza de color marrón oscuro, aunque había perdido algo de tono y se notaba que rondaría los mismos años que tenía el castillo, por lo menos.

Echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro y luego miró de nuevo la puerta. Pensó que tal vez estuviera cerrada con llave y su aventura acabara ahí.

Era raro, una parte de ella quería que no se abriera y otra, en cambio, rezaba por poder entrar.

Alargó el brazo y posó la mano en el vetusto pomo. Hizo una prueba y lo giró para ver si cedía. El corazón le saltó a la boca cuando el cerrojo chascó con un sonido corto y seco, y la puerta se abrió.

Volvió a mirar hacia atrás para asegurarse de que estaba sola y por fin se internó en la habitación. Se sentía el corazón en las sienes, palpitando con fuerza.

Cuidadosamente cerró la puerta tras de sí y respiró. Sobraba decir que a Christos no le haría ni puta gracia verla allí.

Buscó algún interruptor a tientas en las paredes, pero solo logró encontrar una lamparilla que había sobre una mesa en un rincón.

Una luz ámbar alumbró tenuemente la habitación. Martina recorrió la amplia estancia con los ojos, intentando distinguir las cosas a través de la escasa iluminación que emitía la lámpara. La impresión que le dio es que estaba en una especie de viejo santuario o un desván.

Había varios muebles tapados con sábanas blancas. Las pesadas cortinas, de color verde oscuro, estaban echadas en las ventanas y todo tenía una ligera película de polvo, como si nadie hubiera puesto un pie allí en años.

Se acercó a un armario que iba de lado a lado de la pared. Antes de abrirlo rezó para no encontrarse ningún cadáver, tal y como decía Alba.

Abrió la puerta.

No había esqueletos ni cuerpos mutilados, sino decenas de trajes de hombre alineados impoluta y perfectamente en las perchas. Pasó la mano por algunos. La tela era suave y no había que ser Einstein para saber que no se habían comprado en una tienda de barrio. Olían a dinero.

Miró algunas etiquetas. Estaba en lo cierto. Lo mejor del mundo de la moda masculina estaba allí: Armani, Dolce y Gabbana, Hugo Boss, Burberry, Etro…

Dirigió la mano hacia uno de los cajones de la parte inferior y lo deslizó hacia fuera. Estaba lleno de corbatas y de pajaritas. En la parte derecha del armario estaba colocada la ropa más casual; vaqueros, polos, camisetas de sport y un par de cazadoras de cuero. En la parte de abajo se encontraba todo el calzado. Los zapatos tampoco eran del mercadillo.

Era la ropa de Christos, probablemente la que se ponía antes de tener el accidente.

Cerró las puertas del armario y siguió mirando. En una pared había unas cajas apiladas formando una torre y otro par de ellas al lado, en el suelo.

Se acuclilló y abrió las solapas de una de ellas. Dentro había una colección de relojes. Cogió uno y lo observó. Estaba parado. Lo devolvió al interior de la caja y la cerró.

En las paredes había estanterías medio vacías. Alguna de ellas tenía unos pocos libros de títulos irrelevantes, por lo que pudo ver Martina.

Pegado a la pared se encontraba un escritorio con una silla en el que había un par de ordenadores portátiles y algo blanco que no lograba distinguir desde esa distancia.

Se acercó.

La tenue luz fue descubriendo la máscara de metacrilato blanca de Christos, que él mismo había llevado allí después de darse cuenta de que era ridículo tenerla en la habitación si no iba a utilizarla nunca. Y no iba a hacerlo.

Martina observó que no era una máscara que cubriera la cara entera, sino la mitad, justo la superficie que ocultaba la parte izquierda del rostro.

Del rostro de Christos, pensó Martina.

Alargó el brazo y la cogió de encima del escritorio. Tenía un tacto muy suave. Con cuidado pasó los dedos por sus formas. La marcada curva de la nariz, la ceja, el hueco del ojo, el pómulo… ¿Tendría esa media máscara la forma de los rasgos reales de Christos? ¿Cuándo se la habría puesto? Estaba nueva, por lo que se imaginó que no la había utilizado mucho.

Era curioso, pero le daba cierto morbo. Una máscara siempre llevaba implícito un halo de misterio, de enigma, por no saber la identidad de quien hay detrás. Siempre que Martina veía la película de *V de Vendetta*, basada en el magistral comic de Alan Moore, y cuyo protagonista oculta su rostro detrás de una máscara de Guy Fawkes, tenía esa sensación que estaba sintiendo en ese momento, ese cosquilleo morboso en la tripa.

La echó un último vistazo y la dejó de nuevo sobre el escritorio. Después siguió su peregrinaje por la habitación.

Se acercó al montón de muebles que estaban ocultos bajo las sábanas. Levantó una al azar. Había un tocador antiguo con espejo y apoyado en él se encontró con otro montón de espejos, unos descansando en otros. Al menos había diez, de distintos tamaños. Incluso había un par de ellos de cuerpo entero. Al lado había otro par de cómodas también con sus correspondientes espejos.

Martina llegó rápidamente a la conclusión de que eran todos los que Christos había quitado del castillo. Solo había dejado el del cuarto de baño de la habitación en la que se quedaban las asistentes que contrataba su hermana. El resto estaba allí.

Dejó caer la sábana y alzó otra para ver qué había debajo. Ante sus ojos apareció una foto enmarcada de un metro de ancha por un metro de larga. Apoyó la sábana encima del marco y se agachó para observarla detenidamente.

Se detuvo un instante y deslizó la vista por el rostro del hombre plasmado en ella.

Era moreno y poseía unos rasgos firmes y marcados. La línea de la mandíbula era fuerte y angulosa. Martina entreabrió los labios, ciertamente asombrada por su perfección masculina. Ella le hubiera hecho un millón de fotos si lo hubiera tenido como modelo.

Un millón o dos. Podría perfectamente salir en la portada de cualquier revista.

Bajó la mirada hasta la boca. Era dura, atractiva y magnética, y parecía estar diciendo en silencio: «bésame».

Pero lo que le llamó poderosamente la atención fueron los ojos. Eran profundos, ligeramente almendrados y de un verde tan intenso que desprendían luz propia. El borde del iris tenía un aro más oscuro alrededor que le daba un toque exótico. Al igual que el denso y negro abanico de pestañas que los enmarcaban.

No era guapo, era… jodidamente arrebatador.

Magnífico.

Con uno de esos atractivos que hacen que calcines las bragas hasta reducirlas a cenizas.

Miraba a la cámara seductoramente, controlándola, como si supiera algo que el resto de los mortales ignoraran, como si el mundo fuera suyo, como si fuera el dueño de todo, como si

estuviera por encima del bien y del mal, o como si él fuera el bien y el mal.

Había algo profundamente peligroso y fascinante en su expresión. Algo inexplicable que te dejaba sin aliento y que no te permitía apartar la vista.

A Martina se le erizó todo el vello del cuerpo.

—Joder… —masculló.

Era Christos…

….Antes del accidente.

CAPÍTULO 40

Martina tuvo que pestañear un par de veces, porque durante un nanosegundo perdió la perspectiva de todo lo que la rodeaba. Estaba inmersa en lo más parecido a un shock que había experimentado en mucho tiempo.

—Joder, era guapísimo —susurró.

Blanca le dijo en su día que la prensa rosa le había apodado «el Adonis de Londres» y razones no le faltaban, porque era como un dios griego. Igual. Era una puta fantasía.

Sus facciones eran perfectas, las pocas o muchas cicatrices que hubieran dañado su rostro serían un sacrilegio, como un lienzo de un pintor famoso al que se le tira un bote de pintura y queda destrozado para siempre.

Advirtió que detrás de esa foto había otras. Se incorporó, apoyó la primera en sus muslos y contempló la segunda.

Era en blanco y negro, y el negro del jersey se fundía con el fondo, resaltando así el rostro de Christos y la mano que tenía en la barbilla y que ocultaba parte de la boca. La cabeza estaba ladeada y miraba a la cámara directamente. Un par de mechones de pelo le caían por la frente en actitud desenfadada.

Martina miró la tercera fotografía.

En ella Christos tapaba con su mano izquierda, la que ahora llevaba siempre escondida bajo un guante de cuero, parte de su rostro, como si estuviera jugando a seducir. La línea de la mandíbula que quedaba a la vista perfilaba un ángulo perfecto y tan masculino que podía hacer babear a cualquiera que lo mirara.

La cámara lo adoraba, eso era indiscutible, pensó Martina, tratando de no boquear, porque se había quedado sin aire.

Aquellas fotos eran de estudio, estaban hechas por un profesional y a juzgar por el tipo de instantánea que era, seguro que Christos las tenía colgadas en la que fuera su casa antes del accidente.

Durante un rato pasó la mirada de un retrato a otro, hasta que llamó su atención una pequeña caja de cartón de color blanco que había al lado. Apoyó las fotos en la cómoda con cuidado y cogió la caja. Se sentó en el suelo al estilo indio y la colocó encima de sus piernas. Aferró la tapa con las manos y la quitó.

Al abrir la caja vio que eran periódicos. Cogió el primero de ellos y consultó la fecha. Eran del 17 de septiembre de seis años atrás. El día siguiente al accidente de Christos.

Desplegó el diario, que estaba doblado por la mitad, al igual que los demás, y en portada, en la esquina inferior derecha, hablaban del accidente.

«Christos Blair gravísimo tras un trágico accidente», rezaba el titular que había encima de una fotografía en blanco y negro con la imagen del coche siniestrado.

Sacó un segundo periódico. En primera plana también trataban la noticia del accidente de coche de Christos.

Se le empezaron a dormir las piernas y la tenue luz apenas le dejaba leer la pequeña letra. Cogió la caja, se incorporó y se dirigió a la mesa que estaba al lado de la lámpara.

Retiró una de las pesadas sillas de madera de roble y se sentó. Abrió el periódico y buscó la crónica que hablaba del accidente.

La familia no había querido dar información acerca de cómo había sucedido, por lo que los datos eran muy escasos, pero la fotografía que acompañaba al texto de la noticia hablaba por sí sola. En ella aparecía el coche de Christos hecho un amasijo de hierros, empotrado contra una enorme columna de hormigón.

Martina sintió un escalofrío por la espina dorsal.

Había sido terrible, más de lo que hubiera podido imaginarse en su cabeza. Visto cómo había

quedado el coche, realmente Christos estaba vivo de milagro.

Terminó de leer el texto. El periódico decía que aquella noche iba acompañado de su novia Ashley Milford, la hija pequeña del marqués de Milford Heaven. Ella había resultado herida de gravedad, pero se encontraba estable y su vida no corría peligro.

En mitad del texto había una foto de Ashley. Era rubia, de ojos claros, piel de porcelana y sonrisa perfecta.

Christos tenía buen gusto para las mujeres, porque era preciosa, se dijo Martina para sí.

Sin saber a son de qué, sintió una pequeña punzada de celos.

Terminó de sacar el resto de los periódicos y leyó la noticia en todos. Los titulares y las crónicas eran muy semejantes. Pero en ninguno se especificaba cómo había sido exactamente el accidente, aunque se aventuraban a afirmar que Christos iba borracho.

«Christos Blair al borde de la muerte después de haber sufrido un grave accidente de coche.»

«Christos Blair, "el Adonis de Londres", sufre un grave accidente de coche que le desfigura el rostro.»

«Christos Blair se debate entre la vida y la muerte en el hospital.»

Otros diarios eran de fechas posteriores.

«El guapísimo Christos Blair irreconocible tras el accidente que casi le cuesta la vida. Su rostro ha quedado totalmente devastado por las cicatrices.»

«Christos Blair se aleja de la vida díscola que llevaba y se refugia en un castillo al oeste de Escocia.»

«Christos Blair se aísla del mundo en una antigua fortaleza situada en las Altas Tierras escocesas, tras las cicatrices que han desfigurado su rostro.»

Los tabloides más sensacionalistas del país eran más crueles en sus titulares y en sus crónicas.

Martina llegó a preguntarse cómo se podía tener tan poca vergüenza (y empatía) para utilizar según qué palabras y referirse en según qué términos respecto al accidente y a las consecuencias que había tenido en el rostro y en el cuerpo de Christos. ¿Es que no eran conscientes de todo el sufrimiento por el que estaría pasando? Joder, era un ser humano no un animal.

Negó para sí, indignada. Los medios de comunicación a veces no se medían.

—No deberías estar aquí. Esta parte del castillo es una zona prohibida.

La voz firme de Christos sonó al otro lado de la habitación, rompiendo el sepulcral silencio que reinaba. Martina dio un respingo en la silla por la sorpresa y ahogó un grito con la mano.

Levantó los ojos, Christos estaba en la puerta.

—Lo siento… Yo… Sé que no debería estar aquí… Pero… —titubeó.

Trató de pensar algo rápido, pero no tenía ninguna razón que justificara su presencia en aquella habitación. ¿Qué iba a decirle? Que le picó la curiosidad sobre qué habría en ella y decidió explorarla.

El corazón le latía a mil por hora.

Mientras hablaba siguió el movimiento de la cabeza de Christos, que detuvo la mirada en las fotos. Martina supo que se había dado cuenta de que ella las había visto, porque se había olvidado de taparlas de nuevo con la sábana.

Christos echó a andar y se dirigió lentamente hacia ellas. Cuando las alcanzó, cogió el borde de la sábana y las tapó.

Martina se regañó a sí misma por ser tan estúpida.

Se mordió el labio.

Había estado tan ensimismada leyendo en los periódicos las noticias sobre el accidente de Christos que no se acordó de dejarlo como se lo había encontrado. Esa era la primera norma cuando alguien entraba a curiosear donde no debía: dejarlo todo igual a como se lo había encontrado.

«Mierda.»

Carraspeó nerviosa.

—Entiendo que estés enfadado. No he debido saltarme las normas.

Christos tenía todo el derecho de ponerse como una furia, incluso de despedirla. Aunque no era enfado lo que había en él.

—¿Qué has visto en esas fotos? —le preguntó a Martina.

Ella parpadeó, confusa.

—¿Cómo? —dijo.

—Eres fotógrafa, ¿qué has visto en mis fotos? ¿Qué muestro en ellas?

Martina trajo hasta su memoria las imágenes del rostro de Christos.

—Seguridad, confianza, arrogancia, belleza… —enumeró.

También veía otras cosas que prefirió callarse. En ese momento no estaba en muy buena posición. Había metido la pata.

—Tienes buen ojo —dijo Christos con un deje de admiración en la voz—. Era todas esas cosas y muchas más de las que no me siento orgulloso. Como fuera, el accidente me las quitó todas. —Se recostó en la pila de muebles—. Tenía la arrogancia suficiente para hacer que cualquier mujer se enamorara de mí. Sabía que podría elegir a la que quisiera cuando quisiera, que aquella noche acabaría metida en mi cama.

Cruzó las piernas a la altura de los tobillos. La luz solo le permitía a Martina ver su esbelta silueta, y que llevaba puestos unos vaqueros negros.

—Era un cabrón —afirmó Christos—. Un puto niñato rico como esos que salen en la tele y a los que la gente crítica porque no han dado un palo al agua en su vida. Y tienen razón. Yo me dedicaba a vivir, a exprimirle el jugo a la vida. Sin importarme nada ni nadie.

—¿Añoras esa vida? ¿Las fiestas, la noche, el glamur…? —le preguntó Martina.

—Echo de menos muchas cosas, pero no las fiestas ni la noche —respondió Christos—. Era un hombre despreciable. Por suerte el accidente también me arrebató eso —añadió con mordacidad.

Él no quería ser como el Christos de antes. Por supuesto que no. Como le había dicho a Martina, era un hombre despreciable.

—Los periódicos dicen que fue un milagro que te salvaras… —comentó Martina.

Christos estaba receptivo a hablar. O esa es la sensación que tuvo Martina. Lejos de enfadarse con ella por haber estado curioseando en sus cosas, parecía tener ganas de desahogarse y ella estaba más que dispuesta a escucharlo.

—Estuve más de un mes en coma, debatiéndome entre la vida y la muerte. Nadie esperaba que despertara —dijo Christos.

—Y cuando despertaste, ¿qué sentiste?

—Estaba contento de estar vivo… hasta que vi el estado en el que había quedado mi cuerpo… y mi cara —dijo con pesadumbre—. Al final de lo único de lo que me alegré es de que Ashley estuviera bien.

—¿Qué pasó con ella? —se atrevió a preguntar Martina, aprovechando el arranque de sinceridad que estaba teniendo Christos.

—Después del accidente me dejó —aseveró él—. Ashley no quería estar con el monstruo en el que me había convertido —agregó.

—No eres un monstruo —se apresuró a decir Martina.

Christos encogió los hombros, poco convencido.

—Para ella sí —dijo.

—Fue una egoísta.

Durante unos segundos el silencio llenó la habitación.

—Ashley estaba embarazada de mí cuando pasó todo, aunque ninguno de los dos lo sabíamos. —Christos tomó de nuevo la palabra—. Un par de semanas después de romper conmigo fue a una clínica y abortó.

CAPÍTULO 41

Martina levantó las cejas con incredulidad.

—¿Qué?

Estaba alucinada.

—Evidentemente si no iba a estar conmigo, no iba a tener un hijo mío.

—Pero es… —Martina no encontraba la palabra—… una ruindad.

—No puedo culparla por no querer estar conmigo —dijo Christos.

A Martina le enervaba que la defendiera. Sí, vale, quizás fueran celos, pero es que no se lo merecía. Había abandonado a Christos en el peor momento de su vida.

—Si te hubiera querido de verdad, se hubiera quedado contigo —soltó, sin poder aguantarse las ganas.

—Ashley no era peor que yo.

—Christos, tenía que haber estado a tu lado. Te estabas recuperando de un gravísimo accidente que te iba a dejar secuelas para toda la vida.

Él sonrió de medio lado con amargura.

—Esas secuelas eran precisamente con las que ella no quería convivir —afirmó—. Yo era el tío más popular de Londres. Noche tras noche iba de fiesta en fiesta. A las mejores de la ciudad. Fiestas en las que una botella de champán me costaba dos mil libras.

«Joder.», pensó Martina.

—Siempre era el centro de atención. Todo el mundo quería estar cerca de mí. Todas las chicas querían estar conmigo. Podía elegir a la que quisiera: rubia, morena, pelirroja, castaña… Alta,

baja… Daba igual, porque la que eligiese se vendría a mi cama solo con chasquear los dedos —dijo.

Martina percibió el desdén con el que impregnaba sus palabras, como si renegase de lo que había sido.

—Vivía en una mansión en el barrio más caro de las afueras de Londres, tenía una flota de coches de lujo, ropa cara, relojes que valían tu sueldo de un año… —continuó hablando—. Y cuando tuve el accidente me di cuenta de que todo eso era pura fachada y de que los amigos y las mujeres que me rodeaban eran papel. Polvo. Ceniza. Cuando vieron el aspecto en que había quedado mi rostro se fueron de mi lado. Empezaron a mirarme como si fuera un objeto extraño, como si fuera un monstruo. Sus caras… —Apretó los puños con fuerza—. Todavía recuerdo las expresiones de sus caras cuando me quitaron los vendajes. Eran de repugnancia, de asco, de repulsión, incluso de horror… El «Adonis de Londres», el niño bonito de la ciudad, había pasado a ser «la bestia de Londres», el monstruo. —Suspiró al recordarlo—. Dejaron de visitarme, de llamarme… Ya no pertenecía a su selecto y estúpido club de niñatos pijos y buenos para nada.

A Martina se le cayó el alma a los pies. Subió las piernas a la silla y se rodeó las rodillas con los brazos.

El mundo en el que se movía Christos era frívolo y superficial. Un mundo de apariencias que carecía de cualquier empatía. Un mundo vacío, pueril, en el que solo importaba el aspecto y en el que valías por lo que tenías.

—Esa gente estaba contigo por interés. No eran tus amigos, Christos —afirmó Martina—. Los amigos de verdad nunca te dejan en la estacada. Los amigos de verdad dan la vida por ti, no se alejan cuando más los necesitas.

Le vinieron a la cabeza Alba y Blanca. Jamás le darían la espalda si un accidente de coche le desfigurara la cara, y Martina tampoco a ellas. Nunca. Era algo impensable. Inconcebible.

—Lo sé… —contestó Christos con la mirada en el suelo—. Pero lo peor es que yo era como ellos —afirmó con visceralidad—. Exactamente igual, y sé que hubiera hecho lo mismo de haber estado en su lugar, porque era un jodido capullo.

—Eso no lo sabes —dijo Martina—. No sabes cómo hubieras actuado.

—Sí lo sé, Martina. Créeme que sí lo sé —dijo contundentemente Christos, para asombro de Martina—. No era mejor que Ashley ni mejor que ninguno de los que decían ser mis amigos. —Christos continuaba hablando en la oscuridad—. A Ashley le gustaba lo que yo representaba, lo que significaba estar conmigo. Nada más. Salía con el chico con el que todas querían estar; por el que todas suspiraban.

Lejos de sonar arrogante, Martina sabía que lo que decía era verdad porque se lo había comentado Blanca, y viendo las fotos de cómo era antes del accidente, no lo dudaba ni por un segundo. Christos tenía una belleza devastadora.

—Pero cuando ese chico perdió su bonito rostro en un accidente de coche, cuando ese chico desapareció, ella también. Probablemente yo hubiera hecho lo mismo que Ashley.

—Tú ahora no eres así —dijo Martina. Se había levantado de la silla y caminaba con pasos lentos hacia Christos—. Has cambiado…

—Martina, no sigas —le ordenó él.

Pero fue en vano. Ella no le hizo caso y continuó acercándose.

—No eres una bestia, Christos —susurró, fundiéndose en la oscuridad con él—. Yo he conocido bestias y tú no eres una de ellas.

—Martina… —musitó él anhelante, con un tono de voz apenas audible.

A Martina se le encogió el corazón. Sentía el dolor de Christos como si fuera propio. Sentía su angustia, su ansiedad, su pena... Eran tan intensas que casi se podían palpar.

Alzó la mano. Deseaba acariciarle el rostro, que notara su calor, pero Christos fue más rápido y con un ágil movimiento le sujetó suavemente la muñeca para que no alcanzara a tocarlo, mientras negaba con la cabeza para sí.

Martina sintió una corriente eléctrica fluir en su interior cuando él le acarició suavemente la piel de la muñeca con el dedo pulgar. ¿Es que acaso él no lo notaba? ¿No notaba ese *algo* que había entre ellos cuando se encontraban cerca el uno del otro?

Se puso de puntillas para salvar la distancia que provocaba la diferencia de altura y se acercó a

sus labios.

—A mí no me asustas, Christos, ni me vas a asustar nunca… —susurró a ras de su boca.

Christos apretó los dientes con fuerza cuando sintió el cálido aliento de Martina sobre su piel. Como pudo, luchó contra el impulso de cogerle el rosto entre las manos y besarla.

¡Dios, se moría por besarla!

La tenía ahí, pegado a él, envolviéndolo con el aroma a rosas y a primavera que emitía su cuerpo y que lo embriagaba. En esos momentos se sentía como si se hubiera bebido media docena de botellas de vino.

—Deberías dejar de mirarme como lo estás haciendo —le advirtió—. No sabes lo que sería capaz de hacerte, Martina.

—¿Qué me harías? —preguntó ella con intención.

—Devorarte —respondió Christos.

Martina se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Tal vez quiero que me devores.

Christos inhaló con fuerza.

—No podemos jugar a este juego.

—¿Por qué no?

—Porque es peligroso.

Martina no le veía los ojos, pero presentía que los tenía clavados en los suyos.

El aire llevaba un buen rato cargándose de tensión.

—¿No te gusta lo que siente tu cuerpo cuando me tiene cerca? —le preguntó.

—Me gusta demasiado —contestó Christos.

Dios, odiaba lo que le hacía sentir, pero no podía evitarlo.

Sabía que Martina no era para él, pero no podía mantenerse alejado de ella. Le molestaba demasiado que fuera tan endemoniadamente encantadora, que disfrutara de sus conversaciones, de su lengua ácida, de su humor; que anhelara el momento de verla cada mañana con su frescura y oliendo a flores y a primavera.

Pero no solo le molestaba eso. También que le hiciera desear estar en otra época de su vida, en la que era atractivo, en la que no se tenía que ocultar y las sombras no formaban parte de su existencia.

—Entonces, ¿qué tiene de malo?

—Martina, yo ya no soy el de las fotos… —dijo Christos, haciendo referencia a los retratos que descansaban apoyados en la pila de muebles, como si con ese argumento quisiera que Martina se echara para atrás o disuadirla de su intención.

Él solo se veía como una macabra caricatura del hombre que había sido, de lo que reflejaban aquellas fotografías que escondía en un desván tras una sábana y capas de polvo.

Martina sonrió ligeramente.

—Ni falta que hace —dijo.

Volvió a ponerse de puntillas y le acarició los labios carnosos con la lengua, haciendo que Christos soltara un gruñido.

Dios del cielo.

Entonces todo estalló.

Incapaz de no besarla, Christos se abalanzó sobre ella, le cogió la cara entre las manos y deslizó frenéticamente la lengua en el interior de su boca.

—Mira lo que me obligas a hacer, Martina —susurró en sus labios.

—¿A qué te obligo? —le preguntó pegado a su boca.

—A desear abandonar la oscuridad, a permitirme soñar con otra vida…

El corazón retumbó en los oídos de Martina. Las palabras de Christos la hicieron sentirse poderosa. No era un mal comienzo que Christos se estuviera planteando una vida fuera de los muros de aquel castillo.

—Puedes tener la vida que quieras —le dijo.

Christos ya no respondió. Fundió la lengua con la de Martina hasta casi ser una sola. Sus manos le sujetaban la cara con tanta fuerza que a ella casi le dolía.

La atrajo hacia su cuerpo y Martina notó como se le estaba endureciendo la polla.

Creyó morirse.

Martina metió las manos debajo del jersey y dejó que vagaran por la espalda de Christos. Su torso se tensó a medida que iba ascendiendo. Los músculos se pronunciaban bajo la yema de los dedos.

De pronto Christos agarró las muñecas de Martina y las retiró de su espalda.

—No puedes tocarme —le recordó.

Martina le miró con los ojos perplejos. Frunció los labios.

—Joder, Christos —se quejó.

—Son las reglas —murmuró él.

—¡Odio esas malditas reglas! —exclamó Martina con actitud infantil.

—Así es el juego —dijo él, impasible.

Martina bufó.

Christos pretendía hacer lo mismo que la primera vez que estuvieron juntos. No iba a permitirle que lo tocara, que lo acariciara, y eso haría que se muriera de frustración, porque no había nada en el mundo que le apeteciera más a Martina que tocarlo, que sentir su piel y sus músculos bajo la yema de los dedos.

CAPÍTULO 42

Todo pensamiento se borró de su cabeza cuando Christos le cogió de nuevo la cara y atrapó sus labios sin mediar más palabras. Mientras la besaba, la dirigió hacia el fondo de la habitación, haciendo que Martina caminara de espaldas.

Estaba tan absorta en el movimiento de su lengua dentro de la boca, que no se dio cuenta de que Christos había levantado una sábana, debajo de la cual había un somier con un colchón apoyado contra la pared, y que lo había depositado en el suelo.

A los pies del somier se desvistieron mutuamente. Sin protocolo ni ceremonias románticas, pero con mucha impaciencia, aunque Christos no llegó a quitarse la camiseta que tenía debajo del jersey.

La luz de la lámpara apenas llegaba hasta ese rincón, dominado por las sombras. Solo un insípido resplandor ámbar iluminaba sus siluetas desnudas. La oscuridad es lo que daba libertad a Christos.

Cogió a Martina de las caderas y la empujó al colchón. Se sentó a horcajadas encima de ella, se desabrochó el cinturón que llevaba puesto y lo deslizó por las trabillas.

La expresión de Martina se contrajo en un gesto de incredulidad. Definitivamente no iba a permitir que lo tocara.

—¿Otra vez me vas a atar para que no te toque mientras follamos? —le preguntó ceñuda.

—Tienes unas manos muy inquietas —fue la mordaz respuesta de Christos.

Le tomó las muñecas, las juntó y pasó el cinturón a través de ellas como hizo la primera vez, cuando estuvieron en la biblioteca. Después, con la parte que sobraba, hizo un nudo en una de las

láminas del somier.

—Así son las reglas.

Sonrió con suficiencia.

—Vamos a tener que discutir esas estúpidas reglas —protestó Martina.

—Eres una deslenguada —dijo Christos.

Se inclinó sobre ella y con actitud dominante lamió sus labios entreabiertos. A Martina le ardió la entrepierna.

«Joder.»

Christos cogió la camiseta de Martina, la dobló varias veces a la larga y le tapó los ojos.

Ella iba a protestar, claro, sino no sería Martina, pero Christos le susurró en el oído:

—¿Sabes que los sentidos se agudizan cuando te privan de la vista?

Su voz se le metió hasta las entrañas. Las pulsaciones se le aceleraron y sintió que la piel se le ponía de gallina.

—El oído, el tacto… Todo toma otra percepción más aguda —musitó Christos, al tiempo que pasaba los dedos por su vientre.

Su toque vibraba a través del cuerpo de Martina, haciendo que se contrajera de placer.

Un hormigueo de anticipación le recorrió de arriba abajo. Si Christos quería ponerla a mil, iba por buen camino.

—¿No me digas que no te pone estar así? —le preguntó en un susurro. El aliento le hizo cosquillas en la oreja.

Martina suspiró. El latido del corazón le retumbaba en los oídos como si fuera un tambor. Tenía los sentidos tan saturados de sensaciones que no había cabida para ningún pensamiento.

Sí, ya lo creo que la ponía.

A mil.

Solo tenía que ver su entrepierna.

Christos le leyó el pensamiento porque le pasó los dedos por ahí.

—Sí, te gusta… —masculló con voz ronca y una sonrisa de suficiencia dibujada en los labios

—. Estás muy mojada.

¿Mojada? Tenía ahí abajo un charco.

Christos le separó las piernas con las manos. Martina notó sobre la piel del muslo la suavidad del cuero del guante.

—Madre de… Dios… —jadeó, cuando, sin previo aviso, Christos hundió la boca en su coño.

La punta de su lengua empezó a trazar pequeños círculos en su excitado clítoris. Tenía las manos atadas y no podía meter los dedos entre su pelo y presionar su cara contra su sexo, pero levantó las piernas y las cruzó por detrás de la espalda de Christos, atrapándolo con ellas, mientras él continuaba dándole placer con la lengua.

Christos metió las manos por debajo de sus nalgas y las alzó un poco para tener mejor acceso a su coño.

—¡Sí, joder! —gimió Martina, rendida al habilidoso movimiento de su lengua.

Por si tenía alguna duda, le quedó claro que Christos sabía lo que se hacía.

Y estalló en su boca. Sin indulto posible. Su cuerpo se estremeció una y otra vez hasta gritar.

Sin darle tiempo de recuperar el aliento, Christos le cogió las piernas, las colocó alrededor de sus caderas y la embistió hasta el fondo.

Cerró los párpados.

—Joder, Martina —farfulló—. Qué bien me recibes siempre —dijo con los dientes apretados.

Ella sonrió abiertamente, sintiendo la longitud de la erección de Christos en cada centímetro de su vagina.

—Siempre eres bienvenido —dijo.

Y lo era.

Quizá está mal decirlo, pero con el sable que tenía entre las piernas era para dar palmadas con las orejas.

Christos salió despacio y volvió a precipitarse de nuevo hasta el fondo.

Martina estaba lo suficientemente lubricada como para que el miembro de Christos entrara sin problemas.

Para proporcionarle más placer, contrajo los músculos de la vagina. Christos puso los ojos en blanco cuando notó la suave presión en su miembro.

—Dios Santo… —gimió.

Le sacó y le metió la polla con más fuerza. Los pechos de Martina se movían arriba y abajo por las fuertes embestidas.

Christos empujó con dureza dentro de ella otra vez. Martina se mordió el labio para ahogar un grito. De lo contrario tiraría los muros del castillo. Agradeció que, aparte de ellos, no viviera nadie en la fortaleza.

Los sonidos de los gemidos, de las respiraciones entrecortadas y de un cuerpo chocando contra otro llenó la habitación.

Christos se incorporó y se sentó sobre sus muslos con las piernas de Martina alrededor de sus caderas. La sujetó por la cintura con las manos y aumentó la cadencia de las embestidas. Martina se arqueó hacia él.

—Córrete —le ordenó Christos, penetrándola con fuerza—. No aguanto mucho más.

—Estoy a punto —susurró Martina, siguiendo el ritmo de sus embates.

—Oh, joder… —dijo Christos en tono de maldición.

Alzó al aire un gruñido con los ojos cerrados cuando se vació dentro de Martina. Se notaba que no tenía relaciones sexuales de forma habitual, porque le costaba horrores controlarse. Le había pasado la primera vez que había follado con Martina y le estaba pasando en ese momento. Eso y que ella le ponía como una moto. Dios, se le levantaba solo con besarla.

Gimió con fuerza empujando una y otra vez hasta el fondo mientras el orgasmo hacía que se estremecieran sus músculos.

Martina se fue con esas últimas embestidas. Las sacudidas, cada una más intensa que la anterior, provocaron que su cuerpo se arqueara contra Christos todavía más. El cinturón con el que la tenía atada al somier se tensó cuando ella tiró de las muñecas.

—¡Joder, Christos! —exclamó.

Él observó cómo se corría entre sus enormes manos mientras la sujetaba por la cintura. La vio

retorcerse en el colchón gimiendo; temblar y deshacerse de placer, y saboreó el sonido de oírla gritar su nombre.

CAPÍTULO 43

Martina abrió los ojos. La habitación estaba a oscuras. Un resplandor plateado se colaba indiscreto por el pequeño hueco que dejaban las cortinas y dibujaba una cuchilla de luz sobre el contorno de las cosas.

Pestañeó, aturdida.

Se había vuelto a acostar con Christos.

Christos…

Se dio la vuelta. Pensaba que quizá se había ido como la vez anterior, pero para su sorpresa se lo encontró sentado en la cama, de espaldas a ella.

Permanecía inmóvil, como una estatua de piedra. En esa postura los músculos se definían perfectos tensando la tela de la camiseta que no se había quitado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, ¿te he despertado? —dijo Christos sin girarse. No iba a arriesgarse a que el resplandor de la luna descubriera las cicatrices de su rostro—. Lo siento —se disculpó.

—No, no, tranquilo —contestó Martina—. Me ha despertado la extremada firmeza del colchón. No es muy cómodo que digamos. Joder, parece de hormigón —bromeó. Aunque era cierto. Parecía que estaba tumbada sobre un bloque de hormigón.

Escuchó el suave sonido que hizo la sonrisa de Christos.

Se fijó en que la cabeza estaba hundida en la mano en la que tenía el guante de cuero, prenda que tampoco se había quitado. Un halo de tristeza parecía envolverlo como si fuera una densa nube.

Martina continuó mirándole, insegura. No sabía cómo actuar o qué decir. Christos era un hombre complejo. Muy complejo. El accidente lo había vuelto una persona vulnerable y frágil, aunque lo escondiera detrás de una apariencia fría y hosca, para no permitirse reconocer su indefensión.

No había sabido gestionar adecuadamente la situación ni las emociones que le habían sobrevenido después del accidente y la única solución que había encontrado había sido aislarse del mundo en un castillo en Escocia.

Martina quería abrazarlo, envolverlo con los brazos, apoyar la mejilla en su espalda y decirle que todo estaba bien. Eso es lo que deseaba hacer en aquel momento, pero intuía que se lo tomaría como un acto de compasión, y desistió de la idea. Si Christos detectaba la más mínima pizca de compasión o de algo que se pareciera, se alejaría. Además, no podía tocarlo. A esas alturas, parecía una regla estúpida. ¡Joder, habían follado como animales! Pero no, Christos se la tomaba muy en serio.

—¿Has dormido algo? —le preguntó, porque no se le ocurría otra cosa.

Christos movió la cabeza, negando.

—No —dijo—. Ya sabes que estoy acostumbrado a moverme en la noche —respondió.

Era un eufemismo. En realidad lo que ocurría es que el sueño se le llenaba de pesadillas. Un torbellino de dantescas imágenes pasaba en carrusel por su mente. Revivía el accidente con tanta claridad que se despertaba gritando de terror, con el corazón desbocado dentro del pecho y el cuerpo tembloroso y empapado de sudor.

A la mayoría de la gente se le borraban esos recuerdos traumáticos, el cerebro lo hace como un mecanismo de defensa, sin embargo el suyo se había resistido a hacerlos desaparecer y lo torturaban casi cada noche sin piedad, como si pretendiera castigarlo. Así que lo mejor era no dormir, no darles alas ni alimento a sus pesadillas. Cortar el mal de raíz.

—Las cosas podrían ser distintas… —dejó caer Martina, rompiendo el silencio.

Christos alzó la cabeza y perdió la mirada en el vacío que esbozaba la oscuridad en el fondo de la habitación.

—A veces me gustaría que fueran distintas —dijo con una nota de anhelo en la voz—. A veces me gustaría ser el Christos Blair de antes. Sin cicatrices. Aunque fuera por una noche…

—Christos… —Martina susurró su nombre. Le partía el corazón escucharlo hablar así.

Levantó la mano en su dirección dispuesta a acariciarle el hombro, pero en el último momento se arrepintió. La cerró y la bajó lentamente.

Él tomó aire.

—Eres tan preciosa, Martina… —dijo en un hilo de voz, como si esa fuera la barrera infranqueable que impidiera que las cosas pudieran discurrir por un cauce normal.

Martina se sentó sobre la cama. Tiró de la colcha marrón que tenía echada encima y se tapó con ella los pechos.

—La belleza es algo superficial, efímero… —dijo.

Christos dejó escapar una risilla sardónica.

—Ya sé que lo que estoy diciendo es muy manido, pero es la verdad. La belleza es solo una fachada, una máscara —comenzó Martina—, y a veces una barrera. Hay gente que no ve o no sabe ver más allá de una cara bonita o de un cuerpo perfecto.

—Lo dices como si para ti ser guapa fuera un castigo —comentó Christos.

—Desde luego no me ha abierto más puertas ni me ha proporcionado más oportunidades de las que ha podido tener cualquier otra persona —contestó Martina—. Al contrario… —Su voz perdió fuerza, como si se hubiera ido desinflando poco a poco.

—Martina, ¿qué hay detrás de tus palabras? ¿Qué historia hay tras ellas? —le preguntó Christos.

Christos recordó el modo en que Matina había hablado del amor con Edward y no le pasó por alto el dolor que supuraba en ese momento su voz.

Esperó unos segundos.

—Tiene que ser algo feo si no me respondes —comentó, al ver que Martina se mantenía en silencio.

—Digamos que no tuve mucha suerte con la persona que elegí como compañero de viaje —

respondió finalmente.

—Antes has dicho que tú has conocido a bestias…, ¿te trataba mal? —concluyó Christos.

—No me trataba bien. —Martina encogió las piernas y se las rodeó con los brazos—. Era celoso, posesivo y tenía muy mal carácter cuando se enfadaba.

Christos intuyó por dónde iban los tiros. Giró el rostro ligeramente por el lado que no tenía cicatrices.

—¿Te pegaba? —le preguntó.

Y la posible respuesta le creaba aprensión.

—Me dio alguna que otra bofetada.

Christos volvió la cara de nuevo al frente y hundió la cara en las manos.

—Hijo de puta —espetó con los dientes apretados, sin poder contenerse.

La rabia empezó a correr a toda velocidad en el interior de sus venas.

Martina le importaba ya lo suficiente como para que le jodiera que un tiparraco la hubiera hecho daño.

—Por eso te dije que tus cicatrices no te convertían en una bestia —repuso Martina—. Es el interior lo que convierte a las personas en monstruos, no el exterior.

—Joder… —masculló Christos con pesar.

—Óscar solo me veía como una cara bonita. Para él yo era una mujer florero —continuó—. Siempre tenía que estar delgada, bien vestida, bien peinada y perfectamente maquillada para poder exhibirme delante de sus conocidos como si fuera un animal exótico. Pero jamás se preocupó por mí; por lo que yo sentía o por lo que no. Nunca me preguntó por mis inquietudes, o por cuáles eran mis sueños o mis metas. Solo se preocupaba de que estuviera perfecta de la cabeza a los pies para mostrarme como uno más de sus objetos de colección.

—Era una joya de tío —ironizó Christos en tono seco.

—Una joya de la corona —se burló Martina.

Vamos, que era un completo gilipollas.

—¿Estabas enamorada de él?

—Sí, claro. Durante el tiempo que estuvimos juntos creí que era el hombre de mi vida.

¿El hombre de su vida? ¿Ese soplagaitas? Christos sintió una extraña punzada en el centro del pecho. Martina había respondido con demasiada rapidez y demasiada seguridad.

—¿Y tú de Ashley? —le preguntó a su vez ella.

Martina no se paró a pensar si la pregunta era pertinente o no.

—No. —Christos tampoco dudó un instante en responder—. Era demasiado vanidoso para sucumbir al amor —añadió.

—Pero estabas saliendo con ella…

—Porque éramos iguales… Estábamos cortados por el mismo patrón. Por eso estábamos juntos. Los dos éramos egocéntricos, arrogantes, chulos; nos encantaba ser el centro de atención, y los dos nos creíamos los reyes del mundo. —Christos hizo una mueca con la boca—. Yo estaba demasiado enamorado de mí mismo como para enamorarme de otra persona. Era un idiota de primera.

Martina llegó a una conclusión.

—¿Sabes qué estoy pensando?

—¿Qué?

—Si me hubieras conocido antes del accidente no te hubieras fijado en mí —dijo.

—Sí que me hubiera fijado en ti —replicó Christos.

—Sí, claro. Seguramente te hubieras acostado conmigo y después si te he visto no me acuerdo. No me hubieras dado ni la hora.

Christos reflexionó un instante.

—Probablemente, pero diré a mi favor…

—No hay nada a tu favor —lo cortó Martina.

Él suspiro, dándole la razón. Mal que le pesase, eso era exactamente lo que hubiera hecho. Se la hubiera follado y al amanecer no se hubiera acordado ni de su nombre. Así de capullo era.

—Acabo de decir que era un idiota de primera —dijo Christos—. ¿Eso no sirve de atenuante?

Martina negó para sí, sonriendo.

Joder, Christos había sido un auténtico cabrón. Todo lo que se decía de él era cierto. Incluso se quedaba corto.

—Vale, pero solo por esta vez —dijo.

Christos sacudió la cabeza, sonriendo.

—¿Cómo te las arreglas para sacarme siempre una sonrisa? —le preguntó.

Martina se encogió de hombros con la naturalidad característica suya.

—Soy un poco payasa —contestó en tono jovial.

Christos se pasó las manos por el pelo despeinado. Se dio cuenta del modo en que había cambiado desde que Martina había llegado al castillo y a su vida. Ahora al menos, de vez en cuando, sonreía.

Al principio había querido deshacerse de ella. ¡Dios, la quería fuera de su casa! Había buscado mil maneras para que desistiera y terminara renunciando al puesto de trabajo, pero había sido inútil porque no lo había conseguido. Martina era terriblemente obstinada y terriblemente valiente. Casi una temeraria.

Ahora, por extraño que pareciese, la idea de que pudiera irse le molestaba más de lo que le gustaba. ¿Quién se lo iba a decir?

No había pretendido en ningún momento terminar en la cama con ella, ni estrechar lazos de ningún tipo ni bajo ninguna circunstancia. Su deseo era mantener las distancias, que no se acercara a él, que únicamente desempeñara su función como su asistente (ya que su hermana la había contratado), pero no lo había podido evitar. Como ya habéis leído, Martina era demasiado obstinada y, además estaba muy buena. Eso era algo indiscutible.

Christos la miró de reojo a hurtadillas. Le gustaría decirle tantas cosas… Pero no estaba preparado.

CAPÍTULO 44

Martina descorrió la cortina de la ventana de la cocina y lanzó un vistazo fuera. Era media mañana y la niebla cubría el paisaje con un espeso velo grisáceo.

Cogió la pashmina de color azul que colgaba en el respaldo de la silla, se la echó por los hombros para resguardarse del frío y salió al patio trasero del castillo para llevar el café que algunas mañanas ofrecía a Edward, que en ese momento se encontraba atendiendo a los caballos en el establo.

—Buenos días.

—Buenos días, Martina —la saludó con una sonrisa al verla.

Edward dejó el heno que iba a poner a los caballos en el suelo, se sacudió el polvo de las manos y se acercó a Martina.

—Me das media vida con estos cafés —le agradeció, tomando la taza caliente.

Martina sonrió.

—Hoy viene mejor que nunca un café calentito porque hace mucho frío —comentó.

Edward miró al cielo.

—Sí, y no creo que la niebla se quite en todo el día. Está muy cerrada —dijo.

Martina frunció los labios y se frotó los brazos por encima de la tela de la pashmina para calentarlos. La humedad se metía hasta el fondo de los huesos.

—Edward, ¿has visto a Christos? —le preguntó.

Los últimos días apenas había dado señales de vida y le había notado más taciturno y reservado de lo normal.

—Esta semana no se va a dejar ver mucho —afirmó Edward, después de dar un sorbo de café.

Martina entornó los ojos.

—¿Por qué? —quiso saber la razón.

—El viernes es su cumpleaños y los días anteriores no está para nadie.

—¿No lo celebra? —preguntó ceñuda.

—No —negó Edward—. Desde que está aquí nunca ha celebrado su cumpleaños.

Bebió.

—¿Ni siquiera contigo?

—No.

—¿Y tampoco viene su hermana?

Edward meneó la cabeza, negando de nuevo.

—No, se lo tiene prohibido. El primer año la señora Blair vino para darle una sorpresa y él poco menos y la echó del castillo.

Evidentemente Martina tenía claro que Christos no iba a invitar a la gente del pueblo ni a los que decían ser sus amigos a su cumpleaños, si había decidido aislarse del mundo en aquella fortaleza para que no lo vieran, pero no dejar que su hermana fuera a visitarlo era una crueldad. No solo para ella, también para él. Todo el mundo necesita a su familia.

Se puso en el lugar de Penélope Blair. Tenía que ser durísimo que su hermano la rechazase de aquella manera, que no quisiera ni siquiera que lo visitara el día de su cumpleaños. ¡Era su hermana!

—¿Y qué hace ese día?

—Se encierra en el despacho y no sale para nada. Ni a correr, ni a montar a caballo, ni a hacer ejercicio al gimnasio… Nada. No parece que está en el castillo —respondió Edward.

Martina se mordisqueó el labio de abajo. Algo se removió en su interior. No podía saber que era el cumpleaños de Christos y no hacer nada especial. No todos los días se cumplían años.

Su cabeza empezó a ir a mil por hora, cavilando.

Edward enarcó una ceja blanca y la miró, consciente de lo que estaba pensando.

—Quítatelo de la cabeza —le dijo, tajante.

Martina alzó los ojos hacia él con una expresión mezcla de confusión y asombro en el rostro. Edward volvió a hablar.

—Te conozco un poco y sé que desde que he dicho que es el cumpleaños de Blair estás pensando hacer algo especial para celebrarlo.

Joder, realmente su cara era un libro abierto en el que se reflejaban todas sus emociones, pensó Martina.

No solo le leían la mente Alba y Blanca con una facilidad pasmosa, Edward también podía hacerlo sin problema. Había adivinado exactamente lo que se le estaba pasando por la mente. Sería una pésima jugadora de póker, si le gustara jugar al póker, claro.

—Es que no puedo saber que es su cumpleaños y no hacer nada —reconoció.

—Pues la mejor opción es esa, no hacer nada. A Blair no le gusta celebrarlo.

Sin embargo, la cabeza de Martina seguía elucubrando.

—No he debido decírtelo —apuntó Edward.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —preguntó ella.

—Porque hagas lo que hagas, a Blair no le va a gustar. Lo conoces, Martina. Va a poner el grito en el cielo y va a terminar echándote a los perros.

Martina se encogió de hombros.

—Pero al menos tengo que intentarlo, Edward. No sé… Me las ingeniaré de alguna manera para que no se enfade —dijo, aunque ella misma sabía que las posibilidades eran muy escasas y que acabaría discutiendo con él.

Edward se llevó la taza a la boca y volvió a dar un sorbo de café.

—Va a salir mal, Martina. Muy mal —dijo, cabeceando.

Pero Martina era demasiado obstinada como para rendirse solo porque Edward le dijera que la cosa iba a salir mal (incluso aunque ella misma lo pensara). Y además era como una niña pequeña. Basta que le dijeran que no podía hacer algo, para hacerlo más. No tenía remedio.

CAPÍTULO 45

Martina se pasó el resto del día dándole vueltas a la cabeza. Tenía dos días por delante para hacer algo, aunque no tenía ni idea de qué, y tampoco sabía si era mucho tiempo o poco.

Por la noche, estaba trabajando en su habitación en la edición de las fotografías que había hecho en Glasgow, cuando recordó algo que había dicho Christos: que a veces le gustaría ser el Christos Blair de antes, sin cicatrices, aunque solo fuera por una noche…

Ser el de antes… Aunque solo fuera por una noche…

Aquello repiqueteaba en su cabeza como un martillo percutor.

Tenía que hacer algo que hiciera sentir a Christos como antes, como si no tuviera cicatrices, aunque fuera por una noche, como él deseaba.

Pensó, pensó y pensó.

Podría organizar alguna comida especial y cenar juntos, y después un baile… Se vestirían de gala, por supuesto. Los detalles eran sumamente importantes.

«Todo eso está muy bien, Martina, pero las cicatrices no van a desaparecer de su rostro por arte de magia, y aunque finjáis que no están ahí, están», le dijo una malévola vocecita interior.

No quería escucharla, pero no le quedó más remedio porque tenía razón. Christos no aceptaría el plan. Ni de coña lo haría.

Y cuando creía que no se podría hacer nada para salvar ese inconveniente, ese escollo, se le ocurrió algo…

Y entonces dio comienzo a su plan.

A la mañana siguiente colocó el desayuno en la bandeja habitual y se lo subió a Christos al despacho, como hacia siempre.

Cuando llegó abrió la puerta del torno.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días —correspondió él, acercándose al torno.

—Te traigo el desayuno, Christos —anunció Martina.

—Gracias.

Colocó la bandeja en la base de madera y la giró con los labios apretados y la expectación corriéndole por las venas.

Normalmente le dejaba el desayuno y se iba, pero ese día tenía una sorpresa para Christos y se quedó esperando su reacción.

—Martina, ¿qué es esto? —le preguntó él desde el otro lado.

«Ya la ha visto», se dijo Martina con las pulsaciones desbocadas.

—Una invitación para una cena de gala que habrá mañana por la noche en el castillo —respondió ella con toda la naturalidad del mundo, aunque por dentro estaba hecha un manojo de nervios. Quería que saliera bien y tenía que ser muy cautelosa en los pasos que iba dando para que Christos aceptara.

Había elaborado cuidadosamente una invitación con el programa de edición que utilizaba para las fotos, la había imprimido y la había metido en un sobre dirigido *«a la atención del señor Christos Blair»*. No le faltaba detalle.

La había confeccionado como si se tratara de una invitación de la época victoriana. Con un elaborado marco de época en el borde de la cartulina, y había utilizado para las letras una fuente antigua.

—Eso ya lo veo —dijo Christos, con la ornamentada invitación en la mano.

—Me ha dicho un pajarito que mañana es tu cumpleaños —se adelantó a decir Martina.

—¿Un pajarito llamado Edward? —preguntó Christos.

—El nombre del pajarito no importa —lo restó importancia ella.

—Martina, yo no celebro mi cumpleaños desde que tuve el accidente —replicó Christos.

—Sí, ya lo sé, pero no puedes negarte a ir a esta fiesta. Cenaremos juntos y después habrá un baile. Tranquilo, que solo vamos a estar tú y yo.

Christos puso los ojos en blanco.

—Martina, no voy a ir. Por favor, no prepares nada —dijo, serio—. No quiero celebrar mi cumpleaños.

—Si no vas, te quedarás sin cenar —repuso Martina. Christos frunció el ceño con gravedad—. No te voy a traer la cena al despacho, y me quedaré haciendo guardia toda la noche en la cocina para que no entres a buscar algo a la nevera.

Christos reprimió una sonrisa.

—Eres una dictadora —aseveró.

—Sí, lo soy —bromeó ella.

Christos cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y suspiró con fuerza. ¿De dónde cojones se había sacado Martina esa idea?

—Martina, te olvidas de las cicatrices… —dijo.

Martina sabía que llegaría ese momento, sabía que diría eso, pero estaba preparada, porque lo había pensado todo al milímetro. No había dejado ningún cabo suelto.

—Ponte la máscara —respondió.

Christos frunció el ceño. ¿Había oído bien? ¿Martina había dicho que se pusiera la máscara?

—¿La máscara? —repitió con incredulidad en la voz.

—Sí —dijo simplemente Martina—. No sales de tu guarida para que no te vea las cicatrices, ¿no? Y la máscara las oculta, ¿no? Entonces, ponte la máscara —concluyó, por si no le había quedado claro a Christos—. Ah, y hay que ir de etiqueta —añadió. Agitó la mano en el aire, aunque Christos no pudiera verla—. Nada de ropa de deporte ni sudaderas con capucha. Desempolva uno de esos carísimos trajes que tienes en el armario de la habitación que hace de

desván.

Christos bufó.

—Martina, no voy a ir, ni con máscara ni sin ella —atajó con terquedad.

—Como quieras, pero yo voy a estar esperándote, Christos —dijo Martina, empeñada en convencerlo y llevar su plan a buen puerto.

Y sin más cerró la puerta del torno.

—¡Martina! —la llamó Christos—. ¡Martina!

Martina lo escuchó llamarla, pero no respondió.

Christos puso los ojos en blanco. Odiaba que hiciera eso, que le dejara con la palabra en la boca, porque sabía que no iba a salir del despacho para responderle. Levantó la vista hacia el cielo y rezó para tener paciencia.

Después bajó la mirada hasta la invitación que sujetaba en la mano enguantada.

Dio la vuelta a la cartulina y la observó detenidamente por un lado y por otro. Podía decir todo lo que quisiera, pero no que no era preciosa y que no estaba hecha al mínimo detalle. Christos cambió el ceño fruncido por una tierna sonrisa.

—Martina… —susurró.

No sabía si comerla a besos o estrangularla lentamente con sus propias manos.

¿Por qué siempre lo desafiaba? ¿Lo provocaba? Y lo que menos explicación tenía, ¿por qué se lo permitía?

—Edward, quería hablar contigo —dijo Martina cuando el hombre entró en la cocina.

—Dime para qué soy bueno —se ofreció.

—¿Hay en el pueblo alguna tienda, tipo bazar, en la que vendan cosas para una fiesta?

—¿Sigues con la idea de celebrar el cumpleaños de Blair? —le preguntó Edward.

—Sí.

—¿Se lo has comentado a él o va a ser una sorpresa?

—Ya se lo he comentado a él.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no haga nada, que no le gusta celebrar su cumpleaños.

—¿Y aun eso vas a prepararle una fiesta?

Martina inclinó la cabeza haciendo un ademán afirmativo.

—Sí —contestó.

—Eres admirable —comentó Edward con orgullo en la voz—. En serio.

Martina sonrió.

—No voy a hacer una fiesta con globos, guirnaldas, serpentinas ni nada de eso… Solo quiero comprar algunas tiras de luces, de estas que se ponen en las terrazas, para decorar el salón que hay al fondo del vestíbulo —le explicó a Edward—. Lo he estado viendo y me parece la estancia perfecta para cenar a la luz de las velas.

—Es un salón precioso. Mi mujer lo llamaba el «salón real» —recordó él.

—El nombre le viene pintado porque desde luego parece un salón real —apuntó Martina.

Era una estancia muy amplia, con el suelo de brillante mármol gris y vetas negras, y enormes ventanales ocultos tras pesadas cortinas granates. Poseía una chimenea al fondo, una larga mesa antigua profusamente labrada —a juego con las sillas—, a un lado de esta, y bellos tapices de colores tierra colgando en las paredes.

Del techo se suspendía una lámpara de araña. La más grande que Martina había visto nunca. Al encender la luz, los centenares de cristales que la formaban destellaron en un sinfín de colores, como si fuera el arco iris.

En cuanto vio el salón supo que era la estancia perfecta para su cena con Christos.

Era consciente de que él había dicho que no iba a ir, que no se molestara en preparar nada. Pero tenía la esperanza de que recapacitara y de que al final no la dejara plantada como un abeto.

—En el pueblo no hay ninguna tienda de ese estilo —dijo Edward, contestando a su pregunta —. Ya has visto que es muy pequeño. Pero a unos veinte minutos en coche dirección sur,

cogiendo el desvío que hay a la entrada, tienes un pueblo más grande, Oban. En él vas a poder encontrar bazares en los que poder comprar lo que necesites.

A Martina se le iluminó el rostro. Veinte minutos en coche no eran nada.

—Gracias por la información, Edward —le agradeció—. Iré esta tarde. Por favor, no le digas nada a Christos —le pidió en tono cómplice.

—Mis labios están sellados —dijo un solemne Edward—. Me dejaré matar antes de soltar una palabra.

Martina se echó a reír.

No es que Edward fuera un hombre pesimista (o no se tenía por tal), pero conocía a Christos bastante bien y sabía que posiblemente el plan de Martina saliera mal, estrepitosamente mal. Pero ella tenía que intentarlo, por supuesto. Él le había advertido de lo que podía suceder. Le había cogido mucho aprecio y no quería que sufriera. Sin embargo la decisión la tenía que tomar ella, porque era quien tenía la última palabra.

—Avísame cuando regreses, te ayudaré a colocar lo que necesites en el salón —se ofreció con amabilidad.

—Mil gracias —le dijo Martina.

Se acercó a él y le dio un afectuoso beso en la mejilla. Aquel hombre era un tesoro. Había sido una suerte que estuviera en el castillo cuando ella empezó a trabajar como asistente de Christos. Sin duda, gracias a él su estancia allí había sido más llevadera, sobre todo al principio, cuando tenía que enfrentarse todos los días a un Christos insoportable.

CAPÍTULO 46

Aunque por fin la dichosa pieza había llegado y por fin le habían arreglado el coche, las veces que había bajado al pueblo lo hacía en el BMW de Christos. No lo cogía mucho, pero se había acostumbrado a él.

En su defensa podría decirse que lo extraño hubiera sido no acostumbrarse a un coche como aquel. Era una locura. Incluso para alguien a quien no le gustara demasiado conducir.

Con las indicaciones que le había dado Edward cogió la A828 rumbo a Oban.

Viajar con la costa y el mar al lado de la carretera siempre era una maravilla. Y es que aquella parte de Escocia era así. Estaría donde Cristo perdió la alpargata, como decía Blanca, pero el paisaje era precioso. Eso no lo podía discutir nadie.

Martina se quedó embobada cuando entró en el pueblo. Oban se levantaba alrededor de una bahía que se adentraba en el mar, y que en esos momentos bullía de gente. Se la conocía como «las puertas de las islas», por los ferris que zarpaban continuamente hacia las islas Hébridas.

Los edificios allí seguían la tónica de la zona y del país en general. La mayoría eran construcciones que parecían sacadas de otra época, pero había modernos comercios de todo tipo en las plantas que estaban a pie de calle.

De haber sabido que Oban estaba a poco más de veinte minutos en coche del castillo, quizá Martina hubiera ido a hacer las compras allí y no al pueblo, donde los lugareños la seguían mirando como la chica que trabajaba en el castillo de «la bestia de las Highlands», o como si el día que dejaran de verla pensaran que finalmente *la bestia* había acabado con ella. El cotilleo no sabía de fronteras.

Gracias al GPS encontró un bazar sin mayor dificultad frente a la bahía. Una multitienda (como los bazares chinos que tanto proliferan en España), en la que tan pronto compras unos calcetines, como un destornillador o una sartén. Pero en lugar de regentarla unos simpáticos asiáticos, la regentaba un matrimonio de mediana edad con rasgos típicamente escoceses.

Martina aparcó en una calle contigua a la avenida en la que estaba la tienda. Aunque había jaleo de gente, tuvo la suerte de pillar un estacionamiento justo cuando una furgoneta salía.

Se bajó del coche, lo cerró con el mando a distancia y se fue a la tienda. Se alegró de poder comprar allí todo lo que necesitaba.

Se hizo con varios juegos de luces. Había de muchos colores, pero ella las eligió amarillas y además caían en cascada. Cuando vio el ramo que tenían en exposición en el escaparate de la tienda se quedó enamorada. ¡Era precioso! También compró velas de color rojo para poner encima de la mesa y unas bonitas servilletas de papel con filigranas victorianas, a juego con el «salón real», como lo llamaba la esposa de Edward.

No sabía cuántos años cumplía exactamente Christos, así que, en vez de comprar unas velas con el número, optó por comprar una más aséptica en la que podía leerse «Feliz cumpleaños».

Tenía pensado hacer un *triffle*, una tarta típica inglesa, sobre la que colocaría la velita. Una bomba de calorías elaborada a base de natillas, fruta, zumo de frutas, gelatina y nata montada, colocado entre esponjosas capas de bizcocho. Aunque esperaba no meter la pata poniendo ternera, como hizo Rachel en aquel famoso capítulo de *Friends* y que convirtió el *triffle* en un postre que sabía a pies, según Ross.

Salía de la tienda cargada con un par de bolsas cuando cayó en la cuenta de que le había dicho a Christos que había que ir de etiqueta, pero ella no tenía ningún vestido de gala. Lo que menos se le había ocurrido al hacer la maleta para mudarse a vivir a las Highlands era meter un vestido de fiesta. No tenía nada que ponerse para la ocasión.

Volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en el bazar para preguntar a los dueños si podían indicarle alguna tienda de ropa cercana en la que comprar un vestido. Con mucha amabilidad y una sonrisa le indicaron la dirección de una boutique que había a la vuelta de la manzana.

Martina les dio las gracias, dejó las bolsas en el coche y puso rumbo a la tienda.

Se paró antes a mirar el escaparate, no fuera que tuviera que empeñar un riñón para comprar el vestido. Por suerte los precios eran bastante moderados.

Finalmente entró en la tienda. Era un local pequeño pero muy coqueto en el que te atendían personalmente. Había varios burros con vestidos pegados a las paredes pintadas de rosa pastel. El aire estaba perfumado de un sutil aroma a jazmín.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó amablemente la dependienta.

—Tengo una cena y me gustaría comprar un vestido… —pensó qué clase de vestido quería— … sencillo, pero bonito. Que no sea recargado, pero que se note que es de gala.

—¿Algún color especial?

Martina no llevaba una idea hecha de un color específico, pero por alguna razón se acordó de la película de *La bella y la bestia* de Disney, cuando bailan en el enorme salón. Recordó que Bella llevaba un vestido amarillo. Christos y ella jugaban a menudo con los apodos de «bella» y «bestia», y le pareció un puntazo y un guiño presentarse en la cena con un vestido de ese color.

—Amarillo —contestó, como si acabara de recibir una inspiración—. ¿Tienes algo amarillo?

La dependienta asintió, complacida. Era una chica joven, de unos treinta años, pelirroja y alta.

—Sí, te enseñaré los que tengo a ver si te gusta alguno —dijo.

Se giró y se dirigió al fondo de la tienda. Martina la siguió. La chica fue cogiendo un vestido tras otro de un burro y se los colgó del brazo.

Martina pensó que quizá se estaba tomando demasiadas molestias para una cena que había posibilidades de que no fuera a tener lugar. Christos ya le había dicho que no le gustaba celebrar su cumpleaños.

Se la tenía que haber ido la cabeza o algo de eso, porque lo más probable es que se quedara compuesta y sin novio, como se decía en España.

Dios, la idea de esperar emperifollada como una coliflor a que Christos llegara al salón y que finalmente no acudiera de pronto empezó a agobiarla. Joder, sería bochornoso y ridículo.

¡Como no se presentara no le dirigiría la palabra en un año!

Pero ya era tarde. No podía echarse para atrás minutos antes de comprarse un vestido.

—¿Estás bien? —se preocupó la dependienta.

Martina parpadeó.

—Sí, sí, perdona —se disculpó.

—¿Qué te parece este? —le preguntó la chica, enseñándole un modelo de gasa.

—Es bonito, pero no me convence mucho la gasa —respondió Martina con sinceridad.

La chica le enseñó varios modelos más que fue dejando en el respaldo de un sillón de estilo victoriano tapizado en color lavanda que había en un rincón de la tienda. Martina los miraba y se imaginaba cuál de ellos era el más apropiado para la insólita ocasión. Porque si algo era, era insólita. Si Christos decidía no acudir a la cena, quería un vestido que pudiera lucir al menos en la boda de alguna prima.

—¿Y este? —le preguntó la dependienta.

Martina miró el modelo de arriba abajo. Era un vestido de satén sencillo, largo, con una abertura en la pierna izquierda que iba más allá de la mitad del muslo. La caída de la falda era espectacular. El escote Bardot dibujaba una V perfecta que se abría hasta la curva de los hombros, dejándolos al descubierto.

—Es precioso —dijo.

—¿Te gusta?

—Mucho. —Martina sonrió sin apartar la mirada de la prenda. Más que gustarle, le encantaba. Había sido una especie de amor a primera vista—. Te diría que es exactamente lo que estaba buscando —añadió con los ojos brillantes.

—Me alegro —dijo la chica—. La verdad es que es un vestido maravilloso.

Cuando Martina se lo probó terminó de convencerse, por si le quedaba alguna duda.

Agarró la falda, estiró un poco la tela a los lados y se miró en el espejo. La abertura que había en el lateral dejaba ver prácticamente toda la pierna.

Era demencialmente sexy.

Si Christos no acudía a la cita no sabía lo que se iba a perder, pensó Martina.

—Me encanta, me lo llevo —atajó, sin pensárselo más.

Ese era el vestido.

Salió de la tienda más contenta que una niña con zapatos nuevos. Así se sentía, pero en lugar de zapatos se había comprado un precioso vestido de raso.

De camino al coche pasó casualmente por delante de una tienda de regalos (más bien de souvenirs), y vio en el escaparate algo que llamó su atención.

Lo observó durante un rato. No había tenido tiempo de pensar en un regalo para Christos, porque solo había contado con un par de días de antelación, pero aquello le gustaría, aunque era una tontería, o quería creer que le iba a gustar.

Entró en la tienda con una sonrisa y pidió al dependiente que por favor se lo envolviera en un bonito papel de regalo.

Al llegar al castillo subió directamente a su habitación, sacó el vestido de la bolsa y lo colgó en una percha fuera del armario para que no se arrugara. Luego buscó a Edward y con una escalera la ayudó a colgar las guirnaldas de luces por todo el salón.

CAPÍTULO 47

A la mañana siguiente Martina se levantó con los nervios a flor de piel. Se sentía como una adolescente el día del baile de graduación. Probablemente fuera una estupidez, probablemente acabara saliendo mal, pero estaba emocionada.

Pensó que se le tenían que haber muerto todas las neuronas del cerebro. Todas, porque a medida que pasaban las horas, más se convencía de que era una locura.

Pero tenía que seguir adelante con el plan trazado. No podía echarse para atrás ahora, fuera el que fuera el resultado.

Como cada mañana, preparó el desayuno a Christos, lo colocó en la bandeja y se lo subió al despacho.

Abrió la puerta del torno y lo escuchó acercarse.

—Muchas felicidades, Christos —dijo con voz cantarina.

—Gracias —respondió él al otro lado en tono neutro.

La verdad es que no parecía que fuera su cumpleaños. Martina se mordisqueó el labio.

—Recuerda que esta noche lo celebramos con una cena especial —dijo, dando naturalidad al tema—. A las ocho en el «salón real», como lo llamaba la esposa de Edward.

Christos suspiró sonoramente.

—Martina, no voy a ir. Te lo dije ayer. No prepares nada, por favor. ¿De qué manera te lo tengo que decir?

Martina soltó el aire de los pulmones ciertamente desilusionada. Christos no iba a ir.

Joder.

—Dijiste que te gustaría ser el de antes, aunque solo fuera por una noche. Pues bien, yo quiero regalarte esa noche, Christos —le contestó seria.

—¿Crees que ir con una máscara es ser el de antes? —le preguntó él con burla.

—Imagínate que es un disfraz. ¿Nunca te has disfrazado? ¿Nunca has ido a una fiesta de disfraces? —lanzó Martina. Cogió aire—. Esta noche puedes ser quien quieras. Puedes ser el hombre sin cicatrices que tanto deseas ser —concluyó.

Y cerró la puerta del torno.

Christos chasqueó la lengua.

A media tarde, mientras terminaba de preparar el *triffle,* Martina se preguntó si no estaría trabajando en vano. Christos parecía empeñado en no ir a la cena. No quería dejarse llevar, ni siquiera por una noche. Parecía haber perdido la capacidad de soñar, de ilusionarse… Incluso le había dado la espalda a ser feliz. Como si sus días consistiesen únicamente en que la vida pasara por ellos. Sin más.

Cabeceó.

—Martina, ¿estás bien? —La voz de Edward sonó a su espalda.

Ella miró hacia atrás.

—Sí —dijo poco convencida—. No te he sentido entrar —comentó.

—He llamado a la puerta varias veces, pero estabas muy concentrada en tus pensamientos —dijo Edward con una sonrisa.

—Sí, bueno…

—¿Va todo bien?

—Supongo —respondió ella con una voz poco animada.

—¿Qué pasa, Martina? —le preguntó Edward.

Martina se giró hacia él y alzó los hombros.

—No sé si todo lo que estoy haciendo va a servir para algo. Christos sigue en sus trece de no querer celebrar su cumpleaños. Da igual lo que le diga. No hay forma de convencerlo.

—Sabes lo complicado que es.

—Da miedo lo que hay detrás, Edward, lo que se esconde tras esa apatía, tras esa falta de ganas de vivir… Christos ha perdido la capacidad de ilusionarse, de soñar. Y sin eso, ¿qué tenemos? —se preguntó Martina, apoyándose en la encimera—. ¿Qué queda?

—Blair se ha desconectado del mundo, de la vida, por eso está aquí —dijo sabiamente Edward —. No ha conseguido superar lo que le ocurrió y esa es la razón por la que vive aislado, como un ermitaño.

El hombre que vivía en ese castillo no se parecía en nada al que Martina había visto en las fotografías. Había pasado de un extremo a otro. El Christos de antes se comía el mundo a mordiscos (en exceso) y el de ahora dejaba que el mundo lo comiera a él.

—Quizá he sido una ilusa… —murmuró Martina.

Edward esbozó una sonrisa paternalmente comprensiva. En aquel momento Martina se veía como una niña pequeña a la que le han quitado el juguete de las manos.

—Pero no puedes rendirte ahora, Martina —le dijo—. Todavía quedan algunas horas por delante. Nunca se sabe lo que puede pasar…

Martina sonrió.

—Lo que va a pasar es que me voy a tener que comer yo sola todo lo que he preparado —bromeó, tratando de tirar de buen humor para no venirse abajo.

—Si es por eso, no te preocupes. Yo daré buena cuenta de las sobras mañana —dijo Edward.

Los dos se echaron a reír.

—Voy a felicitar a Blair —anunció—. Esta mañana he estado liado y no he tenido ocasión.

—Creo que está en el despacho —asintió Martina.

Edward abandonó la cocina camino del vestíbulo y Martina se quedó terminando el *triffle*.

Edward llamó a la puerta del despacho de Christos con los nudillos. Christos no había salido de aquellas cuatro paredes en todo el día.

—Blair, soy Edward —se presentó.

—Adelante —se oyó a Christos desde dentro.

Edward abrió la puerta y entró.

—Felicidades —dijo, en mitad del despacho.

Christos apartó los ojos del monitor y lo miró.

—Gracias, Edward —le agradeció. Volvió a centrarse en la pantalla.

Después de cómo había visto a Martina y el aprecio que le había cogido a esa chica, Edward no se iba a quedar callado con la situación. Pensó que de perdidos al río.

—Creo que tienes una cena esta noche… —dijo con intención.

—No va a haber ninguna cena —gruñó Christos—. No voy a ir.

—¿Por qué? No parece un mal plan —dijo Edward.

—Porque no me gusta celebrar mi cumpleaños. Ya lo sabes —respondió Christos, sin dejar de atender el trabajo—. Además, es solo una tontería de Martina.

—No es ninguna tontería —replicó Edward, serio—. Lleva preparando cosas desde que se enteró que hoy era tu cumpleaños.

—Y se enteró porque tú se lo dijiste —le echó en cara Christos.

—Salió en la conversación —dijo Edward, sin darle más importancia de la que tenía.

Christos soltó un bufido. Todo aquel tema en el fondo lo tenía de los nervios.

—Hubiera sido mejor que hubieras mantenido la boca cerrada —ladró.

Edward lo miró unos instantes.

—Eres un completo idiota, Blair —le espetó.

Christos alzó los ojos por encima de la pantalla con expresión de pocos amigos. Las cicatrices del rostro parecían más profundas que nunca.

—No te pases de listo, Edward —le advirtió.

Edward dio unos pasos hacia adelante y se colocó frente a la mesa.

—¿Qué vas a hacer? ¿Despedirme? Bien, hazlo —lo retó sin titubear—. Pero, aunque me despidas, no vas a dejar de ser un completo idiota.

Christos dio una fuerte palmada en la mesa que resonó en todo el despacho. Edward ni se inmutó.

¿A qué venía esa reacción por parte de Edward?, se preguntó. Desde que lo conocía, y de eso hacía más de seis años, nunca lo había visto así.

—¿Qué cojones te pasa? —inquirió.

—¿Qué cojones te pasa a ti? —dijo él a su vez.

—Que no quiero ir a esa cena —respondió Christos.

—Deja de comportarte como un niño malcriado, joder —dijo Edward, visiblemente enfadado —. Sabes que siempre estaré de tu parte, Blair. Sé que tu vida cambió por completo desde el accidente, que por eso te viniste a vivir aquí, pero estás haciendo daño a Martina, y no se lo merece. No todo vale porque tú estés sumido en una tragedia de la que te niegas a salir. Todo el mundo tiene problemas —repuso—. Te lo dije hace tiempo y te lo repito ahora, Martina vale mucho. Deja de compararla con tus amigos y con esa novia con la que ibas en el coche, porque no se parecen en nada.

Christos contrajo la mandíbula.

—¿Has terminado de sermonearme? —le preguntó a Edward entre dientes.

—No. Todavía no —atajó él. Se inclinó un poco sobre la mesa y miró detenidamente a Christos—. Si tienes un poco de cerebro en la cabeza, aceptarás su invitación y bajarás a cenar como un caballero.

Christos gruñó.

—Gruñe todo lo que quieras —dijo Edward, tratándolo como si fuera un niño pequeño (a veces lo parecía). Se irguió, estirando la espalda—. Ahora sí que he terminado, así que me voy. Que tengas un feliz día.

Se dio media vuelta y salió del despacho.

La puerta se cerró tras él con un chasquido.

Christos lanzó un puñetazo a la mesa que hizo que el teclado del ordenador saltara.

CAPÍTULO 48

Nada hacía indicar que Christos fuera a ir a la cena. Martina había estado pendiente de cualquier señal, pero no había advertido nada que le hiciera pensar que hubiera cambiado de opinión.

Se recolocó el escote Bardot en los hombros y se pintó los labios de un discreto tono rosa frente al espejo del cuarto de baño.

Edward tenía razón. Iba a salir mal, muy mal. Ahora lo tenía claro. Christos jamás aceptaría participar en algo así. ¿Dónde había tenido la cabeza? ¿En qué momento había pensado que su plan saldría bien?

Apagó la luz y salió del cuarto de baño. Antes de dirigirse al salón, en el que ya estaba todo preparado, incluso había dejado sonando en el portátil una *playlist* con música jazz, se sentó unos segundos en la cama. Giró el rostro y consultó la hora en el reloj-despertador que había encima de la mesilla de noche. Faltaban cinco minutos para las ocho.

Solo cinco minutos.

Suspiró.

Puso las manos en el regazo y se miró las palmas. En el silencio de la habitación se dijo a sí misma que no pasaba nada si Christos no bajaba a cenar con ella. Conocía sus circunstancias. Las conocía muy bien y no se lo tenía que tomar como algo personal, o no debería hacerlo.

Alzó la cabeza y respiró hondo. Seguidamente se levantó y se estiró la falda del vestido.

Salió de la habitación, cerró la puerta y enfiló el pasillo. No se oía nada en el castillo, solo había silencio.

Bajó la escalera agarrada a la barandilla. No quería pisarse el bajo del vestido y terminar con la crisma rota. No sería la mejor manera de comenzar la noche.

Cruzó el vestíbulo iluminado por la mortecina luz de los apliques y fue hacia el salón. Al llegar, se detuvo frente a las puertas.

Apoyó las manos en ellas al tiempo que tomaba una bocanada de aire y las empujó.

Abrió los ojos con sorpresa cuando vio a Christos en todo su esplendor al fondo de la estancia, recortado contra la claridad dorada de la chimenea, cuyas llamas iluminaban el salón.

El estómago le dio un vuelco.

—Christos… —dijo en un hilo de voz.

Lo miró con incredulidad. Durante una décima de segundo tuvo la impresión de que las ganas de verlo allí estaban provocando que su cerebro le jugara una mala pasada y estuviera teniendo una alucinación. Se hubiera frotado los ojos, si no fuera porque se le correría la máscara de pestañas por toda la cara y entonces parecería un cuadro de Picasso.

Él se dio la vuelta con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. No era ninguna alucinación, era real.

—No quería hacerte esperar —dijo con su voz profunda y seductora.

Los labios de Martina se curvaron en una sonrisa. Una chispa de emoción le recorrió el cuerpo.

—Seguro que no esperabas algo tan caballeroso por mi parte, dados mis antecedentes —habló de nuevo Christos—. Pero no es muy galante hacer esperar a una dama.

Martina avanzó por el salón sin borrar la sonrisa bobalicona que tenía en la cara. El sonido de los tacones golpeando el suelo de mármol la acompañaba.

Christos se había puesto la máscara, como ella le había sugerido. El metacrilato le cubría con precisión la parte de cara dañada, dejando a la vista la perfección de sus rasgos en el lado derecho. Martina observó que sus facciones se habían endurecido en esos seis años que llevaba aislado, en comparación con los retratos que había visto en la habitación donde Christos guardaba sus cosas, y su mandíbula parecía tan dura como el granito. De cerca era más impresionante todavía.

Vestía traje negro con las solapas de la chaqueta en raso, camisa blanca almidonada y pajarita también negra.

Cristo Bendito, estaba guapísimo.

Que Dios la perdonase, pero le estaba dando un morbo que no era ni medio normal. Testigo de ello fue el cosquilleo y el calor que sintió en el vientre y que irradiaba hacia la entrepierna.

Cuando lo alcanzó, se puso de puntillas con los pies y le dio un beso en la mejilla.

—Felicidades —dijo.

—Muchas gracias —sonrió de medio lado Christos.

Era la primera vez que Martina lo veía de cerca fuera de las sombras en las que siempre se refugiaba. Se fijó en la imponente línea de la mandíbula, en la nariz recta y en el fascinante color de sus ojos, y notó que se le secaba la boca.

—Gracias por venir.

—No, Martina. A mí no me tienes que dar las gracias, soy yo el que te tiene que dar las gracias a ti —contestó Christos, serio—. Mira cómo has dejado el salón —dijo con admiración, paseando la mirada en derredor—. Las luces, la mesa, la música…

—¿Te gusta? —le preguntó Martina.

—Mucho. Se ve totalmente distinto.

De hecho, parecía otro salón, uno en el que él nunca había estado.

Las guirnaldas de pequeñas luces que colgaban en cascada de las paredes le daban un toque sofisticado y mágico, como si fuera un lugar que acabaran de sacar de un bello cuento. La mesa estaba dispuesta perfectamente con su correspondiente menaje. Había puesto un elegante mantel gris con bordados, un jarrón lleno de rosas, y velas rojas lucían en dos candelabros de plata en el centro.

—¿Qué te parece si nos sentamos a cenar antes de que se quede frío? —sugirió Martina.

—Me parece perfecto —asintió Christos. Antes de echar a andar la miró de arriba abajo—. Estás preciosa —le dijo con sinceridad.

Estaba más que preciosa. Sin exagerar.

Cuando Christos se giró y la vio con el vestido amarillo y el cabello oscuro cayéndole sobre los hombros en suaves ondas, sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—Gracias. Tú estás… —Lo miró de la cabeza a los pies mientras se mordisqueaba el labio— … muy bueno, la verdad —dijo Martina con su habitual jovialidad.

Christos no pudo por menos que echarse a reír.

—No sé si la máscara es una buena combinación… —comentó.

—Todos llevamos máscaras, de una u otra manera. Yo no soy mucho de elegantes vestidos de raso amarillo. Soy más de zapatillas y ropa cómoda —confesó Martina con una sonrisa. Se miró a sí misma—. Elegí el color por la película de *La bella y la bestia*… —Llevó los ojos hasta Christos—. Por la escena en la que los dos se visten de gala y bailan —especificó.

—La escena en la que la tetera… ¿cómo se llamaba? —Christos hizo memoria mientras chasqueaba los dedos.

—Señora Potts —dijo Martina.

—Eso. ¿La escena en la que la señora Potts canta la canción que dice que la belleza está en el interior y que antes de juzgar tienes que llegar hasta el corazón?

—Sí, esa misma. —Martina ladeó ligeramente la cabeza—. ¿Has visto alguna vez la película? —le preguntó con expresión de incredulidad.

—Claro, ¿por qué parece que te sorprende? —dijo Christos.

Martina se encogió de hombros.

—No sé… Pensé que los chicos malos no veíais ese tipo de películas —dijo con mordacidad.

—Todo el mundo ve ese tipo de películas, tanto los chicos malos como los buenos —contestó él, en un tono mezcla de diversión y obviedad.

—La verdad es que tienes razón. De una forma u otra todo el mundo termina viendo las cintas de Disney.

—Pensándolo detenidamente, tu vestido está bien traído. Lo más parecido a la historia del cuento de *La bella y la bestia* en su versión moderna es esto —apuntó Christos, paseando la vista por el salón.

Martina lo miró fijamente.

—Pero tú no eres ninguna bestia, Christos —dijo—. Lo del color amarillo del vestido es solo una tontería… Como te dije, imaginémonos que estamos en una fiesta de disfraces, finjamos ser otros, finjamos ser quienes queramos ser esta noche.

—Me parece una buena idea, aunque no dejo de sentirme raro con la máscara.

—No lo piensen ni le des vueltas. No lo harías si estuviéramos en una fiesta de disfraces. ¿Qué más da que la fiesta solo sea para dos? ¿Para ti y para mí? —le aconsejó Martina—. Además —entornó los ojos—, ¿sabes que siempre me han dado mucho morbo los hombres con máscara? —bromeó (aunque era cierto), mirándolo con sus brillantes ojos color miel de forma pícara.

Christos sonrió.

—Admiro tu talento para hacerme sentir bien —repuso.

«Para hacerme sentir como un hombre, no como un monstruo», pensó en silencio.

Ella le guiñó un ojo con complicidad.

Se dirigieron a la mesa y se sentaron cada uno en un extremo. Christos, dispuesto a actuar como un caballero, se adelantó unos pasos y retiró la silla para que se sentara.

—Gracias —dijo Martina, mientras la ayudaba a acomodarse.

Christos asintió y luego tomó asiento enfrente de ella.

CAPÍTULO 49

—Espero que te guste lo que he preparado —dijo Martina.

—Estoy seguro de que sí. Tienes muy buena mano para la cocina —comentó Christos—, aunque cuando estás enfadada conmigo me sirves la comida como si la acabaras de sacar del infierno —apuntó con sorna.

Martina se llevó la mano a la boca para ahogar una carcajada. Era cierto. Cuando estaba enfadada con él le ponía la comida ardiendo.

—A ver si así se te calienta ese carácter que tienes —dijo, mirándolo con socarronería por debajo de la línea de pestañas.

Christos sonrió.

Levantó la tapa de acero con forma de cúpula del primer plato. Ante él aparecieron unas deliciosas costillas de cerdo asadas con una guarnición de verduras.

—¿Las has hecho con salsa *gravy*? —le preguntó a Martina.

—Sí, ¿te gusta?

—Sí.

La boca empezó a hacérsele agua.

Destapó el resto de los platos.

Había patatas rellenas (jacket potato), pastelitos de pudin de *yorkshire* para acompañar a las costillas y ensalada.

Martina levantó la tapa de un plato que había en medio de la mesa.

—Y de postre *triffle* —dijo—. Es la primera vez que lo hago, espero que me haya salido bien.

—Tiene muy buena pinta —repuso Christos.

Lanzó un vistazo a todo. Había que ser un idiota para no darse cuenta de que Martina había invertido mucho tiempo en hacer toda aquella comida…, y luego estaban las luces del salón, la decoración de la mesa, la tarjeta de invitación… Sintió vergüenza de sí mismo por haber pensado que iba a ser una tontería.

No era una tontería, ni mucho menos.

—¿Estás bien? —le preguntó Martina, al advertir que le había cambiado el semblante.

—Sí —respondió él.

Cogió la servilleta, la extendió y se la puso encima de las rodillas.

—No tenías que haberte molestado en hacer tanta comida… —comentó.

—Quería que tuvieras un cumpleaños especial —dijo Martina—. Más teniendo en cuenta que hace seis años que no lo celebras.

Christos guardó silencio. De pronto se había puesto serio. Se sentía como un gilipollas. Si no hubiera aceptado finalmente la invitación hubiera quedado como un auténtico hijo de puta.

—Además, todo es poco para el *señor del castillo* —añadió Martina en tono de broma, para distender el ambiente.

Christos alzó la vista y dejó que una sonrisilla se deslizara en sus labios. Después reflexionaría sobre lo estúpido que había podido llegar a ser, pero ahora iba a ofrecerle a Martina una bonita velada. Ella se había tomado todas aquellas molestias por él, así que era lo mínimo que podía hacer.

Cogió el cuchillo y el tenedor, partió un trozo de costilla y se la llevó a la boca.

—Está muy sabrosa —dijo—. ¿Dónde has aprendido a hacer la salsa *gravy*? —le preguntó.

—Me gusta cocinar. Cuando me quedé en el paro tenía mucho tiempo libre y lo invertí en aprender a hacer platos británicos —respondió Martina.

—Pues no se te da nada mal —la alabó Christos.

—Gracias.

—¿Llevabas mucho tiempo en Londres antes de que te contratara mi hermana?

—Cinco meses, más o menos. —Martina se metió en la boca un trozo de costilla.

—¿Qué te hizo venir al Reino Unido?

—Quería dejar atrás mi vida y… a Óscar —respondió Martina con algo de apuro. Hablar de Óscar siempre le producía cierta vergüenza, porque había sido la mayor equivocación de su vida —. Lo mejor era poner tierra por medio y como en España el trabajo está bastante mal, mis dos mejores amigas y yo nos liamos la manta a la cabeza y nos vinimos para acá.

—Me imagino que te sorprenderías cuando mi hermana te dijo que el trabajo era en las Altas Tierras de Escocia —comentó Christos.

—Sí, muchísimo. —Martina reprimió una sonrisa al recordar el momento. Se había echado las manos a la cabeza—. De hecho, pensé que tenía que haber escuchado mal —confesó—. Me dije: ¿qué cojones pinto yo en Escocia?

Christos rio.

—¿Y qué hizo al final decidirte a aceptar el trabajo?

—El sueldo era muy bueno.

—Evidentemente no ibas a aceptarlo por el jefe, me han dicho que tiene muy mal carácter —apuntó Christos en tono irónico.

—En el pueblo lo llaman «la bestia de las Highlands» —dijo Martina—, pero son solo rumores. No es tan fiero como lo pintan —añadió, al tiempo que se metía en la boca un pedazo de carne y lo miraba con una ceja arqueada.

Christos sonrió (otra vez). Había perdido el número de veces que Martina lo había hecho sonreír aquella noche.

Cenaron un rato en silencio.

—¿Por qué te viniste aquí? —le preguntó Martina a Christos. Cogió la copa de vino y dio un trago—. ¿No había un lugar más lejos? —Sus labios se torcieron en una sonrisa irónica.

—Ya has visto esto... Era el lugar perfecto para mi propósito —contestó Christos—. Además, el castillo estaba a muy buen precio.

—¿Por qué te aislaste de todo de una manera tan radical? Podías haber buscado una solución

intermedia —comentó Martina.

La expresión de Christos se ensombreció.

—No soportaba la forma en que me miraba la gente; mis amigos, Ashley, los conocidos de mis padres…. No me gustaba lo que veía en sus ojos, y tampoco soportaba la idea de no volver a ser el mismo nunca más. —Suspiró—. Cuando lo tienes todo y de repente te quedas sin nada… —Apretó los labios.

—El problema es que antes no tenías nada —aseveró Martina.

Christos detuvo su copa de vino a mitad de camino y miró a Martina por debajo de su ceja oscura, sin entender lo que quería decir.

—¿A qué te refieres?

Martina dejó el tenedor y el cuchillo en el plato.

—Todo lo que tenías antes era… humo. Los amigos, la novia… Vivías en un mundo de apariencias, en el que nada era verdadero. Creías tenerlo todo porque eras guapo, rico, y estabas rodeado de gente *guay* —entrecomilló la palabra «guay» con los dedos—, pero en el fondo no tenías nada. Y estoy en lo cierto porque cuando tuviste el accidente todos se fueron, se esfumaron… como el humo. La gente que realmente te quiere está en las buenas y en las malas. Sobre todo en las malas, Christos, porque para salir de fiesta y divertirse y vivir de puta madre todo el mundo está preparado, todo el mundo vale. Pero esas personas están lejos de merecer la pena.

Christos siempre había pensado que la vida que llevaba antes del accidente era idílica. La vida que toda persona desearía llevar. Como bien decía Martina, era guapo, rico y se codeaba con la gente más *chic* de la ciudad, pero no era menos cierto que era una vida de apariencias, una vida postiza, llena de artificio; donde nada era verdadero, ni las relaciones sentimentales ni los amigos ni nada. Todo era humo.

Christos no había conocido otra cosa ni otro tipo de gente, y le costaba creer que hubiera personas que no fueran como Ashley o como sus amigos. Le costaba creer, por ejemplo, que Martina fuera como realmente parecía que era. Una mujer íntegra, con unos valores firmes e

inamovibles, y capaz de verlo más allá de sus cicatrices.

—Supongo que tienes razón… —dijo.

—Sabes que la tengo.

—Sí, lo sé —reconoció Christos.

Lo sabía, por supuesto que lo sabía. Había tenido más de seis años para reflexionar sobre ello.

El teléfono de Christos sonó dentro del bolsillo interior de su chaqueta, interrumpiendo la conversación. Se abrió la americana y lo cogió.

—Es mi hermana —dijo a modo de justificación, al ver su nombre en la pantalla.

Martina asintió.

Christos retiró hacia atrás la pesada silla y se levantó. Descolgó la llamada cuando se dirigía al otro extremo del salón.

—Muchas felicidades, Christos —dijo Penélope.

—Gracias, Penélope —contestó él.

—Espero que cumplas muchos más.

—Gracias.

—¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. No me quejo —respondió Penélope—. Con mucho trabajo.

—Yo igual —dijo Christos. Se detuvo al lado de las puertas, al otro lado del salón—. Me alegra saber que estás bien.

—¿Y tú cómo te encuentras, Christos?

—Bien —dijo de forma automática.

—¿Este año también has pasado el cumpleaños encerrado en el despacho, como siempre? —le preguntó su hermana con cierta acrimonia.

Desde que el primer año fue a verle y la invitó a que se fuera del castillo, y no amablemente, Penélope no había vuelto a poner un pie en él.

—No. Estoy… cenando con Martina —dijo Christos, al tiempo que alzaba los ojos hacia ella

para mirarla.

Penélope por poco no se cayó de la silla en la que estaba sentada.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Lo estás diciendo para callarme la boca?

—No, Penélope, no me estoy quedando contigo —afirmó Christos.

A Penélope le faltó un pelo para ponerse a aplaudir con las orejas.

—Simplemente ha preparado una cena especial con motivo de mi cumpleaños y hubiera sido muy feo no haber aceptado su invitación —añadió Christos.

A su hermana no se la colaba. Penélope sabía que Christos tenía el suficiente mal genio y que contaba con la suficiente descortesía, si hacía falta, como para haber dejado a Martina plantada, por muy especial que fuera la cena que hubiera preparado.

Pero Martina había logrado que saliera de su guarida, esa en la que llevaba metido más de seis años. No sabía en qué condiciones, pero lo había hecho.

Penélope tenía muchas esperanzas puestas en ella, desde la primera vez que la vio en su despacho. Aparte de ser una chica preciosa, entrevió que tenía algo que no le sería indiferente a su hermano. Martina era una persona especial: risueña, lista, avispada, con carácter, y lo bastante inteligente como para manejar a Christos con mano izquierda.

Penélope no negaba que en un principio la había dejado sola ante el peligro. Sola ante *la bestia*. Pero según parecía se las había apañado bien. No había más que ver que había conseguido que Christos saliera de su despacho el día de su cumpleaños y que cenara con ella. Penélope apenas se lo podía creer. Ni siquiera ella pudo lograrlo cuando se presentó en el castillo por sorpresa el primer año que Christos había decidido auto exiliarse.

Era por eso por lo que había contratado a Martina. Su plan era peligroso, lo sabía, y arriesgado, pero cuando la vio y habló con ella por primera vez, pensó que tal vez pudiera romper el hechizo de oscuridad bajo el que se encontraba Christos. Quizá esa suerte de luz que desprendía podía disipar las sombras en las que su hermano estaba inmerso desde hacía seis años.

—¿Y lo estás pasando bien? —le preguntó a Christos.

Él observó unos segundos a Martina. Ajena a su escrutinio, estaba entretenida haciendo unas

fotos con el móvil a las guirnaldas de luces que había a su espalda. Se dio cuenta de que realmente le apasionaba la fotografía, y de que era una mujer sorprendente, e indiscutiblemente preciosa… tanto por fuera como por dentro. Demasiado preciosa para él.

—Christos… ¿estás ahí?

Christos parpadeó tratando de centrarse, y se inmiscuyó de nuevo en la conversación que tenía con su hermana.

—¿Sí?

—Te he preguntado si te lo estás pasando bien —repitió Penélope.

—Con Martina es imposible pasárselo mal —dijo Christos.

Fue un pensamiento en alto. No era esa la respuesta que quería darle a su hermana, pero había puesto voz a sus pensamientos y los había verbalizado.

Penélope sonrió al otro lado del teléfono. No obstante decidió no hacer ningún comentario que pudiera resultar improcedente o inoportuno. Era mejor dejar que las cosas siguieran su curso natural, que Martina desplegara su magia y que Christos disfrutara del día de su cumpleaños, algo que no había hecho en seis años.

—Disfruta mucho, Christos —le deseó.

—Gracias.

—Te llamo otro día y hablamos tranquilamente. No quiero que hagas esperar a Martina —le dijo ella.

—Sí, mejor hablamos otro día —concedió Christos.

Él tampoco quería hacerla esperar, quería aprovechar cada segundo de aquella noche, sentirse un hombre «normal», aunque solo fuera durante unas horas.

—Un abrazo —se despidió Penélope.

—Un abrazo.

Christos colgó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta mientras se dirigía de nuevo a la mesa.

—Siento la interrupción —dijo, sentándose de nuevo.

Martina dejó el móvil a un lado y volvió a prestar su atención a Christos.

—¿Tu hermana está bien? —se interesó.

—Sí.

—Me alegro. Me cae bien —dijo Martina.

—Creo que tú a ella también —comentó Christos.

En realidad sabía que le caía muy bien. Al parecer Penélope había visto en Martina lo que él estaba empezando a ver ahora.

Martina sonrió.

—Por cierto, ¿qué te parece la música? —le preguntó a Christos, cambiando de tema.

—No es que no me guste Jamiroquai o Maceo Parker, pero mejor jazz que funk para amenizar la velada —opinó—. Además, así nos aseguramos de que no te arranques a cantar… —dejó caer, mirándola de soslayo.

—¿Qué te pasa con mi forma de cantar? —dijo Martina.

—Que lo haces fatal. ¿No sabes lo que es la afinación? —se burló Christos.

—¿Es que acaso yo no afino?

—No, Martina, no afinas nada en absoluto —dijo tranquilo—. Tu voz es igual que la de un gato atropellado por un cortacésped.

Martina entornó los ojos y lo miró desde el otro extremo de la mesa.

—Eres muy cruel, Christos Blair. No se le dice a una persona que no canta bien. No se le mata la ilusión de esa manera.

—No pensé que quisieras dedicarte a la ópera…

Martina puso expresión digna en el rostro y exhaló con pesadez.

—Nunca se sabe… —dijo, fingiendo que en algún momento, con lo mal que cantaba, se le hubiera pasado por la cabeza dedicarse a la música.

—No le hagas esa faena al mundo —dijo Christos.

Martina no pudo evitar que se le escapara una carcajada. Le encantaba aquel Christos desenfadado y divertido. Como le gustaba su sentido del humor inteligente y mordaz y el modo

en que la picaba, y cómo él respondía a sus piques también. Había mucha complicidad entre ellos en esos momentos.

CAPÍTULO 50

—¿Por qué decidiste ser fotógrafa? —le preguntó Christos, mientras daba buena cuenta de las patatas rellenas.

—Porque me gusta contar historias a través de las imágenes y porque la fotografía es magia —respondió Martina.

—¿Magia? Explícame eso —dijo con su voz resonante.

—Sí, es magia, y por supuesto, arte.

Martina hundió la cuchara en su patata y se metió el relleno en la boca. Tragó.

—Es la única forma que tenemos de detener el tiempo, de convertir algo en inmortal —dijo—. El instante que se captura con la cámara es una imagen que queda ahí para siempre. Eternamente así. Inamovible. El tiempo no para y nada es como era el minuto anterior, ni las personas ni los paisajes ni los objetos… Solo adquiere la cualidad de inmortalidad en una fotografía.

Christos reflexionó unos segundos.

—Nunca lo había visto así, desde esa perspectiva, pero tiene lógica —comentó—. Sí, tiene mucha lógica.

—Es en una imagen donde el tiempo pierde su poder, donde no tiene lugar, donde no tiene valor. El fotógrafo elige qué contar y cómo contarlo y de qué forma darle eternidad.

Christos se descubrió escuchando a Martina embobado. Hablaba con una poesía sobre la fotografía que hipnotizaba como el canto de una sirena.

—¿Qué te gusta fotografiar? —se interesó.

—Todo, creo que no hay nada en lo que no vea una imagen artística o un buen encuadre, y no

me imagino viviendo sin mi cámara, pero siempre busco comunicar algo —contestó Martina—. De una manera más profesional me gusta fotografiar lo que me llama la atención, lo que me mueve por dentro, lo que me hace pensar; aquello de lo que puedo contar una historia.

Martina se llevó otro trozo de patata a la boca y lo saboreó. Le gustaba que Christos la escuchara de la manera en que lo estaba haciendo. Provocaba que le bailaran mariposas en el estómago.

—Además, soy una fotógrafa clásica. En alguna ocasión he tenido la oportunidad de revelar fotografías a la vieja usanza, en un cuarto oscuro con la luz roja y todo el material necesario, y lo he disfrutado muchísimo —dijo, con un destello en los ojos.

—Supongo que lo de revelar fotos como se hacía antes está en desuso —comentó Christos.

Martina meneó la cabeza.

—Ya casi nadie lo utiliza, solo los que añoramos esa forma tradicional de hacer el revelado, y solo por capricho —contestó—. Ahora, con la digitalización de todo y las impresoras, se revelan los rollos fotográficos de forma automática, sin la intervención del fotógrafo. La tecnología ha hecho que se pierda esa parte profesional que a mí particularmente me encanta.

—El avance de la tecnología es muy bueno, por supuesto, pero es cierto que se ha llevado por delante ciertas formas de hacer las cosas y ciertas tradiciones que tenían encanto.

Cuando terminaron de comer los primeros platos, Martina se levantó de la silla y destapó el *triffle*. Encima de la capa de nata colocó con cuidado la velita para que no se hundiera en ella.

—Has pensado en todo —comentó Christos, que no dejaba de sorprenderse. Martina había cuidado todos los detalles.

—No sabía cuántos años cumplías, así que compré está vela que dice: «Muchas felicidades» para no meter la pata —dijo ella.

Christos sonrió.

—Cumplo treinta y cuatro.

—Treinta y cuatro primaveras ya… —Le miró de reojo.

—Sí, treinta y cuatro.

Martina cogió un mechero que había dejado sobre la mesa y encendió la vela.

—Ahora tienes que pedir un deseo y soplar la vela para que se cumpla —dijo, acercando el *triffl*e a Christos.

Christos iba a preguntarle si lo del deseo y lo de apagar la vela no era algo infantil, pero tomó la decisión de callarse. Se había prometido entrar en el juego, dejarse llevar por esa noche, después volvería a poner los pies en la realidad, y además no podía decir que no estuviera siendo una velada maravillosa.

Iba a soplar la vela cuando Martina lo detuvo.

—Pide un deseo.

—Ya lo he pedido —mintió Christos.

Martina torció el gesto.

—Te conozco, Christos, y sé que no lo has pedido —dijo.

Él la miró ceñudo. ¿Tanto lo conocía?

—Venga, cierra los ojos y pide un deseo —insistió Martina—. No tienes nada que perder. —Alzó un hombro.

—Está bien —dijo él, resignado.

Cerró los ojos y, siguiendo el consejo de Martina, lanzó al universo su deseo.

—Ahora sí —dijo Martina, satisfecha.

Christos se inclinó hacia delante y finalmente sopló la vela del *triffle*.

—Feliz cumpleaños, Christos. —Martina sonrió de oreja a oreja.

Aquella noche Christos se dio cuenta de que no había nada más bonito en el mundo que la sonrisa de Martina.

Jamás se lo confesaría a nadie, por esa superstición de que no se cumple si se dice, pero aquella noche, delante de aquel *triffle*, pidió como deseo no dejar de ver nunca su preciosa

sonrisa.

—Muchas gracias —le agradeció.

Martina partió un trozo de *triffle* y se lo sirvió a Christos. Seguidamente se echó otro pedazo en su plato.

—Pero antes… —dijo.

Martina se giró y fue en dirección a uno de los muebles del salón que había a su espalda, un aparador de madera oscura labrada que tendría un par de siglos mínimo. Bajo la atenta mirada de Christos, que observaba cada movimiento con expectación, se agachó, abrió las puertas que había en la parte inferior y sacó una caja de su interior.

Christos sonrió al verla acercarse con un regalo.

—No tenías que haberte molestado, la cena ya ha sido suficiente regalo —le dijo con sinceridad.

—Es una tontería. —Martina trató de restarle importancia—. No he tenido mucho tiempo para pensar qué regalarte, pero vi esto y pensé en ti… —dijo, tendiéndole el paquete a Christos.

Él lo cogió ciertamente emocionado. Parecía estúpido, pero se sentía como un niño. Apoyó la pequeña caja en la mesa y rasgó el papel de regalo.

Debajo había una caja azul marino. Ahora era Martina la que lo miraba con expectación. Christos abrió la tapa de la caja.

Martina lo vio sonreír cuando sacó de ella una bola de cristal. La miró detenidamente. Dentro, en una preciosa y precisa miniatura, estaban representadas las ciudades más importantes del mundo, entre ellas Londres.

—¿Te gusta? —le preguntó.

Christos agitó la bola y la nieve depositada en el fondo revoloteó en el aire.

—Me encanta —respondió.

—Ya que tú no sales al mundo, te he traído un poco del mundo aquí —dijo Martina. Sonrió y Christos le devolvió la sonrisa—. Y mira, tiene luz —añadió.

Pulsó un botoncito que la base de la bola tenía en un lado y el interior se iluminó con un resplandor azul.

La sonrisa de Christos se amplió. El borde de sus dientes empezó a juguetear con los labios, como si no supiera qué decir. Alzó los ojos y miró a Martina.

—Gracias.

—No es nada, Christos... No tienes que darme las gracias. —Martina se pasó la mano por la nuca—. Es una tontería... —Carraspeó—. Joder, si hasta me ha dado cosa dártelo —confesó—. Es algo que se regala a los niños pequeños.

—No es una tontería, deja de decir eso —replicó él.

Apoyó la bola en la mesa. Se levantó de la silla y fue hacia Martina, que se mordisqueaba el carrillo. En esos momentos dudaba que una bola de cristal fuera un regalo adecuado para un hombre como Christos Blair, un hombre que lo había tenido todo.

Él estiró los brazos en su dirección y la estrechó contra su cuerpo. Quería demostrarle que era el mejor regalo del mundo.

—No sé muy bien cómo agradecerte todo lo que has hecho esta noche —susurró.

Martina se hizo un hueco entre sus brazos y se acurrucó como si hubiera nacido para estar entre ellos. No era difícil. Christos era alto, fornido, enorme… Sentir sus grandes manos en su espalda mientras apoyaba la mejilla en su pecho era una sensación de otro mundo. Podría quedarse allí tres vidas.

—Te voy a manchar la camisa de maquillaje —dijo, separándose un poco.

—No importa, tengo un armario lleno —contestó Christos con despreocupación. Parecía reticente a deshacer el abrazo.

Martina se apartó unos centímetros de él con una sonrisa en los labios y le miró a los ojos. Seguía pensando que eran los más bonitos que había visto nunca.

—¿Le hincamos el diente al *triffle*? —preguntó.

—Sí, desde hace un rato se me está haciendo la boca agua —dijo Christos.

Se separaron y cada uno se sentó de nuevo en su sitio.

Sonaba *Unforgettable* de Nat King Cole en el portátil. Una balada de jazz que hablaba de un amor inolvidable, una de esas historias que hacen que se te erice la piel y que, para sorpresa de Martina, hizo levantar a Christos de la silla y dirigirse hacia ella para bailar juntos.

—¿Me concedes este baile? —le preguntó con caballerosidad.

Martina se quedó mirando su mano enguantada.

—No puedo tocarte —dijo.

—Acabamos de abrazarnos —le recordó él.

—Era solo para picarte —dijo Martina.

Christos sonrió.

—Ven —la invitó, haciendo una señal con los dedos.

Martina se incorporó de la silla con una sonrisa prendida en las comisuras y tomó su mano.

Christos la cogió y la atrajo hacia sí. Martina era elegante, cálida y tenía unas formas deliciosas. Ella puso la otra mano en su hombro y él la suya en su cintura. La parte inferior de la espalda se ajustó impecablemente a su extremidad. Y por si no fuera suficiente olía tan bien…

Martina se quedó sin respiración al contacto con el cuerpo de Christos. Su torso era fuerte y musculoso y se movía con agilidad. No bailaba nada mal.

Comenzaron a seguir el ritmo lento de la canción que llenaba el salón. Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Dios mío, eres altísimo —dijo.

Él se echó a reír, halagado.

—¿Te doy miedo? —le preguntó.

—Nunca me has dado miedo, Christos. Ni siquiera cuando lo único que hacías era soltar gruñidos y hablar oculto entre las sombras.

Christos la observó. No había miedo en sus ojos cuando lo miró. Había una mezcla de

admiración y asombro, y algo así como fascinación.

Ninguna mujer lo había mirado nunca de aquella forma. Ni siquiera cuando no estaba desfigurado, y eso que había sido el centro de atención de los ojos de muchas.

—Ojalá nunca dejaras de mirarme como lo estás haciendo ahora —dijo con anhelo.

—¿Y cómo te estoy mirando ahora? —le preguntó Martina.

—Como si solo yo tuviera todas las respuestas del universo —contestó Christos.

Martina sonrió de una forma deliciosa.

—Nunca dejaré de mirarte como si solo tú tuvieras todas las respuestas del universo —dijo.

Christos le devolvió el gesto, le sonrió, y se juntó un poco más a ella para sentir el calor de su cuerpo.

Su mano era pequeña dentro de la suya, muy delicada, y aunque nada parecía estar en su lugar, aunque nada parecía ajustarse a él, la mano de Martina sí lo hacía dentro de la suya. Encajaba perfectamente, como si estuviera hecha para tal fin.

Body and Soul, interpretada por Tony Bennet y Amy Winehouse desplegó sus notas por el aire. Los dos se quedaron pensando en la letra de la canción, que habla de la entrega completa del alma cuando nos enamoramos y de que, cuando no es recíproco, cuando no es correspondido, el amor se destruye.

Continuaron bailando durante un rato, dando vueltas y vueltas por el salón sin hablar, dejando que los cuerpos se mecieran lentamente al son de la música.

La noche era perfecta y estaba envuelta en un ambiente íntimo y sensual; en un insólito encantamiento exclusivamente suyo y que dejaba al resto del mundo fuera. Las pequeñas cascadas de luces creaban un efecto mágico y de fantasía, como si estuvieran rodeados de centenares de estrellitas en medio de la oscuridad.

Christos sujetaba a Martina entre sus brazos como si fuera de fino cristal, como si en cualquier momento se fuera a esfumar.

—¿Qué estás tratando de hacerme, Martina? —murmuró bajito con voz profunda, pegado a su oído.

Fuera lo que fuera, parecía que no tenía escapatoria.

Y en ese instante, Christos se permitió sentir todas aquellas cosas que no se había permitido sentir hasta entonces y a las que no quería poner nombre porque lo asustaban. No quería pensar en el futuro, solo dejarse llevar por las sensaciones del momento.

CAPÍTULO 51

Martina sintió un escalofrío, pero no dijo nada. Se limitó a mirarle. Los ojos de Christos brillaron con un destello masculino. Era tan atractivo…

A Martina le dio un vuelco el corazón. Un remolino de emociones empezó a revolotear en su estómago. Todo era de pronto demasiado grande y demasiado peligroso. Se sintió como si un tornado la engullera. A pesar de todos sus esfuerzos por acallarlo, lo que sentía era difícil de gestionar en su interior y amenazaba con desbordarse, como una bañera a punto de rebosar.

Pero entonces Christos se inclinó y la besó con dulzura, y Martina se olvidó de todo cuando sus labios se juntaron.

—Seguro que esta celebración no tiene nada que ver con las que hacías antes —dijo ella con modestia cuando sus bocas se separaron.

—Tienes razón, no tiene nada que ver, esta es muchísimo mejor —aseveró Christos.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mí esta noche —fue la respuesta de él—. Me has hecho sentir otra vez como un hombre y no como una bestia.

Martina extendió el brazo y le apartó un mechón de pelo de la frente mientras le miraba con ternura en los ojos.

—Es que no eres una bestia. Eso es lo que tienes que entender —dijo.

Fue descendiendo la mano y le acarició la parte de la cara que no cubría la máscara. Él dejó escapar un suspiro queda mientras ladeaba la cabeza y se recreaba en la caricia. ¿Cuánto hacía que no lo acariciaban? ¿Cuánto hacía que no sentía el calor de las manos de una mujer sobre su

piel?

Martina cogió su rostro entre las manos y lo besó. Sus labios hambrientos chocaron con los de Christos. Sus lenguas empezaron a bailar cálidamente dentro de las bocas mientras le sostenía la cara.

Christos la agarró de las caderas y la pegó a él. Martina sintió que se endurecía contra su vientre.

Unos segundos después notó que se le mojaban las bragas. ¿Cómo podía Christos excitarla tanto? Óscar jamás la había puesto tan cachonda. Jamás la había llevado a ese límite.

El beso se volvió más posesivo, más exigente. Las lenguas chocaban una con la otra. Christos atrapó el labio inferior de Martina con el borde de los dientes y tiró de él.

Cómo besaba, joder, pensó Martina.

—Te dije que dejaras de pensar en mí —le recordó él con voz aterciopelada.

—No puedo —contestó Martina—. Y tú, ¿puedes dejar de pensar en mí?

Se quedaron unos segundos serios mientras se miraban a los ojos.

—No —confesó Christos.

Martina sintió que los latidos del corazón se le disparaban dentro del pecho. Casi podía oír el sonido que hacían al golpear las costillas.

Christos se lanzó a su cuello y comenzó a besarlo. Bajó la boca por el escote dejando una retahíla de mordisquitos. Por encima de la tela del vestido le acarició los pechos y Martina se revolvió contra él.

Acto seguido trató de bajarse la cremallera del vestido, pero Christos la detuvo.

—Permíteme, por favor —dijo con voz impostada.

Christos llevó las manos a su espalda.

Martina advirtió que estaba apretando la mandíbula, indicio del esfuerzo que estaba haciendo para controlarse.

—¿Ahora te has vuelto un caballero? —ironizó, picándole.

—Si por mí fuera te arrancaría el vestido a dentelladas, pero no quiero que termine hecho

jirones, es muy bonito —dijo él, bajándole la cremallera.

Martina rio.

El vestido se deslizó hasta la cintura, y después cayó vaporosamente hasta el suelo, formando una cascada dorada alrededor de sus pies.

Martina se quedó solo con unas braguitas de encaje, porque el cuerpo del vestido era tipo corsé y no necesitaba llevar sujetador.

—Eres maravillosa con el vestido, pero sin él, joder, eres un puto espectáculo —dijo Christos.

Martina curvó los labios en una sonrisa, aunque sus mejillas se habían teñido de rubor.

Christos cubrió sus pechos con las manos, esta vez sin tela de por medio. Luego inclinó la cabeza y le besó la clavícula. Entonces, atrapó uno de los pezones con los labios. Martina se arqueó instintivamente, aguantando la respiración para no gemir. Una corriente de placer le recorrió el cuerpo como si fuera líquido caliente.

La mano masculina se deslizó por el vientre, hasta abrirse paso dentro de las braguitas. La sensación de los dedos en su sexo empezó a atormentarla. No quería derretirse bajo su toque tan rápido, pero estaba a punto. Martina se preguntó si alguna vez desaparecería el efecto que Christos Blair tenía sobre ella.

Él la sorprendió poniéndose de rodillas. Se inclinó y le besó la suave piel de debajo del ombligo. Después le dio un fuerte lametazo al clítoris por encima de las braguitas de encaje. Martina creyó morir.

Seguidamente Christos tomó el borde de la prenda y la deslizó despacio por las piernas. Martina se sujetó con una mano en su hombro y levantó los pies para que se la quitara. Él las lanzó a un rincón sin poner mucho cuidado.

Ella sintió un escalofrío de anticipación. Iba a decir algo, pero cuando la lengua de Christos encontró su clítoris, sus palabras se convirtieron en un gemido.

«Dios Bendito».

Le flaquearon las piernas al sentir la lengua metida en su vagina. Sus músculos sufrieron un espasmo.

—Oh, joder…

Bajó la mirada.

La parte del rostro que no cubría la máscara de metacrilato mostraba una expresión de profundo deleite, como si su sexo fuera lo más sabroso que Christos hubiera probado en su vida. Tenía los ojos cerrados y la mandíbula se meneaba con los movimientos de la lengua dentro de ella.

Se escuchaba *Fly me to the moon* en la voz de Frank Sinatra.

A la luna la estaba llevando Christos a Martina con su lengua. En ese momento ella estaba descubriendo el significado de combustión espontánea.

—Christos… —musitó su nombre como una plegaria.

Él apretó el rostro contra su sexo, introduciendo más hondo la lengua y se restregó contra los muslos. Martina sintió el áspero tacto de la barba que le estaba empezando a nacer sobre la piel y se estremeció cuando un escalofrío de placer viajó por su columna vertebral.

Christos iba a devorarla.

Qué puta locura.

—Fóllame —le pidió, porque necesitaba sentirlo dentro.

—Aún no he acabado —dijo él.

—Si no me follas ahora mismo, te juro que te mato —susurró Martina con exigencia.

Christos se incorporó con una sonrisa en la cara. Tenía los labios brillantes de la humedad de ella.

—Eres un poco impaciente, ¿no crees? —le preguntó Christos con los ojos entornados.

—¿Solo un poco? —Martina le rodeó el cuello con los brazos y se lanzó a su boca. Sus labios tenían un gusto salado, que ella saboreó con delectación.

Christos la cogió de la cintura y la levantó. Martina enroscó las piernas en sus caderas y fueron besándose hasta la mesa, donde Christos la sentó.

—¿No crees que tienes demasiada ropa? —le preguntó Martina con ojos lascivos. Ella estaba completamente desnuda.

—De eso me ocupo ahora mismo —respondió él, colocado entre sus piernas.

Mientras se quitaba la chaqueta del traje, Martina le desabrochaba el cinturón y el botón del pantalón. Christos se deshizo de ellos de un par de patadas. Alzó las manos y se quitó la pajarita.

Martina había empezado a desabotonarle la camisa por la parte superior. Lo hizo por inercia, ni siquiera se paró a pensarlo, pero él le cogió la mano y la detuvo.

—Hasta aquí, Martina —dijo.

Se pusieron serios unos instantes mientras se miraban a los ojos. Los de Christos se habían oscurecido y observaban a Martina con expresión cautelosa. Algunos mechones de pelo le caían por la frente de forma desordenada. Ella asintió con una sonrisa sin despegar los labios.

Había que jugar con sus reglas.

No iba a presionar a Christos. No tenía ninguna razón para hacerlo. Estaba ganando terreno poco a poco y, aunque era un proceso lento, los pasos que estaba dando eran firmes y confiaba en que dieran buen resultado.

Lo atrajo hacia sí y lo besó.

Christos le separó más las piernas, se cogió la erección con la mano y un instante después de tantear la entrada, le metió la polla de golpe hasta el fondo.

—¡Sí, joder! —gritó Martina agarrada a su cuello, como si por fin hubiera tocado el cielo.

Christos gruñó cuando sintió las paredes de su vagina acogiendo la longitud de su miembro. Eran suaves y cálidas, y estaban tan apretadas que casi dolía. Podría quedarse allí toda la eternidad.

Sí, toda la eternidad.

Salió, respiró hondo, y volvió a embestirla profundamente. Martina se arqueó con un jadeo que inundó todo el salón.

Christos se apoyó con las palmas de la mano en la mesa, donde todavía estaban las sobras de la cena, y cogió ritmo. Ella le siguió. No era difícil porque parecían estar hechos para follar el uno con el otro.

Ninguno de los dos era ya consciente de qué canción sonaba en la *playlits* del portátil. La

melodía de gemidos, jadeos y respiraciones entrecortadas que se alzaba en el aire llenaba la estancia.

—Me vuelves loco, joder —masculló Christos entre dientes, al tiempo que se hundía de nuevo en ella.

—Yo ya me he vuelto loca por ti —musitó Martina, jadeante.

Martina le sujetó el rostro y le besó mientras él se movía frenéticamente sobre su cuerpo. Los dientes chocaron y las lenguas apenas se mantenían dentro de las bocas. Cualquiera que los hubiera visto hubiera pensado que querían devorarse.

Unos minutos después se estaban corriendo.

Christos echó la cabeza hacia atrás y liberó un fuerte gemido mientras se vaciaba dentro de Martina con un fuerte empujón.

Ella se fue entre gritos, coreando su nombre. Fue un orgasmo tan intenso que no se le volvieron los ojos del revés de milagro.

Christos empezó a mover las caderas despacio, dibujando un movimiento circular con ellas hasta que el cuerpo de Martina dejó de estremecerse.

Saciados, se abrazaron y se mantuvieron así un rato (Christos dentro de ella), compartiendo aliento y el calor que desprendían las pieles.

CAPÍTULO 52

Martina estiró los brazos para desperezarse. Dios, volvía a dolerle todo el cuerpo. Tenía agujetas hasta en los párpados. Christos y ella se habían pasado la noche follando como animales. Nunca parecían cansarse. Lo habían hecho de todas las formas humanamente posibles, hasta acabar en la habitación de Martina.

Christos Blair era un dios del sexo. Hablaban un rato mientras reponían fuerzas y volvían a empezar, y así una y otra y otra vez. Se había corrido tantas veces que había perdido la cuenta. La noción del mundo. De todo lo que no fuera Christos. Cuanto más estaba con él, más quería estar.

Era normal que en Londres las mujeres se mataran por estar con él. ¿Quién no querría un amante así?

Sintió una pequeña punzada de dolor en el hombro. Arrastró la mirada hasta él y vio la marca de los dientes de Christos sobre la piel.

Joder, lo que le gustaba morderla. Siempre terminaba con el dibujo de sus dientes en algún lado, como si fuera una marca de posesión.

Se colocó bocarriba y sonrió mirando al techo.

No iba a decir a esas alturas de la película que no le gustaba que la mordiera.

La verdad es que la noche había salido mejor de lo que hubiera esperado. Había acudido al salón pensando que Christos no iba a ir y sin embargo la estaba esperando ya dentro. Había sido toda una sorpresa. Casi más que la de él al ver todo lo que Martina le tenía preparado.

Habían cenado, habían charlado, habían reído, habían bailado y habían follado como si no

hubiera un mañana. En resumidas cuentas, habían aprovechado bien el treinta y cuatro cumpleaños de Christos.

Al amanecer, cuando las primeras luces despuntaban en el horizonte, Christos se había despedido de ella con un beso en los labios y se había ido a correr. A él todavía le quedaba energía, pero ella estaba que no podía con el culo.

Martina se retrepó en el colchón con una de esas sonrisillas tontas que cuesta borrar de la cara, se tapó la cabeza con el edredón y se quedó un rato más en la cama.

Christos notaba el olor del salitre del mar en el aire y escuchaba el clamor de las gaviotas sobre su cabeza, mientras le comía kilómetros a la playa. Sus pies iban dibujando el camino en la impoluta arena que lamía el vaivén hipnótico de las olas.

Tenía todos los sentidos despiertos, expectantes a cualquier estímulo exterior.

Le dio la sensación de que el olor del mar era más intenso, el agua más cristalina y los colores del amanecer más vibrantes, como si fuese verano o como si hubiera desaparecido el velo gris que cubría su mirada.

Se paró en mitad de la playa y por primera vez se bajó la capucha de la sudadera, dejando al descubierto su rostro devastado. Cerró los ojos y disfrutó de todas las sensaciones que lo rodeaban sin pensar en nada.

No se sentía tan en paz desde… nunca. Analizando su vida a grandes rasgos, nunca se había sentido tan en paz como en aquel momento.

Y era maravilloso.

Y todo era gracias a Martina.

Jodida Martina… Ella no era consciente de la fuerza con la que había sacudido su vida.

Christos abrió los ojos.

El cielo estaba pintado de encendidos trazos de tonos naranjas que parecían haber sido dados

con un pincel por una enorme mano invisible, recortando contra el bello lienzo el escarpado contorno del vertiginoso acantilado que se alzaba a lo lejos.

La brisa soplaba, agitándole ligeramente los mechones de pelo que le caían por la frente.

Jamás hubiera pensado que su llegada al castillo fuera a cambiarle del modo en que lo había hecho. ¿Quién se lo iba a decir a él cuando la vio en el vestíbulo con su maleta verde lima?

Pensaba que se desharía de ella en unos pocos días, como había hecho con las anteriores asistentes que le había enviado su hermana, pero con Martina no había podido. Ella había sido más tenaz en quedarse que él en lograr que se fuera.

Pero así era ella: obstinada, cabezota y valiente, porque había que ser valiente para enfrentarse a Christos Blair como lo había hecho ella al principio.

Y ahora solo pensaba en besar cada centímetro de su piel, en sus piernas abrazándolo por la cintura mientras le hacía gritar su nombre de placer.

No estaba seguro de poder seguir con su idea de alejarse de ella.

Pero no solo eso, le estaba provocando replantearse cosas que hasta ese entonces no se había replanteado, que hasta ese entonces se había resignado a no tener, y ahí radicaba el peligro de Martina y de lo que sentía Christos.

No estaba preparado para salir al mundo. Llevaba más de seis años vagando por las sombras, perdido en ellas; viviendo como un ermitaño en un castillo en un lugar extremadamente remoto de Escocia, sin contacto con nadie. Enfrentarse a una vida «normal» le daba pánico, sobre todo con su aspecto.

Por mucho que Martina le gustara, no cambiaba el hecho de que ya no era el Christos de antes. La mitad de su cara estaba devastada por unas terribles cicatrices. El motivo que lo había llevado hasta ese lugar no había cambiado, seguía ahí, y no iba a cambiar.

De repente, aquella paz que sentía se desvaneció, y volvieron otra vez los miedos, las inseguridades; volvió otra vez la oscuridad… Y recordó el otro motivo que lo había llevado hasta un paraje solitario de Escocia más allá de las cicatrices: su capacidad infalible para destruir todo lo que tocaba, para hacer daño a la gente que lo rodeaba.

Martina se empeñaba en decir que él no era una bestia, pero no era cierto. Christos Blair tenía más de monstruo de lo que Martina creía.

Esa era la verdad. Latía en su interior como si tuviera vida propia, y estaba seguro de que lo que había dentro de él destruiría a Martina como había destruido a todas las personas que estaban en su vida y como lo había destruido a él mismo.

Y Martina no se lo merecía. No se merecía estar con un hombre como él.

Apretó los dientes.

Sin dejar de mirar al horizonte, se puso de nuevo la capucha de la sudadera en la cabeza y echó a correr de vuelta al castillo.

Cuando entró por el patio trasero, en la cocina olía a café recién hecho y a tostadas. El estómago le rugió como si tuviera un león dentro que llevara sin comer una semana. Entonces cayó en la cuenta de que no había desayunado.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Martina, que le sintió cuando se dirigía a la escalera del servicio, por la que habitualmente subía y bajaba Christos.

—La verdad es que sí —contestó él.

—Pues el desayuno está listo.

—Antes me quiero duchar.

Martina se dio la vuelta y se dirigió a Christos con paso resuelto y con una taza de café y una tostada y le puso una cosa en cada mano. Después se colocó de puntillas y, aunque no le veía el rostro, atinó a darle un beso corto en los labios con la mayor naturalidad del mundo. Un gestó que a él le encantó tanto como le sorprendió por lo inesperado.

—¿No tienes agujetas? —le preguntó Martina. Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la encimera donde estaba preparando las cosas—. Yo tengo hasta en los párpados —añadió.

Christos sonrió.

—Yo estoy acostumbrado a hacer ejercicio todos los días —comentó.

Martina suspiró.

—Supongo que me convendría hacer algo más de ejercicio —dijo, reflexionando sobre ello.

—No es mala idea.

Christos dio un bocado a la tostada.

—No lo es si quiero evitar que me salgan estas horribles agujetas cada vez que follamos —repuso Martina.

—Con mucha práctica también dejan de salir… Yo puedo ayudarte en eso —dijo Christos con voz maliciosa.

Martina sonrió.

—Me seduce más la forma que sugieres tú de evitar que me salgan agujetas que la de machacarme en el gimnasio —repuso.

—Es mejor mi método, sin duda.

—Por cierto, ¿siempre tienes que dejarme el dibujo de tus dientes en alguna parte del cuerpo? —le preguntó Martina, bajándose un poco la manga del jersey para dejar al descubierto el hombro donde tenía la mordedura—. La primera vez me lo dejaste en el culo, entre otros tantos sitios.

Christos observó el círculo rojizo que le habían provocado sus dientes en la piel. Bebió un sorbo de café.

—Digamos que es… la marca de *la bestia* —afirmó como si tal cosa.

Martina lo miró de reojo desde el otro lado de la cocina.

—¿Así que la marca de la bestia? —repitió.

—¿No me digas que no te gusta que te marque mientras te follo? —le dijo él con mordacidad —. No recuerdo haber oído quejarte cuando te mordía.

Martina se mordisqueó el labio.

Sí, le gustaba. Claro que le gustaba. Era parte de la pasión del momento, y Christos lo sabía.

—No te gires —le ordenó de pronto él.

—¿Qué? —preguntó Martina, confusa. No sabía por qué se lo decía ni qué iba a hacer.

—No te gires —volvió a decir Christos con voz rasposa.

CAPÍTULO 53

Martina se mantuvo quieta, sin moverse, con la mirada al frente, puesta en una de las ventanas que tenía la cocina, tal y como Christos le había pedido.

Él se acercó despacio por detrás. Cuando la alcanzó se pegó a ella. Martina sintió de inmediato el calor que desprendía su cuerpo masculino.

Christos deslizó la manga del jersey por el brazo, se inclinó y depositó una retahíla de suaves besos en él círculo que habían dibujado sus dientes en el hombro.

—¿Te duele? —le preguntó con voz tierna a ras de piel.

Martina salió del trance en el que se había sumido mientras la besaba cariñosamente el hombro.

—No —contestó.

—Si te duele, tengo una pomada de heparina sódica en la habitación. Ayudará a bajar el moratón.

—Estoy bien, Christos. No hace falta —dijo Martina, tratando de mantener regular la respiración.

Se hizo un silencio entre ellos.

Christos acarició su nunca con la nariz y exhaló el cálido aliento sobre la fina piel. Martina sintió que se le erizaba todo el vello del cuerpo.

Él aspiró su aroma. Olía siempre tan bien. Era como estar en una perpetua primavera.

No había deseado nunca a nadie como deseaba a Martina. Hacía solo unas pocas horas que habían estado follando como animales y, sin embargo, él tenía ganas de ella otra vez, como si

llevara siglos sin tocarla.

—No te imaginas lo que te haría… —susurró en su oído.

Martina se estremeció con su voz grave y sensual, que la envolvía como una mano.

—¿Ahora? —le preguntó.

—Ahora y aquí.

Christos colocó las manos sobre la encimera, atrapándola entre esta y su cuerpo, y se pegó a ella. Martina notó de inmediato la dureza de su miembro en la parte baja de la espalda. El corazón comenzó a aporrearle el pecho. Joder, tenía la polla como una barra de acero.

—Por tu culpa estoy todo el puto día empalmado —le dijo Christos en tono ronco, dejando que su respiración le rozara la piel de la oreja.

Martina rio.

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el hombro de Christos mientras él colaba la mano por debajo del jersey de punto y le acariciaba la tripa.

Martina se sintió envuelta por su calor, por su fuerza, por la dureza de su cuerpo, por su olor…

Su olor…

Olía ligeramente al sudor que le había provocado la carrera, mezclado con el gel de la ducha que se había dado antes de salir. Lejos de disgustarla, para Martina fue como un afrodisíaco.

Christos enterró la cara en su cuello y se lo besó, al tiempo que movía la mano hacia abajo para acariciar su clítoris por encima del pantalón.

Martina cerró los ojos dejándose llevar, y suspiró de placer. Separó un poco más las piernas e instintivamente empezó a mover las caderas para aumentar la fricción.

—Dios del cielo… —musitó.

Christos se apretó más contra ella. El roce que las caderas de Martina provocaban en su polla lo hizo jadear. Estaba sin aliento.

Mientras la sujetaba de la cintura con la mano enguantada, con la otra le desabrochó el botón del pantalón y la deslizó en su interior.

—Madre mía, me has empapado los dedos —susurró.

—Me mojo en cuanto me tocas —dijo ella sin ningún pudor.

—Dios, eres la puta hostia. —Christos le mordisqueó el cuello.

Martina sonrió. Llevó la mano hacia atrás, la coló entre su cuerpo y el de Christos y le acarició la erección por encima de la fina tela del pantalón de deporte.

—¡Joder! —gimió él.

Apretó la mano con más determinación y la movió hacia arriba y hacia abajo pasándola por toda la longitud del miembro.

Christos había empezado a masturbarla con los dedos y Martina creía que se iba a derretir de placer. Gimió.

Abrió los ojos lentamente, como si estuviera en un sueño.

—Edward —dijo de pronto.

El estómago le dio un vuelco.

—¿Qué…? —masculló Christos, presa de la confusión.

—Edward… —repitió Martina.

¿A qué cojones venía decir el nombre de Edward en ese preciso momento?, pensó Christos. Menuda forma de cortarle el rollo.

—¿Por qué…? —empezó, pero Martina no le dejó acabar la pregunta.

—¡Joder, Edward viene para la cocina! —lo cortó, mientras veía por la ventana que tenían enfrente cómo el hombre atravesaba el patio trasero y se aproximaba a la cocina.

¡Mierda, estaba peligrosamente cerca!

Christos levantó los ojos y miró a través de la ventana.

—Me cago en la puta —maldijo, al ver que Edward se dirigía a la cocina.

Martina se enderezó de golpe, como si hubiera recibido un fuerte calambrazo, y soltó la polla de Christos. Nerviosa, no sabía qué hacer. Ni siquiera se percató de que él se había apartado de ella y de que se alejaba a trompicones hacia el vestíbulo. Martina agarró la manga del jersey y se la recolocó en el hombro.

Edward llamó un par de veces con los nudillos a la puerta y entró cuando terminaba de

abrocharse el botón del pantalón.

—Buenos días —dijo.

Martina carraspeó.

—Buenos… Buenos días —lo saludó, poniéndose detrás de la oreja un mechón de pelo de los que se le habían escapado del moño. Le temblaba todo.

Miró furtivamente hacia atrás por encima del hombro. No había ni rastro de Christos y eso hizo que respirara aliviada. Había salido cagando leches de la cocina con una erección de caballo entre las piernas. Martina no pudo por menos que sonreír, y se hubiera descojonado de la risa de no ser porque Edward hubiera pensado que se le había ido la cabeza.

—¿Quieres un café? —le preguntó, para tratar de disimular el rubor de la cara y el calor que sentía. Necesitaba una excusa para darse la vuelta y tratar de recomponerse—. Está recién hecho —añadió.

—Pues agradecería un café calentito, si no es mucha molestia —respondió Edward, ajeno a lo que casi había estado a punto de ver—. La niebla está empezando a bajar. —Se frotó las manos.

Se presentaba otro día frío y húmedo, pensó Martina.

—Siéntate. Ahora mismo te lo pongo —dijo—. Yo me iba a servir otro.

De hecho, iba a desayunar y a ingerir un número ingente de calorías para reponer toda la energía que había quemado durante la noche, antes de que Christos y ella empezaran a meterse mano como dos posesos.

Edward retiró una silla y se sentó a la mesa.

—¿Qué pasó al final anoche? —le preguntó a Martina, con esa complicidad que había surgido entre ellos desde que se habían conocido.

Ella sonrió mientras vertía el café en las tazas.

—Christos acudió a la cena —dijo en tono confidencial, mirando a Edward por encima del hombro.

Edward abrió ligeramente los ojos, sorprendido.

—Vaya… Eso sí que no me lo esperaba.

—Ni yo —dijo Martina.

—Me alegro de que cambiara de opinión. —Edward dio una pequeña palmada sobre la mesa. Sacudió la cabeza—. Blair puede ser un completo idiota cuando se lo propone. ¿Sabes que tuve una charla con él por la tarde?

—¿Una charla?

—Sí.

—¿Y qué le dijiste?

—Lo que te acabo de decir a ti ahora mismo: que era un completo idiota —respondió Edward.

—¿Le dijiste eso? —le preguntó Martina en tono de incredulidad, dejando una taza de café delante de él.

Edward los tenía bien puestos. Al final Christos no dejaba de ser su jefe.

Edward chasqueó la lengua contra el paladar y torció el gesto.

—Le conozco desde hace seis años y para mí es como un hijo… Me cabreó que me dijera que no iba a ir a la cena, después de las molestias que te habías tomado. —Martina se sentó frente a Edward con una taza de café y un plato de tostadas—. A veces se comporta como un niño malcriado, como el hombre que dice que era antes del accidente de coche —siguió hablando el hombre.

—Se dice que quien tuvo retuvo —apuntó Martina. Se llevó la taza a los labios y dio un sorbo del café—. Hasta cierto punto es normal que queden ciertas… reminiscencias de lo que un día se fue y de que estas salgan a la superficie.

Cogió una tostada del plato, hundió el cuchillo en el bote de la mermelada de arándanos y la untó en ella.

—Pero no podemos regodearnos en el sufrimiento constantemente. Me cuesta decirlo, pero es lo que ha estado haciendo Blair durante todos estos años. deleitándose en su dolor.

Martina dio un mordisco de la tostada, reflexionando sobre las palabras de Edward.

—Se castiga. Eso es lo que está haciendo aquí, castigarse.

Edward frunció el ceño.

—¿Castigarse?

—Vino aquí para aislarse de todo, y se aisló de todo salvo del sufrimiento. Este castillo no es más que un mausoleo en el que pagar su condena.

CAPÍTULO 54

«A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan sobre lo esencial del mismo. Nunca se les ocurre preguntar: ¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas? Pero en cambio preguntan: ¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre? Solamente con estos detalles creen conocerle.»

Martina se encontraba leyendo un fragmento de *El Principito* tumbada encima de la cama. Eran innumerables las veces que había leído el clásico de Antoine Saint-Exupéry. Sin duda se puede decir que era uno de sus libros favoritos. Pero la edición que tenía en ese momento entre las manos y que había cogido de la biblioteca de Christos era la más especial hasta ese entonces.

Pasaba la siguiente página con mucho cuidado para continuar con la lectura cuando le sonó el móvil. Alargó el brazo sin apartar los ojos del libro y palpó con la mano la mesilla de noche hasta dar con él.

Quitó la vista del libro y miró la pantalla. Era Blanca, y seguramente Alba, porque siempre estaban juntas cuando la llamaban.

—Hola —saludó al descolgar.

—Hola, guapa —respondieron las chicas al mismo tiempo.

Martina se giró en la cama y se puso bocabajo. Levantó las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos como lo hacía cuando era adolescente y se tiraba horas hablando con sus amigas.

—¿Sabéis que tengo en mis manos la primera edición de 1943 de *El Principito*? —fue lo

primero que les dijo—. ¡Una primera edición, chicas! —exclamó, entusiasmada—. La obra cuenta con una serie de dibujos hechos a acuarela por el propio autor. Es una pasada.

—Seguro que estás flipando en colores —dijo Blanca.

—No lo sabéis bien. La biblioteca de Christos es la habitación de los tesoros.

—Todo eso de que estás leyendo la primera edición de *El Principito* y de que tiene dibujos hechos por el propio autor está bien, de verdad que sí, pero nosotras te llamamos para ver qué tal fue anoche —intervino en la conversación Alba.

Martina puso los ojos en blanco.

—No os andáis por las ramas, ¿eh?

—Nos conoces, no nos gusta perder el tiempo —repuso Blanca.

—Hablar de la primera edición de *El Principito* no es perder el tiempo —dijo Martina.

Cerró el libro con cuidado y lo dejó como si fuera de cristal encima de la mesilla.

—Para ti no lo es, pero a nosotras nos da un poco igual —dijo Alba, con la confianza que le otorgaba tantísimos años de amistad.

Martina cabeceó con pesadez, resignada. Adoraba a sus amigas, pero estaba claro que el gusto por la lectura no era algo que tuvieran en común.

—A veces no puedo con vosotras —bromeó.

—Anda, dinos, ¿al final Christos se presentó a la cena o no? —le preguntó Alba con mal disimulada impaciencia.

Aquella era la pregunta del millón. No había nadie que no quisiera saber qué había pasado.

—Sí, de hecho, estaba ya en el salón cuando entré —contestó Martina.

—Madre mía, hubiera matado por ver la escena… —dijo Alba—. Tú entrando con tu precioso vestido amarillo en el salón y él girándose…

—No esperarías que estuviera allí —conjeturó Blanca.

—No, fue una sorpresa para mí. Cuando abrí las puertas y lo vi esperándome al fondo… Creí que me daba un infarto. Os lo juro. Se puso un elegantísimo traje negro que le quedaba como un guante. La americana era de estas que tienen las solapas de raso —les explicó detalladamente—,

y llevaba pajarita. Joder, estaba guapísimo —dijo, al recordarlo.

—¿Se puso la máscara como le sugeriste? —preguntó Alba.

—Sí, y me dio un puto morbo que no veáis. Yo creo que me faltó poco para correrme cuando se dio la vuelta y lo vi —contestó Martina—. Encima el tío es muy alto y, bueno, súper atractivo. La parte del rostro que no tiene dañada es… perfecta. Para mí es que es perfecto. Lo mire como lo mire.

—¿Y cómo fue la noche? —preguntó Blanca.

—Pues… genial. —Martina se encogió de hombros—. Os mentiría, chicas, si os dijera lo contrario. Cenamos, hablamos, bailamos y…

—Follasteis como animales en plena época de apareamiento —la interrumpió Blanca.

A Martina se le escapó una sonrisilla maliciosa.

—Sí, follamos como si no hubiera un mañana —afirmó—. Creo que no quedó una postura del Kama-sutra que no probáramos.

—La madre que os parió —saltó Alba.

—Fue genial, de verdad… —Martina se puso seria—. Hablamos de un montón de cosas, nos reímos, nos gastamos bromas, y bailamos canciones románticas de jazz… —hablaba como si lo estuviera reviviendo—. No sé dónde nos va a llevar esto, pero me encantó lo que compartimos anoche… Me encantó, me encantó, me encantó… —repitió una y otra vez—. Christos es muy especial, aunque él no sea consciente de ello.

—Cariño, sabes que estás enamorada de él hasta las trancas, ¿verdad? —dijo Blanca.

Martina se mordió el labio.

—Sí, lo sé —contestó.

—¿Y él qué siente, Martina? —preguntó Alba.

Martina volvió a encogerse de hombros.

—No le soy indiferente, eso lo tengo claro, pero no sé qué puede sentir por mí. Ayer me dijo que ojalá nunca dejara de mirarle como lo miraba. —Hizo una pequeña pausa—. A veces creo que es un «quiero, pero no puedo» —dijo—. No sé si son las cicatrices lo único que nos separa o

hay algo más... Piensa que cuando le vea el rostro lo voy a mirar con asco y que voy a salir huyendo como hicieron sus amigos y Ashley, la chica esa con la que salía cuando tuvo el accidente.

—Yo entiendo que tenga miedo, que oculte recelos hacia la gente —habló Blanca con sensatez, que ya no tenía entre ceja y ceja a Christos como al principio, o no tanto—. Las malas experiencias nos sirven de escarmiento. En base a lo que vivimos tratamos de evitar pasar por lo mismo. Es un mecanismo de defensa. A todos nos sucede. No todas sus cicatrices están en la piel.

—Pero yo no soy como Ashley —aseveró Martina—. Yo no voy a reaccionar como ella. A mí Christos me gusta con cicatrices, sin cicatrices y hasta sin dientes.

Alba y Blanca rieron.

—Pero es normal que desconfíe —dijo Alba, apoyando las palabras de Blanca—. Lo que le hicieron sus amigos y su novia no tiene nombre. ¿Con qué clase de gente se juntaba? —se preguntó.

—Pues él creía que con lo mejorcito de Londres, pero estaba equivocado —contestó Martina —. Christos vivía en un mundo de apariencias y después del accidente descubrió realmente de qué pasta estaba hecha la gente de la que se rodeaba.

—De una muy mala —apuntó Alba.

—Yo jamás os dejaría si a vosotras os ocurriera lo que le ocurrió a él —afirmó Martina.

—Ni yo —se apresuró a decir Blanca—. Al contrario, estaría con vosotras a muerte.

—Y yo —dijo Alba—. Para mí es impensable hacer algo así. Me parece muy rastrero abandonar a un amigo en el peor momento de su vida, cuando más te necesita.

—Lo que Christos tenía con esa gente no era verdadera amistad, como no era amor lo que sentía Ashley por él, porque si no, no le hubiera dejado.

—Y lo de ir a una clínica a abortar… No sé, es todo un poco sórdido —comentó Blanca.

—Solo estaban por interés, tanto los amigos como Ashley, como ocurre a veces en ese mundo —dijo Martina—. Pero en el fondo es gente egoísta que solo piensa en ella misma y a la que

todos los demás les dan igual.

—Lo mejor que se puede hacer con ese tipo de personas es patadita en el culo y si te he visto no me acuerdo —aseveró Blanca.

—Totalmente de acuerdo. Lo mejor que le pudo pasar a Christos es que esa gente se alejara de él. ¿Para qué quieres tener en tu vida a alguien así? —se preguntó Martina.

—Para nada —ratificó Blanca.

—Yo creo que con Christos debes tener paciencia, Martina. Lo hemos hablado ya, y es lo único que parece que funciona con él —dijo Alba.

Martina jugueteó con un mechón de pelo, enrollándoselo en el dedo.

—Sí, la verdad es que voy ganando terreno con él, aunque sea con pequeños pasos —tomó de nuevo la palabra—. Acordaos que al principio no había forma de que saliera de su guarida. Era como un vampiro.

—Blanca decía que era el Conde Drácula —rio Alba.

—¿No me digáis que no parecía su reencarnación? —bromeó ella.

—Desde luego que sí —contestó Martina, dándole la razón—. Esto estaba tan oscuro que pensaba que en cualquier momento me toparía con una bandada de murciélagos.

Alba y Blanca estallaron en una risotada.

—Comparado con el modo en que vivía cuando llegaste al castillo, que parecía un monje tibetano, lo de anoche es poco menos que un milagro —dijo Alba.

Martina suspiró. Era un gran paso, sí, pero para ella seguía sin ser suficiente. Quería más. Necesitaba más.

—Me gustaría que Christos entendiera que fuera de este castillo hay un mundo lleno de posibilidades, también para él.

CAPÍTULO 55

—Jaque —dijo Christos.

Martina observó en silencio la jugada que acababa de hacer su adversario y frunció el ceño. Tenía pocas posibilidades de salir victoriosa.

—¿Qué te pasa esta noche? —le preguntó él con una ceja arqueada—. Es la cuarta vez que te hago jaque.

«Que no paro de pensar en ti», se dijo para sí misma Martina.

—Estoy algo espesa, como se puede ver… —contestó con su buen humor de siempre.

Martina estaba terminando de leer *El Principito* sentada en el sillón de la biblioteca cuando entró Christos con dos copas de vino tinto y le preguntó si le daba la revancha de la primera partida de ajedrez que habían jugado y que había perdido.

En realidad lo que quería era estar con Martina. La excusa era lo de menos. ¿Qué más daba si era para jugar una partida de ajedrez, beber una copa de vino o simplemente hablar? Desde el cumpleaños la necesidad de estar con ella se había acrecentado, o quizá lo que había sucedido es que se había reconocido a sí mismo que le gustaba su compañía.

Aunque era consciente de que no era un hombre que ella se mereciera (pensaba que Martina era demasiado buena para él), carecía de la fuerza para alejarla y, a esas alturas, también para negarse que tal vez se hubiera enamorado de ella.

No se merecía que Martina lo mirase del modo que lo hacía, no se merecía que hubiera preparado para él aquella maravillosa cena de cumpleaños que lo había hecho sentir como un hombre normal por unas horas. No se merecía que dijera su nombre de esa forma que lo hacía

estremecerse, mientras se hundía en ella buscando placer. No se merecía que quisiera salvarlo, porque él no tenía salvación. No, no se merecía nada de aquello, pero no tenía la voluntad suficiente para hacer otra cosa que no fuera rendirse a ELLA y entregarse hasta que no quedara nada de él o hasta que Martina se diera cuenta de que era una bestia mucho peor de lo que se imaginaba.

No había otra opción. Otro camino.

Martina no pudo declinar la invitación. No es que quisiera hacerlo, que quede claro. Al contrario, nada le apetecía más que estar con Christos.

Dejó el libro a un lado y aceptó la copa de vino que le ofrecía.

Tras dar un sorbo, se sentaron en la mesa en la que estaba el tablero de ajedrez.

—Si quieres lo dejamos para otro momento —sugirió Christos, desde las sombras que caían sobre él y que ocultaban su rostro.

—No, tal vez… —Martina estudió detenidamente la posición que tenían las piezas—…. no esté todo perdido todavía —dijo, aunque la cosa pintaba bastante mal, a decir verdad.

Christos sonrió de medio lado.

Martina cogió el rey y lo movió a la casilla de la derecha para librarlo de la inminente amenaza del alfil de Christos.

Él le lanzó una mirada por debajo de la densa línea de oscuras pestañas.

—¿Nunca te das por vencida? —le preguntó.

—Nunca —aseveró ella sin titubear—. Es la perseverancia la que muchas veces logra que consigamos las cosas —añadió sin dejar de mirar el tablero.

Christos cogió la copa con un gesto elegante de la mano que cubría el guante y dio un sorbito de vino.

—Admirable —dijo.

Naturalmente Martina no se iba a rendir con tanta facilidad. Eso lo sabía bien Christos, si no, no sería Martina Ferrer, sería alguien que se hubiera metido en su cuerpo y que le estuviera suplantando la personalidad.

Ella le sonrió.

Christos avanzó una casilla con el único peón que le quedaba. Tenía que andarse con cuidado, pensó para sus adentros. Las sonrisas de Martina lo desarmaban con más facilidad de la que le gustaría.

Martina hizo lo mismo con uno de los suyos. Era un movimiento muy aséptico, pero tenía que ganar tiempo para estudiar una estrategia que no la hiciera perder, o por lo menos no perder tan rápidamente.

No dejaba de pensar en Christos y él estaba aprovechando su falta de lucidez para darle una paliza.

Claro, que había otras formas de ganar tiempo…

Se descalzó, estiró la pierna por debajo de la mesa y comenzó a subir el pie por la espinilla de Christos, que en ese instante estudiaba su siguiente movimiento.

Él no se inmutó. Se limitó a levantar la vista del tablero y a mirarla con los ojos entornados. Martina continuó con su travieso periplo y le rozó el muslo con los dedos.

—¿Qué pretendes? —le preguntó él, aparentemente inmutable.

—¿Yo? Nada —respondió ella, con expresión de no haber roto un plato en su vida.

—Esa treta para distraerme del juego es una artimaña muy fea —dijo Christos.

Martina se mordió el labio.

—En el amor y en la guerra todo vale —replicó.

Subió un poco más el pie hasta alcanzar su objetivo; su miembro. Para su sorpresa, la polla de Christos había empezado a endurecerse. Pasó los dedos delicadamente por su longitud mirándolo con expresión pícara.

Christos metió la mano izquierda por debajo de la mesa, le atrapó el pie y, sin dejar de mirarla, empezó a acariciarse el pene con él por encima del pantalón. Martina notó cómo terminaba de ponerse duro mientras se masturbaba.

Christos devolvió un segundo la vista al tablero y con la mano sana movió un caballo.

—Tu turno —le dijo a Martina con la voz ligeramente ronca.

Ella bajó la mirada y estudió las posibilidades que tenía. Muy pocas.

Aumentó la fricción del pie y adelantó la torre. Christos trató de controlarse, pero se le escapó un jadeo. Martina sonrió con malicia.

Christos apenas era capaz de hilar un pensamiento coherente, mucho menos podía concentrarse para jugar al ajedrez. Martina se iba a salir con la suya, pero le dio igual.

—¡Maldita sea! —farfulló entre dientes, sin poder contenerse.

Se levantó como un resorte. Al hacerlo, golpeó con la pierna la esquina de la mesa y las piezas del ajedrez cayeron sobre el tablero. Algunas de ellas rodaron, de tal manera que no se sabía en que posición estaban colocadas.

Christos ni siquiera se molestó en mirar hacia atrás. La partida le importaba una mierda.

Buscó la mano de Martina, la cogió y tiró de su cuerpo para que se levantara de la silla. Ella lanzó un gritito por la sorpresa.

Una vez en pie, Christos la arrastró con él hasta el sofá de la biblioteca. La polla apenas le cabía en el hueco del pantalón y el roce de la dura tela vaquera incluso le estaba haciendo daño. Se movió para aliviar la presión.

—Tu jueguecito del pie te ha salido muy bien —siseó, empujándola contra el sofá.

Martina cayó sobre él mordiéndose los labios. Aquella era la «bestia» que le gustaba de Christos, la que la ponía mirando para Cuenca y hacía que se le volvieran los ojos del revés. Se había salido con la suya y además se llevaba un polvo de regalo.

—Desnúdate. —El tono de Christos era exigente.

Había sido una chica mala y Christos iba a darle su merecido. ¿Podía haber algo más excitante?

A Martina le encantaba que tuviera la necesidad de tocarla de aquella forma arrebatadora.

Se deshizo de la ropa mientras veía cómo él se quitaba las zapatillas y los vaqueros (lo único que se iba a quitar).

El fuego de la chimenea emitía un cálido resplandor anaranjado que contorneaba los rasgos de la parte del rostro que no estaba dañada, mientras que dejaba la otra sumida en la penumbra. Para

Martina no podía estar más atractivo.

Christos bajó la mano y deslizó los dedos por su sexo. Estaba empapada y ardiendo. Por él.

Le dio la vuelta, colocándola bocabajo y le sujetó las muñecas a la espalda con la mano enguantada, para asegurarse de que no lo tocara.

—Abre las piernas —le ordenó con rudeza.

Martina hizo lo que le pidió sin rechistar, y separó más las piernas. Christos la cogió de la cadera con la otra mano y la sujetó para que no se moviera.

—Christos, quiero… —masculló Martina.

—Sé lo que quieres, cielo —dijo—. Quieres esto —añadió, penetrándola de golpe al pronunciar la frase.

Martina gritó de gusto y él lanzó un gruñido al sentir los músculos de su vagina comprimiendo con firmeza su miembro.

Dios, no había nada mejor que estar dentro de Martina. Salió y volvió a embestirla profundamente. Se inclinó sobre ella.

—¿Tienes ahora algo que decir? —le preguntó pegado al oído, apretándole las muñecas con más fuerza contra el sofá.

—Sí.

—¿Qué?

—No pares —respondió ella.

Christos volvió a embestirla con fuerza y Martina se estremeció de placer cuando lo sintió metido en el fondo.

—Me quieres dentro de ti, ¿verdad?

Ella asintió, mordiéndose el labio de abajo.

Él le cogió la cara por la mandíbula con la mano y la giró para mirarla. Sus ojos verdes se encontraron con los de color miel de Martina y la descarga eléctrica que les produjo ese contacto les sacudió como un latigazo. Christos se acercó y respiró en su mejilla como un toro bravo. Y la penetró más profundamente.

Después abrió la boca como si quisiera morderle el carrillo, y Martina notó el borde de los dientes acechando en la carne, pero finalmente Christos arrastró los labios por la cara y terminó dándole un beso.

Martina gimió.

Christos adoptó un ritmo de envites cortos, rápidos y secos que la volvieron loca.

—Christos, joder… —masculló.

—¿Te gusta que te dé fuerte? —le preguntó él contra el oído, bombeando las caderas dentro y fuera con ímpetu—. Dime, Martina, ¿te gusta que te dé fuerte?

—Sí —afirmó Martina en un hilo de voz.

No podía articular palabra. La embargaban demasiadas sensaciones, hasta el punto de sobrepasarla.

El brazo que tenía en la espalda le dolía de la presión que Christos ejercía sobre él, pero le daba igual. No hacía sino incrementar el placer. Solo quería que la follara de aquella manera salvaje y casi irracional, que hacía que perdiera el sentido.

Sin soltarle la cara, Christos buscó sus labios y se lanzó a ellos en picado. Las bocas de ambos chocaron desesperadamente y las lenguas se enroscaron en una danza húmeda, erótica y sublime que casi les hizo tocar el cielo a ambos.

Ninguno de los dos se daba cuartel.

Se tenían demasiadas ganas.

Siempre se tenían demasiadas ganas.

El sonido que producía el miembro de Christos al penetrar el sexo húmedo de Martina una y otra vez resonaba por toda la biblioteca.

Él alzó la mano y le dio un pequeño golpe en la nalga. Martina jadeó. El calor que le produjo le recorrió todo el glúteo. Gimió.

Ante su respuesta, Christos le estrujó la otra nalga con los dedos y le dio un nuevo azote. La piel adquirió un ligero tono rosado que embelleció aún más su culo.

Le pasó el brazo derecho por la cintura y la levantó ligeramente del sofá para empujarla hacia

atrás. Bajó las caderas de golpe y la embistió profundamente, aprisionándola con el peso de su cuerpo. Martina sintió que rozaba un punto ahí dentro que la llevaba a un placer que no había experimentado nunca.

Y notó la explosión que se produjo en su interior.

Un intensísimo orgasmo la sacudió con tal fuerza que tuvo que morder el cojín que tenía debajo para no romperse las cuerdas vocales gritando. Los fuertes gemidos con el sonido de las sílabas que componían el nombre de Christos quedaron sutilmente amortiguados por la tela.

El cuerpo de Martina latía en torno a su miembro mientras alcanzaba el clímax, y eso fue lo que lo empujó al borde del abismo a él.

Dejó escapar un gruñido entre los dientes apretados y derramó su orgasmo dentro de ella con una larga y profunda última acometida.

—Joder, Martina… —jadeó, mientras trataba de restablecer la respiración, como si no dejara de asombrarse por lo que sentía cada vez que estaba con ella.

Agachó la cabeza y le dio un beso en el hombro.

—¿Estás contenta de que al final no te haya podido ganar la partida? —le preguntó.

Martina simplemente se echó a reír, satisfecha.

CAPÍTULO 56

Si los capítulos de este relato tuvieran un título, este se llamaría claramente «demonios».

Christos no había conseguido deshacerse de ellos.

Esa frase que todos hemos oído y que asegura que el tiempo lo cura todo, era para él una gran mentira. Una falacia revestida de esperanza. Nada más.

Seis años después del accidente, el tiempo todavía le traía horribles pesadillas que llenaban sus noches de terror y locura.

El dolor nunca acababa de morir y resurgía como un demonio de las aguas llenas de lodo.

Como aquella noche…

Martina abrió los ojos de golpe, sobresaltada, al escuchar un grito desgarrador que provenía de la otra parte del castillo. En mitad del silencio parecía emerger de ultratumba. Oyó otro grito más, como un alarido, y se dio cuenta de que no se lo había imaginado.

Apartó el edredón a un lado con un movimiento brusco y se levantó de la cama a toda prisa. Abrió la puerta de su habitación y salió al pasillo.

Escuchó otro grito lleno de angustia, de agonía. Era tan terrible que se le puso la piel de gallina.

Echó a correr.

Atravesó el pasillo, cruzó por delante de la escalinata del vestíbulo y se internó en el ala de

Christos sin detenerse. Los gritos continuaban sin cesar, orientándola hacia donde tenía que ir.

Se paró frente a la puerta de madera y la abrió sin pensárselo.

La luna iluminaba ese lado del castillo y entraba algo de claridad a través de la ventana.

—¡Nooo…! ¡Por favor, nooo…! —le oyó gritar agónicamente.

Entornó los ojos tratando de que las pupilas se adaptaran a la penumbra. En la oscuridad, Christos se agitaba en la cama. Se acercó a él, intentando no tropezar con nada.

Se inclinó por un lado.

—Christos, cariño… —le dijo en voz baja.

Pero no se despertaba. Seguía agitándose de un lado a otro, murmurando algo que parecían súplicas de auxilio.

—¡Sacadme! ¡Por favor, sacadme de aquí! —gimió—. ¡No os vayáis! ¡Por favor!

El pecho le subía y le bajaba, respirando con dificultad. Tenía los puños apretados, aferrando la sábana con fuerza, y el rostro se contorsionaba dibujando expresiones de terror.

Martina apoyó la rodilla en el colchón con cuidado. No quería asustarlo más de lo que ya estaba.

—Christos, despierta. Tienes una pesadilla… —susurró en tono suave—. Christos…

Entonces él abrió los ojos de golpe. Martina le acariciaba con la mano el lado de la cara que no tenía dañado. No había querido encender la lámpara de la mesilla de noche y el resplandor de la luna apenas dejaba intuir los rasgos de su rostro.

—Tenías una pesadill…

Christos no dejó que Martina terminara la frase. Sus ojos la miraban desorbitados.

Echó la cabeza hacia atrás para romper el contacto con ella. La mano de Martina quedó suspendida en el aire.

—¡Fuera! —le gritó histérico Christos—. ¡Fuera de aquí!

—Pero…

—¡Vete! ¡Martina, vete de mi habitación! Aquí no puedes entrar —rugió furioso.

—Christos, tenías una pesadilla… —se defendió ella, tratando de que entrara en razón.

—¡Lárgate! ¡Maldita sea, que te largues! —gritó él de nuevo—. ¿Es que no me has oído?

Tenía el rostro desencajado por la furia, y el de Martina se mostraba descolocado por la exagerada reacción de Christos. ¿A qué venía tratarla así?

—Está bien, me voy. Lo siento… —se disculpó.

Se levantó de la cama, se dio la vuelta y enfiló la puerta. Finalmente salió de la habitación cerrando tras de sí.

Christos estaba sobresaltado y empapado en sudor. Sentía el corazón desbocado dentro del pecho. Necesitaba tranquilizarse.

Inhaló y exhaló aire unas cuantas veces mientras los latidos se iban ralentizando.

Cerró los ojos en la oscuridad, tratando de olvidar las dantescas imágenes que había creado su mente y que lo habían sumido en una terrible pesadilla.

Iban a volverlo loco.

Todavía sentía la angustia en el fondo del pecho y esa sensación de asfixia que no lo abandonaba nunca.

Se llevó las manos a la cabeza y se echó el pelo hacia atrás. Lo tenía húmedo del sudor.

Cuando había visto a Martina en su habitación, se había puesto muy nervioso, hasta el punto de que la había echado de allí.

Quizá tenía que haber pensado qué estaba haciendo, pero ella no podía estar en su habitación. Había cosas dentro que no podía ver, y luego estaban las cicatrices… ¿Las habría visto?

Miró a un lado y a otro.

No había encendido la luz de la mesilla y el resplandor blanquecino que entraba por las cortinas descorridas era muy tenue, ni siquiera dejaba ver el contorno de las cosas. No, seguramente no había visto nada que no tenía que ver.

—¡Joder! —masculló malhumorado, rompiendo el silencio de la habitación.

Retiró la ropa de la cama a un lado y se levantó. Arrastrando los pies y medio tambaleándose, fue al cuarto de baño de la habitación. Siempre que tenía una pesadilla, se sentía débil y vulnerable, como un niño pequeño aterrado por los monstruos que cree que hay debajo de la

cama.

Fue a tientas hasta el baño. Estaba tan acostumbrado a caminar por el castillo de noche que tenía los ojos acostumbrados a la oscuridad. Apretó el interruptor y dio la luz. Entró.

Abrió el grifo del agua fría del lavabo y sin pensárselo dos veces metió la cabeza debajo. Soltó el aire de los pulmones cuando el chorro empezó a empaparle el pelo. Agradeció terriblemente que le refrescara la cabeza.

El agua resbaló por la nuca y la cara, momento que aprovechó Christos para frotarse las mejillas y despejarse. Quería que las imágenes de la pesadilla desaparecieran de su mente.

No supo cuánto tiempo se quedó ahí, inclinado sobre el lavabo, con el agua helada entumeciéndole el rostro.

Cuando la postura empezó a ser incómoda, se incorporó, irguiéndose en toda su estatura.

Por suerte no tenía espejo en el cuarto de baño, pensó en silencio, y no era de extrañar que nunca se mirara en uno, porque había demasiados fantasmas en él que no quería ver.

Cogió una toalla limpia y se secó la cabeza y el rostro con ella.

Miró el reloj. Eran las cuatro y treinta y ocho de la madrugada. Todavía quedaba mucha noche por delante.

CAPÍTULO 57

La mañana siguiente Martina no subió el desayuno a Christos. Sabía por Edward que había salido temprano a cabalgar con Hestia y que no estaba trabajando en el despacho.

Después de echarse azúcar, movió el café con la cucharilla sentada a la mesa de la cocina. Miraba con expresión ausente hacia la ventana.

El día estaba frío, pero la niebla les había dado una pausa y el sol lucía espléndido en un cielo azul despejado de nubes.

Se llevó la mano a la boca para ocultar un bostezo. No había pegado ojo después de lo que había sucedido y es que no había podido quitárselo de la cabeza.

Dio un trago de café y suspiró.

Nunca había visto a nadie con tanta angustia y con tanto miedo como a Christos esa noche, pero él, lejos de aceptar su protección, la había echado con cajas destempladas de su lado.

Sabía perfectamente que no podía entrar en su habitación, que lo tenía prohibido, pero, joder, estaba gritando de miedo a causa de la pesadilla que sufría. ¿Cómo no iba a acudir en su ayuda, aunque eso implicara entrar en su habitación?

Se preguntó si todo era porque no quería que le viera las cicatrices o había algo más… A veces tenía la sensación de que se le escapaba algo.

Torció el gesto con disgusto. Probablemente había metido la pata.

A mediodía le subió la comida. Había preparado unas habichuelas con chorizo.

Abrió la puerta del torno, dejó la bandeja en él y lo giró. De pie e inmóvil, esperó un rato a que Christos dijera algo, lo que fuera, pero solo encontró silencio. Un silencio que hacía mucho ruido. Ni siquiera lo oyó acercarse al torno, aunque estaba dentro del despacho.

Finalmente cerró la puerta y se fue.

Al otro lado, Christos miró la comida que esperaba en el torno. No tenía apetito, a pesar de que hasta él llegaba el delicioso olor del guiso que había preparado Martina. Lo que tenía era ganas de desaparecer, de que se lo tragara la tierra. Había gritado a Martina como si fuera un demente y se lamentaba por ello. Se lamentaba en lo más profundo del alma.

Pero aquel era él.

Quizá un hombre rayando la locura.

Lo que había sucedido no hacía más que reafirmar caricaturescamente lo que venía repitiéndose las últimas semanas, que él no podía ser el tipo de hombre que Martina se merecía. Él arrastraba demasiadas cosas de su pasado y solo le podía ofrecer oscuridad, sombras y pesadillas.

Ella merecía a alguien a su altura, no pedacitos de él. Merecía un hombre que la quisiera de la manera en que debía ser querida, total y completamente, sin ningún tipo de penumbra en su alma. No alguien que tuviera desfigurado el rostro y el alma.

Llevaba seis años tratando de aceptar que su egoísmo había hecho daño a mucha gente y no quería arriesgarse a herir también a Martina. No le parecía justo.

Sacudió la cabeza y se levantó de golpe de la silla giratoria.

Se fue hacia la ventana a zancadas. De repente tenía la imperiosa necesidad de golpear el cristal con los puños y romperlo, hacerlo mil añicos.

Quiso maldecir al mundo, a su destino, al Christos que fue y lo convirtió en el hombre que era ahora; una bestia.

Por primera vez desde que se había aislado en ese castillo quería bajar las barreras detrás de las que se había refugiado y había preservado sus emociones durante más de seis años. Pero no

podía… No, si quería proteger a Martina.

Colocó ambas manos sobre el frío cristal y apoyó la frente en él. En el silencio de la habitación podía oír a su corazón latiendo frenéticamente dentro del pecho.

De repente se sentía muy cansado de sí mismo.

¿En qué momento se había permitido el lujo de soñar con otra vida que no fuera la que llevaba en ese castillo? ¿En qué momento había sido tan ingenuo? ¿Tan estúpido?, se preguntó, mientras la piel absorbía el frío del cristal.

Martina le hacía sentir que, a pesar de todo, tal vez estuviera vivo, como el resto, y le gustaba esa sensación.

Sentía algo por ella.

Era algo inesperado, pero estaba ahí, y no tenía ni puta idea de qué hacer con ello.

Deseaba cuidarla, protegerla, que se sintiera segura; ser el príncipe azul que la librara del monstruo, pero él tenía mucho más de monstruo que de príncipe azul.

La noche estaba fría, pero Martina necesitaba tomar el aire. Se echó una manta por el cuerpo, se la arrebujó contra el pecho y salió a la terraza de la torre del castillo.

Le gustaba aquel lugar. A esas horas podían vislumbrarse las luces del pueblo al final del camino. Se veían en la oscuridad como las guirnaldas de lucecitas que había comprado para el salón el día del cumpleaños de Christos.

Se sentó en el banco de piedra con una taza de leche entre las manos. Estuvo allí durante mucho tiempo, ni ella misma sabría decir cuánto, escuchando atentamente los sonidos que la rodeaban, como si el castillo tomara vida de pronto, y respirara.

Oyó el suave y acompasado *tictac* del reloj de pie que había en el pasillo, el rumor de la corriente de aire en las ventanas, el *frufrú* de la tela de las cortinas rozando contra el suelo mientras se mecían de un lado a otro…

Percibió el olor de las *helenium*, unas flores de otoño que emergen tras el verano para imponer sus tonos amarillos, naranjas y rojos intensos, y que había plantado al poco tiempo de llegar en los enormes maceteros de piedra de la entrada, para dar un poco de color al aspecto gris y lúgubre del castillo. También percibió el olor de la tierra húmeda, el salitre del mar y el verde vibrante del campo escocés, que para ella tenía un aroma especial, casi como el de su tierra natal.

Se acercó la taza a los labios y dio un sorbo de leche caliente, mirando al frente.

Una brisa nocturna le acariciaba el rostro y le movía los largos mechones de pelo.

Martina empezó a preguntarse si Christos no la estaría utilizando. Si no estaría con ella porque era la que le quedaba a mano. Era un hombre que llevaba seis años aislado en aquel castillo, sin contacto con el mundo exterior y sin contacto con otra mujer, y ella había llegado dispuesta a quedarse, para demostrarle que no se rendía a la primera.

Se había liado con ella, pero daría igual que hubiera sido cualquier otra. Quizá lo hubiera hecho con alguna de las anteriores asistentes si hubieran permanecido el tiempo suficiente en el castillo, en vez de marcharse a la semana y media de empezar a trabajar.

Pensarlo le encogió el corazón hasta el tamaño de un guisante.

Aquella idea empezó a coger fuerza en su cabeza.

Probablemente todo se reducía a unos cuantos polvos. Probablemente ella solo era el desahogo a sus años de abstinencia; un consuelo temporal.

Los ojos se le humedecieron.

Pensarlo dolía.

Martina estaba enamorada de Christos y él… Ni siquiera confiaba lo suficiente en ella como para mostrarle sus cicatrices

Negó con la cabeza, confusa. No podría existir nada entre los dos si no confiaba en ella.

Se sintió abrumada por el miedo.

—¿Podemos hablar? —La voz de Christos sonó inesperadamente a su espalda.

¿Qué hacía allí?

Martina se apresuró a limpiarse con la mano las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Lo que menos quería es que Christos la viera llorar.

—Quiero pedirte perdón por lo que pasó anoche —se adelantó a decir él antes de que Martina hablara—. No debí echarte de mi habitación, y menos de las formas que lo hice —añadió.

—Es tu habitación, estabas en tu derecho. Yo… —Martina tomó aire para coger fuerzas y no venirse abajo, y trató de que su voz sonara firme—…, no tenía que haber entrado. Lo tengo prohibido —dijo, sin girarse, intentando mantener la compostura.

No iba a poder verle la cara de todas maneras, aunque se diera la vuelta, así que daba lo mismo que lo encarase o no, y si no se giraba podía aprovechar ese tiempo para recomponerse.

Christos notó que Martina estaba enfadada, y no era para menos.

—Me puse nervioso y no gestioné bien la situación… —se excusó.

—Christos, es igual —lo cortó Martina con voz desanimada.

—No, no lo es.

Finalmente Martina se puso de pie y se giró hacia él. Solo alcanzaba a atisbar la sombra de su silueta en la oscuridad del pasillo.

—Sí que lo es —le rebatió—. ¿Qué más da todo? —dijo indiferente.

Se recolocó la manta en los hombros.

—¿Qué pasa, Martina?

Ella apretó los labios.

—Nada, simplemente que estoy cansada —contestó.

—Te he pedido disculpas —arguyó Christos.

—¿Y te crees que pidiendo disculpas se arregla todo? —le preguntó Martina—. ¿Te crees que pidiendo disculpas es suficiente?

Martina no estaba enfadada porque la hubiera echado de la habitación. Entendía que se acababa de despertar de una pesadilla, que se encontraba desorientado y vulnerable; que no se esperaba verla allí y que su reacción había sido decirle que se fuera, estaba enfadada por lo que pensaba que ella era para Christos, por esas conclusiones a las que había llegado. Al final no hacía un papel distinto al que había hecho en la vida de Óscar.

—Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? —le preguntó él.

Martina bufó. A esas alturas Christos seguía sin entender nada.

—No hace falta que hagas nada —dijo.

—Martina…

—Es muy tarde, me voy a dormir —zanjó la conversación, sin dejar decir nada a Christos.

No se sentía con fuerzas para hablar en aquel momento de todo lo que le daba vueltas en la cabeza. Era mejor que las cosas se enfriaran.

Echó a andar y se metió en el castillo. Christos se giró en su dirección en silencio y la observó un rato sin moverse, hasta que su esbelta figura, envuelta en la manta, desapareció en la oscuridad del pasillo y sus pasos dejaron de resonar en las viejas baldosas.

Al cabo de un tiempo, cerró las puertas de la terraza y se fue.

Cuando Martina entró en la habitación, corrió hacia la cama, se dejó caer sobre ella y contrayendo el rostro en una mueca de dolor, se permitió dar rienda suelta a las lágrimas.

Había aceptado ese trabajo en Escocia como una nueva oportunidad de escapar y empezar de nuevo.

Una nueva página. Un nuevo capítulo. Un nuevo libro en blanco que comenzar a escribir y, sin embargo tenía la sensación de estar otra vez de mierda hasta arriba.

Creía que era consciente de que Christos no era un hombre del que enamorarse (las circunstancias tenían para él mucho peso), que no se colgaría por él como una idiota, que lo controlaría... Pero nadie sabe controlar los sentimientos. ¿En qué momento había pensado que ella sí? ¿En qué momento pensó que ella tenía esa capacidad?

—¿Soy masoca por querer salvarlo? —se preguntó.

«A lo mejor», se respondió a sí misma.

CAPÍTULO 58

Pasaron tres días desde aquella conversación y las cosas no mejoraron. Martina no sabía qué pensar de Christos y de los motivos por los que estaba con ella y él no terminaba de entender qué le pasaba a Martina. Algo le decía que el suceso de las pesadillas no tenía nada que ver. O no todo.

Ninguno daba el paso de hablar con el otro y el silencio crecía entre ambos haciéndose cada vez más difícil romperlo.

Christos no era capaz de trabajar. Lo único que hacía delante de los monitores era cometer un error tras otro. Con Martina constantemente en la cabeza era imposible concentrarse.

Aquella noche paseaba de un lado a otro de su habitación como un león enjaulado. En mitad de la estancia, se detuvo y giró su rostro lleno de cicatrices hacia la mesilla de noche. Sobre ella descansaba, como era costumbre, la Colt Single. La luz de la lámpara le arrancaba destellos plateados al cañón. Era tan bella como tentadora, a veces.

Pero él no quería en esos momentos apuntarse a la sien con ella y pegarse un tiro, lo que quería era ver a Martina, hablar con ella y terminar hechos un nudo con las piernas.

La echaba de menos.

Se frotó la cara con las manos. Las yemas de los dedos acariciaron las irregularidades que formaban en la piel las cicatrices. Aquellas malditas cicatrices. Las detestaba aún más desde que Martina se había colado en su vida. Cada día le parecían más profundas, más oscuras, más dantescas.

Si quieres verla, ve a verla, le susurró una vocecilla interior. No tienes que cruzar el océano.

Siguiendo ese impulso, atravesó la habitación con pasos resueltos y salió al pasillo. Se dirigía al cuarto de Martina cuando vio que se encontraba en la biblioteca, su lugar favorito.

La puerta estaba abierta, así que se asomó.

La biblioteca estaba a oscuras, pero las llamas de la chimenea y la pequeña lamparita de lector iluminaban lo suficiente para ver que Martina estaba sentada en el sillón situado al lado de la chimenea, con las piernas recogidas a un lado, descalza, y con un libro en las manos. Era raro no verla así cuando tenía un rato libre. Christos se preguntó qué estaría devorando en aquella ocasión.

Cogió aire y se decidió a entrar.

Martina alzó la mirada cuando lo sintió dentro de la biblioteca. Su presencia nunca le pasaba desapercibida. Christos se fijó en que el resplandor de la leña iluminaba sus perfectos rasgos.

—¿A qué has venido? —le preguntó.

—A hablar, supongo —respondió Christos.

—¿Supones? —repitió Martina comuna sonrisa amarga—. Es mejor que te vayas —dijo, bajando la mirada al libro.

—¿No quieres que hablemos?

—No quiero hablar siempre de lo mismo y acabar de la misma manera: discutiendo.

—Entonces, ¿qué quieres, Martina? Porque yo no lo sé —dijo Christos.

Ella volvió a levantar los ojos. Había ironía en ellos.

—¿No lo sabes? ¿En serio no lo sabes? ¿O es que es mejor hacerse el loco y que yo siga tragando? —Respiró hondo y soltó el aire con fuerza—. Necesito que salgas de la oscuridad, necesito verte. No es tan difícil.

—En mi caso sí, ya sabes cuales son mis circunstancias —contestó Christos.

Martina bufó, cansada una y otra vez de escuchar el mismo discurso.

—Sí, sí, sí… las cicatrices —murmuró. Dejó el libro a un lado y se levantó del sillón—. Ellas son las que no dejan que te acerques a la gente y por las que te ocultas en tu castillo de cristal, como el mayor mártir del mundo.

Aquellas palabras le dolieron a Christos.

—¿Eso es lo que crees que soy? ¿Un mártir? —dijo a la defensiva.

—Te has aislado de todo menos del dolor, Christos. Te has protegido a ti mismo de las personas que te quieren, y lo has hecho tan hábilmente que te has convertido en tu propia víctima.

—Tengo razones suficientes para ello —dijo.

—No, no las tienes —lo contradijo Martina.

—Sí las tengo.

—¡No!

Christos alzó las manos.

—¡Esto no es un maldito cuento de hadas, Martina! Yo no estoy bajo un hechizo de fealdad. Al final el hada no va a venir a devolverme el rostro que tenía antes, ni un beso me convertirá en príncipe azul —replicó, gesticulando con las manos.

—En el fondo no tiene nada que ver con tus cicatrices. Quieres estar eternamente enfadado con el mundo, con la vida, porque un accidente te robó tu carita de niño bonito —arguyó Martina—, y no estabas acostumbrado a que las cosas te salieran mal.

—No sabes lo que dices —masculló Christos.

Martina continuó.

—Deseas vivir en tu dolor para siempre, regodearte en él. Por eso estás aquí, por eso te encierras entre las paredes de este castillo, para de ese modo seguir sufriendo por lo que te hizo la vida. Por eso no dejas que nadie te ayude, para seguir siendo una víctima.

Christos rechinó los dientes. La sangre comenzó a bullirle dentro de las venas. ¿Cómo podía decir eso Martina? Ella mejor que nadie sabía muchas de las cosas que habían sucedido y que no le había contado a nadie más, ni siquiera a Edward.

La rabia lo llevó a actuar, sin pensar lo que estaba haciendo ni las consecuencias. Sin pensar que, quizás, aquella fuera la última vez que viera a Martina.

Avanzó unos pasos y se inclinó hacia ella. La luz del resplandor de las llamas le dio de lleno.

—Dime, Martina, ¿no es la devastación de mi cara suficiente para esconderme del mundo? —le preguntó, dejando su rostro visible—. ¡Dime, ¿no es esto suficiente?! —gritó.

Y, por primera vez, Martina vio las cicatrices de su cara.

CAPÍTULO 59

Los ojos de Martina recorrieron las cicatrices de Christos. Pero solo fue durante unos instantes, porque cuando él se dio cuenta de lo que había hecho, de que se había expuesto a la luz y que había dejado a la vista la devastación de su rostro, se apartó bruscamente, se giró y volvió a dejar que las sombras lo ocultaran.

—Joder… —farfulló con pesar.

Martina dio unos pasos hacía él.

—No, Christos, no… —dijo en un hilo de voz, respondiendo a su pregunta—. No era suficiente.

Para ella no lo era.

Alargó el brazo, cogió su mano enguantada y tiró de él para que girara el rostro hacia el resplandor del fuego.

Christos tomó una bocanada de aire para imbuirse valor y se volvió hacia Martina. Las llamas iluminaron de nuevo su rostro.

La piel de la parte izquierda de la frente, la sien y la mejilla estaba enrojecida y arrugada, como si hubiera sido derretida con una llama lentamente. La barbilla tenía grietas de un color rosa intenso donde antes había habido carne y hueso.

Una profunda hendidura carmín cruzaba su rostro de arriba abajo, como un enorme arañazo. El ojo se había salvado de milagro, pero la ceja estaba atravesada por aquella especie de zarpazo que terminaba justo en la comisura de la boca.

El cuello tampoco se libraba. En la parte izquierda, la piel presentaba un aspecto rojizo y

parecía llena de remiendos debido a los sucesivos injertos que había sufrido esa parte.

Christos esperó una mueca de asco, de horror, una pizca de repugnancia rápidamente escondida en la cara de Martina. Sin embargo no vio nada de eso. No vio ninguna expresión en sus preciosos rasgos aparte de ternura. Una inmensa ternura que era capaz de derretir cualquier alma.

Martina lo observaba despacio con los ojos entrecerrados. Percibía la tensión de Christos en sus músculos, en la contracción de la mandíbula, pero era un trámite por el que tenía que pasar; por el que ambos tenían que pasar.

Sin soltarle la mano, alzó el brazo. Él hizo una mueca de dolor, pero no porque sintiera un dolor físico, si no por todo el sufrimiento que llevaba dentro y que le hacía más daño que cualquier dolor corporal.

Después de un momento de incertidumbre, Martina posó los dedos en la parte del rostro desfigurado. Christos cerró los ojos y contuvo el aliento, mientras ella le acariciaba la mejilla. Martina notó cómo se tensaba a medida que deslizaba la mano por sus cicatrices.

—¿Ves ahora lo que soy? —le preguntó Christos a Martina, abriendo los ojos. Se le habían oscurecido.

—¿Qué eres?

—Una bestia.

—Tú no eres una bestia —contestó ella, como le había dicho tantas veces, mientras movía la mano suavemente sobre su piel, tocando detenidamente cada una de sus cicatrices—. Estas marcas no te definen, no dicen quién eres.

Los claros ojos de Christos brillaban entre las sombras de la biblioteca.

—Nunca he tenido tanto miedo de decepcionar a alguien como lo tengo de decepcionarte a ti —le confesó con algo de pudor.

En aquel momento, Christos era más vulnerable de lo que lo había sido nunca, y era aterrador. Daba vértigo, pero ya no había vuelta atrás.

Martina sonrió.

—A mí no me has decepcionado —afirmó—. ¿Crees que unas simples cicatrices lo harían?

—Martina… —musitó él.

—Estoy aquí —susurró ella.

A Martina se le encogió el corazón al notar lo vulnerable que era Christos en aquel momento.

—¿No te dan asco?

—Por supuesto que no. Es solo piel —respondió Martina, sosteniéndole la mirada.

Christos estudió sus ojos de color miel. No vio asco ni compasión en ellos, sino simplemente aceptación, y respiró aliviado. Parte de sus miedos desaparecieron en ese momento, y se sintió revivir al ver cómo lo miraba.

Martina pensó que los besos eran la mejor forma de demostrarle a Christos lo que le había dicho, por si tenía alguna duda.

Se puso de puntillas y lo atrajo hacia sí. Comenzó a besar las cicatrices de la frente, siguió por las sienes y deslizó los labios por las irregularidades de la mejilla. Notó que Christos se ponía tenso bajo su contacto, pero continuó. Le había costado mucho que finalmente le enseñara las cicatrices y tenía que demostrarle que para ella no significaban nada, por lo menos nada malo. Para ella era un hombre tremendamente atractivo. Por la razón que fuera. No tenía intención de preguntarse por qué.

—Martina, no tienes por qué hacerlo. —Christos trató de apartarla, pero ella se lo impidió.

—Shhh… —susurró—. Solo es piel, Christos —repitió, besándole la línea de la mandíbula y las cicatrices de la barbilla.

—No quiero tu compasión —dijo él.

Le dolía que Martina pudiera sentir lástima por él, o cualquier cosa que se le pareciera. Ella no.

Martina cogió su mano derecha y la metió bajo la tela del pantalón de su pijama.

—¿Crees que me pondría así si sintiera lástima por ti? —le preguntó. Christos se sorprendió al darse cuenta de que estaba mojada—. Me vuelves loca.

—¿A pesar de mis cicatrices? —preguntó él.

—Puede que sea por tus cicatrices —respondió ella—. Eres el hombre más sexy que he

conocido en toda mi vida.

—No lo entiendo… —dijo Christos, ceñudo.

¿Qué quería decir aquello?, se preguntó.

—Porque para mí eres el Christos Blair de después del accidente. He visto las fotos que tienes en la habitación en la que guardas tus recuerdos, en las que no tienes cicatrices, pero no eres tú, para mí ese hombre no eres tú —respondió Martina.

—¿Y quién soy para ti? —dijo Christos, moviendo los dedos sobre el clítoris de Martina.

—El que me escucha atentamente, el que se preocupa por mí, el que me abraza como si nunca fuera a soltarme, el que me pone a mil cuando me toca… —suspiró ella.

Agarró el borde de la sudadera negra y tiró hacia arriba para quitársela. Christos le ayudó a sacársela por la cabeza, levantando los brazos. Martina siguió después con la camiseta.

—Tengo más cicatrices en el cuerpo, no solo en la cara —dijo Christos con aprensión en la voz, antes de descubrir su torso.

—Lo sé. He visto las de tu espalda…

Él frunció el ceño.

—¿Has visto las de mi espalda?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Un día que estabas haciendo ejercicio en el gimnasio —confesó Martina.

Christos se inclinó hacia ella.

—¿Me espiaste?

—La puerta estaba abierta y yo… pasaba hacia la cocina… —se excusó Martina con el borde de la camiseta entre los dedos—. Fue casualidad.

Para ser sinceros sí que le había espiado, y ese día vio las cicatrices de su espalda por primera vez mientras él hacía unas dominadas.

—¿Así que resulta que eres una pequeña espía? —bromeó Christos.

—No te espié, simplemente pasé por delante del gimnasio y te vi. La culpa fue tuya por no

cerrar bien la puerta. —Martina hizo un mohín con la boca.

Christos sonrió.

Martina tiró de la camiseta hacia arriba y Christos se deshizo de ella con un movimiento de brazos.

El hombro, el brazo y las costillas poseían un aspecto similar al cuello. Los sucesivos injertos habían provocado que presentara una piel de color rosáceo como unida entre sí con remiendos. Pero el torso seguía viéndose fuerte y musculoso.

Christos se quedó muy quieto cuando Martina pasó las manos por las cicatrices de las costillas. Volvió a tensarse.

—Joder, no sabes las ganas que tenía de tocarte —dijo ella en tono anhelante.

Él soltó una carcajada.

—Y yo de que me tocaras —confesó.

CAPÍTULO 60

Martina se inclinó y dejó una estela de besos en la cicatriz con forma de zarpazo que también cruzaba su fornido torso de arriba abajo. Christos se sintió aliviado solo con sus caricias. Qué poder tenía Martina, era un bálsamo para él.

Bajó la mirada y acarició la mano en la que tenía el guante de cuero. Durante un rato pasó los dedos por ella. Tiró del dedo índice y lo sacó. Esperó a que Christos dijera algo, pero no lo hizo. Entonces se desprendió del anular y después del pulgar. Él permanecía inmóvil.

Martina alzó los ojos y lo miró. Él la observaba en silencio con detenimiento.

—Mi mano izquierda es poco menos que una garra —dijo Christos.

Martina se quedó mirando los dedos que habían quedado al descubierto.

—¿Quieres verla? —le preguntó Christos.

Martina asintió con una leve inclinación de cabeza.

Sin apartar los ojos de Martina, Christos se quitó el resto del guante.

—¿Ves? Es solo una garra —susurró.

A Martina se le encogió el corazón al verla. La piel de la palma parecía derretida por una vela como ocurría con la del rostro. Christos le dio la vuelta. Al igual que el dorso, que presentaba un color escarlata.

Martina extendió su mano a través de la de él y la sostuvo con la suya. Dolía solo con verla.

Al contemplar todas sus cicatrices se dio cuenta de las innumerables operaciones por las que tendría que haber pasado Christos.

—¿Te duele? —le preguntó en un susurro.

—Las cicatrices ya no. Pasó hace mucho tiempo, pero algunos tendones se quedaron dañados y tengo que moverla de vez en cuando para que no se quede agarrotada —respondió él.

Martina se la acercó a su rostro y la puso en su mejilla para que la acariciara. Christos cerró los ojos por la ternura que desprendía el gesto. Jamás se hubiera imaginado que alguien lo tratara de la manera que lo estaba haciendo Martina, ni que reaccionara a sus cicatrices como lo había hecho ella. ¿Cómo podía tener un corazón tan grande? Lo conmovió con sus palabras y la sinceridad que veía en sus ojos.

—Mi mano se ve muy fea al lado de tu piel inmaculada —comentó.

—Se ve perfecta —afirmó Martina.

Christos le pasó los dedos dañados por su suave mejilla y sonrió. Ella le devolvió el gesto.

Christos deslizó los dedos por su larga melena castaña y le echó la cabeza hacia atrás con suavidad. Martina lo miraba fascinada, cautivada por su belleza masculina. Era la definición perfecta de hombre, con cicatrices o sin ellas, parecía una estatua a la que algún dios mitológico había insuflado vida.

Martina se estremeció al imaginarlo totalmente desnudo sobre ella.

—Mi *bella* española… —susurró Christos en tono seductor, antes de agachar la cabeza y besarla profundamente.

Se besaron como si ambos fueran a morir si se detenían. Martina acarició de arriba abajo su fuerte espalda, que podía tocar y saborear por fin. Había deseado muchísimo pasar las manos por el cuerpo de Christos, probar el sabor de su piel, su esencia. Quería tocarle por todas partes.

—Mi *bestia* gruñona… —dijo.

Se arqueó para apretarse contra el duro torso de Christos y que sus pechos lo rozaran. Él lanzó un gruñido al sentir los pezones erectos de Martina sobre su piel sensibilizada.

Le quitó la parte de arriba del pijama y la tiró a un lado. Pasó las manos por sus costados y sujetándola por la cintura, se inclinó sobre ella y se introdujo un pezón en la boca a través de la fina tela del sujetador. Martina echó la cabeza hacia atrás y emitió un sonido gutural, retorciéndose contra él.

No fue consciente de en qué momento Christos le había quitado el sujetador. Se dio cuenta de que ya no lo tenía cuando sintió su cálida y húmeda boca juguetear sobre sus pechos.

Christos se apartó un poco y terminó de desnudarse, quitándose el pantalón y los bóxer. Unos segundos después estaba gloriosamente desnudo echado en la alfombra con Martina.

El resplandor anaranjado de las llamas de la chimenea bailoteaba por sus cuerpos.

Martina no sabía dónde mirarlo. Había visto a otros hombres desnudos; había visto a Óscar, pero ninguno como Christos Blair. Y las cicatrices, lejos de desagradarla o provocarle rechazo, atraían hipnóticamente su mirada como si fueran las marcas de guerra de un guerrero de otra época, las marcas de un héroe. Lo único que hacían era resaltar su sólido y masculino físico.

La erección sobresalía y la apuntaba como un estoque.

Christos se arrodilló delante de ella y le quitó el short de algodón. Luego deslizó el fino tanga por las piernas con suavidad hasta que los dos quedaron completamente desnudos.

—Christos… —musitó Martina.

Durante unos instantes se miraron a los ojos, y todo lo que había a su alrededor desapareció.

Christos le besó en el cuello, en el escote, debajo de los pechos, en el vientre, en las costillas… No hubo centímetro de la piel de Martina que no besase.

Sin embargo estaba nervioso y se sentía torpe. ¿Qué le pasaba? Ya había estado con Martina otras veces… Ella advirtió algo extraño en la expresión de su rostro.

—¿Está todo bien, Christos? —le preguntó con preocupación.

El cabeceó.

—Llevo demasiado tiempo en la oscuridad…, y no… —Tomó aire—… no estoy acostumbrado a que me vean las cicatrices…

Se sentía expuesto, con todas sus debilidades e inseguridades al desnudo, en el significado figurativo de la palabra.

Martina entendió lo que le pasaba.

—¿Estás nervioso?

Christos se mordió el labio y bajó la cabeza. ¿Cuándo se había puesto él nervioso con una

mujer? No recordaba haberse sonrojado ni cuando era adolescente y se acostaba con mujeres diez años mayor que él, pero en aquel momento notaba el calor que desprendían sus mejillas. Se sentía muy vulnerable, a pesar del modo en que había reaccionado Martina. Pero era algo que no tenía que ver con ella, era algo exclusivamente suyo.

—Joder, soy un idiota —masculló, resoplando.

—No me puedo creer que haya conseguido ruborizar a Christos Blair —bromeó Martina, que siempre se le había dado muy bien aflojar los ambientes tensos o incómodos.

Él dejó escapar una risita, resignado. Se sentía como un novato.

Martina lo miró a los ojos con picardía, pero también con ternura.

—Déjame a mí —dijo.

Empujó a Christos por los hombros para que se tumbara en la alfombra y seguidamente se colocó a horcajadas encima de él.

Christos jadeó al contemplar desde su postura el cuerpo de Martina sobre el suyo. Curvó los labios en una sonrisa.

Por Dios Santo, era preciosa. No es que no se hubiera dado cuenta antes. Martina haría babear a cualquier hombre, pero es que lo era… en todos los sentidos en que una persona puede ser preciosa.

La luz de las llamas y las sombras de la biblioteca contorneaban su cuerpo como si fuera un ser mágico. Ajena a los pensamientos que estaban pasando por la cabeza de Christos, se inclinó sobre él y le besó el pecho. Después rodeó un pezón con los labios e hizo círculos alrededor con la lengua.

Christos gimió y le apretó las caderas con las manos. Estaba tumbado, pero tenía la sensación de que iba a caerse. Aunque quizá la caída no fuera física.

Martina se colocó a un lado. Alargó el brazo y le cogió la erección, dura como una piedra. Comenzó a masturbarle moviendo la mano abajo y arriba, hasta que se agachó y se la metió en la boca.

Christos enredó los dedos en su pelo con ternura y la observó hacer con los ojos brillantes de

deseo.

Martina se sacó el pene de la boca y, sin soltarlo, lo lamió en toda su longitud sin dejar de mirar a Christos, cuya expresión se contrajo de placer.

Ella sonrió. Le encantaba hacerle perder el control y que se lo hubiera cedido a ella. Ya no había cinturones que la ataran las manos y le impidieran tocarlo, aunque era un jueguecito que tenía intención de seguir practicando. Era sexy y morboso.

Volvió a metérsela entera en la boca, hasta que le tocó la garganta. Christos miró al techo con los ojos en blanco cuando llegó al fondo. Estaba viendo media galaxia.

—Por Dios, Martina… —gimió.

Martina continuó. Se sacó el miembro, pasó la lengua de un extremo a otro con fruición y volvió a introducírselo hasta el fondo. Y así lo hizo unas cuantas veces.

—Estoy a punto y no quiero correrme en tu boca, quiero correrme dentro de ti —dijo Christos.

Martina volvió a sentarse a horcajadas sobre él, agarró su pene y se lo colocó en la entrada de la vagina. Apoyó la otra mano en el duro torso de Christos (notó que el corazón le iba a mil por hora), y poco a poco fue deslizándose por la erección hasta que las pelvis se juntaron.

Los dos gimieron.

—Hazme el amor, Martina —le pidió Christos, casi con voz agonizante.

Las palabras rebotaron entre las paredes, provocando un ruido ensordecedor. Christos había dicho: «hazme el amor». ¿Martina había oído bien?

Sus miradas, serias, se encontraron en el silencio posterior a aquella frase.

Ambos sintieron en ese instante una conexión que iba más allá, mucho más allá, de la mera unión física de los cuerpos.

Martina empezó a balancear sus caderas adelante y atrás, sintiendo como cada centímetro de la magnitud de la erección de Christos se acomodaba en su interior, como la llenaba.

Christos se sentía extraño. Era la primera vez que no tenía el control, la primera vez después de seis años que dejaba ver sus cicatrices a una persona que no era Edward. Era la primera vez que hacía el amor.

Tal vez esa fuera la razón por la que estaba tan nervioso. Era nuevo para él, porque había en todo una intimidad que no había experimentado nunca. El sexo para él era cualquier cosa, menos íntimo.

Pero en aquel momento, ese término era el que mejor definía lo que estaba experimentando con Martina. Intimidad, confianza, complicidad.... El sexo con ella era muy bueno, pero en ese momento era de otro mundo y la razón era ese nuevo vocablo que se había colado entre ellos.

Christos alzó los brazos y le acarició los pechos, que rebotaban sensualmente con cada envite.

Bajó las manos por sus costados hasta la cintura.

—Más rápido, Martina —le pidió en tono ronco.

Ella arqueó la espalda, colocó las manos a ambos lados de las piernas de Christos para tener un punto de apoyo, y aumentó el ritmo. Las pelvis empezaron a chocar una contra otra con fuerza.

Él salió al encuentro de sus caderas para que las penetraciones fueran más profundas.

Martina gimió. Iba a tocar el cielo en breve.

Se echó hacia adelante y se tumbó encima de Christos. Metió las manos por detrás de su nuca y lo abrazó. Él le pasó los brazos por la espalda y la estrechó contra él. Ambos necesitaban sentirse con cada centímetro de piel posible.

El orgasmo hizo estremecer a Martina de la cabeza a los pies. Su cuerpo se sacudía sobre Christos con espasmos tan fuertes que se aferró a su cuello y le mordió el hombro.

Sentir los dientes en su carne provocó que Christos culminara casi enseguida. Apretó las caderas de Martina contra él y, hundido hasta el fondo de sus entrañas, eyaculó en su interior.

Gritaron, gimieron, jadearon…

Durante un rato ambos permanecieron inmóviles en esa posición, abrazados, tratando de recuperar el resuello. El orgasmo les había dejado sin aliento a ninguno.

Cuando las respiraciones se normalizaron, deshicieron el abrazo. Martina rodó por el cuerpo de Christos y se deslizó hasta su costado. Una pátina de sudor cubría sus torsos.

—¿Estás bien? —le preguntó Martina.

—Muy bien —respondió Christos. Giró el rostro hacia ella—. No sabes lo que significa para

mí lo que ha pasado hoy, la manera en que has reaccionado… —dijo.

Todo había sido demasiado increíble.

—Sí, sí que lo sé —contestó Martina—. Para mí también ha significado mucho, porque has confiado en mí.

—No debería haberte subestimado.

—No, no deberías haberlo hecho.

Christos le cogió la barbilla con los dedos y le dio un beso en los labios. Martina apoyó la cara en su pecho y rodeó su torso con el brazo. La sensación de estar abrazada a Christos, de poder tocarlo cuando quisiera era una de las mejores que había experimentado en su vida.

Por fin ya no había normas ni reglas estúpidas que la impidieran acercarse a él.

CAPÍTULO 61

Hicieron el amor otras tantas veces más, porque para Christos y Martina una nunca era suficiente. La primera era una especie de aperitivo, un tentempié con el que abrir la boca para prepararse para el festín.

A la luz y al calor de la chimenea, que Christos iba llenando de leña cuando esta se quemaba, se quisieron como lo hacían los amantes de otra época. Aunque también disfrutaban solo de estar abrazados y juntos. Christos se maravillaba de lo bien que se acoplaban sus cuerpos, como si estuvieran hechos justamente para eso, para encajar uno con otro.

Martina despertaba algo muy intenso y profundo en él y había avivado emociones que creía enterradas para siempre.

El primer día que Martina entró en aquella biblioteca no se imaginó que terminaría utilizándola con Christos para algo más que leer y jugar al ajedrez. No sabía cómo se las apañaba, pero siempre acababan follando en ella.

Christos, que tenía un sueño muy ligero, se despertó al rayar el alba. El cuerpo de Martina, pequeño, frágil y perfecto, estaba acurrucado contra el suyo. Dormía plácidamente después de una noche bastante movidita. Su pecho subía y bajaba con un compás hipnótico que no le permitía quitarle los ojos de encima.

Christos sonrió. Cogió una de las mantas que se habían echado por encima para no quedarse

fríos y la tapó con ella, porque estaba con la mitad del cuerpo al descubierto.

Al roce de la tela, Martina se despertó. Abrió los ojos lentamente y pestañeó un par de veces para despejarse.

Ronroneó satisfecha cuando notó el cuerpo grande, duro y musculoso de Christos pegado a su espalda. Giró el rostro por encima de su hombro.

—Me encanta despertarme a tu lado —le dijo, acurrucándose más contra él. Quería sentir su calor.

Martina lo decía porque las noches anteriores a aquella que habían estado juntos, Christos de una manera u otra había salido corriendo.

—Y a mí —afirmó él.

Se acercó y le dio un beso en la sien.

Martina tomó la mano en la que tenía las cicatrices y entrelazó los dedos con los suyos. Las observó durante unos instantes.

—Viendo las cicatrices de tu cuerpo, ahora entiendo que dijeran que te salvaste del accidente de milagro —dijo.

Al verbalizarlo sintió un escalofrío. Pensar que Christos podía haber perdido la vida la horrorizaba.

—Me salvé, pero ese accidente me quitó muchas cosas... Me quitó la vida que llevaba; me robó el rostro, la identidad, lo que era… Y me convirtió en una bestia.

—Deja de decir eso, Christos… —le regañó Martina. Apretó suavemente los dedos contra los suyos.

—Está bien, no volveré a decirlo —repuso él con una ligera sonrisa en los labios.

Martina suspiró.

—Si supieras la belleza que yo veo en ti… —dijo con anhelo.

—Al parecer tú ves en mí algo que yo no soy capaz de ver —comentó él.

—Veo lo que eres. Un hombre bueno que ha sufrido mucho en estos seis años.

Christos miró al frente. En la chimenea agonizaban unos rescoldos. Martina era la única

persona —incluyendo a Edward—, que había sido capaz de ver al hombre que había más allá de las cicatrices.

—Solo cuando estoy contigo me siento humano. Solo cuando estoy contigo me siento un hombre y no una bestia —afirmó.

—Es que eres un hombre.

—No soy tan bueno como crees, Martina.

Ella giró un poco el rostro hacia él.

—¿Por qué dices eso?

No entendía por qué siempre decía eso, como si realmente se viera (o se sintiera) como un monstruo.

Christos negó. No estaba preparado para hablar todavía de ese tema. No con Martina.

—Lo sabrás en otro momento. Ahora es mejor que vayamos a desayunar. Creo que me voy a desmayar si no ingiero algo ya —dijo en tono de humor, cambiando radicalmente de tema.

Martina asintió. Hablarían en otro momento. Tenían todo el tiempo del mundo.

—Vamos —dijo—. Yo también estoy muerta de hambre.

Recogieron la ropa que estaba esparcida por el suelo de la biblioteca y se la pusieron. Ya se ducharían y se cambiarían después de desayunar.

Bajaron a la cocina haciéndose bromas y entre los dos prepararon el desayuno.

Edward había pedido el día libre porque tenía que arreglar algunos asuntos personales, por lo que no había peligro de que los pillase en pleno magreo.

Mientras Martina hacía café, observó a Christos sacar las rebanadas de pan de molde de la bolsa y meterlas en el tostador. Le parecía mentira que estuviera allí con ella, preparando el desayuno como cualquier pareja normal y no oculto tras las sombras de la escalera del servicio.

Sonrió para sí.

—Creo que eres una de las pocas personas que siendo inglesas prefieran hacer un desayuno continental y no inglés —comentó, tratando de normalizar la situación de que Christos se dejara ver por primera vez a la luz del día.

—Como sabes, veraneé muchos años con mis padres en Mallorca. —Christos abrió un armario y sacó un par de platos donde dejar las tostadas—. Fue en tu país donde adquirí la costumbre de tomar un desayuno continental. Además, después de desayunar hago deporte y no me apetece tener que hacer frente a las flatulencias de unas habichuelas. ¿Te imaginas ir corriendo por la playa dejando ese rastro tras de mí? —bromeó.

Martina se llevó la mano a la boca y, recostada en la encimera, se echó a reír. Joder, Christos era encantador cuando quería.

—En ese caso es mejor desayunar algo más ligero —comentó.

Se dirigió a la nevera y cogió un tarro de mermelada de arándanos. Trató de abrirlo, pero por más que lo intentó, no lo consiguió.

—¿Lo abres, por favor? —le preguntó a Christos, pasándole el bote.

—Claro.

Él terminó de sacar una de las tostadas que salía ardiendo del tostador y la dejó en el plato. Cogió el tarro y sin ningún esfuerzo giró la tapa y lo abrió.

Nada le resultaba más sexy a Martina que una demostración de fuerza masculina en algo tan simple como cuando un hombre abría la tapa de un bote porque ella no había podido.

—Aquí tienes —dijo Christos.

—Gracias —le agradeció ella, tomando de nuevo el tarro.

Se puso de puntillas y le dio un beso corto en los labios. Christos lo saboreó como si fuera almíbar.

—¿Qué tienes pensado hacer esta tarde? —le preguntó a Martina, dejando los platos con tostadas encima de la mesa.

—Pues aparte de las cosas de por aquí, no mucho. ¿Por qué? —respondió ella.

El estómago le rugía. Realmente tenía un hambre voraz. Cogió una tostada del montón de uno de los platos y le dio un mordisco con gula.

—Porque quiero llevarte a un sitio… —dijo Christos enigmáticamente.

Martina entornó los ojos.

—¿Adónde?

—Ya te lo he dicho, a un sitio. —Christos le quitó la tostada, le dio un mordisco y después la besó. Martina se quedó con el bocado a medias—. Ah, y llévate la cámara, estoy seguro de que vas a querer hacer millones de fotos.

Le guiñó el ojo y Martina creyó que se iba a derretir. Ya estaba a medio camino de convertirse en una masa fundente.

—¿Eres tan enigmático siempre? —dijo con ironía.

Le fastidiaba que la dejara así, con la curiosidad y el misterio de saber dónde iban a ir.

—Llevo seis años encerrado en un castillo sin dejarme ver, ¿tú que crees? —le preguntó él a su vez.

Le dio otro mordisco a la tostada que le había quitado a Martina y le dedicó una amplia sonrisa en la que mostraba unos bonitos dientes blancos. Martina se quedó embobada mirándola. Era la primera vez que lo veía sonreír y la primera vez que lo hacía de aquella manera; sensual, despreocupada, jovial... Parecía haberse quitado diez años de un plumazo.

—Tienes una sonrisa preciosa —dijo, dejando a un lado el lugar donde la iba a llevar. Ahora lo más relevante era su sonrisa. De pronto decidió que la adoraba, como un beato adora la imagen de un santo.

Christos parpadeó un par de veces y sonrió.

—Cuando me piropeas deseo creerte —dijo.

—Créeme. En serio —contestó Martina, sensata—. Ojalá sonrieras más a menudo.

Christos la miró unos segundos. Era tremendamente fácil perderse en su mirada de color miel.

—A partir de ahora te prometo que lo haré —dijo.

CAPÍTULO 62

Martina estuvo todo el día impaciente y muerta de la curiosidad, pero Christos no soltó prenda por más que ella le insistía una y otra vez. No hubo manera de sonsacarle absolutamente nada.

A última hora de la tarde se cambiaron de ropa. Siguiendo las indicaciones de Christos, Martina se puso algo cómodo, unos pantalones vaqueros oscuros, un jersey de lana y una gruesa cazadora de paño; gorro, bufanda y guantes.

La niebla también les había dado una tregua aquel día y un sol claro lucía en el cielo, pero era diciembre y el frío no perdonaba.

Salieron del castillo por la cocina, atravesaron el patio trasero y se dirigieron a los establos.

—¿Has montado alguna vez a caballo? —le preguntó Christos a Martina.

—Sí, de pequeña mi padre tenía una yegua en la que mi hermano y yo montábamos —respondió ella—. Aunque de eso hace ya muchos años.

Christos abrió el portón de madera del establo y entraron en él. Los caballos relincharon al verlo.

—Hestia es más impetuosa, pero Atenea o Cronos no te darán problemas, son muy dóciles —comentó Christos, dirigiéndose a ellos.

A Martina se le iluminaron los ojos.

—Espera un momento…, ¿vamos a dar un paseo a caballo? —le preguntó.

Christos, que iba un paso por delante, se giró hacia ella.

—¿Te apetece?

—Sí, mucho. —Martina estaba entusiasmada.

Cuando vio los caballos por primera vez había hablado con Edward de la posibilidad de ir a dar un paseo con alguno de ellos, incluso recordaba que él le había comentado lo mismo que Christos, que Cronos y Atenea era muy dóciles, pero por unas cosas o por otras al final no había ido.

Ahora la idea era mucho más seductora todavía si el paseo lo daba con Christos.

Él se acercó a Hestia. En cuanto la tuvo cerca, empezó a relinchar y a pifiar.

—Tranquila… —le dijo Christos con voz sosegada, mientras le acariciaba el hocico con la mano.

La yegua bajó la cabeza en actitud sumisa, para que Christos continuara acariciándola. Martina sonrió al advertir el gesto del animal.

Christos dirigió una mirada a Martina.

—Ven, acércate —le dijo—. Hestia es impetuosa, pero en el fondo es muy noble.

Martina echó a andar hacia ellos. Cuando estuvo a solo un metro de Hestia, alargó el brazo y le pasó las manos por la cabeza, como había hecho Christos. La yegua cabeceó, pero después cedió al contacto.

—Le caes bien —dijo Christos.

—Espero que no se ponga celosa —comentó Martina.

Christos sonrió. Volvió el rostro y miró a los otros dos caballos.

—¿Qué te parece Cronos para ti? —le preguntó a Martina.

Martina observó al animal. Los miraba con sus preciosos ojillos negros.

—Perfecto.

—Voy a preparar las sillas.

Christos se dirigió al fondo del establo, donde, en una viga de madera, descansaban las sillas de montar. Cogió una de ellas, la más pequeña, y se fue hacia Cronos.

Sacó al animal de la cuadra y le colocó la silla. El caballo ni se inmutó. Era un ejemplar pardo claro con una mancha blanca en forma de rombo en el centro de la cabeza, justo a la altura de los ojos.

Mientras Martina lo acariciaba, Christos ceñía la cincha de la silla a la tripa del caballo. Tiró un par de veces para asegurarse de que estaba bien atada y después sacó a Hestia de su cuadra y le puso otra de las sillas de montar.

Martina colocó el pie en el estribo y con la ayuda de Christos se subió encima de Cronos.

—¿Qué tal? —le preguntó.

—Muy bien —dijo ella.

Hacía mucho que no montaba a caballo, pero en cuanto estuvo subida en Cronos, le vinieron a la cabeza todos los recuerdos de la infancia, cuando su padre y su hermano recorrían los verdes prados de Asturias.

Martina observó cómo Christos se montaba en los lomos de Hestia. Al igual que el primer día que contempló esa misma imagen a hurtadillas desde la ventana de la habitación, pensó que era todo un espectáculo ver a un hombre de su porte en un animal como aquel.

—¿Lista?

Martina parpadeó. La voz de Christos la trajo de vuelta a la realidad.

—Sí —afirmó.

Christos se echó la capucha sobre la cabeza (no se encontraba nunca con gente del pueblo, pero prefería ser precavido), cogió las riendas y con un leve espoleo en los costados de Hestia, enfiló la puerta del establo. Martina lo siguió.

Se dio cuenta de que montar a caballo no era como montar en bici, que nunca se olvida. Era muy pequeña cuando paseaba con la yegua de su padre y estaba oxidada en cuanto a técnica, pero es cierto que no tardó en tomar el control y las riendas de la situación, nunca mejor dicho. Cronos era realmente un animal muy noble.

—¿Qué tal vas? —se interesó Christos, que estaba pendiente de ella en todo momento.

—Bien —sonrió Martina.

Iban uno al lado del otro a un paso mesurado. Hestia se mostraba impaciente. Era un animal con mucho nervio y parecía necesitar una galopada, que era a lo que estaba acostumbrada, pero Christos la mantenía bajo control.

—¿No me vas a decir todavía dónde vamos? —curioseó Martina, mientras atravesaban los campos verde esmeralda de esa parte de Escocia.

—Es mejor que lo veas, ya no queda mucho —dijo Christos.

Martina lo miró de reojo.

—La Santa Inquisición no hubiera tenido nada que hacer contigo —se mofó.

Christos rio.

—Si la Santa Inquisición la hubieran formado mujeres como tú, no sé cómo me habría ido —dijo—. Eres muy…

—¿Pesada? —terminó de decir Martina.

—Dejémoslo en perseverante.

Ahora era Martina la que reía.

—La espera va a merecer la pena, ya lo verás —habló de nuevo Christos.

—No me cabe ninguna duda —dijo ella.

Intuía que allá donde fueran iba a ser un lugar muy especial.

Llevaban más de una hora paseando. Iban distraídos hablando, cuando Christos dijo:

—Martina, mira.

Martina alzó el rostro y siguió el movimiento de su mirada. Lo que se encontró la dejó literalmente sin palabras. Era el paisaje más impresionante y bonito que había visto en su vida. Se quedó sin respiración.

—Este es uno de los tramos más espectaculares de la costa oeste de Escocia —dijo Christos.

Y lo era. Sin lugar a dudas lo era.

Ante ellos se erigía una cadena de descomunales y vertiginosos acantilados con seis cabos, de paredes prácticamente verticales, que el viento y el mar habían esculpido en las rocas millones de años atrás y que partían del sendero por el que habían ido. Un paisaje dominado por los amarillos, verdes y ocres.

Daba la sensación de que allí la Tierra se había roto en un gigantesco socavón.

La belleza de Escocia no estaba solo en los intensos verdes de sus praderas o en las ruinas de

las fortalezas desperdigadas por ahí, estaba también allí. En aquella costa agreste, dura y áspera, donde los acantilados se convertían en su máxima expresión. Un verdadero espectáculo de la naturaleza que asombraba y asustaba a partes iguales.

Abajo, a más de setecientos y pico metros sobre el nivel del mar, rugían las olas y las aves levantaba su vuelo aprovechando las corrientes de aire. El silencio lo inundaba todo, un silencio que parecía tener identidad propia. Era tan denso que Martina sintió un escalofrío.

—Es una verdadera maravilla geológica —comentó cuando logró recuperar la voz y el aliento.

De uno de los acantilados caía una cascada que, vista desde la distancia a la que se encontraban, parecía un velo blanco deslizándose por la roca.

—Quería que lo vieras con la puesta de sol —dijo Christos—. Es cuando adquiere todo su esplendor… y su magia. —Hizo una pausa para contemplarlo. Eran unas vistas que nunca se cansaba de ver—. Vamos —animó a Martina.

Espoleó a Hestia con el talón y echó a andar por el sendero. Martina imitó su gesto y puso a Cronos en marcha. Estaba pasmada. No era capaz de apartar los ojos de semejante panorámica.

Avanzaron unos cuantos metros, comiendo terreno al sendero y se desviaron para entrar en la extensa pradera de la llanura de uno de los acantilados. Desmontaron y se adelantaron unos pasos.

—Vengo aquí siempre que necesito algo de paz —confesó Christos.

Sacó una manta de las alforjas de Hestia y la estiró en el suelo, sobre la alfombra de hierba. Martina le observaba hacer, porque parecía estar inmerso en un ritual.

—¿Es tu rincón secreto? —le preguntó con una sonrisa.

—Algo así.

Tal vez no estaba preparado para admitirlo todavía, pero sí que era su rincón secreto.

Christos se acomodó encima de la manta e invitó a Martina a sentarse a su lado. El sol iba a empezar a ponerse y algo le dijo a Martina que iba a ser una imagen que no iba a olvidar en lo que viviera.

Se sentó con Christos. Él se echó hacia atrás la capucha, encogió las piernas y se las rodeó con

los brazos, apoyando la barbilla sobre las rodillas. Martina se dio cuenta en ese momento, por la solemnidad con que miraba hacia el horizonte, de lo especial que era ese lugar para él, de que para Christos estar allí tenía un valor incalculable, y de que ella era una privilegiada por haber tenido la deferencia de mostrárselo.

Aquel acantilado era uno de esos maravillosos rincones del mundo que la gente elegía irremediablemente como su lugar favorito y que lo disfrutaba con cada uno de los cinco sentidos. Aquel sitio en el que se recomponía, en el que encontraba paz o se encontraba a sí mismo, en el que se cargaba de energía para seguir batallando con la vida.

—¿Vienes muy a menudo? —le preguntó.

—Sí. Hace tres años aproximadamente dejé de venir durante una temporada, porque *The National Geographic* lo eligió como uno de los diez acantilados más impresionantes del mundo y la gente se animó a venir a hacer turismo. Regresé cuando todo volvió a la normalidad y dejó de ser un reclamo.

Martina intuyó que Christos veía ese lugar como algo suyo, algo propio, como un refugio que le pertenecía y en el que no admitía a extraños, lo que acrecentó esa sensación de que ella era una privilegiada, por descubrírselo.

Hasta cierto punto era lógico que tuviera esa sensación. Exceptuando algún lugareño, nadie iría hasta ese vértice del extremo de Escocia, a no ser que *The National Geographic* lo publicitara como uno de los acantilados que no puedes dejar de ver.

CAPÍTULO 63

El cielo empezó a teñirse de los colores del atardecer. Rojos, amarillos y naranjas adquirieron protagonismo en la escena. Las nubes ganaron una tonalidad ámbar que envolvía el lugar en una reminiscencia mágica, concediéndole un encanto incuestionable.

Martina ladeó el cuello, sumida en una suerte de ensueño, y apoyó la cabeza en el hombro de Christos cuando el sol comenzó a ocultarse tras la lejana línea del horizonte.

—¿No vas a hacer fotos? —le preguntó él, extrañado, volviendo el rostro hacia ella.

—No.

—¿Por qué?

—Porque es un lugar secreto y tiene que seguir siendo secreto, y porque no quiero perderme ni un segundo del espectáculo que ofrece —respondió Martina—. Cuando estoy haciendo fotos estoy más pendiente del encuadre y de la incidencia de la luz que de lo que quiero sacar en la foto.

—Puedes disfrutar del espectáculo otro día —sugirió Christos.

Martina negó con la cabeza.

—Prefiero hacer fotos otro día —dijo.

Christos se inclinó y le dio un beso en la frente cargado de ternura.

Supo a ciencia cierta que ese lugar idílico, que era lo más parecido al paraíso que se podía encontrar en la Tierra, no había sido del todo perfecto hasta que Martina no había estado allí, hasta que no lo había compartido con ella. Ahora sí que era PERFECTO.

Sus siluetas se perfilaban oscuras contra el resplandor escarlata del ocaso.

—Encontré este sitio por casualidad, como se encuentran las mejores cosas de la vida, un día que galopaba con Hestia —dijo Christos—. Y desde entonces no he dejado de venir. Los atardeceres son… Bueno, ya lo ves. No hay nada igual.

—Es maravilloso —dijo Martina.

Parte del sol se había escondido ya y el medio medallón que se veía emitía un resplandor que parecía envuelto en un velo amarillo.

—Me sobrecoge el silencio —comentó Martina.

—Aquí solo se oye el ruido del viento, las olas rompiendo con fuerza en los acantilados y… ¿no has oído el violín?

Martina levantó el rostro y miró a Christos con el ceño fruncido.

—¿Qué violín? —preguntó.

—A lo lejos… Intenta aislar el sonido del viento y de las olas, como hacemos con el *tictac* de un reloj, y escucha… —indicó Christos.

Martina, con una mezcla de curiosidad y expectación, hizo lo que le dijo. ¿Era verdad o al final Christos acabaría diciéndole que le estaba tomando el pelo?

Trató de dejar a un lado esos sonidos, aislarse de ellos, y aguzó el oído. Cerró los ojos. De pronto, efectivamente creyó oír una melodía de violín. Era una cadencia suave, lejana, apenas perceptible, pero preciosa.

—¿Lo escuchas? —dijo Christos, al percibir el cambio que había sufrido la expresión de su cara.

—¿Me estoy volviendo loca? —fue la respuesta de Martina.

Christos se echó a reír.

—No, no te estás volviendo loca, Martina.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa? —preguntó, flipando en colores.

—Es un *truco* del viento, por decirlo así. Al rozar las rocas del acantilado produce ese sonido y parece un violín —le explicó Christos.

—¿Cómo si fuera un instrumento musical de viento gigante? —dijo Martina.

—Sí.

—Dios mío, es… —Martina se acarició los brazos por encima de la ropa—. Se me ha puesto la carne de gallina. Mira. —Se subió un poco la manga para que Christos lo viera.

Él le pasó la mano por el brazo para mitigar la sensación.

—Hay unos acantilados en Irlanda, los acantilados de Moher, en los que sucede un fenómeno similar.

Martina paseó la mirada en derredor. Los ojos le brillaban.

—Es realmente un lugar mágico, Christos —comentó. Todavía tenía la carne de gallina.

—Sí, lo es —dijo él.

Martina detuvo los ojos en Christos y lo miró unos instantes.

—Muchísimas gracias por enseñármelo, por traerme —le agradeció con el corazón en la mano —. Sé que es un lugar muy especial para ti, que es tu refugio…

—A este lugar le faltabas tú, Martina —dijo él—. Antes creía que era perfecto, pero hoy me he dado cuenta de que verdaderamente es perfecto *ahora* —enfatizó el «ahora»—, y es porque estás tú.

Martina estaba a punto de desmayarse. ¿Christos Blair diciéndole aquellas cosas tan bonitas? Mejor dicho, ¿el gruñón de Christos Blair diciéndole aquellas cosas tan bonitas?

Se lanzó a él y pasándole los brazos por el cuello, lo abrazó. Iba a romperse en mil pedazos de tanta felicidad como sentía, y aunque le daba vértigo (el inquietante vértigo que inoportunamente aparece, a veces, cuando todo va bien), no quiso pensar en ello y lo relegó como pudo al fondo de su cabeza. No quería estropear el momento con pensamientos que no venían a cuento. Solo deseaba disfrutar de Christos y de aquella magnífica puesta de sol.

Estuvo a punto de decir «te quiero», pero se quedó con las palabras prendidas en la punta de la lengua. Christos acababa de salir del cascarón, como aquel que dice, y ya sabemos cómo reaccionan algunos hombres a los sentimientos.

Christos le pasó los brazos por la espalda y la estrechó contra su cuerpo. Hacía frío, pero él no lo sentía. Martina y él parecían haber absorbido todo el calor del mundo. Cuando se separaron, él

le recolocó la bufanda por el cuello para que no se quedara fría y le dio un beso que les supo a gloria… y a amor.

El sol finalmente se ocultó tras el horizonte y el paisaje quedó sumido en una sombra que no le restaba un ápice de belleza. Al contrario, adquirió un tono de misterio que añadía más magia a la que ya poseía por sí solo el lugar.

Embebidos en aquella atmósfera a ratos bucólica, hablaron de todo un poco, de lo humano y de lo divino, aunque también guardaron el silencio debido que requería el solemne momento. Pero si algo tenían en común Martina y Christos es que podían conversar de cualquier cosa y reírse de casi todo con esa complicidad que había entre ellos y ese humor tan singular que poseían ambos.

Cuando la noche empezó a caer y la tarde se oscureció, recogieron la manta, la doblaron entre los dos y la guardaron en las alforjas de Hestia.

En un momento en que Christos estaba distraído, Martina preparó la cámara y le hizo una foto de espaldas. Se encontraba de pie, con el rostro ligeramente vuelto por la parte sin cicatrices y miraba con solemnidad hacia el majestuoso horizonte. Varios mechones de pelo le caían por la frente. Su figura se recortaba regia e imperturbable contra los últimos vestigios del crepúsculo.

Se mirara por donde se mirara era una fotaza. Sin más. Digna del *International Center of Photography Museum* de Nueva York. Incluso tenía pensado un posible título: «El hombre que vivía en las sombras».

CAPÍTULO 64

Los siguientes días fueron días de vino y rosas, como el título de la película de 1962, con Lee Remick y Jack Lemmon como actores protagonistas.

Christos y Martina estaban, como se suele decir, en una continua luna de miel, aún sin estar casados; subidos en esa nube en la que se encuentran las parejas al principio y tocando poco el suelo con los pies. Pasaron de ser un «yo-tú», a ser un «nosotros» en todo. Estaban extasiados el uno con el otro. Todo era deseo, pasión, complicidad y sexo. Mucho sexo. Se pasaban gran parte del tiempo en la cama. En el dormitorio la conexión era perfecta y el mejor modo de descubrirse.

Aprovechaban cada ratito que podían para estar juntos y no parecía haber nada que los separase… Pero ese estado idílico de los inicios, en el que se entienden y se comprenden, y en el que todo está envuelto en, ¿por qué no decirlo?, un exceso de fantasía, termina mezclándose con la realidad más tarde o más temprano, y en ocasiones se ponen los pies en el suelo de golpe.

Edward dio un puñetazo triunfal en la mesa cuando un día los pilló besándose en la cocina y se enteró de que estaban juntos. Nada le alegraba más que Christos hubiera dado una oportunidad a Martina. Pero no solo a ella, también a él mismo. Sobre todo, a él mismo. Algo a lo que se había cerrado herméticamente desde hacía seis años.

—Por fin has entrado en razón, Blair —le dijo a Christos en actitud paternal, como siempre le trataba Edward.

Él sonrió sin dejar de acariciarse la nuca. La cara de Martina era de pura felicidad.

—Me alegro mucho por los dos.

—Muchas gracias —dijo una sonriente Martina.

Edward apuntó con el dedo índice a Christos.

—Si tienes algo de cerebro en esa cabeza, no la dejes escapar, Blair, o te arrepentirás —le advirtió.

—No la dejaré escapar, Edward —dijo él.

Christos miró a Martina y le dio un pico en los labios.

—¿Te quedas con nosotros a tomar un café? —le propuso Martina, consciente de la debilidad que Edward sentía por esa bebida. Más que escocés parecía latino.

—Sabes que nunca rechazo una invitación de tomar un buen café tuyo. Es lo único, junto al té, capaz de hacer entrar en calor el cuerpo —dijo él—. Hace un frío de los mil demonios —se quejó, frotándose las manos una con otra para que le entraran en calor.

—¿Siempre hace tanto frío por esta época? —preguntó Martina—. Estamos en diciembre y no espero que haga una temperatura para darse un baño en la playa, pero es que el frío es desmesurado —comentó.

—No, normalmente tenemos unos cuantos grados más. Esta parte del país es de mucha humedad y nieblas, pero he oído en la radio que se espera una borrasca de nieve para la próxima semana —dijo Edward, al tiempo que se sentaba en una silla.

Christos sacó del armario tres tazas mientras Martina ponía en un plato unas rosquillas que había comprado en el pueblo una de las veces que había bajado.

—Yo también lo he oído —comentó Christos—. Pensaban que el fuerte viento desplazaría la borrasca hacia el norte, pero al final la vamos a tener aquí —añadió con visible preocupación.

—Esas nieves son peligrosas —apuntó Edward con inquietud.

Martina miró a uno y a otro alternativamente cuando echaba el café en las tazas que Christos había dejado en la mesa.

—Pero aquí estamos seguros, ¿no? —preguntó, al percibir su alarma.

—Sí, sí… —se adelantó a decir Edward—. Pero esas tormentas de nieve siempre traen problemas, porque nos aíslan y nos dejan incomunicados del resto del mundo.

—Los días que dure la borrasca, te vienes aquí —intervino Christos—. Nos haremos con provisiones y comida por si nos quedamos incomunicados.

—No quiero molestaros, chicos, y menos ahora… —dijo Edward.

Martina y Christos intercambiaron una mirada.

—No digas tonterías —tomó la palabra Martina, que hablaba en nombre de los dos—. En el castillo hay sitio para los tres. Bueno, hay habitaciones para media Escocia —bromeó.

—No sé… —Edward tomó su taza, dubitativo aún, sopló para enfriar el humeante café, y dio un sorbo.

—No voy a admitir un no por respuesta, Edward —dijo muy serio Christos. Su voz no admitía réplica alguna, y eso le llevó a Martina a pensar que la cosa era grave—. Tu casa está construida en un pequeño valle del pueblo y esa zona es la primera que se va a quedar aislada. Tu casa puede acabar completamente sepultada por la nieve.

Martina apoyó una mano en el hombro de Edward.

—No te cuesta nada meter alguna muda y tus cosas personales en una bolsa y quedarte con nosotros —lo animó, ofreciéndole una sonrisa amable—. Así estaremos más tranquilos.

La verdad es que no le hacía gracia que Edward se quedara solo en su casa mientras caía una tormenta de nieve como la que habían anunciado. En España se daban a veces ese tipo de nevadas inmensas y las consecuencias eran catastróficas. A veces incluso dramáticas.

Edward reflexionó sobre la situación y las circunstancias unos segundos.

—Está bien —accedió al final. Se rascó la cabeza—. Supongo que es lo más sensato.

—Desde luego que lo es —se apresuró a decir Martina—. Estarás más seguro en el castillo.

—Te prepararemos una habitación —repuso Christos.

Edward alzó los ojos y lo miró.

—Gracias. Muchas gracias, de verdad.

Alargó el brazo por encima de la mesa y cogió la mano de Christos en un gesto de

agradecimiento. Él la envolvió entre la suyas con cariño.

—No tienes que agradecer nada. Sabes que eres como un padre para mí, Edward —dijo Christos.

Y Martina, al verlos, tuvo la certeza de que realmente era así. Su relación, salvando algunas distancias, era como de padre e hijo, aunque fueran empleado y jefe. Pero Edward era la única persona en la que Christos había confiado durante los años que había vivido en aquel castillo, y no le cabía duda de que Edward le había cuidado como a un hijo, tal vez como al hijo que no había tenido.

Él era la única persona que lo había acompañado durante aquel largo tiempo de aislamiento que se había impuesto Christos.

CAPÍTULO 65

Martina abrió los ojos cuando una ráfaga de viento golpeó con fuerza el cristal de la ventana, haciendo un ruido estrepitoso.

La borrasca que tanto habían anunciado acababa de llegar a la costa oeste de Escocia y lo hacía por la puerta grande. El viento a esas horas ya tenía talante de vendaval y la nieve caía copiosamente sobre la costa, acompañada de la impetuosa ventisca.

Martina movió el brazo y pasó la mano por el otro lado de la cama. Estaba vacío y las sábanas frías. Se imaginó que Christos estaría en la biblioteca leyendo para pasar las horas de tedio cuando se le resistía el sueño, o deambulando por el castillo. Con la que estaba cayendo, donde no estaba era paseando por la playa.

Algunas veces, para no molestarla, terminaba durmiendo en su habitación las últimas horas de la noche. Después regresaba con ella, al calor de su cuerpo, antes de que el amanecer llegara.

Mezclado con el sonido de la ventisca de nieve, empezaron a oírse unas notas de piano. Martina se incorporó y agudizó el oído, por si no estaba escuchando bien. Sí, eran unas notas de piano. Sonrió. El único que podría estar tocándolo y más de madrugada, era Christos.

Apartó el edredón a un lado y bajó de la cama. Se echó por encima la bata que había en la silla. Mientras se la ponía, el resplandor de la espesa capa de nieve que se estaba formando iluminaba la habitación por el reflejo de la luna. Se ató la bata y salió al pasillo.

Siguiendo las suaves e inequívocas notas llegó hasta la sala donde estaba el piano. Martina recordó que fue una de las primeras en las que entró cuando se instaló en el castillo.

Despacio, abrió la puerta. No quería interrumpirlo.

Christos se encontraba al fondo, sentado en la banqueta de madera. Entre la penumbra en que se sumía la estancia, sus dedos se movían hábilmente por las teclas.

Martina no se hubiera imaginado que supiera tocar con aquella maestría cuando se atrevió con *Para Elisa* de Beethoven. Uno de esos clásicos del que quizás no conoces el nombre, pero que reconoces nada más de oír las primeras notas.

Se quedó escuchándole tocar en silencio en el umbral de la puerta. Estaba muy concentrando interpretando la partitura.

Tenía los ojos entrecerrados, como si estuviera perdido en el sonido de la música, como si las notas de la melodía fluyeran a través de su cuerpo.

Martina sintió un escalofrío cuando empezó a tocar una canción de la banda sonora de la película *Amélie*. La reconoció al instante porque era simplemente preciosa. Había quienes aseguraban que era la canción más bonita que habían escuchado nunca. A ella le hacía sentir una melancolía especial, una alegría extraña de explicar, como agridulce.

Christos notó su presencia al otro lado de la sala y alzó la vista hacia la puerta. Dejó las manos en el aire cuando vio a Martina.

—No dejes de tocar, por favor —le pidió ella en un hilo de voz.

Christos volvió a posar los dedos sobre las teclas y continuó tocando la canción.

Martina se acercó hasta el piano y guardando un silencio sepulcral, escuchó tocar a Christos como si le fuera la vida en ello. A medida que la melodía avanzaba, se tuvo que morder el labio para aguantar las lágrimas.

Era preciosa.

Una canción llena de sentimiento, encanto y tristeza que Christos tocaba poniendo el alma en cada nota.

—¿Toco tan mal como para hacerte llorar? —bromeó.

—Por supuesto que no —contestó Martina con una sonrisa, enjugándose con la mano la lágrima que se deslizaba por su mejilla—. Es la canción de la película *Amélie*, ¿verdad? —le preguntó al terminar, aunque costaba romper el silencio después de aquello.

—Sí, es *Comptine D´un Autre Été* de Yann Tiersen —respondió Christos. Miró a Martina con las manos en el regazo—. Siento haberte despertado.

—No lo has hecho tú, lo ha hecho la tormenta —contestó ella. Apretó los labios—. No sabía que tocaras tan bien el piano.

—Desde el accidente paso mucho tiempo solo y aprender a tocar el piano me ha ayudado a paliar esa soledad —respondió—. Además, me viene bien como ejercicio de rehabilitación para la mano. Los dedos no se me entumecen tanto. Al principio apenas tenía movilidad en ellos —añadió a modo de explicación—. ¿Te gusta el piano, Martina?

—Es mi instrumento musical preferido —respondió ella. Se revolvió un poco el pelo—. No te lo creerás, pero de pequeña soñaba con ser una gran concertista. Cogía un pequeño órgano que me regalaron mis padres y simulaba que estaba dando un concierto en un teatro de fama mundial. Cuando terminaba, me levantaba y hacía una reverencia para dar las gracias al público por su ovación —dijo con cierto apuro. Escuchando a Christos no era para menos—. Es una tontería, pero me encantaba.

—No es una tontería, Martina. Eran los sueños de una niña… —apuntó Christos—. Todos hemos tenido sueños siendo niños. Yo quería ser astronauta —añadió.

—¿En serio?

—Sí.

—A mí me hubiera gustado mucho aprender a tocar el piano —dijo Martina.

—Nunca es tarde. Yo aprendí a los treinta —repuso Christos. Alargó la mano hacia ella—. Ven —susurró en tono sensual.

Martina la tomó sin vacilar. Él le abrió un hueco en sus piernas y ella se acomodó entre ellas, descansando la espalda contra él.

—No tienes futuro como soprano, pero quizás el piano no se te dé tan mal como cantar —se mofó Christos.

Martina frunció el ceño y le dio un pequeño codazo en las costillas.

—Serás… —gruñó, apretando los dientes.

Christos rio.

Cogió las manos de Martina con suavidad y las colocó sobre la espineta. Ella se fijó en las suyas. Una fuerte y de dedos elegantes, la otra algo consumida y con una telaraña de cicatrices rosáceas que contrastaba con las teclas blancas. Martina pensó en lo dolorosas que tenían que haber sido sus heridas. En todo lo que tuvo que haber pasado.

Muchos días Christos se permitía el lujo de no ponerse el guante de cuero, aunque lo hacía siempre que salía del castillo. No deseaba encontrarse con alguno de los lugareños (aunque era muy raro), y que vieran su garra.

—¿Quieres que probemos con la canción de *Amélie*? —le preguntó Christos a Martina.

—Sí, porque me encanta —afirmó ella.

Christos la guio por las teclas, marcándole las notas que tenía que tocar en un juego sensual, pero prisionera entre sus brazos como estaba y con ese maravilloso olor a flores y a primavera que desprendía su cuerpo era difícil concentrarse en algo que no fuera Martina y las ganas que tenía de estar dentro de ella.

Inclinó la cabeza y hundió la nariz en su pelo para inhalar su fragancia.

—Qué bien hueles… —susurró.

La tormenta de nieve que había fuera, el sonido hipnótico de los copos sobre los cristales y la semipenumbra en la que se encontraba la sala no ayudaban demasiado a que solo quisiera darle una clase de piano.

Depositó un beso en su cuello lentamente. Martina ronroneó y ladeó la cabeza para que tuviera mejor acceso. Christos dejó una estela de besos sobre la piel, ascendió hasta la oreja y le lamió el lóbulo.

—Creo que es mejor que dejemos la lección para otro día —le dijo con complicidad, pegado al oído.

Entrelazó los dedos de sus manos con los de ella y se los apretó.

—¿Y qué podemos hacer? —bromeó Martina.

—¿No te haces una idea? —dijo Christos, con una voz tan seductora que ella no pudo evitar

estremecerse.

Martina echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. La voz de Christos se le metió hasta lo más hondo del ser.

—Quiero oírte gritar de placer mi nombre de esa forma que tú sabes…

Le soltó las manos, le agarró la cintura y poniéndose de pie la sentó encima del piano. Los pies de Martina terminaron apoyados en las teclas.

Christos le sujetó la cara con la mano dañada y acercándose a ella la besó. Fue un beso tierno y cargado de intención, de amor… como eran últimamente los besos que se daban.

Quitó el nudo del cinturón de la bata, la abrió y metió las manos entre la tela para acariciarle los pechos.

Martina se tumbó a la larga sobre él y arqueó la espalda, mientras Christos deslizaba las palmas de las manos por el interior de sus muslos, haciéndola estremecer como él solo podía.

Cuando Martina escuchó un pequeño crujido, se preguntó si aquel mueble aguantaría lo suficiente el envite o si acabaría hecho astillas. Ya tenía sus años y Christos empujaba con mucha fuerza cuando follaban.

Que fuera lo que Dios quisiera, se dijo, al oír otro crujido.

Christos cogió el elástico del pantalón del pijama y se lo bajó en un gesto decidido. Hizo lo mismo con las braguitas, arrastrándolas por las piernas de Martina.

La luz que entraba por los ventanales revelaba sus cicatrices, pero Christos ya no sentía la necesidad de ocultarlas en las sombras cuando estaba con Martina. A ella no le importaban. Lo veía en sus ojos, en los que solo había deseo.

Le cogió los tobillos y se los colocó sobre sus hombros. Después se bajó hasta la mitad del muslo el pijama y el calzoncillo, se cogió la erección y se la metió hasta el fondo de golpe, como le gustaba a Martina. Ella ahogó un grito y se retorció sobre la madera lacada del piano.

—Sujétate fuerte —le advirtió Christos.

Martina extendió los brazos y se agarró a los bordes del piano con las manos. Christos se la sacó y volvió a penetrarla hasta el fondo.

—Christos, otra vez —gimió Martina.

CAPÍTULO 66

Los días posteriores la tormenta arreció, adquiriendo más virulencia.

Ni por la noche ni por el día la nieve y las ventiscas daban un descanso. Martina nunca había visto tormentas de aquel calibre.

—No podemos salir del castillo —les dijo a Alba y a Blanca por teléfono en una de sus videollamadas—. No para de nevar ni un momento.

—Pero me imagino que Christos y tú estáis aprovechando bien ese tiempo en casa —apuntó Blanca con doble intención, moviendo las cejas arriba y abajo.

A Martina se le escapó una sonrisilla. Estaba como una niña de quince años. Bajó la cabeza y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Si… Bueno… Estamos bastante entretenidos —contestó.

—Estáis dándole a la mandanga sin parar, ¿eh? —comentó Alba entre risas.

—Pues supongo que como tú y William, ¿no? ¿O me vas a decir que cuando estáis juntos pasáis el rato haciendo calceta?

Alba estalló en una carcajada al otro lado de la pantalla. A ella también le brillaban los ojillos.

—Claro que no, pero nosotros no nos vemos tanto como Christos y tú y te recuerdo que no compartimos casa —repuso.

—En eso te tengo que dar la razón —dijo Martina.

—Madre mía, apestáis a amor las dos —saltó Blanca, poniendo los ojos en blanco—. Es como estar encerrada en una habitación con decenas de sahumadores de incienso de pachuli.

—¿Te asfixias? —le preguntó en broma Martina.

—Estoy a punto —contestó Blanca.

Las tres empezaron a descojonarse de risa.

—¿Y qué tal os va? —preguntó Blanca después.

Martina suspiró. La verdad es que solo le faltaba exhalar corazoncitos en el aire.

—Pues la verdad es que yo estoy en una nube —respondió con una sonrisa bobalicona en la cara—. Christos es… es un tío genial. Me escucha, se preocupa por mí, me hace reír, me comprende…

—Nada que ver con Óscar —dijo Alba.

—Nada en absoluto —atajó Martina.

Blanca miró a Alba.

—Óscar ni siquiera era un hombre que se vistiera por los pies. Óscar era un imbécil integral —afirmó contundente.

—Quién lo diría de Christos con la reputación que tenía… —comentó Alba con asombro.

—No tiene nada que ver con aquel hombre —dijo Martina—. El accidente lo ha cambiado por completo, o tal vez las cicatrices...

—Supongo que lo que le pasó es un hecho suficientemente traumático como para que te cambie la percepción del mundo y empieces a verlo de otra manera —apuntó Blanca.

—Sí, el accidente marcó un antes y un después en su vida. Él lo ve como una desgracia, pero yo creo que emergió un nuevo Christos a partir de ese momento. Un Christos más humano, un Christos con corazón, porque antes no tenía.

—¿Y cuándo nos lo vas a presentar? —le preguntó Alba con impaciencia.

—Alto ahí, chicas. Parad, que os conozco —les frenó Martina, enseñándoles la palma de la mano que tenía libre—. Es muy pronto para eso. Christos no está en unas condiciones normales. Sus cicatrices siguen siendo un hándicap para él. He tardado meses en que me las mostrara a mí, no va a ser tan fácil que quiera que todo el mundo le vea el rostro. Va a requerir su tiempo…

—Sí, joder, tienes razón, pero es que se te ve tan bien con él… —dijo Alba.

—Todo llegará —dijo Martina con una sonrisa.

—Aquí lo importante es que tú estés bien con él —intervino Blanca.

—Por ahora estamos genial.

Alba dio un saltito.

—Me encanta verte feliz, Martina. Dios, te lo mereces tanto…

Martina se tapó la cara con la mano que tenía libre.

—¿Quién me iba a decir a mí que me iba a enamorar de Christos Blair? ¿Os acordáis de la cara que se me quedó cuando su hermana me dijo que el trabajo era en las Altas Tierras de Escocia?

—Igual que la nuestra —dijo Alba—. No dábamos crédito.

—Me acuerdo de que estábamos en el Naan Staap —apuntó Blanca.

—Es verdad, estábamos allí —confirmó Martina, entusiasmada al recordarlo.

Qué diferente era todo ahora.

—Y unos meses después has conseguido que «la bestia de las Highlands» se convierta en un dócil corderito —dijo Blanca.

—Tanto como en un dócil corderito… —Martina meneó la cabeza, riéndose.

Blanca agitó la mano delante de la pantalla del móvil.

—Ya me entiendes…

—Contigo se da fe de esa frase que dice que el amor aparece cuando menos te lo esperas, como una sorpresa —dijo Alba.

—Y con quien menos te lo esperas —matizó Blanca, levantando el índice—. Christos Blair estaba fuera de cualquier estadística.

—Os juro que lo último que esperaba era volverme a enamorar —aseveró Martina—, y menos en las Highlands, y menos de alguien como Christos. Después de lo de Óscar no tenía muchas ganas… La historia con él me dejó muy tocada.

—Lo pasaste fatal por su culpa —intervino Blanca.

—Sí.

—Yo creo que la vida tiene un plan sorpresa para las personas que, a pesar de las decepciones, siguen con el corazón abierto al amor —dijo Alba—, aunque no lo busquen expresamente.

—Quizá sea así… —comentó Martina. Se pasó la mano por el cuello. El tono con el que habló después se volvió un poco más confidencial, más íntimo—. A veces tengo la sensación de que he estado toda la vida esperando a Christos… Como si me hubiera estado preparando para él, ¿entendéis?, como si él fuera el lugar al que tenía que llegar, como si fuera mi destino. —Sacudió la cabeza—. No sé... Probablemente estoy desvariando —bromeó—. Dicen que el estado de enamoramiento a veces produce efectos similares a una droga. Así es como debo de estar yo, medio drogada.

Alba y Blanca no pudieron por menos que echarse a reír.

—Yo sí creo que tengas esa sensación —dijo Alba.

—¿La tienes tú con William?

—No, pero es que tampoco creo que Will sea el hombre de mi vida —respondió Alba en un acceso de sinceridad—. Me gusta y tal…, pero hasta ahí. En cambio, estoy segura de que Christos es el hombre de tu vida. Quizá el modo en que han pasado las cosas…

—¿Sabes lo que yo pienso? —dijo Blanca.

—¿Qué?

—Creo que tú has llegado a la vida de Christos en el momento adecuado. Justo cuando tenía que ser, por eso se ha abierto a ti. Yo creo que él también te estaba esperando, Martina.

Ella se llevó la mano a la cabeza.

—Ay, Dios, chicas, ¿no estaré echando las campanas al vuelo muy pronto? —dijo. De repente se sintió agobiada—. Llevamos muy poco tiempo…

—Pero muy bien aprovechado —bromeó Alba, guiñando un ojo.

Martina hizo el amago de sonreír.

—A lo mejor estoy yendo demasiado deprisa —dijo.

—¿Y qué más da el ritmo? —planteó Blanca—. Por favor, no empieces a ser tan agorera como Alba.

—¡Oye! —se quejó ella a su lado.

Blanca giró el rostro y la miró.

—¿Acaso es mentira lo que estoy diciendo? ¿Acaso no eres una agorera, que a veces lo estropea todo antes siquiera de que empiece?

Alba alzó levemente la barbilla y adoptó una expresión de dignidad, aunque era más teatro que otra cosa.

—Es cierto que a veces soy un poco… pesimista —reconoció.

—¿Solo un poco? —ironizó Blanca.

—En mi defensa diré que voy mejorando esa actitud —contestó Alba.

Martina se echó a reír al otro lado de la pantalla. Blanca le devolvió la atención a la videollamada.

—Martina, cariño, vive las cosas como son, como vengan… Y ya. Olvídate de si van rápido o despacio. El ritmo lo marca la propia pareja, lo que viven y como transcurren las cosas... No hay un manual para los asuntos del amor —repuso.

—Sí, sí, tienes razón —dijo Martina.

—Yo suscribo todo lo que ha dicho Blanca —habló Alba—. Incluido lo de que no seas agorera como yo —añadió con gracia.

Martina lanzó al aire un suspiro.

—No os preocupéis que os voy a hacer caso —aseveró.

CAPÍTULO 67

Aquella noche, bajo la tormenta de nieve que seguía azotando la costa, Martina y Christos hicieron el amor como si no hubieran estado juntos nunca. Se reconocieron cada centímetro de piel, se la aprendieron; cada lunar, cada manchita, cada poro… Se saborearon las bocas y compartieron la respiración cuando el orgasmo los dejaba sin aliento.

Aquella noche Christos no podía dormir. Cansado de dar vueltas en la cama sin ser capaz de atrapar el sueño y para no molestar a Martina, se levantó y se fue a leer a su habitación (no le apetecía estar encendiendo la chimenea de la biblioteca y a esas horas hacía frío), después de depositar un suave beso en el hombro desnudo de Martina, que dormía a su lado.

Aquella noche, sin avisar, como ocurría siempre, volvieron los demonios en forma de pesadilla.

Christos estaba atrapado en un coche que las llamas devoraban como si fuera de papel. Él trataba inútilmente de salir, trataba de abrir la puerta, la ventanilla, pero era imposible.

«Ayudadme a salir», gritaba a pleno pulmón.

Todas las personas que pasaban por delante del coche lo ignoraban: sus amigos, Ashley, sus padres, su hermana… Lo miraban con indiferencia, incluso Christos advertía en sus ojos cierto reproche. ¿Qué significaban sus miradas? ¿Qué querían decirle? ¿Que se merecía morir quemado vivo en el interior del coche sin posibilidad de salir? ¿Era eso?

Pegó un par de puñetazos al cristal de la ventanilla, pero no se rompía. Lo intentó con la luna delantera del coche, pero tampoco pudo.

La gente seguía pasando delante de él sin atender a sus suplicas.

«Por favor, ayudadme a salir —rogaba con voz agónica—. Os lo suplico, ayudadme. No os vayáis. No me dejéis…»

Pero nadie le hacía caso. Pasaban en procesión uno detrás de otro sin auxiliarle.

Christos sentía el calor de las llamas en la piel, en la carne... Trataba de alejarse de ellas, pero cada vez le ganaban terreno al coche.

Empezó a gritar histérico cuando dejó de ver a la gente porque el fuego lo estaba devorando todo.

—¡¡¡Socorro!!! —chilló con todas sus fuerzas, desgarradoramente—. ¡Por favor que alguien me ayude! ¡Socorro! No me dejéis aquí. No me dejéis morir… —pedía—. Os lo suplico, ayudadme. No me dejéis morir…

En el otro extremo del castillo, Martina se despertó de un sobresalto cuando oyó los gritos agónicos de Christos. Se le heló la sangre. Nunca había oído tanto sufrimiento en una voz.

Se apresuró a levantarse y salió disparada de la habitación. Christos seguía gritando:

—¡No me dejéis morir…! ¡Os lo suplico, ayudadme…!

Martina no veía el momento de llegar a su habitación y despertarlo para sacarlo de aquella horrible pesadilla.

Ya no sabía si lo tenía prohibido o no, pero entró sin pensárselo dos veces. Abrió la puerta y se dirigió directamente a la cama, guiada por el resplandor de los relámpagos de la tormenta.

Christos se agitaba encima del colchón mientras seguía gritando agónicamente.

—¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!

Atrapado en la pesadilla, trataba de abrir una y otra vez la puerta del coche, accionando la manecilla reiteradamente, al tiempo que golpeaba el cristal de la ventana con la palma de la mano, pero no se abría.

Martina alargó el brazo y tanteó el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche. Una tenue claridad amarillenta iluminó levemente la habitación, dejando solo atisbar el contorno de las cosas.

Bajó la mirada y vio que Christos tenía el rostro contraído en una mueca de angustia, las

mejillas llenas de lágrimas y las uñas de las manos clavadas en la carne de los muslos desnudos, porque solo tenía puestos los calzoncillos.

La ropa de la cama estaba tirada en el suelo formando un reburujo.

—Dios mío… —gimió Martina con el corazón encogido.

Se sentó en la cama, al lado de Christos, y lo llamó:

—Christos, mi amor… Christos… —susurró con voz dulce para despertarlo.

Le cogió las manos y trató de aflojárselas para que soltaran la carne del muslo. Las tenía tan apretadas que la zona había adquirido un color escarlata.

Martina ahogó un grito al ver que algunas gotas de sangre emergían de la carne.

Trató de estirarle los dedos sin dejar de llamarlo, pero los tenía agarrotados y le fue imposible. Jamás había visto a nadie en ese estado. Se le hizo un nudo en la garganta.

Entonces comenzó a acariciarle la cara, para ver si el contacto de la calidez de su mano lo hacía reaccionar. La tenía empapada y extremadamente fría.

—Christos…, soy Martina. Mi amor… —dijo, sin dejar de acariciarle el rostro con dulzura para intentar calmarlo—. Mi amor, estoy aquí…

Christos se arqueó y Martina colocó la mano en el pecho para sujetarlo, pero a duras penas lo podía contener. Tenía todo el cuerpo agarrotado y la piel empapada con un sudor frío, que le chorreaba por la frente. ¿De dónde nacían aquellas pesadillas? ¿Por qué eran tan intensas?

—Christos, es solo una pesadilla. Cariño, todo está bien… —siguió diciéndole en voz baja.

Se tumbó encima de él y lo abrazó para darle calor.

Christos por fin reaccionó a sus palabras y abrió los párpados. Su clara mirada se clavó en el techo. Los rasgos del rostro contraídos por el terror. Los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—Martina… —murmuró jadeante, sin saber muy bien dónde se encontraba, pero consciente de que era ella quien le estaba abrazando.

Martina alzó el rostro hacia él y le ofreció una cálida sonrisa.

—Estoy aquí, Christos, estoy aquí…

Christos se giró sobre su propio cuerpo en silencio, tumbó a Martina en la enorme cama y se

acurrucó contra ella en posición fetal, apoyando la mejilla sobre su tripa y rodeándole el torso con los brazos.

—Quédate conmigo, Martina —le suplicó en tono agónico.

A Martina se le partió el corazón.

—No me moveré de aquí —dijo.

Bajó la mano hasta su cabeza y comenzó a acariciarle tiernamente el pelo, deslizando los dedos entre sus mechones oscuros, para que se tranquilizase y volviese a quedarse dormido.

Se inclinó y le dio un beso en la frente. Estaba helado. Podía sentir su respiración agitada y el corazón latiéndole a mil por hora.

En aquel momento Christos era tan vulnerable y frágil como un niño pequeño que se despierta en mitad de la madrugada llamando a su madre porque tiene pesadillas o porque cree que hay un monstruo debajo de la cama.

Christos no parecía ser capaz de discernir qué era realidad y qué fantasía. Resultaba increíble ver a un hombre de treinta y cuatro años con casi un metro noventa de estatura en ese estado de indefensión, oyéndole hablar con la angustia y el miedo con el que lo hacía.

Martina lo observó un rato hasta que finalmente el sueño lo venció de nuevo y su corazón tomó un ritmo regular.

Lanzó al aire un suspiro y recostó la cabeza en el cabecero de la cama.

CAPÍTULO 68

En algún momento de la noche, Martina se había deslizado por el colchón y había acabado durmiendo al lado de Christos, con los rostros uno frente a otro, y el brazo alrededor de su cintura.

Después de recostarse en el cabecero, había cerrado los párpados y finalmente se había quedado dormida.

Christos abrió los ojos y la vio.

Ahí. En su cama.

A solo unos centímetros de él.

Ni el amanecer más bonito podía ganar a la visión de ver a Martina nada más de despertarse.

La temprana luz del amanecer iluminaba de soslayo su rostro sereno. Las largas pestañas oscuras caían sobre las mejillas de piel impoluta. Los labios rosados y jugosos se encontraban entreabiertos y el pecho subía y bajaba con una respiración acompasada.

Se preguntó si se podía ser más perfecta que ella y pensó en como el hijo de puta de su exnovio podía haberle puesto la mano encima. Él había cometido casi todos los pecados capitales, pero jamás le había levantado la mano a una mujer.

Estiró el brazo y le acarició la mejilla.

Entonces le vino a la cabeza la pesadilla. La de aquella noche había sido la más horrible de todas las que había tenido. El miedo y la angustia habían sido tan intensos que todavía quedaba algún vestigio de ellas en alguna zona de su cerebro.

Tenía la sensación de que Martina lo había salvado de aquel coche en llamas del que nadie

quería sacarlo. Ella lo había traído de vuelta a la realidad.

Martina abrió los ojos y suspiró. Al ver a Christos mirándola, esbozó una sonrisa.

—Buenos días —susurró.

—Buenos días —dijo él.

Martina se acercó y le dio un beso en los labios.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó, apartándole un mechón de pelo que le caía por la frente.

—Como si tuviera resaca, pero bien. Me pasa siempre —respondió Christos.

A la mañana siguiente después de las pesadillas sentía que su cerebro estaba envuelto en una nube que lo hacía reaccionar con lentitud a todo. Por suerte a medida que pasaban las horas la sensación desaparecía.

—¿Desde cuándo tienes pesadillas?

—Desde el accidente. —Hizo una breve pausa antes de continuar hablando—. A la mayoría de la gente se le borra el momento traumático del accidente, pero yo lo recuerdo todo con una claridad de espanto.

Martina frunció el ceño.

—¿De verdad?

Christos movió la cabeza.

—Recuerdo el coche chocando contra el camión e impactando brutalmente contra la columna de hormigón del puente. Recuerdo los gritos de Ashley mientras nuestros cuerpos se zarandeaban de un lado a otro sin control. Recuerdo cómo salí disparado y rompí la luna delantera y cómo mi cuerpo se estrellaba contra el asfalto.

—Dios mío, Christos —masculló Martina con expresión de horror.

—También recuerdo cómo el asfalto me quemaba, el olor a carne chamuscada… —evocó con repugnancia. No había podido sacarse ese olor de encima en los seis años desde que había tenido el accidente—, y cómo se me rompían todos los huesos de la cara contra el suelo.

Martina cerró los ojos unos instantes. Recordar aquello tenía que ser espeluznante. No era

extraño que tuviera pesadillas.

—Joder… —Estaba sin palabras. Solo imaginar cómo acaeció la escena hacía que le doliera el cuerpo.

—Fueron solo unos segundos, porque todo sucedió muy rápido, pero fueron los segundos más largos de mi vida —dijo Christos—, y los más terribles —añadió, con una mueca de dolor en el rostro—. Y mi cerebro es tan cabrón que no quiso borrarlo. Lo dejó grabado para siempre, como un horrible memorándum.

Martina estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Estoy segura de que algún día el recuerdo se mitigará y quizá acabe perdiendo intensidad. ¿Has consultado a un especialista?

—No —negó Christos.

—Tal vez sería una opción a tener en cuenta —dijo Martina.

—Tal vez —murmuró él.

Christos se lo había planteado en alguna ocasión, pero había desechado la idea de inmediato cuando caía en la cuenta de que eso significaría salir del castillo.

Se giró en la cama y se pasó la mano por el pelo mientras miraba al techo. Sentía la cabeza embotada. Suspiró.

—Voy a darme una ducha para despejarme. Tengo la cabeza como si me hubiera bebido todas las reservas de whisky del mundo —dijo.

Martina sonrió.

—Vale.

Christos volvió el rostro hacia ella.

—¿Me acompañas? —le preguntó en tono pícaro—. Seguro que encontramos una manera de despejarnos juntos.

Martina se echó a reír.

—Estoy segura —contestó—. Ve yendo tú, me uno a ti en un momento.

—Perfecto —dijo Christos.

Tiró de ella, le dio un beso en la boca y después se levantó de la cama y enfiló los pasos hacia el cuarto de baño.

Martina se quedó mirando embobada el escultural cuerpo desnudo de Christos. Qué hombros, qué espalda, qué piernas… Dios, qué culo…

—¡Estás para mojar pan todo el día sobre ti! —exclamó.

Christos ahogó una carcajada.

—Eres tú, que me ves con buenos ojos —dijo, de camino al cuarto de baño.

Martina echó mano a una de las almohadas y se la tiró, dándole en el culo. Quería incordiarlo. Bueno, para ser sincera, lo que quería era que se girase hacia ella y que la mirara; quería su atención. Y Christos se giró y la miró con una sonrisa cómplice en el borde de los labios.

Después se agachó, haciendo que sus músculos se marcaran hasta querer gritar como lo harías si estuvieras teniendo un orgasmo.

—Te advierto que soy muy bueno en la guerra de almohadas, así que no me provoques —dijo.

La recogió del suelo y se la lanzó a Martina antes de internarse en el cuarto de baño. La almohada le dio en la cara y terminó rodando por el suelo. Martina se echó a reír como una niña pequeña.

Entre tenues risas rodó por la cama y estiró el brazo para coger la almohada del suelo. La risa se le esfumó poco a poco cuando vio lo que había encima de la mesilla de noche que había a su lado.

La pistola de Christos.

CAPÍTULO 69

Martina frunció las cejas, extrañada de ver un objeto como aquel.

Era una pistola antigua. No había duda. ¿Qué hacía allí? Pensó ingenuamente que quizá se tratara de una pieza de coleccionista, pero que no tenía más función que la de ser un «juguete» de un aficionado. Lo que Martina no se imaginaba es que funcionara y que estuviera cargada con una bala.

Alargó la mano y la tomó entre ellas, observándola.

La culata era blanca y el cañón brillaba como si fuera nueva. Pasó la yema de los dedos por el cañón profusamente labrado.

Le dio la vuelta, contemplando un lado y otro con curiosidad. No entendía de armas, pero era bonita. Le llamó la atención lo pequeña y manejable que era.

El corazón se le detuvo en seco cuando apareció la mano de Christos y se la arrebató de golpe.

—¡No la cojas!

Martina se giró hacia él. Tenía el rostro desencajado y pálido y estaba visiblemente nervioso. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se ponía así?

—¿Por qué me la quitas? ¿Qué pasa? —le preguntó, extrañada por la reacción de Christos.

—Es peligrosa —respondió él.

Había sido un auténtico idiota, se reprendió a sí mismo. ¿Cómo no se había dado cuenta de que la pistola estaba encima de la mesilla? Llevaba allí tanto tiempo que formaba parte del mobiliario, se había mimetizado con él y Christos ya no la veía, pero Martina sí que la había visto, sí que había reparado en ella. Joder, no estaba ciega.

Por eso no dejaba que entraran en su habitación, por eso el primer día que fue a socorrerlo cuando había tenido la pesadilla la había echado. No solo no quería que le viera las cicatrices, tampoco quería que viera la pistola, porque empezaría a hacer preguntas, justo como estaba haciendo, pero la pesadilla de aquella noche había sido tan intensa y le había producido tanto terror que la compañía de Martina fue como un bálsamo, y de lo que menos se acordó fue de la pistola.

Martina lanzó al aire un débil bufido.

—¿Peligrosa? Es solo una pistola antigua —comentó con ingenuidad.

Pero observando la expresión de Christos, estaba claro que había algo más.

—Solo entrañaría peligro si estuviera… —La voz de Martina se fue apagando lentamente cuando su cerebro empezó a atar cabos—. ¿Está cargada? —le preguntó con horror.

Que estuviera cargada era el único motivo que Martina encontraba posible para que Christos hubiera tenido la reacción que había tenido.

Su silencio respondió a su pregunta.

Martina sintió un frío al instante, como si alguien hubiera abierto de par en par la ventana para dejar que el aire helado de la calle entrara en la habitación. Había tenido entre sus manos una pistola cargada. Dios. Evidentemente tenía el seguro echado, pero no era eso lo que la preocupaba.

Dirigió a Christos una mirada de reprobación.

—¿Qué haces con una pistola cargada en la habitación? —inquirió.

Pero Christos permaneció en silencio. Un silencio que a Martina le pareció acusatorio. Un silencio que hablaba por sí solo.

—Contéstame, Christos —le exigió—. ¿Qué haces con una pistola cargada en la habitación? ¿Qué pretendes hacer con ella?

—Es algo que no te incumbe, Martina —fue la única respuesta que le dio él y que no era nada aclaratoria.

La cabeza de Martina iba a mil. Un torrente de pensamientos viraba de un lado a otro. Christos

sabía que Martina era una chica inteligente y que no tardaría en llegar a una conclusión.

Pero no podía ser, Martina no quería siquiera pensar en esa posibilidad.

—¿Estás pensando en pegarte un tiro? —lanzó al aire, sobrecogida, y aunque lo dijo con cierto escepticismo, para su estupefacción dio en la diana.

Christos apretó los dientes y se limitó a mirarla sin moverse prácticamente, estaba tan quieto que parecía hecho de mármol.

Martina lo miró con incredulidad. Sus ojos verdes poseían una expresión fría y terriblemente distante. Su boca era una línea recta en su rostro.

—¡Joder, qué me respondas! —gritó, casi en un estado de pánico—. ¿Te vas a pegar un tiro?

—Martina, ya —trató de contenerla Christos.

¿Por qué cojones no le decía que no? ¿Por qué cojones no la desmentía? ¿Por qué no le decía que estaba equivocada, que eso era un disparate? El pánico la recorrió de la cabeza a los pies.

—¡Ya, no, Christos! ¡Ya, no! —No iba a hacer que parara. Apretó los puños para que las manos dejaran de temblarle.

Los ojos se le anegaron de lágrimas. No se podía creer que Christos pensara en suicidarse. ¿Acaso se había vuelto loco?

Se frotó la cara con las manos. Estaba aturdida, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

—¿Qué pinto yo? Dime, ¿qué mierda pinto yo en tu vida si estás pensando en pegarte un tiro? —quiso saber. Se sentía indefensa e impotente.

Cada palabra que componía la pregunta retumbó entre las cuatro paredes de la habitación provocando un eco atronador.

—Martina, déjame explicarte...

—¿Qué vas a decirme? —lo cortó ella con brusquedad—. ¿Que te da morbo dormir con una pistola cargada en la mesilla de noche? ¿Qué la tienes ahí por si un ladrón entra a robar en el castillo? —se burló, enfadada.

—La soledad a veces pesa demasiado —dijo Christos.

Martina lo fulminó con la mirada. No le sorprendió que la voz de Christos le sonara distante y desconocida.

Sintió como si le hubieran dado una bofetada. Palideció ante aquel golpe de realidad.

—Eres un egoísta de mierda, Christos —susurró con los dientes apretados—. Ahora no estás solo, ahora me tienes a mí —dijo, señalándose en el centro del pecho con el dedo índice—. Me tienes a mí… —Su voz se apagó lentamente.

Pero quizá no la tenía… Quizá para Christos no era lo suficientemente importante. Quizá su relación significaba más para ella que para él.

Dejó salir el aire de los pulmones.

Sus fantasmas empezaron a cobrar vida. Christos estaba con ella porque era conveniente, pero le daría igual que fuera cualquier otra mujer, por eso seguía allí esa pistola. Martina pensó que no era lo suficientemente importante en su vida como para hacerle desistir de no pegarse un tiro un día.

Y sintió que algo se rompía en su interior estrepitosamente, haciéndose mil pedazos.

—Estás conmigo porque soy… lo que tienes a mano, porque soy conveniente —dijo en un hilo de voz, con el peso de cada palabra en el corazón.

—¿Qué? —susurró Christos.

Martina se armó de valor.

—No voy a dejar que me utilices —aseveró.

Se enjugó las lágrimas de los ojos con las manos.

—No te estoy utilizando —afirmó Christos.

—No, claro que no —se burló Martina con sorna—. Lleno tanto tu vida que por eso tienes una pistola en tu habitación preparada para meterte una bala en la sien.

—Las cosas son más complicadas de lo que parecen…

—¡Y una mierda! —espetó Martina—. El único que las complica eres tú. ¡Tú! —le apuntó con el dedo, soltando las palabras como si no pudiera contenerlas en la garganta—, que sigues sin querer sacar la cabeza del puto agujero donde la tienes metida. Que te empeñas en victimizarte y

revictimizarte una y otra vez. No dejas de envenenarte por dentro con todo lo que perdiste por culpa del accidente: tu rostro, tus amigos, la vida que llevabas, y no ves más allá de eso…

Christos no dijo nada. Y su silencio terminó de matar a Martina.

—¿Sabes una cosa? —Martina sacudió la cabeza y emitió una especie de carcajada amarga—. No eres diferente a Óscar… —dijo como si acabara de darse cuenta, pasándose las manos por la cabeza.

—Yo no soy como tu exnovio —se apresuró a decir Christos.

No le hacía una puta gracia que le comparara con ese gilipollas.

—Pero te pareces bastante a él —afirmó Martina—. Los dos habéis estado conmigo por lo que os convenía, pero no por lo que soy.

Esa era su maldición. Ningún hombre se enamoraba de ella. Todos la utilizaban para su beneficio, fuera el que fuera.

—No, Martina —negó Christos.

—Sí, Christos, sí —le rebatió ella—. Si no, no tendrías esa pistola cargada ahí —añadió.

Echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Christos.

—Ya no tengo nada que hacer aquí —contestó Martina, con el corazón hecho mil pedazos.

No se podía quedar allí.

No lo haría.

No iba a cometer el mismo error que había cometido con Óscar, de quedarse en un sitio donde no la querían por lo que era, sino por lo que convenía.

Christos ya había enseñado sus cartas. Aquella pistola siempre cargada sobre la mesilla de noche lo decía todo sin necesidad de palabras. Ella no iba a quedarse allí para ver cómo el día menos pensado se pegaba un tiro. ¿Quién lo haría?

Tenía que dejar de comportarse como una estúpida.

Con los ojos arrasados en lágrimas se dirigió a su habitación.

Christos dejó la pistola de nuevo sobre la mesilla de noche y se sentó en el borde de la cama con la cabeza agachada. El pulso le latía en las sienes con fuerza. Tenía la sensación de que le iban a explotar en cualquier momento.

Al ver que Martina tardaba en entrar al cuarto de baño para ducharse con él, salió a la habitación para buscarla y arrastrarla a la ducha. Cuando la vio con la pistola en la mano creyó que le daba un infarto. Tenía el seguro echado, pero aún eso era muy peligrosa. Era una pistola y estaba cargada con una bala. Mal manipulada podía ser mortal.

Se le revolvió el estómago al pensarlo.

Martina la había visto, había atado cabos y había llegado a conclusiones. Es lo último que Christos hubiera querido.

Dios, ¿cómo había sido tan torpe? ¿Cómo?

Dio un golpe con el puño en el colchón con la mandíbula contraída.

Y ahora pensaba lo peor de él. Pensaba que la estaba utilizando.

CAPÍTULO 70

Martina cerró la puerta de su habitación y enfiló el armario. Sacó la maleta de color verde lima de él, la echó encima de la cama, la abrió de par en par con mala leche y comenzó a meter en ella sus cosas.

—Una pistola… Tiene una pistola para matarse… —jadeaba indignada, yendo del armario a la maleta una y otra vez para ir echando sin ningún cuidado la ropa—. Y la tiene lista para hacerlo en cualquier momento.

Entró en el cuarto de baño, cogió el neceser con sus cosas de aseo y lo colocó a un lado de la maleta.

¿Qué esperaba? ¿Que podría salvarlo como ocurría en las películas románticas?, se preguntó. ¿Qué podría salir bien? ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿Es que no sabía nada del mundo? Iba a tener que aprender de una vez por todas que los hombres no eran de fiar.

Se odió por haber creído que eso podía haber sucedido, por creer que su cuento de hadas podría tener un final feliz…

Estaba furiosa con ella misma. Debería haber escuchado la voz de su sentido común y no haberse acercado a Christos Blair.

Dejó caer el portátil y la cámara sobre la ropa.

Ahora lo entendía todo. Por eso no dejaba que nadie entrara en su habitación. Ni Edward ni ella. No quería que vieran la pistola. No quería que ninguno se enterara de que la tenía allí para que no sacara conclusiones.

Se dio cuenta de que lo conocía mucho menos que cuando entró a trabajar para él. De que era

un extraño para ella.

—Cabrón —masculló.

Se secó con fuerza las lágrimas que seguían deslizándose por su rostro. No quería llorar por él. No se lo merecía. La había estado utilizando como había hecho Óscar. Solo la quería para pasar el rato y después…

Dios, solo pensarlo la hacía estremecerse.

Volvió a secarse las lágrimas con las mangas del pijama mientras cogía unos pantalones vaqueros del fondo de la maleta y se los ponía. En la parte de arriba se vistió con el primer jersey que encontró. Uno blanco de lana gorda con el cuello ancho de cisne.

Lanzó el pijama en la maleta, terminó de meter deprisa y corriendo el resto de sus cosas, cerró la cremallera y apoyándola en el suelo, la arrastró con las ruedas hasta la puerta.

Bajó las escaleras, cruzó el vestíbulo a la carrera y se dirigió a la cocina. Tenía el coche en el garaje, con los de Christos. Estaba allí desde que se lo habían arreglado en el taller.

En mitad del patio trasero del castillo la interceptó Edward, que salía de los establos. No entendía por qué llevaba la maleta en la mano.

—Martina, ¿adónde vas? —le preguntó, extrañado—. ¿Y por qué te llevas la maleta?

Era un día gris, frío y húmedo de diciembre. Caía sobre ellos una llovizna tibia, resto de los últimos coletazos de la borrasca de nieve que había sacudido la costa oeste de Escocia.

—Me voy de aquí —respondió ella sin detenerse, en dirección a la nave que hacía las veces de garaje.

Su respiración formaba nubes de vaho que se esfumaban de inmediato mientras avanzaba.

—Me voy a Londres —añadió.

«Ciudad que nunca debí dejar para venir aquí», pensó con rabia en silencio.

—Pero ¿qué ha pasado? —Edward la siguió hasta la nave. Cada vez entendía menos lo que sucedía.

—Pasa que Christos Blair es un idiota —contestó Martina, tajante.

Estaba que la llevaban los demonios. Hubiera sido capaz de arrancarle la cabeza si lo hubiera

tenido delante. Había jugado con ella, la había utilizado y eso no se lo iba a perdonar nunca.

Abrió la puerta de metal del garaje y entró. Edward cruzó el umbral detrás de ella. Antes de llegar a su coche, se colocó delante de Martina y la detuvo.

—Martina, espera —le pidió—. Dime qué ha pasado. ¿Por qué estás así? —le preguntó con preocupación—. Si hasta has llorado.

Martina miró al suelo.

—No quiero quedarme aquí ni un minuto más —fue la explicación que le dio.

Edward empezó a alarmarse.

—¿Te ha hecho Christos algo?

«Me ha roto el corazón», se dijo Martina.

Se mordisqueó el labio de abajo.

La desesperación que sentía en ese momento amenazaba con tragársela.

Levantó la mirada.

—Tiene una pistola, Edward… —le confesó, porque no podía quedarse con algo así dentro.

El hombre frunció el ceño. ¿De qué hablaba Martina?

—¿Qué?

—Tiene una pistola en su habitación. Encima de la mesilla de noche. Cargada —enfatizó—. Y está esperando el momento oportuno para darse un tiro. No lo ha hecho hasta ahora porque… —Martina se encogió de hombros—… supongo que porque no se habrá atrevido. Pero terminará haciéndolo… algún día.

Edward la cogió de los hombros.

—Martina, no puedes estar hablando en serio… No… —No se podía creer lo que estaba contando.

—Es cierto —afirmó Martina—. Por eso me voy, Edward. No me voy a quedar a ver como se mata. Además, yo no le importo. —Le tembló la barbilla al tratar de contener el llanto—. Dice que la soledad a veces pesa demasiado… Entonces, ¿qué coño pinto yo en su vida? ¿No cambia nada el hecho de que yo esté con él? ¿De que estemos juntos? ¿Por qué sigue empeñado en…?

—Dejó el final de la frase suspendida y bufó, cansada.

Hablando con Edward se acordó de la primera respuesta que le había dado Christos cuando le había preguntado por qué tenía una pistola cargada en la habitación. Le había dicho que no era de su incumbencia.

¿Que no era de su incumbencia? Al recordarlo sintió como si le dieran un latigazo.

Aquello no hacía sino reiterarse en todo lo que pensaba. Que ella no significaba nada para Christos, que era algo temporal en su vida, hasta que…

Se mordió el labio con fuerza para no gritar. Todo era surrealista.

Maldita la hora en que había aceptado ese trabajo.

Martina se dirigió a su Opel Corsa con la maleta a rastras. Abrió el maletero y metió el equipaje. Por supuesto que no iba a llevarse el coche que Christos le había regalado. No quería nada de él, ni nada que lo recordara a él. Podía meterse el coche por el culo, si quería.

—Martina, es peligroso que te vayas ahora. Aunque ya no nieva como estos días de atrás. Los campos están anegados del agua que se va derritiendo y seguramente alguna carretera esté cortada debido a las placas de hielo —le advirtió Edward.

—Me da igual. No tengo ninguna intención de quedarme un minuto más aquí —volvió a decir ella.

Ni todas las carreteras del mundo cortadas iban a impedir que se largara de allí. Ya había visto suficiente.

Cerró el maletero. Se fue hacia Edward y le dio un fuerte abrazo.

—Muchas gracias por todo —le dijo.

Intentó tragarse el nudo que tenía en la garganta, pero no pudo y le tembló la voz.

—¿Por qué no te lo piensas? —le preguntó él en el tono paternal que a veces usaba con Martina, cuando se separaron.

Ella negó con la cabeza.

Aunque de diferente manera, ya había pasado por algo así y no quería sentirse como se sintió. No se merecía las migajas que le quisiera ofrecer Christos, ni medios amores ni medias historias.

—No —dijo—. No me voy a quedar de testigo de lo que quiere hacer, y si no significo nada para él, excepto un pasatiempo, no tengo nada que hacer aquí.

Edward no tenía más remedio que dejarla ir. Él no era nadie para retenerla y menos después de lo que le había contado.

Asintió con la cabeza, conforme y resignado con su decisión.

—Te he tomado mucho aprecio, Martina.

—Lo sé —dijo ella. Sorbió por la nariz—. Y yo a ti.

Después de aquellas palabras fue Edward quien la abrazó. Tenía el corazón encogido de verla en el estado en el que se encontraba, pero no le faltaba razón.

—Ve con cuidado —le dijo, enjugándole con los pulgares las lágrimas que se precipitaban por sus mejillas.

Martina apretó los labios y asintió. Ya no le salían más palabras.

Se dio media vuelta, abrió la puerta del coche y se metió en su interior.

Introdujo la llave en el contacto, la giró y arrancó el motor.

—Adiós, Edward —se despidió.

—Adiós, Martina. —Edward agitó la mano.

Martina puso primera y abandonó el garaje.

Tenía que salir del castillo y de Escocia. Tenía que alejarse todo lo posible de Christos.

No miró atrás mientras avanzaba con el coche por el camino, con las manos aferradas al volante con tanta fuerza como si lo estuviera estrangulando. Lo único que hizo fue mirar hacia adelante y repetirse una y otra vez que estaba bien, aunque sabía que era mentira.

Intentó contener las lágrimas que le quemaban los ojos y, pese a que en ese momento no estaba bien, se dijo que iba a estarlo. No tenía otra opción.

CAPÍTULO 71

Edward miró hacia el castillo. No se lo pensó dos veces antes de echar a andar a zancadas y entrar en la cocina.

Nadie le había dado permiso (ni lo necesitaba), pero subió al primer piso por las escaleras del vestíbulo.

—¡Blair! —gritó en el pasillo—. Sal de donde estés —le exigió.

Christos salió de la habitación. Se había puesto un pantalón de deporte y una sudadera de color gris.

—¿Qué te pasa, Edward? —le preguntó molesto—. ¿Qué voces son esas?

—¿Tienes una pistola? —le soltó a bocajarro él. Christos guardó silencio—. ¡No te quedes callado y contesta a mi pregunta, maldita sea! ¿Tienes una pistola con la que planeas pegarte un tiro?

—Eso a ti no te importa —respondió Christos con malas pulgas—. No os importa a ninguno de los dos —agregó.

Edward avanzó hacia él unos cuantos pasos.

—Eres un jodido gilipollas, Blair. —Sacudió la cabeza enérgicamente—. ¿A Martina tampoco? ¿Crees que a ella tampoco le importa? —le echó en cara—. La vida te ha dado un regalo, y en vez de sentirte como el hombre más afortunado del mundo, la dejas marchar.

—¿Marchar? —repitió Christos.

—Martina se acaba de ir —le dijo Edward.

El corazón le dio un vuelco. Martina se había ido.

Christos se quedó mirando fijamente el suelo. Sintió que algo se le rompía dentro; y dolía.

—¿La vas a dejar ir? —le preguntó Edward con incredulidad.

Todavía tenía la esperanza de que Christos fuera detrás de ella y la llevara de vuelta al castillo.

—Sí, la voy a dejar ir —respondió él con voz pausada.

Edward frunció la expresión de la cara.

—Pero… ¿por qué? —No entendía nada.

—Al final se irá de todos modos. Yo no puedo darle la vida que quiere, ni la vida que se merece. Yo no soy más que una sombra.

Él estaba condenado a vivir en la oscuridad, en las eternas sombras como un monstruo, lejos de los jadeos de repulsión que provocaría en la gente.

Edward dejó caer los hombros.

—No te entiendo, Blair —dijo.

Christos cogió aire.

—Martina y yo no estábamos destinados a estar juntos, Edward —contestó—. Más tarde o más temprano se enteraría de la clase de hombre que soy. Más tarde o más temprano vería al monstruo.

Si conservaba algo de decencia, no permitiría que Martina se quedara con una persona tan destructiva como él. Ella se merecía algo mejor, como había pensado siempre, pero hasta ese día no había sido capaz de hacer lo que tenía que hacer: dejarla ir. Así la mantendría a salvo.

—Ella era la única que podría haberte sacado de la oscuridad —dijo Edward—. Tenías una oportunidad con Martina y la has desaprovechado. —Edward parecía derrotado—. Prefieres seguir aquí lamiéndote las heridas, sin permitir que cicatricen y así tener una excusa para no salir al mundo, para no enfrentarte a él.

Christos permaneció en silencio.

—Un día te vas a arrepentir de esto, Blair —aseveró después, al ver que Christos no decía nada—, y ese día tus acciones ya no tendrán remedio, ese día habrás perdido para siempre lo mejor que te ha dado la vida; si es que antes no te has pegado un tiro, claro.

Edward dio media vuelta y enfiló la escalera, bajando de dos en dos los peldaños.

El castillo se quedó en completo silencio.

Aquel día Christos se bebió todo el alcohol que había en el castillo.

Quería olvidarse de quien era, olvidarse de que había sido lo suficientemente estúpido como para haber dejado marchar a la persona que más quería en el mundo, la única persona que lo había mirado más allá de las cicatrices. Que le había visto de verdad. Que le había visto entero, como era, y de que lo había hecho porque no había nada que lo aterrara más que decepcionarla.

Así de cobarde era. No se atrevía a enfrentarse a la mirada de Martina si se enteraba de cómo era realmente.

Durante las primeras horas no se atrevió a entrar en la que había sido su habitación, pero al caer la noche ya estaba bastante borracho para hacerlo.

Olía a ella y el aire estaba cargado con su presencia. Era así porque Martina cambiaba la atmósfera cuando estaba; se volvía más cálida, más suave.

Si cerraba los ojos podía imaginarse que todavía seguía allí, que en cualquier momento la oiría arrancarse a cantar un tema de Prince o Jamiroquai y destrozarlo con su pésima afinación. Recordó cómo sus dulces labios habían besado y acariciado las cicatrices de su cara y de su torso…

Una sonrisa se delineó en sus labios.

Confiaba en que con el tiempo todo se borraría.

Su presencia.

Su olor.

Su recuerdo.

Ella misma se desdibujaría como lo hacían las imágenes de las fotografías viejas, que se volvían difusas y perdían definición.

Caminó hasta los ventanales tratando de no perder el equilibrio. Desde allí podía ver el mar en toda su magnificencia. Aunque estaba oscuro, el resplandor blanquecino de la luna dejaba intuir la playa.

Era producto del alcohol que llevaba en las venas, pero vio a Martina paseando por la orilla. Iba descalza, dejando la huella de los pies por la inmaculada arena. Llevaba las zapatillas de la mano y los mechones de pelo ondeaban ligeramente a ambos lados de su rostro por la brisa.

Se alejaba.

Del castillo.

De él.

De su vida.

Quitó el pestillo de la ventana, abrió las hojas de par en par y gritó hasta quedarse sin voz:

—¡¡Martinaaaaaaaaaaaaaa!!

Y en el silencio casi sepulcral de aquel recóndito lugar en las Altas Tierras de Escocia, muchos lugareños juraron que habían oído aullar a «la bestia de las Highlands» desde una de las torres del castillo.

Martina aparcó el coche en el barrio en el que había vivido algunos meses con Alba y Blanca. Londres le parecía en aquel momento demasiado grande y demasiado inhóspito, más incluso que un castillo en mitad de un lugar remoto de las Highlands.

Estuvo a punto de romper a llorar.

Solo habían pasado unas horas y ya echaba de menos a Christos y su maldita forma de hacerle el amor. Pero no solo echaba de menos a Christos, también la belleza melancólica de la playa, los imponentes acantilados, y el aire limpio y fresco de las frías y húmedas mañanas.

Se las apañaría sin él. Había vivido veintiséis años sin Christos y sin su manera de acariciarla como si fuera un hermoso instrumento musical.

Martina hizo un esfuerzo por recomponerse. No había avisado a las chicas de que volvía. Dios, se iban a llevar la sorpresa de su vida cuando la vieran allí y cuando les contara el motivo de su regreso…

Se secó con impaciencia los ojos húmedos y salió del coche. Se fue a la parte de atrás, abrió el maletero y sacó el equipaje.

Estaba agotada de conducir durante tantas horas seguidas (no quiso parar a descansar) y de la paliza que se había dado a llorar durante el largo viaje, y le parecía que la maleta le pesaba una tonelada.

Cruzó la calle con ella y se dirigió al portal. En la entrada se encontró a una de las vecinas: la señora Rose. Una mujer de unos sesenta años con expresión bonachona en la cara, que las ayudaba con mucha amabilidad siempre que a las chicas le surgía algo.

—Martina, cuanto tiempo sin verte… —dijo cariñosamente.

—Sí, es que… he estado trabajando en Escocia —respondió ella.

La mujer sonrió.

—Me alegro mucho de que estés por aquí otra vez.

—Gracias —dijo Martina, haciendo de tripas corazón.

Rose se le quedó mirando.

—Tienes carita triste, Martina, ¿estás bien? —se preocupó.

—Sí… —mintió ella—, es que el viaje es muy largo. He estado conduciendo durante muchas horas y estoy cansada —se excusó.

La mujer sonrió.

—Entonces, descansa. —Le acarició el brazo—. Si necesitas algo, ya sabes donde vivo —le ofreció.

—Muchas gracias, señora Rose.

Rose dejó la puerta del bloque abierta después de despedirse y Martina entró, enfilando directamente el ascensor, situado enfrente. Se subió en el rudimentario cubículo y pulsó la tecla del cuarto.

Ya dentro, tomó aire. Estaba hundida en la mierda.

En el piso, el timbre sonó.

Alba y Blanca, que se encontraban en ese momento viendo uno de los capítulos de la serie *The Crown* en Netflix, se miraron con cierto desconcierto.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó Blanca a Alba—. ¿Iba a venir William?

—No, tiene guardia —respondió Alba.

Blanca apartó la manta a un lado y se levantó del sofá.

Cuando abrió y vio a Martina plantada en la puerta por poco no se le desencajó la mandíbula.

—¿Martina? —preguntó como si no estuviera viendo bien—. ¿Qué cojones haces aquí?

Alba salió corriendo hacia la puerta al oír que la persona que acababa de llegar era Martina.

Martina se había prometido no llorar, pero se volvió un mar de lágrimas al ver a sus amigas. Soltó la maleta y se lanzó a ellas sin decir palabra. Alba y Blanca la abrazaron con fuerza mientras Martina lloraba desconsoladamente.

No tenían ni idea de lo que le pasaba, pero sabían seguro que estaba relacionado con Christos.

CAPÍTULO 72

—Cariño, ¿qué te pasa? —le preguntó Blanca con el corazón en un puño.

Martina tenía la cara congestionada y estaba descompuesta por el llanto.

—Martina, nos estás asustando —habló Alba en un hilo de voz, pasándole cariñosamente la mano por la espalda—. Dinos qué te pasa. ¿Por qué estás aquí?

Martina se separó de ellas y sorbió por la nariz, tratando de serenarse. No iba a poder darles una explicación en ese estado.

—Tiene una pistola… —sollozó.

Alba y Blanca intercambiaron una mirada de asombro con la respiración contenida.

—¿Cómo que tiene una pistola? —dijo Alba, alarmada.

—Christos… Christos… —Martina estaba tan agitada que no era capaz de articular palabra.

—Martina, coge aire profundamente y respira —le indicó Blanca, al ver que estaba a punto de darle un ataque de ansiedad.

Martina se había mantenido fuerte las horas que había durado el viaje de vuelta a Londres, pero en aquel momento estaba a punto de venirse abajo.

Martina hizo lo que Blanca le aconsejó. Inhaló una profunda bocanada de aire para llenarse los pulmones y lo fue soltando poco a poco. El corazón le latía en la garganta.

—Christos tiene una pistola cargada… en la habitación… —dijo al fin de carrerilla.

—¿Y te ha amenazado con ella? —fue lo que se le ocurrió preguntar a Alba. Su lado gore siempre andaba por ahí latente.

Martina agitó la cabeza, negando enérgicamente.

—No, es para él. La tiene cargada para el día que no aguante… —se le quebró la voz, pero se obligó a continuar—… para el día que no aguante más…

—¿Estás hablando de suicidarse? —concluyó Blanca, con los ojos abiertos como platos.

Martina apretó los labios y afirmó con un ademán de la cabeza.

—Sí —susurró, sin apenas fuerzas.

—¡¡¿Qué?!! —La fuerte exclamación salió de la boca de Alba justo cuando Blanca soltó un perplejo:

—Pero ¿qué coño…?

Sus rostros se contrajeron en una mueca de horror y de estupefacción.

—¿Qué cojones estás diciendo, Martina? —soltó Blanca en tono de incredulidad, cuando logró reaccionar.

Alba se frotó la frente con la mano. Lo que estaba contando Martina era muy fuerte.

—Necesito sentarme —dijo—. Además, estas cosas no son para hablarlas en el pasillo —añadió.

Cogió a Martina del brazo y la arrastró hasta el salón. Blanca las siguió después de meter la maleta en el pasillo y cerrar la puerta.

Martina volvió a respirar hondo y se sentó en el sofá. Alba se acomodó a su lado y Blanca en un sillón colocado en ángulo recto con el sofá. Las dos querían estar cerca de ella.

—Martina, ¿cómo sabes todo eso? ¿Te lo ha contado Christos? —dijo Alba.

Blanca pasó un pañuelo de papel a Martina, que no dejaba de llorar.

—Vi la pistola —contestó.

—Joder… —Blanca se pasó las manos por la cabeza.

—Cuando le pregunté que si era para pegarse un tiro no dijo nada, se quedó en silencio. No me lo desmintió, no me dijo que era un disparate. —Martina bufó—. Me dijo que la soledad le pesa mucho a veces… —Se enjugó las lágrimas con el pañuelo de papel—. Y en ese momento me di cuenta de que yo no significo nada para él. Nada. Christos solo ha estado conmigo porque me he puesto a tiro, nada más, porque le convenía, pero le hubiera dado igual yo que cualquier otra. —

Sorbió por la nariz—. Si ni siquiera soy capaz de mitigar su soledad, ¿qué mierda hace conmigo?

Alba le acarició la espalda con la mano.

—No hables así, Martina. Lo único que logras es hacerte daño a ti misma, y no te lo mereces —dijo.

—¿Y cuándo ha pasado todo? —le preguntó Blanca.

—Esta mañana —contestó Martina—. Me quedé con él porque tuvo una pesadilla. Y cuando me he enterado de cuáles son sus intenciones me he largado. No voy a ser testigo de cómo un día se pega un tiro… —Se mordió el labio y volvió a echarse a llorar—, y menos cuando no soy una persona importante para él. Si después de todo lo que hemos vivido no significo nada para él, poco puedo hacer.

Alba y Blanca se miraron en silencio. Estaban atónitas. Se habían quedado sin palabras con las que consolar a Martina, porque lo que les había contado era terrible.

—Por eso no quería que entrara en su habitación, por eso me echó de ella el día que tuvo la primera pesadilla —continuó hablando Martina—. ¿Os acordáis de que os lo conté?

Las chicas asintieron.

—No solo era por las cicatrices. Era para que no viera la pistola que tenía encima de la mesilla.

—¿La tiene encima de la mesilla? —dijo Blanca.

—Sí, no en la mesilla de noche del lado que duerme él, en la del otro lado.

Blanca hizo una mueca con la boca.

—No deja de ser macabro —comentó.

Martina también lo pensaba.

Se frotó las manos. Le dolían los dedos de la fuerza que había estado ejerciendo sobre el volante durante todo el camino de regreso a Londres. Los nudillos se le habían llegado a poner blancos.

—Joder, he sido una tonta, chicas… —dijo, frotándose la cara con las manos.

—¿Por qué? —le preguntó Blanca.

Martina se descubrió el rostro e hizo un aspaviento.

—Porque he intentado salvarlo, lo he intentado desde el primer momento… Desde que puse un pie en el castillo… —Martina giró la cara hacia Blanca—. Te lo comenté un día por teléfono, Blanca, ¿te acuerdas? —le preguntó.

—Sí, y recuerdo que te dije que no era tu responsabilidad —repuso ella, haciendo memoria—. También te dije que él había elegido ese modo de vida y que había que respetarlo.

—Es cierto, me lo dijiste. Pero en ese puto empeño mío por salvarlo me enamoré de él —confesó Martina—. Ese fue mi error, acercarme… porque empecé a conocerlo, empecé a saber cómo era… Pero Christos me lo dijo… Él me lo dijo.

—¿Qué te dijo? —preguntó Alba con impaciencia.

—Que era una bestia sin posibilidad de redención —respondió Martina.

Christos era prisionero de sí mismo y parecía decidido a que nadie lo liberara. Llevaba tantos años oculto en aquel castillo, sumergido en la oscuridad, que se le había olvidado lo que era estar bajo la luz.

—Y a pesar de que me lo advirtió, yo seguí. Y seguí, y seguí y seguí. ¿Qué me pensaba? ¿Qué yo era una de esas heroínas de las novelas románticas que salvan al protagonista de su oscuridad? —Esbozó una sonrisa amarga—. Joder, hay que ser imbécil… —se lamentó—. He caído en una de las trampas más viejas del mundo: pensar que podría cambiar a un hombre.

Un mes y medio después

CAPÍTULO 73

—Venga, Martina, anímate —dijo Alba, dejándose caer a su lado en la cama. Martina puso un dedo en la página del libro que estaba leyendo para saber por dónde se llegaba, lo cerró y lo apoyó en el regazo—. Apenas sales de casa desde que volviste de Escocia.

Alba puso un puchero y Martina sonrió.

—Sí, solo sales cuando Alba y yo te obligamos a ir con nosotras al supermercado —intervino Blanca—. Y déjame decirte que ir al supermercado no cuenta como salida social. Venga, anímate.

Martina negó con la cabeza.

—Os lo agradezco mucho, chicas, pero no me apetece —dijo.

—Ni siquiera has ido a firmar el finiquito al despacho de Penélope Blair —dijo Blanca.

—No hay prisa y, además, con todo el jaleo de las fiestas de las Navidades y las vacaciones…

—Eso no son más que excusas. Algún día vas a tener que ir —repuso Alba.

Eso era lo peor, que algún día iba a tener que ir. Sí o sí. Era algo que no podía postergar eternamente, aunque lo había estado alargando todo lo posible.

La idea de dar explicaciones a Penélope de por qué de la noche a la mañana había dejado el empleo no le apetecía lo más mínimo. Decirle que trabajar para su hermano era imposible después de los meses que ya había trabajado para él y de que, al parecer, se había enterado de la cena que le preparó el día de su cumpleaños, no iba a colar. Penélope no era estúpida. Y para ser sincera consigo misma, tampoco le entusiasmaba en absoluto tener que hablar de Christos. Para ella era poco menos que un tema tabú. Ni siquiera hablaba con las chicas de él.

Quería olvidarse de Christos y de que la había utilizado, como había hecho Óscar. De que solo la había querido porque era la que había tenido más a mano y porque ella se lo había puesto a tiro. Pensar que tanto Óscar como él habían jugado al mismo juego con ella le dolía.

Además, tendría que decirle lo de la pistola. No se podía callar algo así. Sobre todo porque la vida de Christos estaba en juego.

—Chicas, lo dejamos para otro día, ¿vale? —dijo.

—Siempre dices eso —le reprochó Alba.

—Pero es que hoy no me apetece, de verdad. Mejor otro día.

Alba y Blanca lanzaron al aire un suspiro de resignación, dándose por vencidas. A cabezota nadie ganaba a Martina.

—De no arrancarte la cabeza, lo mejor es dejarte —dijo Blanca, poniendo los ojos en blanco.

Martina tuvo que reírse y reconocer que tenían razón.

Alba le dio un beso en la mejilla antes de levantarse de la cama y Blanca le lanzó un beso al aire que Martina le devolvió.

—Os quiero —les dijo.

Alba y Blanca estaban siendo su mejor apoyo en aquel momento.

—Y nosotras a ti —dijo Alba, hablando por las dos.

—Pronto vas a estar bien, lo sabes, ¿verdad? —afirmó Blanca, guiñándole un ojo.

Martina asintió.

—Lo sé —contestó.

Suspiró cuando las chicas salieron de la habitación.

Esa era la única esperanza que tenía, que un día, sin apenas darse cuenta, fuera sintiéndose mejor; menos triste, más confiada, más segura de sí misma.

Cerraría heridas y volvería a empezar a reconstruir cada una de sus rutinas paso a paso. Aunque fuera despacio, sabía que lo conseguiría. Que un día desaparecerían las lágrimas, los miedos y la frustración, y volvería la alegría. Ese día se daría cuenta de que después de la tormenta hay calma para el corazón, y que también hay vida, porque el mundo no se para.

La vida está llena de nuevos comienzos. Eso es algo que le repetía su madre constantemente, y que tenía que confiar en el camino, que todo llegaba cuando tenía que llegar.

También se lo había dicho cuando había estado en Navidades en Asturias, ya que Martina se había ido allí a pasar las fiestas.

Alba y Blanca estaban siendo muy importantes, pero necesitaba estar con sus padres, en casa, en su hogar, en su Asturias natal para poder empezar a remontar el vuelo de nuevo. Aunque para no preocuparles no les dijo el verdadero motivo por el que había dejado el trabajo en Escocia, y se excusó diciendo que Penélope Blair le había dicho que era un empleo temporal y que el contrato había terminado.

Oyó el sonido de la puerta cerrarse, abrió el libro y retomó la lectura.

Trató de concentrarse, pero le costaba trabajo. Tuvo que empezar el párrafo varias veces, porque la mente se le iba a otra cosa.

Los recuerdos de lo que había vivido con Christos llegaron espontáneamente a su mente, amenazando con destruir su frágil tranquilidad (y realmente era frágil). Sacudió la cabeza sin dejar de mirar el libro, como si los quisiera expulsar de ella.

Detestaba que Christos se colara en su mente sin previo aviso, que le viera con la misma nitidez con que veía en esos momentos el libro que tenía en las manos. Detestaba que se le pusiera el vello de punta cuando recordaba su voz rasposa y sexy hablándole desde las sombras. Su sentido del humor irónico, su media sonrisa, su cuerpo ancho llenando la puerta.

Se torturaba a sí misma imaginando sus manos diestras y sabias recorriendo su cuerpo, sus perversos dedos dentro de ella o pellizcándole los pezones, su cruel y deliciosa boca sobre sus labios…

Dios, no quería que su cerebro siguiera registrando su olor. Tan único y tan de Christos que no era capaz de describirlo con palabras. No quería recordar su forma magistral para hacerla gritar de placer; su carisma, ese puto encanto que se gastaba… La belleza que veía en él a pesar de las cicatrices.

¿Por qué se tenía que acordar de Christos, si él solo la había utilizado? ¿Por qué lo tenía tan

presente?

Había pasado ya más de un mes y medio desde que se fue del castillo y dejó atrás las Highlands, pero parecía que solo había pasado un día.

Se repetía una y mil veces que iba a poder con aquello, que sobreviviría, pero lo que había vivido con Christos había sido muy intenso y muy diferente a cualquier cosa que hubiera podido vivir con otro hombre.

Las circunstancias que habían rodeado su historia habían sido tan inusuales como especiales: el castillo, las Highlands, el paisaje, sus cicatrices…

—Joder… —masculló.

Cerró los ojos, apoyando la cabeza en el cabecero de la cama y se pinzó el puente de la nariz con los dedos.

Se enfadó consigo misma por no tener la suficiente fuerza de voluntad como para sacar a patadas de su mente a Christos. No se merecía pensar en él ni un solo segundo.

Resopló.

Para empezar una nueva etapa tenía que cerrar la anterior. Por completo. Siempre lo había oído. Bien pensado, ella no lo había hecho. Daría carpetazo a Christos y a lo que había vivido con él yendo a firmar el finiquito al despacho de Penélope Blair. Cerraría el capítulo y empezaría uno nuevo. Como decía su madre: la vida estaba llena de comienzos.

Cogió el móvil aprovechando aquel impulso y mandó un mensaje a Penélope en el que le decía que al día siguiente iría a firmar el finiquito.

Y entonces lo dejaría todo atrás.

CAPÍTULO 74

El pitido de la alarma del móvil invadió la habitación de Martina con un sonido que en ese momento le parecía chirriante, aunque no era más que un *pipipipi* aséptico y aburrido.

Martina se dio la vuelta y suspiró al tiempo que alargaba el brazo y silenciaba la alarma. Los días le daban mucha pereza desde que había vuelto de Escocia. Echaba de menos abrir la ventana y respirar el aire revitalizante de las Highlands. ¿Quién se lo iba a decir a ella, que pensaba que Escocia solo eran valles glaciales, lagos enormes, montañas solitarias y antiguas ruinas de fortalezas desperdigadas a lo largo del inhóspito paisaje? Cómo cambiaban las perspectivas de las cosas y de los lugares según lo que se viviera en ellos…

Cogió el móvil y miró en la pantalla si tenía algo nuevo. Excepto algún email de publicidad, poco más.

Apartó el edredón, se incorporó y se quedó un rato sentada en el borde de la cama. Tenía que ir a firmar el finiquito. Penélope le había dicho que se pasara por su despacho a primera hora de la tarde, que tendría todos los papeles preparados.

No le apetecía nada, pero era un trámite por el que tenía que pasar, ya no solo administrativo, sino psicológico. Sería un finiquito en todos los sentidos, no solo en el burocrático, cortando cualquier relación contractual con los Blair.

Tomó aire y finalmente se levantó. Se recogió el pelo en un moño alto sin ningún cuidado y se fue hacia el cuarto de baño.

—Buenos días —la saludó Alba, que ya estaba como un pincel para irse a trabajar.

Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Buenos días —respondió Martina con voz somnolienta, mientras se frotaba un ojo con la mano.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, hoy voy a firmar ya el finiquito. Ayer mandé un mensaje a Penélope Blair —le contó a Alba.

—Genial. Ponte guapa y para adelante —la animó Alba.

—Quiero acabar de una vez por todas con esto —dijo Martina.

—Va a pasar, cariño, como todo. No hay mal que cien años dure.

—Ni cuerpo que lo aguante —sonrió Martina.

—¿Qué planes tienes para esta mañana? —le preguntó Alba.

—Voy a terminar el diseño de la página web y a seguir subiendo algunas fotos.

Mientras le salía un nuevo empleo, Martina había empezado a promocionarse como fotógrafa *free lance*. Para ello estaba creando una página web en la que mostraba sus instantáneas y gracias a la cual había hecho un par de trabajos que no habían estado nada mal remunerados.

Martina era muy buena con la cámara, eso era algo que quedaba claro cuando veías una de sus fotografías, y era cuestión de tiempo que empezara a hacerse un nombre en ese mundillo.

—Cuando te hagas rica y famosa, no te olvides de nosotras —bromeó Alba.

—No podría aunque quisiera —dijo Martina.

Alba rio.

—Me voy a trabajar, que llego tarde —repuso, mirando el reloj.

—Que tengas un buen día —le deseó Martina.

—Igualmente.

Alba se alejó por el pasillo repiqueteando los tacones y Martina se metió en el cuarto de baño.

Se dio una ducha relajante y se lavó el pelo.

Después de haber estado toda la mañana enfrascada en la página web, comió y se preparó para ir al despacho de Penélope Blair.

Era una empresa importante en Londres y no quería desentonar, aunque no fuera a trabajar allí. Pero no estaba de más dar buena imagen, así que se puso un coqueto vestido de lana verde oliva. Se calzó unas botas altas con un tacón medio y un abrigo de pana negro y puso rumbo a *Canary Wharf,* el segundo centro financiero de la ciudad y donde estaba ubicada la empresa de Penélope Blair.

Entró en el enorme edificio, atravesó el vestíbulo y se dirigió a la zona de los ascensores. Tenía un nudo en el estómago. La última vez que había estado allí había sido para aceptar un empleo que la llevaría a las Tierras Altas escocesas a trabajar para Christos Blair, el chico malo de Londres al que un accidente de coche le había desfigurado la cara.

Christos Blair…

Y se había enamorado de él, y eso había sido algo así como el principio del fin. Había jugado al amor y a salvar a alguien que no quería ser salvado, y todo había terminado estrepitosamente mal. Y ahora estaba rota y no lograba recomponer todas las piezas, porque uno no se acaba de recomponer cuando sufre por amor.

Había sido una imprudente y la historia no pudo terminar de otra manera más que en desastre.

El amor siempre es peligroso para la gente como ella, pensó.

Le tocó esperar a que los ascensores se desalojaran de todos los ejecutivos que tenían mucha prisa por subir o por bajar, antes de poder montarse en uno. Por suerte, había salido de casa con tiempo de sobra. Conocía Londres y era mejor ser prevenido con las distancias y la hora, porque siempre se sufría algún retraso.

Mientras el ascensor la subía a uno de los últimos pisos, se mordisqueaba el labio. La sensación que tenía en la boca del estómago no se le quitaba. ¿Cómo podía ser tan tonta? Quizá porque inconscientemente sabía que aquello era el fin.

Suspiró cuando el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas metalizadas. Emergió a la enorme recepción y enfiló los pasos hacia el mostrador en el que se encontraba la secretaria de

Penélope Blair.

—Buenas tardes, soy Martina Ferrer —se presentó—. Tengo cita con la señora Blair.

—Sí, señorita Ferrer —sonrió afable la secretaria, una chica solo unos cuantos años mayor que Martina—. La señora Blair la está esperando. Pase a su despacho, por favor.

—Gracias —le agradeció Martina.

Dio media vuelta, se estiró el abrigo y se dirigió hacia la puerta negra de madera. Cogió aire y dio un par de golpes con los nudillos.

—Adelante —oyó la voz elegante de Penélope Blair al otro lado.

Martina giró el pomo y abrió la puerta.

Sus ojos se fueron directamente hacia los ventanales que tenía el despacho en la parte izquierda.

El corazón se le aceleró de tal manera que se le cortó la respiración.

Una figura alta, atlética y vestida con un impecable traje negro se recortaba de espaldas contra el día gris. Estaba muy quieto mientras a Martina el corazón le trepaba hasta la garganta.

Tardó unos segundos más de los necesarios en aceptar que Christos estaba allí, solemne como un príncipe de cuento. Esperándola a ella.

Martina podría haber pensado que era el abogado de Penélope Blair, por ejemplo, pero conocía demasiado bien el cuerpo de Christos como para confundirle con otro hombre. Además, poseía esa aura de misterio que siempre lo rodeaba.

Solo verlo hizo que le temblaran las rodillas.

CAPÍTULO 75

—Martina, por favor, pasa —le dijo Penélope con amabilidad, haciéndole una seña.

Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, Christos se giró hacia ella, ofreciéndole una visión completa de su alto, musculoso y fuerte cuerpo. Dios, su cuerpo. Martina estuvo a punto de olvidarse hasta de su nombre.

La devastación de la parte izquierda de su rostro quedaba visible a plena luz del día, y sin embargo a ella le pareció que estaba más guapo que nunca. Tenía un aspecto peligroso y sexy.

Llevaba la chaqueta abierta. Iba sin corbata y el aire desenfadado que le daba la camisa de seda negra sin cuello, con los botones superiores desabrochados era para morir de infarto de miocardio.

Martina no le veía las cicatrices. No existían sino como parte de él. Era así como le había conocido.

Tendría que haber dado media vuelta y haberse ido pitando de allí. Es lo que hubiera hecho cualquier persona con un poco de sentido común, pero ella no lo hizo.

Cerró la puerta tras de sí y avanzó por el despacho. Agradeció que los tacones no fueran más altos, porque con el temblor de piernas que tenía en esos momentos, se hubiera dado de bruces contra el suelo.

No estaba preparada para verlo y no sabía si lo estaría algún día. No sabía cuánto tiempo tendría que pasar para estar preparada para ese enfrentamiento.

Había pasado un mes y medio. Un mes y medio en el que había tratado de anestesiar todo lo que sentía por Christos. Pero ahora al verlo, todas esas emociones estaban dando un paso al

frente en su corazón.

Joder, para su vergüenza le seguía queriendo. Pero es que a esas alturas ya estaba demasiado fascinada, demasiado hechizada por él.

—Hola, Martina —la saludó.

—Hola, Christos —dijo ella.

—Creo que tenéis que hablar —intervino Penélope.

Martina se había olvidado de que estaba allí. Se había olvidado de todo, menos de Christos.

Penélope se levantó del sillón de cuero, rodeó la mesa y en silencio salió del despacho. Antes miró a Christos y le dedicó una breve sonrisa para darle ánimo. Él asintió con un movimiento casi imperceptible. Martina estaba adelantada unos pasos y no pudo ver el gesto entre los hermanos.

Martina tragó saliva cuando la puerta del despacho se cerró, dejándola a solas con Christos.

—¿A qué has venido? —le preguntó con voz temblorosa después de unos segundos, rompiendo el silencio.

—Lo siento —dijo él sencillamente, porque no se le ocurría otra cosa y lo que le pedía el corazón era pedirle perdón.

Martina se acarició los brazos.

—No puedes presentarte aquí y disculparte como si nada —dijo con rabia contenida.

—Lo sé —volvió a hablar Christos—. Solo quiero que me escuches.

Martina negó suavemente con la cabeza.

—Gírate… —le pidió Christos, al ver que no se había dado la vuelta hacia él.

Sin embargo ella se negó. Estaba furiosa con él, pero no podía asegurar que no terminara tirándose a sus brazos como una tonta.

—Martina. —Christos pronunció su nombre tranquilo, como si acariciara las letras con la lengua al salir de los labios. En ese tono tan mágico suyo que hacía que Martina se derritiese.

Mierda, no tendría que afectarla de aquel modo. Joder, si le estaban temblando las piernas.

Martina no quería sentir nada. No quería que el corazón se le desbocase, ni que sintiese que

todo le daba vueltas ni las cosquillas que le bailaban en el vientre. Quería dejar atrás esa adicción que tenía a él y que era igual que una maldita droga. Sin la que parecía que no podía vivir.

—Martina, por favor… —insistió Christos.

Finalmente, ella se giró.

—Y ahora, mírame —le pidió él.

Martina se mordisqueó los labios y alzó los ojos. Lo miró directamente, muy seria. Verlo era todavía peor. Trató de no perder el control, porque estaba a punto. No sabía la razón, pero se sentía sorprendentemente tímida y perdida. Tenía unas enormes ganas de llorar.

La preciosa mirada de Christos le decía mil cosas en aquel momento, pero no debía hacer caso a ninguna.

—Sé que te he hecho sufrir, Martina. Lo sé. No me había dado cuenta hasta ahora…

—No te habías dado cuenta porque eres un egoísta —le reprochó ella.

—Sí, tienes razón. No voy a decir que no. Ha sido en este tiempo cuando me he dado cuenta de todos los errores que he cometido, de todo lo que he hecho mal…

—Christos, tienes una pistola cargada para… —lo cortó Martina con la voz tomada por la emoción. Estaba a punto de echarse a llorar, por eso no pudo terminar la frase.

—No, Martina, no. Ya no —se apresuró a negar él—. Durante mucho tiempo es lo que quería hacer —reconoció—. Sí, durante mucho tiempo lo que quería era quitarme del medio cuando la soledad se volviera insoportable, cuando me pesara tanto que no pudiera con ella, cuando me cansara de llevar una vida en las sombras…

A Martina se le llenaron los ojos de lágrimas. Oír hablar así a Christos dolía como si la estuviera clavando un puñal en mitad del pecho.

—Pero no me di cuenta de que desde tu llegada al castillo dejé de pensar en la pistola y en lo que quería hacer con ella. Antes la tenía muy presente, Martina —continuó hablando Christos—. La observaba todos los días y veía en ella el fin a mis problemas y el fin a todo, y contigo en el castillo curiosamente dejé de hacerlo. Pero estaba tan sumido en mi oscuridad, en mis sombras que no me di cuenta. La pistola estaba sobre la mesilla, pero yo ya no la veía. Había dejado de

prestarle atención, porque había dejado de importarme la razón por la que estaba allí.

Martina respiró profundamente aliviada al saber que Christos había desistido de esa macabra idea de quitarse de en medio. Sin embargo, había otras muchas cosas que aclarar.

—No me detuviste cuando me fui —le dijo controlando la voz.

Dio un paso atrás, luchando contra las ganas de pedirle que la abrazara para sentir su calor. Estaba muerta de frío, pese a que no tenía nada que ver con la temperatura del despacho, sino con que tenía demasiadas sensaciones a flor de piel.

—La única razón por la que no lo hice es porque estaba tratando de protegerte —contestó Christos.

—¿Protegerme?

—Sí, aunque no te lo parezca.

Martina se encogió de hombros.

—No lo entiendo… —masculló.

Christos suspiró.

—Siempre he pensado que soy malo para ti —dijo—. Y además tenía miedo…

Martina lo miró ceñuda.

—¿Miedo? ¿Miedo a qué?

Christos dio un paso hacia adelante.

—Miedo a decepcionarte —confesó—. Miedo a que descubras cómo soy realmente… A que descubras que no soy el hombre que ves cuando me miras. Que descubras que soy un monstruo, y no por las cicatrices de mi cuerpo.

Martina se pasó las manos por la cabeza, confusa.

—No entiendo nada —murmuró—. Yo ya sé cómo eres…

—No, Martina, no lo sabes —dijo Christos—. Crees conocerme, pero yo… —Se mordió el labio. Había llegado la hora de la verdad. Se tomó unos segundos para coger aire—. Sabes que tuve un accidente, pero no sabes qué hay detrás… No sabes que la culpa la tuve yo. No sabes que iba sin cinturón, a más de doscientos kilómetros por hora, borracho, drogado hasta las cejas,

haciendo el gilipollas y que Ashley estaba a punto de hacerme una mamada que yo mismo le pedí que me hiciera. Tenía que haberme matado en ese accidente.

—No digas eso… Por favor no digas eso… —suplicó.

—Sí, Martina, ¡tenía que haber muerto! ¡Pude haber matado a una persona, a dos, a tres, a una pareja, a un grupo de amigos, a una familia entera por mi soberbia! —exclamó Christos consternado.

Le avergonzaba pensar en el tipo de hombre que había sido entonces. Un accidente de coche tuvo que destrozarle la cara para que se diera cuenta de que el mundo no era como pensaba ni que la vida era como él la vivía.

—Si en lugar de chocarme con un cambión y con una columna de hormigón, me hubiera chocado con otro coche, los hubiera matado a todos en el acto —continuó—. Mi coche era una bestia en el asfalto. Hubiera hecho pedazos lo que se hubiera encontrado por delante. Por suerte fue un camión y una columna de hormigón… —dijo—. ¿Y sabes que es lo más terrible? Lo más terrible es que me hubiera dado igual, porque por aquella época me miraba demasiado el ombligo como para pensar en los demás. Era tan cabrón que no veía más allá de mis narices.

—Pero cambiaste. Ya no eres ese Christos… —dijo Martina—. La vida te dio una segunda oportunidad.

—Pero las cosas que hice no pueden cambiar —la cortó él—. A mi madre la maté a disgustos —afirmó contundente—. Yo estaba siempre de fiesta, siempre metido en líos, siempre con vicios, con mujeres… Sin dar un palo al agua. —Movía las manos arriba y abajo—. Trató de encauzarme, de llevarme por un camino distinto. Lo intentó de todas las formas posibles, y yo lo único que hacía era discutir con ella porque no me dejaba vivir la vida como quería.

Martina se dio cuenta de que había mucho dolor en sus palabras. Christos estaba muy arrepentido de todo el sufrimiento que había causado a su madre.

—Y a mi padre le dio un infarto fulminante al poco de tener el accidente. No soportó que su hijo se debatiera entre la vida y la muerte. Se lo llevó la pena y la ausencia de mi madre. Ni siquiera llegó a ver en el estado en el que quedó mi rostro —siguió desgranando la historia

Christos—. Yo corrompo todo lo que toco, Martina, daño a todas las personas que tengo cerca…

—No —le cortó ella.

—Sí —insistió él.

—No —volvió a decir Martina con contundencia. En sus ojos claros había un profundo dolor, un dolor que la conmovía—. Christos, no puedes cargar con esas muertes. Esas cosas pasan, aunque no nos gusten —dijo.

Christos bajó la mirada al suelo y se mordió el labio para no llorar. La muerte de sus padres era algo que dolía mucho, a pesar de los años que habían pasado.

—Y yo era así, porque sí. No necesitaba ninguna razón…

Se encogió de hombros. Cuando levantó la cabeza, Martina vio que una lágrima se deslizaba despacio por la mejilla que no tenía cicatrices. Se le hizo un nudo en la garganta. Ver llorar a un hombre como Christos, siempre frío, siempre imperturbable, siempre en su lugar, era mucho más impactante que ver llorar a cualquier otra persona.

—Tendemos a achacar los comportamientos de la gente a su pasado. Los chicos malos siempre tienen una infancia difícil detrás de sus acciones. Vienen de una familia desestructurada; el padre o la madre los abandonó, sufrieron malos tratos o abusos cuando eran niños, etcétera, etcétera, etcétera… Pero yo no. —Christos miró fijamente a Martina—. Yo no tengo excusas. Yo era un chico malo simplemente porque me gustaba serlo, porque me creía Dios y no era más que un gilipollas.

Martina sintió la culpa en su voz, el dolor. La bestia que Christos creía ser. El tormento en el que había estado sumido desde que tuvo el accidente y llevaba con él.

Se acercó a él y le cogió el rostro entre las manos. No soportaba verlo en ese estado de vulnerabilidad. Tan frágil que daba la sensación de que se iba a romper en cualquier instante. Se le estaba partiendo el alma en dos.

—Christos, tienes que dejar de culparte. Ya has pagado por tus pecados, por todos —dijo—. No vas a devolverles la vida por mucho que te castigues aislándote del mundo y no creo que a ellos les gustara verte así.

Utilizó el pulgar para enjugarle cariñosamente la lágrima que resbalaba por su rostro.

Se apartó un poco y lo miró a los ojos. Había un brillo de esperanza en su mirada clara. Christos vio en la de Martina verdad, como siempre, porque eso era ella, verdad.

—Has estado más de seis años aislado, encerrado en un castillo alejado del mundo, sin vivir. Sin vivir —repitió enfatizando las palabras, para que le entrara de una vez por todas en la cabeza —. Ya vale, por favor... Ya —le pidió. Bajó la cabeza de Christos y apoyó la frente en la suya—. Ese accidente fue una oportunidad para cambiar y transformarte en el hombre que eres hoy; te cambió y te convertiste en el hombre perfecto para hacerme feliz a mí —dijo.

—Martina… —musitó Christos en un suspiro, cuando oyó esas últimas palabras.

—Te quiero, Christos. Te quiero —susurró ella contra su boca.

CAPÍTULO 76

Christos la estrechó entre sus brazos. Sentía que no podía siquiera respirar.

—No vuelvas a irte de mi lado —dijo—. No puedo vivir sin ti, Martina. No vuelvas a irte, por favor —suplicó en un hilo de voz.

—No vuelvas a dejarme ir —murmuró ella, abrazada a su espalda con la cabeza en su pecho.

—No lo haré, te lo prometo —dijo Christos, acariciándole la cabeza con ternura—. He cometido muchos errores, pero del que más me arrepiento es de haber dejado que te marcharas sin hacer nada. De no haber hablado claro contigo. Lo siento, no supe reaccionar.

—No pienses ahora en eso —repuso Martina, que quería olvidarse ya de todo.

Christos le había dado las explicaciones suficientes y lo había entendido. Cualquiera lo haría. El amor hace vulnerable a las personas y el miedo a decepcionar a quien amas llega a paralizar hasta el punto de cometer mil errores. Acabas confuso y muerto de miedo.

—Te quiero. Nunca lo dudes —afirmó Christos—. Nunca dudes de que eres la persona más importante de mi vida.

Martina sintió que el corazón le daba un vuelco dentro del pecho.

—Fui un estúpido al dejarte marchar, pensando que no era bueno para ti, pensando que te acabarías yendo cuando supieras qué clase de hombre soy…

—Qué clase de hombre eras —matizó Martina. Sin soltarlo, se separó unos centímetros para poder mirarlo a los ojos—. Siempre hablas del pasado, de cómo eras antes, pero nunca hablas de cómo eres ahora… Del tío maravilloso en el que te has convertido. Un poco gruñón cuando no se te conoce, pero luego te vuelves más llevadero —bromeó.

Christos la estrechó con más fuerza contra él mientras se reía.

—Ay, Martina… ¿Qué hubiera hecho si tú no hubieras aparecido en mi vida?

Martina sonrió.

—Hacerle la vida imposible a todas las asistentes que te hubiera mandado tu hermana —dijo ella con una mueca en la boca.

Christos volvió a reír.

—Joder, cómo te he echado de menos —afirmó.

Como había echado de menos a *su* Martina. Esa que le hacía revolotear el alma como si tuviera centenares de mariposas dentro.

—No eres consciente de la fuerza con la que has sacudido mi vida —dijo—. Has salvado al hombre oscuro y lleno de cicatrices en que me había convertido.

Se inclinó y le dio un cariñoso beso en la frente antes de deshacer el abrazo. Después Martina buscó su boca y Christos la besó en los labios. Un beso que sabía a recuerdos y a bienvenidas. Un beso que casi hizo que se derritieran.

Christos le cogió la mano y tiró de ella hacia el sofá de cuero blanco que había en el despacho.

—Ven —susurró.

Todavía tenían muchas cosas de que hablar. Christos casi había perdido a Martina por no sincerarse con ella y ahora no estaba dispuesto a dejarse nada dentro.

Estiró la mano y le colocó el pelo detrás de la oreja. Su maravilloso olor a flores y primavera le inundó las fosas nasales.

Y sintió que estaba en casa, aunque se encontrara a centenares de kilómetros del castillo, el único lugar en el que se sentía seguro desde que tuvo el accidente.

—Este mes y medio sin ti ha sido… una puta mierda. —Dejó que una sonrisa agridulce aflorara a sus labios, mientras le acariciaba suavemente el interior de la mano con el pulgar—. He estado como el protagonista adolescente de uno de esos estúpidos melodramas.

Martina se tapó la boca con la mano y contuvo la risa.

—No puedo imaginarme lo que habrá pasado Edward… —dijo.

Seguro que Christos había estado insoportable. Christos sonrió, dándole la razón.

—Pobre… Lo que me aguanta cuando estoy un poco difícil —reconoció.

Se miraron y las expresiones se volvieron serias otra vez.

—Me he sumergido en una nueva oscuridad mucho peor que en la que he estado estos seis años de atrás. Mucho más densa, mucho más nociva, más peligrosa… Y fue estando inmerso en esa oscuridad cuando me di cuenta de que mi vida iba a ser muy complicada si tú no estabas en ella, cuando me di cuenta de que estaba enamorado de ti hasta los huesos; de que sin ti no soy nada.

Una noche, Christos se fijó en la bola de cristal que le regaló Martina para su cumpleaños. Ahora ocupaba el lugar en el que durante seis años había estado la pistola, que ya solo era una bella pieza de coleccionista en una de las antiguas vitrinas de estilo victoriano del castillo, porque le había sacado la bala y la había tirado al mar.

Cogió la bola con la mano enguantada y la observó. Cada vez que se paraba a contemplarla, encontraba algún nuevo detalle en ella que antes no había apreciado. Era un efecto maravilloso.

Entonces, algo (el hechizo) en él se rompió mientras miraba aquel objeto en el que estaba muy presente Martina, al fin y al cabo, era ella quien se lo había regalado. Algo que había permanecido solapado, emergió arrasando con prácticamente todo, como una lengua de fuego. Fue estrepitoso y muy potente.

Christos se dio cuenta de que algo había cambiado en él durante el tiempo que Martina había estado en el castillo.

Entendió todo lo que ella le había dicho, que se estaba perdiendo la vida, y también se la estaba perdiendo a ella; se estaba perdiendo lo que podrían tener juntos.

Cayó en la clase de vida que llevaba en el castillo y en lo que se convertiría si seguía allí, en lo que terminaría haciendo un día. Del modo que acabaría. No podía recuperar su rostro, no podía borrar las cicatrices de su cuerpo, ni el daño que había causado, pero sí que podía VIVIR, y hacerlo al lado de Martina, porque la vida era demasiado breve, demasiado frágil.

Quizá aún estaba a tiempo de elegirla, de elegirse a los dos. Por eso llamó a su hermana y planearon que cuando Martina fuera a firmar el finiquito, él trataría de hablar con ella y decirle todo lo que no se había atrevido a decirle antes. Sería valiente, aunque fuera por una vez en su vida.

—¿Le has dicho a Martina lo que sientes? —le había preguntado su hermana a Christos cuando le contó lo que había sucedido.

—No —contestó él.

—Pues deberías hacerlo —le aconsejó.

—No es fácil. —Christos se rascó la cabeza.

—Sí lo es. Solo tienes que decir dos palabras, Christos. —El silencio llenó la línea—. No vas a tener más remedio que enfrentarte a tus miedos y contarle la verdad si te has enamorado de ella —añadió Penélope.

Martina le acarició la mejilla.

—Te equivocas, eres mucho, Christos —dijo con la voz llena de amor—. Eres todo.

Christos se inclinó sobre ella y volvió a unir los labios a los suyos.

Sus labios también los había echado de menos. Sí, mucho. Y su sabor, y el calor de sus manos, y la suavidad de su piel…

—No sé por qué me quieres, ni qué ves en mí. No se me ocurre una sola razón, pero me has salvado y no solo en el sentido figurativo, también en el sentido literal de la palabra.

—Dijiste que eras una bestia sin posibilidad de redención —le recordó Martina.

—Y lo era —contestó Christos.

—Siempre has sido demasiado escéptico —dijo Martina con una nota de mordacidad.

—Lo más cerca que me encuentro de la redención es cuando estoy dentro de ti, porque en ese momento no hay nada más —dijo—. Cuando te tengo cerca, Martina, se me olvida lo que soy al verme en un espejo. Si no hubieras aparecido en mi vida con tu maleta verde lima, probablemente yo…

Martina le había arrancado de la oscuridad y le había devuelto la luz y el sol. Le había devuelto la razón. La esperanza de que podía tener otra vida más allá de las sombras y de aquel castillo en el que se había enterrado en vida más de seis años atrás.

Mientras Martina esbozaba una sonrisa por el comentario de la maleta verde lima, posó el dedo índice en sus labios para silenciarlo. La horrorizaba lo que iba a decir. No quería escucharlo. Por nada del mundo quería escucharlo.

—No lo digas —le pidió.

—No lo haré —dijo él.

Sin aviso, Christos la cogió de la cintura como si no pesara más que una pluma, se levantó y comenzó a girar en círculo, dando vueltas.

—Christos, para… Por Dios… Para que me voy a marear —se reía a carcajadas Martina.

—¡Joder, te quiero! —dijo Christos—. ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —repitió una y otra vez, como si fuera un adolescente enamorado por primera vez. Porque, aunque ya no era un adolescente, sí que era la primera vez que se enamoraba.

—Y yo a ti —dijo Martina.

Dejaron de dar vueltas. Martina se llevó las manos a la boca, asombrada, cuando Christos la bajó y sus pies tocaron el suelo. La impresión que le había producido ver a Christos en el despacho de Penélope Blair, que le había impedido incluso pensar con un mínimo de coherencia porque su cerebro había sufrido una especie de cortocircuito, había hecho que no cayera en algo.

—Oh, Dios mío… —habló entre los dedos.

—¿Qué pasa? —preguntó él, extrañado por la repentina reacción de Martina.

—Has salido del castillo… Después de seis años has salido del castillo y has venido a Londres… —Martina no se lo podía creer. No daba crédito—. Dios mío, Christos… —masculló, perpleja.

—Eso es obra exclusivamente tuya. Eres la única persona que me ha hecho abandonar la oscuridad y que haces que quiera salir de ella —dijo él. Martina notó un cosquilleo en el estómago—. Te confieso que me ha costado muchísimo. Las miradas de la gente… —Suspiró—.

Pero me hiciste creer que puedo conseguirlo.

—Las miradas solo serán al principio, después las cicatrices dejan de verse, Christos.

—¿Aunque sean tan profundas como las que tengo yo? —preguntó él con escepticismo.

—Aunque sean tan profundas como las tuyas, te lo aseguro —dijo Martina, confiada.

—La cuestión es que tenía que hacerlo por ti. —Christos retomó el tema—. Tenía que venir a Londres para contarte todo y que fuera lo que Dios quisiera.

—Si me lo hubieras contado antes, no habríamos montado este tinglado —sonrió Martina.

—En alguna ocasión te he dicho que soy un idiota de primera —apuntó Christos.

Martina movió la cabeza, se puso de puntillas y lo abrazó.

Alguien carraspeó detrás de ellos para hacer notar su presencia. Ambos giraron los rostros. Era Penélope.

—Siento interrumpir, pero tengo una reunión en quince minutos y necesito la información que hay en esas carpetas —dijo, señalando con el dedo una pila de carpetas con solapas de cuero que había en un lado de su escritorio.

Martina hizo una mueca con la boca, ligeramente ruborizada.

—Lo sentimos —murmuró, mientras se rascaba nerviosa la nuca.

Christos se volvió, cogió el montón de carpetas y se las dio a su hermana. Penélope los miró sin poder disimular una sonrisa.

—Estáis juntos, ¿verdad? —les preguntó. Aunque por la escena que había presenciado al entrar quedaba claro que sí.

—Sí —asintió Christos—. Le he contado todo a Martina y le he confesado lo que siento por ella. Ya no hay barreras entre nosotros. —Le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia él—. La bestia ha sucumbido a la bella —añadió.

Sonreía como un tonto, sin reservas, como si no supiera siquiera por qué.

—No, la bella ha sucumbido a la bestia —le corrigió Martina, que también sonreía como una tonta en ese momento.

—No sabéis lo feliz que me hacéis —dijo Penélope. Le brillaban los ojos de alegría—. Creo

que estáis hechos el uno para el otro. Lo creí desde el primer momento.

Christos frunció el ceño.

—¿Desde el primer momento? —repitió.

—Sí, desde que la contraté para que fuera tu asistente.

Martina no entendía qué quería decir Penélope, y Christos, a juzgar por la expresión de su cara, tampoco.

—¿De qué estás hablando, Penélope?

Los ojos de Penélope brillaron con una nota traviesa en el fondo.

—¿Habéis visto la película de *La bella y la bestia*? —les preguntó.

Martina y Christos se miraron sin saber bien qué pensar. ¿Acaso se le había ido la cabeza a Penélope Blair?

—Sí —respondieron al mismo tiempo en tono cauteloso, volviendo los ojos hacia ella.

—¿Y os acordáis de cómo los muebles del palacio; la taza, el reloj, el candelabro… trataban de juntar a los protagonistas?

—Sí.

—Bueno, pues yo hice algo así…

Penélope se rascó la cabeza con el índice y se mordisqueó el interior del carrillo. Christos frunció el ceño.

—¿Hiciste de Celestina? —le preguntó.

Aunque era algo que Christos había intuido desde el principio.

—Vamos, no me mires así —le dijo su hermana—. Cuando vi a Martina supe que, si había una mujer en el mundo capaz de… —pensó unos instantes las palabras con las que quería definir lo siguiente que iba a decir—… de romper ese puñetero hechizo de oscuridad en el que te hallabas, era ella. Es inteligente, es divertida, no se iba a dejar acobardar por ti como ocurrió con el resto de las asistentes y, por si fuera poco, es preciosa.

Martina notó que las mejillas se le ruborizaban. Nadie le había piropeado tanto en solo un minuto.

—Sabía que la habías contratado con esa intención, por eso no la despediste cuando te llamé por teléfono… —dijo Christos.

Martina giró la cabeza hacia él y lo miró con una ceja arqueada.

—¿Llamaste a tu hermana para que me despidiera? —le preguntó, poniendo un brazo en jarra.

—Sí, el mismo día que llegaste —contestó Christos.

—Vaya, no tenía ni idea de eso.

—Solo porque sabía que ibas a ser un peligro para mi salud mental.

En el momento en que ella entró en el castillo, Christos supo que iba a haber problemas.

—Tranquila, sabía que me iba a llamar en cuanto te viera —intervino Penélope—. Pero no tenía ninguna intención de despedirte. Ni siquiera aunque hubieras prendido fuego al castillo —confesó.

—Gracias, hermanita —dijo Christos con ironía.

—Si el castillo hubiera ardido, tendrías que haber salido de él obligatoriamente —se burló Penélope.

—¡Oye! —se quejó Christos.

Penélope miró a Martina y le guiñó un ojo con complicidad. Ella no pudo hacer otra cosa más que lanzar un vistazo a Christos de reojo y reír. A veces era tan gruñón como cuando lo conoció.

—No puedes decirme que la cosa no ha ido bien —replicó Penélope a su hermano.

—Supongo que no —contestó él, resignado.

El plan de Penélope, aunque arriesgado, había salido mejor de lo que cualquiera hubiera podido pensar.

Se escucharon unos nudillos en la puerta.

—Señora Blair, el señor Parker la espera en la sala de juntas —anunció la secretaria de Penélope.

—Ahora mismo voy. —La secretaria asintió y cerró la puerta—. Tengo que irme —dijo Penélope. Se acercó a Christos, le dio un beso, y dio otro a Martina—. ¿Por qué no venís a cenar esta noche a casa? —les propuso—. Así ves a tus sobrinos…

—Penélope, son niños… —objetó Christos.

—¿Lo dices por las cicatrices?

—Sí.

—Diles que te lo hiciste en la guerra, en una que tuvo lugar muy lejos, en otro país. Van a alucinar. —Penélope sonrió de oreja a oreja—. Están en una época en la que solo piensan en ser generales y pilotos de cazas —contestó sin darle mayor importancia.

—¿Cómo les voy a decir que me lo hice en la guerra? —dijo Christos.

—De verdad. Van a alucinar —insistió Penélope—. Pero invéntate una buena historia, porque te van a acribillar a preguntas —le avisó.

Christos meneó la cabeza. Su hermana estaba casi tan loca como Martina. ¿De dónde les salían esas ideas? Lo más curioso es que no le parecía descabellada y era justo reconocer que tenía muchas ganas de ver a sus sobrinos.

EPÍLOGO

La vida cambió mucho para Martina y Christos los siguientes meses. Como decía la madre de Martina: la vida está llena de comienzos, y aquel era uno nuevo para ellos, uno nuevo juntos, uno nuevo lleno de amor, uno nuevo lleno de sorprendentes cosas por descubrir del otro.

Después de aquella intensa tarde, de ir al piso y contarles a Alba y a Blanca cómo habían sucedido las cosas y de alucinar a lo grande (porque no era para menos), Martina volvió a hacer la maleta de color verde lima y se mudó al castillo.

Si alguien se alegró de verla otra vez ese fue Edward, que le dio la bienvenida con una de sus cálidas sonrisas mientras se daba una palmada en el muslo como gesto de satisfacción.

—Eres cabezota, Blair, pero por fin has entrado en razón. —Levantó el dedo índice hacia Christos—. Espero que esta vez sea la definitiva.

Porque todos recordaron que ya le había dicho esas mismas palabras en otra ocasión.

—Lo será, Edward —contestó él—. Te juro que lo será.

Años atrás, cuando se creía Dios y vivía como si lo fuera, Christos había pensado que no necesitaba a nadie. Era demasiado soberbio para pensarlo. Pero ahora se daba cuenta de que necesitaba a Martina. La necesitaba para que pusiera sensatez en su vida, para que le devolviese parte de sí mismo. Esa parte que le había arrebatado el accidente.

Continuando con el hilo de la narración de lo que pasó después, diré que, aunque Martina se mudó al castillo, en el castillo era donde menos estaba.

La página web en la que se promocionaba como fotógrafa *free lace* empezó a funcionar mucho mejor de lo que ella misma esperaba y comenzaron a lloverle trabajos que cada vez fueron

adquiriendo más relevancia, más notoriedad, y que la llevaban de un lado a otro recorriendo el mundo.

Su indiscutible talento con la cámara y ese modo de captar a través de una imagen cosas que al resto nos pasan desapercibidas, por fin se hizo conocido. Como ya he dicho, era cuestión de tiempo, y ese tiempo llegó. El sueño de Martina se estaba haciendo realidad, aunque todavía quedaba pendiente que una de sus fotografías terminara expuesta en el *International Center of Photography Museum* de Nueva York, pero eso también era cuestión de tiempo. ¿Os acordáis de aquella que le hizo a Christos frente a los acantilados y tituló «El hombre que vivía en las sombras»? Pues por ahí va la cosa…

Christos la acompañaba a muchos de esos viajes, participando activamente en su sueño. Él podía realizar sin problemas su trabajo desde cualquier lado con un par de portátiles, y eso le permitía estar con ella y aprovechar esas escapadas juntos para hacer turismo y conocer otras culturas y otras costumbres.

Christos todavía tardó algún tiempo en aceptar el modo en que le miraba la gente, sobre todo la que lo hacía sin ningún disimulo, pero Martina tenía razón, solo era al principio. Después dejaba de interesarles. Era algo que le había traído Martina, aceptación.

El primer día que bajaron juntos al pueblo a comprar al supermercado, su presencia parecía una atracción, como la mujer barbuda de un circo. Aunque quizá, más que por las cicatrices del rostro de Christos, era porque por fin habían visto a «la bestia de las Highlands», el hombre que habitaba en el castillo de las afueras desde hacía años y que nunca se había dejado ver, y al final se habían dado cuenta de que no era tan *bestia* como creían y que era simplemente un hombre.

Además, había cierta poesía en la preciosa historia de amor que había surgido entre una bella chica española y un hombre con el rostro desfigurado que vivía como un ermitaño y al que había salvado y devuelto parte de vida, y que lo miraba con todo el amor que eran capaces de contener sus ojos. Que le había llevado con su sonrisa el calor del sol, la luz del día y la promesa de una nueva vida, y que le había hecho creer que no era el monstruo que él pensaba que era.

En cierto modo, nunca deja de ser fascinante que la bestia sucumba a la bella o, como decía

Martina, ¿era al revés? ¿Era la bella la que había sucumbido a la bestia?

Cuando Martina regresó de uno de sus primeros viajes, Christos la recibió en el vestíbulo del castillo. Tenía una sorpresa para ella y parecía un niño que acababa de hacer una trastada.

—Ven conmigo —le dijo, ofreciéndole la mano.

—¿No me vas a dejar ni siquiera descansar un par de horas? —le preguntó ella con picardía en la voz, mientras la cogía.

—Quiero que veas algo —respondió él con ese halo de misterio que nunca lo abandonaba—. Pero después no te voy a dejar descansar ni un minuto —añadió.

Subieron la escalera del vestíbulo entre risas y complicidad.

Sin soltarle la mano, Christos la guio hasta una de las habitaciones situada en el que era su ala, ese mismo que estaba prohibido para Martina.

Recorrieron el pasillo hasta detenerse frente a una puerta de madera.

—Espero que te guste, y sobre todo que lo disfrutes —le dijo Christos.

Giró el picaporte y abrió la puerta. Martina a esas alturas estaba que se comía los nudillos de la curiosidad y la impaciencia.

Christos se adelantó un paso y dio al interruptor que había en la pared. Una luz roja bañó una estancia que carecía de ventanas.

Al fondo, contra la pared, había un mueble alargado de color blanco, y encima todo tipo de utensilios: un lavadero, varias bandejas, una procesadora de color, una secadora de película, un mezclador…

La mirada de Martina fue recorriendo con los ojos uno por uno mientras reconocía cada uno de ellos y se le abría la boca, pasmada. Había una secadora de papel, un reloj, unas pinzas, una fila de botes que presumió que contendrían todos los líquidos necesarios…

—No me lo puedo creer… —musitó—. Es un cuarto de revelado de fotografías —dijo.

—Me dijiste que eras una fotógrafa clásica y que te gustaba revelar las fotos a la vieja usanza, que disfrutabas mucho con el proceso… —comentó Christos.

—Christos, es… —Martina se pasó la mano por la cabeza—. Joder, es una pasada —balbuceó, adentrándose en la estancia.

Se dirigió directamente al mueble y cogió algunos objetos. No faltaba nada. Incluso había varias cuerdas de un lado a otro de la pared para tender las fotografías.

—Dios mío, gracias —dijo.

Se giró hacía Christos, que observaba en todo momento su reacción, y se lanzó a sus brazos. Christos la cogió en vilo por las nalgas como si no pesara nada, como si fuera lo más natural del mundo. Martina lo sintió sosteniéndola con fuerza mientras enredaba las piernas alrededor de su cintura.

—Eres el tío más genial del mundo —dijo, pasándole los brazos por el cuello.

—Ahora me quieres un poquito más, ¿eh? —bromeó él.

—Sí —contestó Martina. Se inclinó y le dio un beso en los labios—. ¿Qué te parece si la estrenamos? —le preguntó, levantando las cejas arriba y abajo elocuentemente.

Christos delineó en su rostro una sonrisa lobuna y emitió un sonido gutural.

Avanzó con Martina por la habitación, que iba dejando una estela de besos en las cicatrices de la mejilla, y apoyó su espalda contra la pared. Ella metió los dedos entre su pelo oscuro, lo atrajo hacia sí y comenzó a besarlo. Había estado cinco días fuera y tenía ganas de él.

No pudo evitar que un gemido de placer se le escapara entre los labios cuando sintió la erección de Christos ejerciendo presión en su entrepierna.

Se besaron con furia, con algo parecido a la desesperación, arrastrando los labios de un lado a otro.

Christos se separó unos centímetros y la miró alzando sus cejas oscuras en un gesto algo perverso.

—¿Te he dicho eso de que prometo amarte, respetarte y morderte toda mi vida? —bromeó a ras de su boca, con ese sentido del humor y esa sensualidad tan suyos.

Martina soltó una pequeña carcajada.

—Me gusta esta nueva fórmula personalizada. ¿Crees que nos dejarían decirlo así en la iglesia? —rio.

—No creo que haya un sonido en el mundo que me guste más que tu risa —dijo Christos.

Se acercó de nuevo a su boca y le atrapó el labio inferior con el borde de los dientes. Martina le mordió a su vez y Christos lanzó al aire un pequeño gruñido.

—Mi bella… —musitó.

—Mi bestia… —susurró Martina suavemente sobre sus labios sin dejar de sonreír.

La bestia se había escondido durante años en su castillo en las Highlands, alejada del mundo, hasta que apareció un día la bella con su maleta verde lima y rompió el hechizo de oscuridad en el que se encontraba, deslizándose al otro lado del muro que la bestia había levantado a su alrededor e instalándose en su corazón.